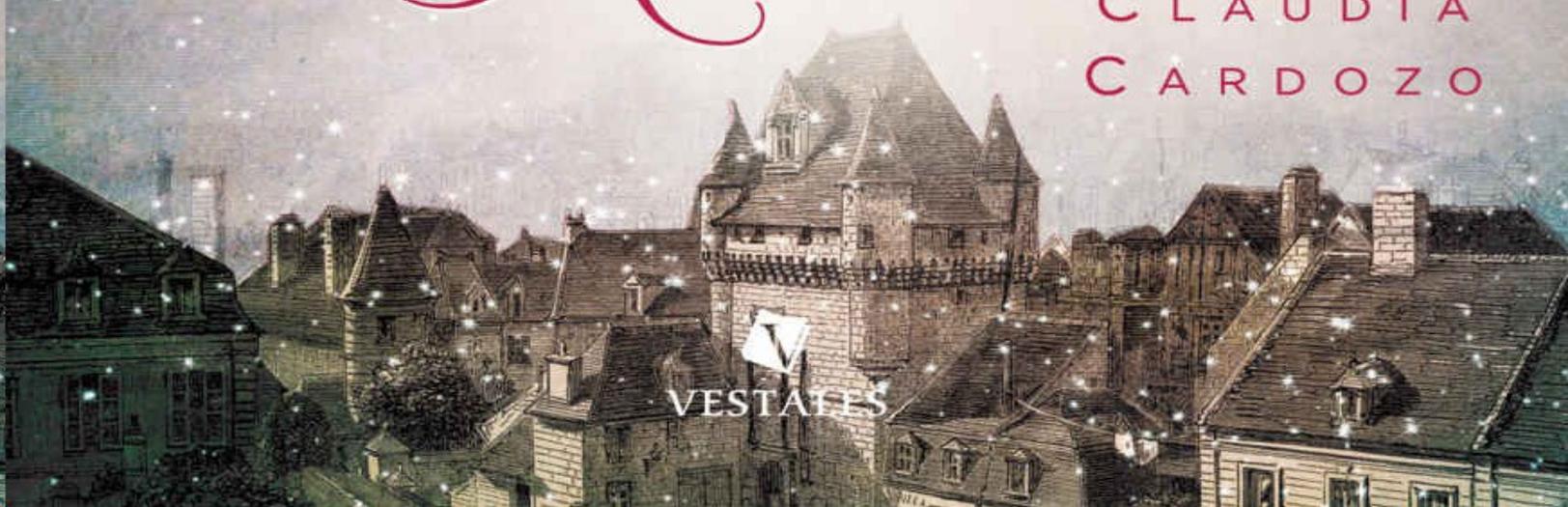




*La canción
secreta
del Hada*

CLAUDIA
CARDOZO



VESTALES

Cardozo, Claudia

La canción secreta del hada. - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4454-15-7

1. Novelas. 2. Novelas Históricas. I. Título.

CDD 863

© Editorial Vestales, 2018.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-15-7

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

*A tía Gladys,
por la maravillosa influencia
que ha tenido en mi vida y
esas largas charlas al teléfono
que me arropan y confortan.*

PRÓLOGO

Londres, 1893.

Rose Turner tenía diez años y nunca se le había escuchado decir una palabra. O eso contaba su madre a quien preguntara, lo que ocurría con cierta frecuencia, porque a nadie dejaba de inspirarle curiosidad esa niña silenciosa que se conducía con la suavidad de una ninfa y la reserva de alguien mucho mayor, como si temiera al mundo y sus peligros. La señora Turner respondía siempre lo mismo: que nunca le había oído una sola palabra; que, tal vez, aun cuando no estaba del todo segura de ello, cuando era más pequeña había dado visos de normalidad y de querer articular algunas, pero bien pudo haber sido su imaginación, sus deseos de madre. Había incluso quienes decían que Rose no hablaba porque simple y llanamente no deseaba hacerlo, pero ella no podía asegurarlo y, aun cuando fuera así, no habría podido culparla por ello. De cualquier manera, ya estaba acostumbrada, y Rose no parecía lamentarse por esa carencia. Se comunicaban a la perfección, y a quien no le gustara, bueno, ya le diría ella un par de cosas a quien no le gustara.

Nadie habría podido censurar la actitud un tanto beligerante de la señora Turner respecto a ese tema, y a muchos otros tampoco. En sus circunstancias, esa firmeza de carácter era más que necesaria; primordial, dirían algunos; indispensable, opinarían otros algo más realistas. Porque la vida que compartía con su única hija era complicada y, hasta hacía solo unos meses, lo había sido incluso más.

La señora Turner y Rose eran afortunadas, lo cual se recordaban ambas con frecuencia; tanto una como la otra, a su manera y con sus formas casi opuestas, procuraban que no fuera olvidado.

Tan solo unos cuantos meses antes, ambas vivían en las calles de Londres, hambrientas y asustadas, con un futuro incierto y a punto de abandonar la esperanza. La señora acababa de perder su empleo en una fábrica de cerillas por lo que tuvo que ir en busca de su hija al hospedaje en el

que la había dejado para que la cuidaran hasta ese momento. Eso último, sin embargo, nunca fue motivo de tristeza para Rose; por el contrario, aun cuando jamás se lo hizo saber a su madre, agradecía de rodillas el día en que ella había ido a buscarla. En todo caso, sus circunstancias eran las mismas: estaban al borde de la desgracia.

La vida en la Londres de aquella época para las mujeres como ellas, pobres y sin un hombre a su lado, era poco menos que desesperada. Sin un techo propio o medios para sostenerse, además de vivir de la caridad de unas cuantas almas generosas que compartían algo de lo poco que tenían, la esperanza de vida para ambas no era muy alentadora. La señora estuvo a punto de dejarse vencer muchas veces, pero la presencia de Rose siempre le confería un leve aire de ilusión al que se aferraba con todas sus fuerzas. Bastaba verle el rostro pequeño y redondo, y el brillo de los ojos café, que mantenía pese a la adversidad, para que le infundiera nuevas energías. Las suficientes, al menos, para continuar sobreviviendo sin atreverse a pensar en el mañana.

Pero un día, como surgido de un cuento de aquellos que le narraba su abuela irlandesa cuando era pequeña, la señora vio surgir de entre la niebla de la ciudad a una figura que cambiaría la vida de ambas para siempre. Ella no pudo saberlo entonces, claro.

Lord Alexander Cahill se presentó como el enviado de unas damas que acababan de fundar una pequeña institución de caridad. Él no mencionó la palabra “caridad” en realidad, fue demasiado cortés para ello, pero la señora Turner no tuvo problemas en asumir que era eso a lo que se refería. En un primer momento, se mostró desconfiada e incluso asustada; corrían mil y una historias a cual más aterradora de hombres, que habrían podido pasar por los caballeros más distinguidos, que ofrecían ayuda a mujeres como ella, de las que no se sabía nunca más nada. De haberse encontrado sola, no habría dudado un segundo. Le habría escupido en el rostro y se habría dado media vuelta para alejarse de él tan rápido como le dieran los pies; pero, una vez más, bastó con ver la leve ilusión en el rostro de Rose para que se replanteara sus intenciones.

¿Y si decía la verdad? ¿Y si tan solo quería ayudarlas? Ciertamente que sería poco común, pero no imposible. Aunque hasta ese momento, en su desgraciada vida no se había topado con ninguna persona como él, no era tan cínica como para pensar que no existiera gente noble que tendiera una mano a quienes más lo necesitaban, como parecía hacer el hombre en ese momento.

Por eso, cuando él insistió con el tono amable y persuasivo que sin duda usaba para calmar a sus caballos asustados, la señora Turner sostuvo la mano de Rose con firmeza y asintió. Tal vez se arrepentiría, pero, tras dar una mirada a su alrededor, a las calles en las que se encontraban, a la miseria que casi se podía respirar y que las ahogaba cada día sin tregua, la que era evidente que las mataría más temprano que tarde, se dijo que, en realidad, no tenían nada que perder.

* * *

Durante los primeros días en el albergue al que lord Cahill las llevó una vez que la señora Turner accedió a su oferta, todo les pareció extraño. Tanto madre como hija se dedicaron a observar y oír a fin de absorber tanta información como fuese posible, para así comprender exactamente en dónde habían caído. El mutismo de Rose era moneda corriente, pero la señora, algo más presta a la charla, se mostró tan callada como su hija, atenta a cualquier señal de peligro con que pudiera encontrarse. Estaba muy lejos de sentirse confiada.

Con el pasar de los días, sin embargo, incluso un alma cínica como la suya debió reconocer que nadie le daba motivos para recelar. La vida ofrecida por lord Cahill se presentaba como una alentadora realidad.

El hogar estaba regentado por la señora Allen, una mujer mayor y enérgica, quien era también la propietaria de la casa en que se encontraban, aunque ella mencionaba con frecuencia que estaba lejos de ser la única benefactora del albergue. La residencia en sí era cómoda y agradable, sin ser ostentosa: un edificio de dos pisos que se ubicaba en la esquina de una calle en un área respetable de Londres. Lo mismo que las construcciones vecinas, la fachada simulaba una casa, como muchas otras, que habría podido servir de hogar para una familia acomodada, pero para Rose y su madre se

asemejaba a un palacio. Jamás habían estado en un lugar como aquel, en el que se respiraba orden y limpieza, amén de esa atmósfera calma que las rodeaba y que tardaron unos días en apreciar, pues tan asustadas se encontraban cuando llegaron.

No eran las únicas. Había otras tres mujeres y varios niños de la edad de Rose que habían sido invitados también por lord Cahill. Algunos provenían de las calles, como ellas, mientras que otros acababan de llegar del campo. En cualquier caso, sus circunstancias eran muy similares: mujeres jóvenes que no contaban con un hogar en el cual criar a sus hijos y que vivían en condiciones desesperadas.

La señora Allen se encargó de presentarles las otras personas involucradas en esa quijotesca aventura una vez que se acostumbraron a la situación. Aquello no implicaba sentir ni un ápice de confianza por sus benefactores, como la señora y otras de las mujeres reconocían sin rubor porque, después de todo, bastarían más que unas sábanas limpias y unas comidas calientes para que bajaran la guardia.

A la señora y a lord Cahill, quien obraba de enviado y negociador para encontrar a las auxiliadas, se les sumaban unas figuras aún más extrañas para ellas. Si no dejaba de ser extraño que una dama como la señora Allen, una mujer de evidente respetabilidad y de situación acomodada, se involucrara en semejantes labores, la presencia de las otras mujeres que les fueron presentadas en su momento era poco menos que insólita.

Rose jamás podría olvidar la primera vez que vio a la condesa de Falmouth y a su hermana más joven. Hasta entonces, lo más cerca que había estado de la nobleza había sido cuando veía pasar a los carruajes en que recorrían las calles de Londres, aquellos que jamás se detenían en la zona en que malvivían ella y su madre, de modo que apenas había conseguido atisbar una mano enjoyada al surgir de la ventanilla o un sombrero de copa de algún caballero que asomaba para dar órdenes a los cocheros, quienes lucían uniformes más finos y elegantes que los que ella jamás había contemplado en su vida. Pero eso era todo.

Aquel día, sin embargo, se encontró frente a la dama más distinguida que habría podido imaginar. Lo más curioso fue, no obstante, que, tan pronto como consiguió superar la impresión y el miedo que le provocaban la idea de

verse en semejante compañía, se sorprendió admirando el rostro más noble con el que se había topado.

La condesa de Falmouth no era precisamente hermosa, al menos no como una princesa de cuento, pero poseía un halo de serena belleza que, Rose lo comprendió con los años, provenía de un espíritu generoso y noble. Aunque su madre y las otras mujeres se mostraron recelosas ante tal presencia pese a las palabras amables que decía, Rose se manifestó encantada con ella de inmediato, y cuando reparó en su hermana, la señorita Browning, el hechizo fue completo.

La señorita Mary Browning, si bien más reservada y distante que la condesa de Falmouth, irradiaba también gentileza y, además, sí que tenía el aspecto de una de esas hermosas criaturas de las que se decía en las calles que eran la representación de la belleza entre los nobles. Ella no tenía título, como descubrió luego, y su pasado era tan poco lustroso como el suyo, pero, aun cuando Rose lo hubiera sabido ese día, no habría restado ni un ápice a la fascinación que despertó en ella. Aunque la primera vez que la vio distó mucho de ser encantadora, ya que en verdad se veía más bien triste y angustiada en aquel lugar, a Rose no le importó. Lo único que quería era seguir observándola, absorber de algún modo parte de esa belleza y elegancia que sabía tan ajenas a su mundo. La entrevista, sin embargo, fue breve, no porque las damas no desearan pasar más tiempo a su lado, sino que fueron las mujeres quienes se mostraron incómodas en esa situación, por lo que se retiraron con rapidez. La madre de Rose tuvo que tironearla del hombro para llevarla con ella fuera del salón, pero ella se prometió que esperaría atenta a cualquier otra oportunidad de ver a sus benefactoras.

Lady Falmouth se apersonaba con frecuencia en la casa. Todas las mañanas, llegaba en su elegante carruaje y pasaba unas horas en compañía de la señora Allen, discutían temas relacionados con el manejo del albergue, los que Rose apenas conseguía comprender cuando lograba escurrirse de la vigilancia de su madre y escuchaba a hurtadillas. La condesa la descubrió un par de veces, pero nunca la regañó por la curiosidad; por el contrario, le dirigía una dulce sonrisa y la invitaba a acompañarlas, algo que la pequeña no se atrevía a aceptar. Si su madre se hubiera enterado, la habría regañado por horas. Estaba convencida de que, pese a la aparente bondad de las señoras,

debían mantenerse alertas, porque muchas veces las personas se mostraban amables cuando deseaban algo, pero tarde o temprano dejaban ver sus verdaderas intenciones. Rose no estaba del todo de acuerdo con su madre, pero, cuando ella le daba ese sermón, ella asentía sumisa y prometía con la mirada que seguiría sus recomendaciones. Tan pronto como tenía una oportunidad, no obstante, volvía a la silenciosa observación y esperaba la llegada de lady Falmouth con ansias.

A quien no vio durante varias semanas fue a la señorita Browning, y lamentó su ausencia sinceramente. Apenas la había visto una vez, pero le despertaba una enorme curiosidad el hecho de que no fuera mucho mayor que ella. Como mucho, debía de tener ocho o nueve años más, lo que en ese caso la convertía en una joven mujer, pero aun así, había algo en ese rostro juvenil y en esas maneras delicadas que la hacía sentir cercana.

Un día, sin embargo, cuando pensó que tal vez la presencia de la señorita Browning se había debido a alguna clase de casualidad y que jamás volverían a verla en el albergue, se presentó en un carruaje muy similar al que acostumbraba usar la condesa de Falmouth en sus visitas, solo que esa vez apareció completamente sola. Rose oyó la llegada de los caballos y corrió a las escaleras del segundo piso, donde se encontraba la habitación que compartía con las otras niñas, segura de que se trataba de la condesa, pero cuán grande sería su sorpresa al encontrarse con la joven, que no reparó en la presencia de la niña mientras era conducida hacia la señora Allen. En esa ocasión no se atrevió a espiar con tanto descaro como había hecho antes, sino que se contentó con esperar cerca de la puerta. Cuando la dama salió seguida de la propietaria de la casa, no se dirigieron a la salida, como había temido, sino que tomaron el camino que llevaba a la parte trasera de la propiedad, una zona en la que Rose apenas se atrevía a husmear por ser la única en que imperaba cierto descuido. Entonces, sin embargo, al seguir a las damas a escasa distancia, se encontró con el lugar más bonito que había visto hasta el momento.

No se veían muchas flores en la zona de la que ella venía, y las pocas que había eran destinadas de inmediato a la venta. Llegaban cortadas y listas para formar arreglos sencillos que las chicas mayores llevaban a las zonas residenciales para vender y ganar algunas monedas. Allí, en cambio, las

flores crecían a sus anchas, una al lado de la otra, compartían el terreno con las hierbas, que les robaban parte de la luz del sol y los alimentos de la tierra. De haber tenido más experiencia y visto más mundo, Rose habría comprendido que, en realidad, era un jardín más bien descuidado, y que llevaría mucho trabajo conseguir que recuperara el encanto que alguna vez había debido de poseer, pero a ella no le importó. Le pareció hermoso, e incluso más cuando la señorita Browning, para su sorpresa, fue dejada a solas por la señora Allen y empezó a trabajar en él.

La joven mostró una capacidad impresionante, que se desdecía con su apariencia refinada y poco presta al trabajo físico, al arrancar la mala hierba y trazar algunos surcos para así poder plantar otras flores que Rose supuso pensaba injertar tan pronto como hubiese despejado un poco más el terreno. La observó trabajar en silencio, sin moverse de su lugar tras un pilar algo alejado de la puerta, e incluso ignoró el hambre que la atacó al llegar la hora del almuerzo e hizo oídos sordos a los llamados de su madre, que llegaron amortiguados a sus oídos por provenir de lo más alejado de la casa.

Cuando la señorita Browning se vio rendida y abandonó la labor, pasadas ya varias horas, Rose la siguió al interior de la casa, como hechizada por un embrujo. Pero iba tan absorta en su contemplación que, cuando la joven se detuvo bruscamente al saberse observada, casi se dio de bruces contra ella y aguardó la reacción de la mujer con temor. Hasta entonces, de lo poco que había visto a la mujer, le había parecido amable pero distante, por lo que esperó que se enojara con ella por ese espionaje tan descarado; sin embargo, no ocurrió nada de ello. Por el contrario, se mostró incluso más gentil y la contempló con un interés similar al suyo.

Rose no era una niña que se preocupara por la apariencia. Semejante muestra de frivolidad no tenía cabida en su mundo; de todos modos, nunca fue tan consciente como en ese instante de que tenía una figura menuda con miembros escuálidos por la falta de alimento, así como de su cabello rapado en la casa en que la había dejado su madre hacía unos meses para ahuyentar los piojos, que apenas volvía a crecer en una suave pelusa rubia y deslucida que le daba la apariencia de un ser extraño y curioso, todo ojos y piernas. Como si eso fuera poco, tenía una cicatriz en el rostro que le había quedado como recuerdo de una herida producida cuando era más pequeña. Pero Mary

Browning no pareció impresionada por ese detalle de su aspecto, sino que se mostró infinitamente amable y generosa. De no haber sido por la inesperada llegada de su madre, Rose estaba segura de que habría continuado hablándole pese a que ella no respondía una sola de las preguntas. Con todo, cuando la señora Turner la regañó frente a ella, la señorita Browning, en lugar de despedirse, se mostró atenta con la mujer y le ofreció a Rose la posibilidad de ayudarla en los futuros trabajos en el jardín. Ella tomó esa oferta como si se tratara del regalo más precioso que había recibido hasta entonces, lo que en cierta medida así era, y habría asentido sin dudar si su madre no la hubiera arrastrado pasillo abajo, lejos de quien consideró desde ese momento como su primera amiga.

Aunque la señora Turner mantenía la desconfianza, fue incapaz de negarse a las súplicas silenciosas de Rose y permitió que acompañara a la señorita Browning en los trabajos cuando los reanudó tras una inesperada ausencia.

Rose nunca se atrevió a preguntar qué le había ocurrido en ese lapso de tiempo, por qué había pasado de ser una muchacha gentil, pero apagada y con cierta aura de tristeza en la mirada, a una joven resplandeciente de felicidad. Sin embargo, pese a tanta juventud e inexperiencia, bastó con que la viera en una ocasión de la mano de lord Cahill para que llegara a la conclusión de que él había tenido mucho que ver con ese cambio. De cualquier forma, el alma generosa de Rose se alegró por la dicha de aquella nueva amiga y se entregó con mayor emoción si cabía a convertirse en su ayudante.

Durante meses trabajaron codo a codo y se comunicaron mediante gestos y sonrisas para conseguir que el jardín del albergue recuperara el encanto. La señorita Browning sostenía con seguridad y a quien deseara escucharla que las difíciles circunstancias de los habitantes de la casa no debían privarlos del placer de vivir en un ambiente agradable en todo aspecto. La comida y el abrigo podían ser prioritarios, claro, como sostenía la señora Allen con pragmática sensatez, pero ella creía con firmeza que el encanto de un lugar hermoso obraba también maravillas en el ánimo de quienes solo habían conocido hasta entonces miserias y privaciones. Rose, por supuesto, aunque no podía o deseaba decirlo, estaba completamente de acuerdo.

En un intervalo de aquellos meses, la dulce y bella señorita Browning se convirtió en lady Cahill, como la señora Allen se encargó de comunicar a los habitantes del albergue, lo que no sorprendió a Rose. Había notado el modo en que ella y lord Cahill se miraban y, aunque joven e inexperta, supuso que ese cambio era de esperarse y se alegró por ello.

Cuando el jardín estuvo encaminado a la recuperación de su esplendor y, según supo por algunas incursiones de espionaje en las charlas de los mayores cuando no era advertida, el albergue en sí se encontraba también orientado hacia la dirección que todos esperaban, con lo cual se aseguraba el bienestar inmediato de los ocupantes, un nuevo cambio llegó a la vida de Rose. Pero, en esa ocasión, estuvo lejos de ser tan alegre como había sido el que la había llevado allí.

Lord y lady Cahill comunicaron que dejaban Inglaterra, y la idea le pareció tan difícil de asimilar que se hundió en una profunda tristeza. Perdía a su amiga cuando apenas acababa de encontrarla. De repente estaba sola nuevamente y no importaba cuántas promesas de pronto regreso hiciera la nueva lady Cahill. Aunque Rose las recibió con sonrisas temblorosas y muestras de alegría, la verdad era que la mañana en que ella visitó el albergue para despedirse fue una de las más tristes de su vida. Ella no podía imaginar, sin embargo, que esa ausencia tan sentida la situaría al encuentro de su destino.

* * *

Rose había visto a lord Cahill visitar el albergue con cierta frecuencia y siempre le había parecido un caballero encantador, tan agradable como la joven a quien había elegido como esposa. Formaban una pareja fascinante, sumidos en una constante alegría e intercambio de miradas que, de ser algo mayor, le habrían arrancado más de un suspiro, porque un amor como el que sentían el uno por el otro no podía pasar inadvertido por nadie. En ocasiones, sin embargo, no acompañaba a su esposa, sino que se presentaba seguido por otros caballeros que mantenían largas charlas con la señora Allen, todas ellas relacionadas con los efectos prácticos del mantenimiento del albergue. Uno de ellos, el conde de Falmouth, hermano mayor de lord Cahill, era el

benefactor principal del hogar y quien se había convertido en la cabeza visible del proyecto. A Rose, en un inicio, ese hombre formidable, de cabello y ojos oscuros, con una voz grave que imponía respeto, le inspiraba cierto temor, pero pronto descubrió que era tan gentil como su esposa y su hermano menor, tan solo que algo menos efusivo en sus maneras.

Y estaba el otro, claro. El joven.

No sabía cuál era su nombre porque siempre que llegaban al albergue se sentía demasiado abrumada por su presencia como para soñar siquiera con acercarse a espiar. Algo le decía que el conde de Falmouth, aunque amable y generoso, no sería tan benevolente como su esposa si la encontraba husmeando. De modo que rondaba por allí, segura de que con su aspecto no atraería la atención de nadie, y se mantenía cerca de su madre. Pero esas reservas no le habían impedido dar una mirada y sacar algunas conclusiones respecto de los visitantes en general, y acerca de ese curioso hombre en particular.

Le inspiraba una gran intriga esa figura. Era, hasta donde sabía, el único de todo el grupo de filántropos que no tenía ningún parentesco con el resto. La señora Allen lo trataba con la misma deferencia que a los otros y se refería a él como “señor”, como hacía con lord Falmouth y lord Cahill, pero Rose había observado que era algo más abierta y afectuosa en su trato para con él. Tal vez tuviera algo que ver con el aspecto y las maneras del joven, en cuyo caso Rose no habría podido culparla.

Nunca había visto a un caballero tan apuesto como él, pero no era solo ese semblante atractivo lo que llamaba la atención, sino la actitud con la que se conducía: tan jovial como lord Cahill, pero más exuberante que él para demostrar su alegría. Rose creía poder reconocerle la risa entre una multitud. Debía de tener la misma edad que su amigo, algo más de veinte años, pero, cuando sonreía y hablaba a voces, parecía incluso menor. Su cabello, del mismo color del trigo, abundante y liso, le caía sobre la frente con descuido, y Rose había notado que acostumbraba despejarlo con resoplidos exasperados cuando le cubría los ojos, de los que no había alcanzado a ver el color porque nunca se atrevía a acercarse lo suficiente. Era tan alto, además, que ni siquiera se había tomado la molestia de calcular hasta dónde le llegaría ella de haber tenido el valor para investigarlo. Y, sin embargo, lo que más la

sorprendía era que parecía tan despreocupado como creía no haber visto a nadie antes. La risa y la satisfacción que expresaba, ese amor por la vida que parecía irradiar, la asombraban tanto como le provocaban un chispazo de envidia. Nunca, ni en los escasos momentos de mediana alegría, había sentido algo remotamente parecido.

Él jamás pareció ser consciente de la presencia de ella. A veces, los otros niños decían que Rose parecía un fantasma porque no solo no hablaba, sino que contaba con tan poca ropa que su madre había optado por usar algunas de las telas obsequiadas por la señora Allen, y que en un inicio había visto con desconfianza, para hacerle un par de vestidos. El lienzo era basto, extremadamente sencillo. La señora solía dejárselo a la costurera para que confeccionara las cortinas de la cocina y del salón de los criados pero era nuevo, limpio y, según la señora Turner, era también más que suficiente para ella. De modo que iba por la casa como una figura un tanto espectral, a veces descalza y en muchas ocasiones con la cabeza gacha porque le producía terror llamar la atención. En su experiencia, mientras más inadvertida pudiera pasar, tanto mejor. En el lugar del que provenía, la gente que se destacaba siempre la pasaba mal; lo mejor era confundirse con lo que la rodeaba y no dejar una impresión memorable. Por fortuna, con su apariencia y esos vestidos no debería preocuparse por ello.

La mañana en que despidió a lady Cahill, tras fingir sonrisas y asentir a las promesas de la dama de que se mantendría en contacto, se refugió en el jardín, tal y como había hecho en otras ocasiones desde que llegó al albergue. Si su madre se enojaba con ella o los niños la molestaban, corría allí y se escondía hecha un ovillo entre los rosales. Era tan pequeña y menuda que podía situarse tras ellos sin lastimarse con las espinas, y nadie reparaba en ella. Pero nunca había llorado tanto como en ese momento. Sus hombros se sacudían con tal intensidad que daban golpes contra el muro en el que estaba apoyada y ni siquiera fue consciente de ello, como tampoco de los sollozos que brotaban de su garganta como quejidos sonoros que reverberaban en el espacio vacío.

Habría podido continuar en ese estado durante horas, ignorante de lo que la rodeaba, con los ojos firmemente cerrados y el sabor de las lágrimas en los labios, pero una leve sacudida la obligó a callar con brusquedad. Llevada por

la impresión, despegó los párpados para descubrir quién la había tocado. Parte de ella se encontraba preparada para salir corriendo si se trataba de uno de los otros niños que la había seguido para burlarse, pero no se topó con un rostro infantil o una palabra burlona al levantar la mirada.

“Azules”. Fue lo primero en lo que pudo pensar al reconocer al hombre inclinado frente a ella. Sus ojos eran azules. Los más brillantes y alegres con que se había topado hasta entonces y, lo más sorprendente, le sonreían a ella.

—¿Te encuentras bien?

Por un momento, Rose creyó que se había quedado dormida y que debía de encontrarse dentro de un sueño. Porque, de no ser así, ¿por qué ese hombre que jamás había reparado en su existencia se dirigía a ella con tal amabilidad? La preocupación en la voz de él era evidente, así como la curiosidad con la que le observaba el rostro surcado por las lágrimas. Habría deseado responderle, pero, como siempre, no encontró las palabras. Por lo menos consiguió emitir un suspiro cargado de pesar, que él debió de interpretar correctamente porque la miró como si con ese simple gesto, hubiera dicho lo que deseaba saber.

—Extrañas a Mary, ¿cierto? —adivinó él en referencia a lady Cahill—. Es tu amiga.

Rose asintió en silencio, con la mirada fija en aquel rostro, como si se encontrara sumida en alguna clase de hechizo.

—Puedo comprender que la eches de menos, pero debes saber que ella y Alexander regresarán. Lo han prometido, y ellos nunca rompen sus promesas —le aseguró con la misma seriedad con que se habría dirigido a otro adulto en circunstancias mucho más serias—. Es más, me pidieron que velara por ustedes en tanto ellos no se encuentren aquí, de modo que, mientras eso ocurre, puedes considerarme un amigo también.

Rose sintió cómo una pequeña sonrisa se le dibujaba en el rostro al oírlo. En verdad era un sueño. O el sueño dentro de un sueño, ya no estaba tan segura. Él no pareció ser consciente de la confusión de la niña porque asintió al verla sonreír y cabeceó como si hubiera sido eso lo que esperara obtener de parte de ella.

—Mi nombre es William Sinclair —dijo él—. ¿Cuál es el tuyo?

Por primera vez en mucho tiempo, Rose se vio abrumada por la desesperación de no saber o no poder responder. Una vez más, emitió un extraño sonido, algo más claro, pero aún lejos de resultar coherente. Empero, controló su propia impaciencia y su vista se vio atraída por uno de los botones que colgaban del rosal y que acariciaba la corta cabellera de él. Con delicadeza, lo sostuvo con una mano frente a sí y lo acercó al caballero como una ofrenda.

—Rose —adivinó él al comprender—. Es un hermoso nombre. Ahora hemos sido formalmente presentados.

Entonces él hizo algo en verdad sorprendente. Se irguió cuan alto era e hizo una reverencia formal sin un asomo de sonrisa en el rostro, como si se presentara ante la reina.

—Es un honor conocerte, señorita Rose —exclamó con un brillo juguetón en los ojos.

Rose estuvo tentada a ponerse de pie e intentar un saludo tan elegante como aquel, ya que pensaba que él sin duda lo merecía, pero no se atrevió. Temía hacer el ridículo y, por otra parte, de pronto reparó en que las rodillas le temblaban, lo mismo que las manos, lo que con seguridad la habría llevado a tropezar. ¿Qué le estaba pasando? Sentía el corazón martillearle contra el pecho y le extrañaba que el caballero no se mostrara preocupado, porque creyó imposible que no lo oyera. Algo, no sabía qué, empezó a revolotearle en el estómago e inició un rápido ascenso hasta quedársele estancado en la garganta.

Él, ignorante de todo lo que ella estaba experimentando, la miró desde su altura y le sonrió con ternura.

—Debo hablar ahora con la señora Allen acerca de algunos asuntos del albergue, pero puedes venir conmigo y me aseguraré de que recibas unos pastelillos que tomé esta mañana de mi cocinero —sugirió él, al parecer no muy cómodo con la idea de dejarla allí sin compañía.

Rose sacudió la cabeza de un lado a otro porque no se creía capaz de ponerse de pie y, además, sentía que necesitaba un momento a solas. El caballero asintió sin insistir mientras la observaba con una mueca curiosa.

—Muy bien —aceptó—. Pero veré que la señora Allen te guarde algunos de esos pastelillos. ¿Estarás bien?

Rose asintió de inmediato sin desviar la mirada de aquel rostro, como si pretendiera grabar en la memoria cada uno de aquellos rasgos. Si el señor Sinclair encontró curiosa esa observación, se cuidó mucho de decirlo y, tras vacilar, posó una mano sobre la cabeza de la niña con un gesto solemne.

—No estás sola, Rose; no lo olvides.

Y, con esas palabras y una última sonrisa, se marchó.

Rose se llevó una mano al pecho tan pronto como él desapareció tras la puerta del jardín y aspiró con fuerza una y otra vez, cual si le faltara el aire. El nudo en su garganta crecía y crecía, al punto de que apenas podía creer que pudiera continuar respirando. Era una sensación desconocida que la habría asustado de no ser porque era también cálida y agradable, como una tarde de sol que le bañaba el corazón. Entonces, el nudo pareció sencillamente estallar y disolverse en mil partículas que subieron hasta llegarle a los labios y resurgieron con el mismo ímpetu de un río que ve su caudal desbordado. Brotó al fin a borbotones, en forma de una voz oxidada que sonó ajena a sus oídos, un graznido casi inhumano que, sin embargo, emitió la palabra más dulce del mundo.

—William.

Y fue así como, luego de años y años de silencio obligado por el terror, la pequeña niña conoció la que, en los años venideros, plagados de momentos dolorosos y muchas dificultades, se convertiría en su canción secreta.

CAPÍTULO 1

Londres, 1902.

William Sinclair tenía serios problemas para re-cordar cómo se sentía despertar sin aprensión cada mañana, temeroso de verse sepultado por las responsabilidades. Era difícil creer que alguna vez había sido un hombre joven y despreocupado, cuya mayor angustia tenía que ver con decidir cuál sería la mejor fiesta para visitar o las mujeres a quienes esperaba conquistar y llevarse a la cama. Y habían sido muchas fiestas y también muchas mujeres. Pero, aun cuando no parecía haber pasado mucho tiempo de ello, a veces sentía como si hubiera ocurrido en otra vida.

Era ahora un hombre de treinta y tres años; había pasado casi todos ellos en disfrute de una existencia privilegiada, pero eso acababa de cambiar. Su padre, el barón Miles Sinclair, había muerto de manera imprevista a una edad aún temprana, por lo que él había heredado el título, la posición y muchas responsabilidades.

Algunos dirían que William debía de haber estado preparado para esa situación. Se trataba del hijo mayor, el destinado a suceder al padre y había sido educado para asumir ese deber. Pero era muy pronto. Demasiado. No estaba listo, así como no estaba listo tampoco para aceptar que no vería más al hombre a quien más había respetado en el mundo. Porque había una poco usual dinámica en la familia Sinclair: sus miembros se amaban y respetaban, por lo que la pérdida del patriarca había sido un duro golpe para todos, en especial para la madre y la hermana pequeña de William, quienes hasta entonces vivían con él. La baronesa, por lo pronto, dejó transcurrir los primeros seis meses del luto recluida en la propiedad de la familia en Londres, pero, tan pronto como se cumplió ese período, decidió marcharse a la casa de unos familiares en Escocia. Así, dejaba a Anna, la hija de solo

quince años, al cuidado de William, su hermano mayor. Los otros tres hermanos estaban casados y vivían en distintas ciudades de Inglaterra, por lo que la ayuda era casi nula.

De modo que William se encontró, en un corto período de tiempo, convertido en la cabeza de una de las familias más respetadas de Londres, con todas las responsabilidades que eso implicaba, y adolorido a partes iguales por la muerte de su padre, la ausencia de su madre y el deber de hacerse cargo de una chiquilla un tanto revoltosa que parecía tan sobrepasada por la situación como él mismo. William, sin embargo, había aprendido, gracias a una rígida educación diseñada para enmascarar las emociones y enfrentar los compromisos, que no tenía sentido airear los pesares. Para quienes no lo conocían a fondo, había asumido aquellas tareas de una manera espléndida; tal vez por eso no dejaban de crecer. De pronto, todo el mundo parecía haber decidido que era el momento preciso para sepultarlo bajo mil y un pedidos y recordatorios que solo le aumentaban la desazón.

Tal vez ese incremento de obligaciones tuviera que ver con el hecho de que su padre había estado enfermo durante más tiempo del que quiso reconocer en su momento. Esposo amoroso y padre preocupado, ocultó los males que lo aquejaban por meses; ese solitario padecimiento lo llevó a desatender varias obligaciones. Cuando William asumió el título y fue informado de la situación de los bienes, le costó creer que su padre hubiera permitido que las cosas llegaran a ese punto. No lo culpó, desde luego, pues comprendía los motivos que lo habían llevado a obrar de esa forma, pero no pudo menos que sentirse abrumado. Le llevó medio año simplemente colocar en orden cada desbarajuste, saldar deudas vencidas, amén de visitar algunas de las propiedades en la campiña para asegurarse de que marcharan del mejor modo en consideración de las circunstancias. Para cuando se sintió tranquilo en ese aspecto y regresó a Londres luego de su último viaje, incluso cuando sabía que le llevaría aún más tiempo devolver el orden absoluto a los asuntos, se encontró con que su madre se había marchado a Escocia: solo había dejado tras ella una breve nota y a la desconsolada Anna. Eso sin contar los asuntos que se habían acumulado durante su ausencia.

De haberse tratado de un hombre menos osado y tenaz, tal vez habría dado media vuelta y regresado a cualquiera de las propiedades en que hubiese podido encontrar al menos un poco de tranquilidad, pero William jamás habría hecho algo como eso. De modo que acusó el golpe con gracia, consoló a su hermana lo mejor que pudo mediante promesas de que encontraría a alguien que le hiciera compañía y se dispuso a empaparse de los nuevos asuntos que debía atender. Por suerte, acababa de incorporar, producto de la última visita a Devon, a un nuevo administrador que sustituiría al que se había retirado poco después de la muerte del barón. El señor Bishop era joven, pero estaba preparado a la perfección, ya que su padre había sido el administrador en aquel tiempo de la propiedad Sinclair en la zona y había educado al hijo para que le siguiera los pasos. Si el joven Bishop era la mitad de hábil que el padre, le sería de gran ayuda.

“Gracias al cielo por las pequeñas bendiciones”, se dijo William con una sonrisa amarga al pensar en eso. Llevaba toda aquella mañana revisando la correspondencia en la biblioteca que fungía también de oficina en el trabajo diario. Ocupaba el escritorio que había sido de su padre, y el señor Bishop dejaba caer sobre él cada tanto una ristra de papeles que William recibía con expresión estoica para estudiarlos con cuidadosa atención y decirse que tal vez las cosas no fueran tan mal después de todo. A ese ritmo, y con los asuntos mejor encaminados de lo que habían estado en meses, quizá pronto podría tomarse un respiro. Sin embargo, al leer la última carta del montón, frunció el ceño y luego miró al señor Bishop con las cejas elevadas.

—¿Cuándo llegó esta carta de lord Falmouth? —preguntó.

El administrador se inclinó hacia él al tiempo que atisbaba entre sus notas.

—Hace dos semanas, milord —respondió solícito, pero se corrigió al cotejar las fechas—. Lo siento, tres semanas.

El ceño de William se acentuó en tanto releía el texto.

—¿Y por qué la he recibido ahora?

—Llegó junto con otras de Gloucestershire y fueron trasapeladas. Cuando las descubrí, me encargué de abrir las que estaban relacionadas con su propiedad allí, pero esta, al ser personal... —El hombre se mostró arrepentido—. Lo siento, milord.

William exhaló un suspiro y asintió.

—Hizo bien, no ha sido su culpa. Pero hay serios asuntos que debo atender —dijo mientras se ponía de pie.

El señor Bishop lo observó en silencio, sin poder evitar sentirse un tanto intimidado. Había notado que lord Sinclair tenía ese efecto en muchas personas y, al parecer, él no era la excepción. Aunque llevaba varias semanas trabajadas junto al nuevo barón, aún le resultaba difícil no mostrarse impresionado en su presencia. Lo primero que le había llamado la atención de él era la altura, muy superior a la media, así como aquella corpulencia, signo inequívoco de constante ejercicio físico, poco habitual en otros hombres de tan elevada posición. Ya había notado, además, que la mayor parte del personal femenino de la mansión se deshacía en suspiros tras los pasos del aristócrata, lo que no dejaba de parecerle un poco injusto, pues tantos méritos en un solo hombre no podían ser equitativos. Sin embargo, con el tiempo, y debido al trato continuo, había llegado a la conclusión de que lord Sinclair era también un caballero decente e íntegro en el trato con los subalternos, así que la simpatía había desterrado buena parte de esa envidia. Pero vaya que la sentía de vez en cuando.

William, ajeno a la observación de su empleado, tomó algunos papeles del escritorio y los unió a la carta de lord Falmouth sin dejar de mascullar entre dientes. El conde debía de encontrarse muy preocupado por la ausencia de una respuesta; por otro lado, no quería ni pensar en el estado en que debía de estar el albergue.

—Señor Bishop, pasaré unas horas en el albergue. Espero estar de vuelta antes de que oscurezca. Aproveche mi ausencia para revisar la documentación del lugar y compruebe las últimas cuentas que recibimos, aunque de eso han pasado meses. No tengo idea de dónde se puedan encontrar, pero si busca entre los archivos del antiguo administrador, tal vez dé con ellas. Pienso pedirle a la señora Allen que me deje traer algunas de las que ella pueda guardar, así que en realidad no es tan urgente, pero prefiero tener un respaldo.

Mientras William hablaba, tomó la chaqueta del traje, que había dejado al empezar el día, y se dirigió a la puerta.

—Creo haber visto algo, milord, pero esperaba conversarlo con usted luego —respondió el joven al tiempo que lo seguía, con serios problemas para mantenerle el paso.

—Muy bien. Hablaremos a mi regreso entonces.

El señor Bishop asintió y lo vio desaparecer en dirección a la entrada, donde un diligente mayordomo se había ubicado ya al lado de un lacayo, con el sombrero y los guantes que le tendía en silencio al señor. Cómo diablos había sabido el hombre que lord Sinclair estaba a punto de salir, eso nunca lo sabría. Había notado ya que en esa casa la servidumbre se conducía como una gran máquina eficiente que podía incluso adelantarse a las necesidades de los señores.

Regresó a la biblioteca mientras hacía cuentas mentales, decidido a avanzar con el trabajo tanto como fuera posible para mostrárselo a lord Sinclair cuando regresara. El tema del albergue lo perturbaba de manera especial ya que, al revisar las cuentas dejadas por el anterior administrador, había descubierto que distaba de ser una inversión sensata. Su patrón asignaba una cantidad muy elevada para, junto a los otros benefactores, conseguir que el lugar continuara funcionando. ¿Qué podía haber en un lugar como aquel para que lord Sinclair saliera apresurado al menor aviso de alarma y destinara una importante fortuna para mantenerlo? La respuesta escapaba a su comprensión.

* * *

Rose reprimió un bostezo y pestañeó una y otra vez para ahuyentar el sueño, con cuidado de que la señora Allen no lo notara. Apenas era pasado el mediodía y se encontraba exhausta. Se había levantado al amanecer, como siempre, pero no se había detenido desde ese momento, y el cansancio empezaba a pesarle como una losa. Los niños habían estado más inquietos de lo habitual: el bebé de la señora Plummer mostraba signos de una leve fiebre, por lo que la cocinera había tenido que ausentarse, así que debió ocuparse del almuerzo con Jenny, la mujer que ayudaba en el albergue en todo tipo de

labores. Aún tenía que pasar por la casa de Meg para dejarle algunos de los víveres que había reunido para ella durante la semana. Si pudiera descansar solo unos minutos...

La voz de la señora Allen llegó a ella y tuvo que hacer un esfuerzo para enderezar la espalda, en tanto que se pellizcaba las palmas de las manos para mantenerse centrada.

—No olvides que aún no hemos hecho el inventario de este mes. Es posible que debamos pedir algunas cosas más del almacén a la señora Chester, pero no estoy segura; además, no puedo recordar dónde dejé la última lista...

Rose esbozó una pequeña sonrisa a fin de tranquilizarla.

—Está en su escritorio, en el tercer cajón de la derecha. Me pidió que la guardara allí hace unos días —indicó ella con voz suave y bien modulada.

Fue el turno de la señora para pestañear, confundida, y le tomó todo un minuto registrar lo que le decía y asentir.

—Sí, claro, lo había olvidado —dijo—. Gracias, Rose.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarla?

—A decir verdad, sí. Me gustaría que fueras a recoger las telas para los vestidos de las niñas a la casa de la señora Barrow. Recuerda que dijo que las entregaría sin costo siempre y cuando alguien fuera por ellas. Lamento darte ese trabajo, pero...

—No se preocupe. Iré esta tarde.

La señora sonrió aliviada y dejó caer la cabeza contra el almohadón del sillón en que se encontraba reclinada. A veces, en momentos como aquel, era más que evidente lo avanzado de su edad, además de cuán agotada parecía sentirse después de una vida de trabajo duro y sacrificios. El que buena parte de ese arrojado fuera destinado a mejorar la vida de otros sin recibir nada a cambio la situaba muy alto en la estima de Rose, cuya vida era una de aquellas que había mejorado; nunca podría agradecerle lo suficiente por ello. Sin duda podía hacer un esfuerzo más para ahuyentar el cansancio y ayudarla. Más tarde podría dormir.

Dio una mirada al salón en que se encontraban, que era más bien una salita de uso particular de la señora que destinaba a sus escasos momentos de ocio, aunque, a pesar de que se trataba de su lugar personal, con frecuencia

dejaba que fuera usada por las mujeres del albergue para hacer sus labores de costura. La señora Allen adoraba ese espacio. Rose podía entender por qué. Aunque pequeño, irradiaba encanto y calidez, gracias a la chimenea labrada, las pinturas de los antepasados de la propietaria junto a los muebles cómodos y acogedores en los que uno podía sentirse en casa. Según transcurría el tiempo y la edad dejaba caer su velo, la señora pasaba más tiempo allí. Eran muchas las veces en que Rose la acompañaba para ayudarla en la organización del albergue y recibir pedidos como los de aquel día.

Lo hacía todo con gusto. Estaba convencida de que, no importaba cuánto hiciera, nunca podría pagar lo que habían hecho por ella y su madre en ese lugar. Por supuesto, de encontrarse la última con vida, estaría de acuerdo.

Su madre había fallecido hacía cinco años, cuando Rose acababa de cumplir catorce. Aunque la echaba de menos cada día y, en un inicio, le había costado mucho acostumbrarse a su ausencia, la consolaba la idea de que había partido en paz, al saber que la joven estaría a salvo en el albergue. El padecimiento de la señora Turner había sido largo y doloroso, causado por los estragos de la enfermedad en los pulmones que había contraído durante la época en que trabajaba en una fábrica de algodón. No había sido sorprendente para nadie, por desgracia, porque era un mal usual en las personas que se dedicaban a esa labor. De modo que Rose no tenía más familia a quién acudir, pero en verdad nunca la echó en falta. El padre de la joven las había dejado cuando ella era un bebé y ni siquiera podía recordarlo, por lo que siempre habían sido solo su madre y ella. Con el tiempo se les unieron las personas del albergue. La señora Allen y los otros habitantes de la casa eran toda la familia que necesitaba, y habría hecho lo que fuera por cualquiera de ellos.

—No olvides comer algo antes de salir, no quiero que te desmayes por allí. Haces demasiado.

La señora Allen reclamó de nuevo su atención y debió ahuyentar los recuerdos para atenderla.

—En realidad no. Solo lo parece porque no me gusta quedarme quieta — se permitió bromear Rose con una mueca divertida—. Pero comeré antes de salir, no se preocupe. Tenemos ternera hoy y Jenny dice que es su mejor plato.

La señora suspiró y le dirigió una mirada escéptica.

—Temo que eso no es una gran garantía —masculló de mala gana—. Espero que la señora McAdams regrese mañana, tal y como dijo.

—Sin duda lo hará, pero no puede evitar estar emocionada y querer quedarse unos días con su hija. Acaba de convertirse en abuela.

La señora Allen cabeceó, en reconocimiento inevitable de la verdad de aquellas palabras. No podía, sin embargo, continuar sin la mujer que había sido la cocinera del albergue por décadas y a quien siempre echaba en falta cuando se ausentaba por algún motivo. Ni Jenny ni Rose, con sus buenas intenciones, podían igualarla en la cocina, y los chicos se resentían por el cambio.

—Sí, sí, supongo que tienes razón —aceptó la señora—. Voy a leer un momento, si no te importa. ¿Crees que tú y Jenny puedan encargarse de todo?

—Por supuesto.

Rose asintió en señal de despedida y se preparó para marcharse, pero la señora Allen la llamó.

—Creo que no digo con frecuencia cuán agradecida estoy por todo lo que haces por nosotros, Rose. Jamás habría podido imaginar que esa niña silenciosa que llegó aquí hace tanto tiempo se convertiría en una joven tan importante para este lugar. Tu madre estaría muy orgullosa.

¿Lo estaría? Rose se había hecho esa misma pregunta más de una vez y no había podido llegar a una respuesta con certeza. A su madre la tranquilizaría saber que se encontraba a salvo, desde luego, pero dudaba seriamente de que la entusiasmara la idea de que permaneciera allí por siempre. Desde la llegada de ambas al albergue, habían tomado esa estadía como un evento temporal, pero los años habían transcurrido, la madre había muerto, y Rose no tenía idea de qué era lo que habría deseado aquella mujer para la vida de su única hija. Suponía, y esperaba estar en lo cierto, que, estuviera donde estuviera, se encontraría tan satisfecha como ella misma con la manera en que había resultado todo. Rose no se podía imaginar en otro lugar o haciendo cualquier otra cosa. Allí estaba a salvo, era apreciada, ¿qué más podía desear?

Había algo, claro. ¿Acaso no tenían todas las personas un anhelo secreto? ¿Un sueño tan lejano que, no importaba cuánto extendieran la mano, nunca podrían alcanzar? Y el de ella se encontraba tan alto que hubiera sido más sencillo hacerse con una estrella del firmamento, se recordó con serena resignación. De modo que, cuando notó que la señora Allen la veía con expresión preocupada, un tanto ansiosa por la falta de respuesta, forzó una sonrisa y asintió.

—Claro que sí. Mi madre estaría muy satisfecha —dijo ella con simpleza—. Será mejor que me vaya ahora para asegurarme de que los chicos estén ya en el comedor. Le avisaré en cuanto haya regresado de la casa de la señora Barrow.

La señora Allen le devolvió la sonrisa, aliviada por esas palabras, y se repantigó en el sillón con un suspiro. Rose dejó el salón con paso apurado, sin detenerse un instante a pensar en la charla que acababan de mantener. Tenía mucho trabajo por hacer.

No le extrañó que, en ausencia de Jenny, que había decidido volcar todo esfuerzo y entusiasmo en la cocina, los niños se encontraran más alborotados de lo acostumbrado. Era lo que ocurría siempre que no había un adulto alrededor para llamarlos al orden cuando era necesario. Sin embargo, tan pronto como Rose se presentó en el salón donde la mayor parte de ellos sostenía una extraña competencia por ver quién podía llegar más alto al trepar las cortinas, todos detuvieron los gritos y el alboroto y la miraron con expresión de bienvenida.

Sí, era muy valorada allí. Incluso querida, se atrevía a suponer. La señora Allen tenía mucha razón: su madre se habría sentido orgullosa.

Tras pedirles a los chicos que mantuvieran el orden y asegurarse de que el almuerzo estaba a punto de ser servido, los llevó al comedor, donde una agotada Jenny procuraba atender la mesa al tiempo que supervisaba los guisados en la cocina. Esperaba que la señora McAdams no prolongara aquella ausencia, porque les hacía mucha falta y no estaba segura de cuánto tiempo podrían ella y Jenny llevar todo el peso de las obligaciones del albergue. De por sí, si se consideraba la cantidad de niños que tenían allí, les habría venido bien contar con un poco más de ayuda. Las mujeres hacían tanto como podían, pero había un desbalance que se volvía más evidente con

el paso de los años. En ese momento contaban con tres mujeres y doce niños hospedados, y la mayor parte de los últimos eran huérfanos. Las madres que se quedaban allí con los hijos velaban por ellos, pero dos de ellas tenían empleos fuera de la casa, y la única que quedaba acababa de tener un bebé. La señora Allen decía con frecuencia que, a ese paso, el albergue iba a convertirse en un orfanato, y Rose no habría podido decir lo que pensaba de esa posibilidad. Ella había pasado un tiempo en un lugar que albergaba solo a niños, y la experiencia había resultado poco menos que aterradora. Las cosas allí eran distintas, pero aun así estaba convencida de que cualquier niño debería poder compartir al menos un tiempo con algún padre. La vida, sin embargo, no parecía estar muy de acuerdo con ella.

Tras un suspiro, Rose desechó los pensamientos poco alegres y escuchó a los niños con interés. Una dama bien instruida que había sido buena amiga de lady Falmouth iba dos veces por semana a darles clases de las materias elementales, y ahora, como cada vez que se marchaba, se mostraban emocionados y no dejaban de hablar todos al mismo tiempo para contar lo que habían aprendido. Por lo general, ella disfrutaba oírlos, pero tenía tantas cosas en la cabeza que no lograba concentrarse, por lo que exhaló un suspiro de alivio cuando la comida terminó y pudo enviar a los niños a asearse y jugar, con la promesa de que compartiría un poco más de tiempo con ellos en cuanto terminara con sus labores.

Ayudó a Jenny a limpiar la mesa y subió a la habitación tan rápido como le dieron los pies. Al llegar a vivir allí, había compartido un salón que había sido acondicionado como dormitorio para los niños en el segundo piso de la casa, mientras que su madre ocupaba uno con otras dos mujeres a solo unas cuantas puertas; pero, tras la muerte de su madre, la señora Allen consideró que era ya demasiado mayor para compartir el dormitorio con los niños. En cambio, le cedió una pequeña habitación en el desván, el cual se había convertido con los años en su refugio. Era tremendamente fría en invierno, pero tenía el permiso de la señora Allen para encender la chimenea cuando lo deseara y Rose apreciaba esa pequeña muestra de independencia. Contaba con una confortable cama, un escritorio bajo la ventana y acababa de

acondicionar un rinconcito en el que consiguió incluir un cómodo sillón para leer por las noches. Apenas le quedaba espacio para moverse, pero no habría cambiado absolutamente nada. Para ella, era perfecto.

En ese momento, con el tiempo que pasaba con rapidez, tomó una bolsita con monedas que había dejado preparada esa mañana de debajo de un cojín y la escondió entre la ropa que llevaba puesta. No tenía espejo, así que se alisó el rebelde cabello ensortijado ayudada por la intuición y rogó por que no se viera demasiado desprolijo. Examinó el vestido y contuvo un suspiro de pesar al pasar las manos por el frente. No era muy distinto del que usaban las niñas. Lo había cosido ella misma y, en ese momento, lamentó haber sido tan negligente que ni siquiera se había molestado en efectuar algún arreglo que lo hiciera lucir más propio de una joven y no de una infante. Tal vez, si le quedara algo del género obsequiado por la señora Barrow, podría confeccionar algo para sí misma... Pero eso no sería más que un sueño a menos que se pusiera en camino, se recordó a modo de regaño.

Bajó corriendo de nuevo y dio un rodeo para dirigirse a la cocina, con el objetivo de avisar a Jenny que se iba y que antes tomaría algunos víveres que tenía apartados. Ella sabía adónde se dirigía y la ayudaba con entusiasmo en esas tareas, pero no la encontró allí. Frunció el ceño, confundida y, sin vacilar, salió a buscarla, aliviada al verla salir a su encuentro. Venía apurada, secándose las manos con el delantal y con una expresión curiosa en el rostro.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estabas? —preguntó Rose sin disimular la impaciencia.

Jenny acababa de cumplir cincuenta años, pero en ese momento le recordó a una colegiala: tenía las mejillas sonrosadas y una sonrisa embelesada le danzaba en los labios.

—Fui a atender la puerta —respondió al verla, al tiempo que ponía serio el semblante—. ¿No oíste la campanilla?

—No, estaba en mi habitación. Sabes que apenas se oye desde allí, y estaba distraída. ¿Quién era? ¿Un acreedor? No le digas nada a la señora Allen, yo...

Jenny sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No era ningún acreedor —indicó ella—. Se trata de lord Sinclair. Ha venido a hablar con la señora Allen. Le dije que ella se encuentra un poco indispuesta, pero insistió, parece que es urgente que hable con ella. Iba a buscarla ahora. ¿Podrías hacerle compañía mientras tanto? Lo he llevado al saloncito de recibo. No creo que debamos dejarlo solo. ¿Rose?

La joven asintió a duras penas, mientras forzaba una sonrisa para despejar la sombra que le había asomado al rostro al oír el nombre del visitante.

—Claro que tienes razón, no es correcto dejarlo a solas —convino en tono tan sereno como le fue posible—. Ve por la señora Allen y procura que se dé prisa. No quiero retrasar más mi salida o se hará muy tarde.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y se dirigió al salón, pero se detuvo a unos pasos de franquear la puerta, con las manos fuertemente sujetas contra el pecho. Las sacudía un fuerte temblor, el mismo que le recorría buena parte del cuerpo, y aspiró una y otra vez para recuperar el autodomínio. ¿Cuánto hacía que no lo veía? Meses. Pero habrían podido ser semanas o años, no habría hecho mayor diferencia, ya que el anhelo era el mismo. Cerró los ojos un momento y no los abrió hasta que se sintió del todo serena. Solo entonces traspasó el umbral de la puerta y se mantuvo a cierta distancia del visitante, sin atreverse a acercarse más. Él tardó un instante en notar la presencia de la joven. Parecía pensativo en la contemplación de lo que fuera que viera a través de la ventana frente a la que se encontraba de pie, pero, cuando la oyó, giró, y un gesto de reconocimiento le afloró en los rasgos.

—Rose —la saludó con una leve cabezada—. Ha pasado mucho tiempo.

La joven hizo una esmerada reverencia, agradecida por las enseñanzas de la señora Allen, y se mantuvo con los pies firmes sobre el suelo que acababa de pulir esa mañana.

—Sí, milord, mucho tiempo —afirmó ella—. Me dijo Jenny que ha venido en busca de la señora Allen.

Él asintió, sin dejar de observarla con esa mirada profunda que parecía ver tan íntimamente en ella y que conseguía siempre que le flaquearan las rodillas. Dudaba de que fuera consciente del efecto que tenía sobre ella, pero eso no lo hacía menos humillante.

—Sí; me informó que no se encuentra muy bien, pero es imperativo que hable con ella. No insistiría de no ser así.

—Claro. Comprendo. —Rose bajó la mirada y asintió—. Ella vendrá en un momento.

—Perfecto. Procuraré ser breve para que pueda volver a descansar.

Rose hizo una mueca que podría haber pasado por una suerte de sonrisa y volvió a asentir, inquieta y sin saber qué hacer con las manos. No podía evitar sentirse torpe, como le ocurría siempre que tenía que compartir un espacio con él sin la presencia de nadie más que la ayudara a mostrarse tan distante como habría deseado.

Lord Sinclair debió de darse cuenta de la incomodidad de ella, porque desvió la mirada y le dio la espalda para sentarse en uno de los sillones preferidos de la señora Allen. ¿Por qué no lo había invitado a sentarse? Debía de pensar que, además de tonta, era también descortés.

—¿Cómo has estado, Rose?

Ella levantó la cabeza ante la pregunta y dio un paso hacia adelante sin ser consciente de ello. La suavidad de aquella voz la atraía como si se tratara de un encantamiento. Se aclaró la garganta con delicadeza antes de responder.

—Muy bien, milord —expresó.

—¿Estás segura? —insistió él con otra de sus profundas miradas—. No quiero ser indiscreto, pero pareces exhausta. ¿Descansas lo suficiente?

Rose frunció el ceño ante esas palabras. ¿Era tan obvio? En lugar de sentirse halagada por el hecho de que él lo hubiera notado, se retrajo más hacia sí misma, como si le hubiera hecho alguna clase de crítica que no supiera cómo encajar.

—Claro que sí. Más que suficiente —dijo ella con voz tirante.

—No pretendía ofenderte.

—No lo ha hecho.

Luego de ese breve intercambio de palabras, el silencio se instauró entre ellos, y Rose miró sobre su propio hombro en dirección a la puerta, en tanto se preguntaba cuánto más tardaría la señora Allen en aparecer. Convencida de que estaba consiguiendo cualquier cosa menos ser una compañía agradable, carraspeó e hizo un esfuerzo para mirarlo a la cara, con cuidado de no detenerse en aquellos ojos.

—Me preguntaba si ha tenido noticias de lady Cahill.

Él se mostró animado por la velada pregunta, como si fuera un tema con el que se encontrara más cómodo.

—¿De Mary? Oh, sí, recibí una carta de Alexander hace unos días. —Asintió con una leve sonrisa—. Según dice, él y Mary planean dejar Surrey por una temporada.

Rose no pudo contener la alegría que esa respuesta le produjo. Hacía casi un año que no veía a lady Cahill y la echaba mucho de menos. A pesar de sus diferencias, era una de las pocas personas en el mundo con quien se sentía realmente a gusto y la emocionó la posibilidad de que pudieran reencontrarse pronto.

—¿Vendrán a Londres? —insistió ella entonces.

Lord Sinclair hizo un gesto que reveló cuánto habría deseado que la respuesta fuera distinta.

—Sí, pero no pronto, lo lamento —agregó—. Visitarán Gloucestershire primero, y es posible que se queden un tiempo allí.

Rose suspiró sin poder evitarlo y se retrajo nuevamente.

—Comprendo —fue todo lo que dijo.

Él se adelantó un poco en el asiento.

—Echas de menos a Mary. —Se trató más de una afirmación que una pregunta.

—Sí, claro. Ella es siempre muy amable conmigo.

—Le agradas mucho y te valora como una amiga. Pero sabes que, en tanto ella no esté aquí, puedes considerarme un amigo también —le recordó él.

Fue exactamente lo mismo que le había dicho hacía tanto tiempo, la primera vez que le había dirigido la palabra, pero le pareció tan imposible en aquel momento como lo entendió entonces. Rose no dijo tal cosa, claro, sino que esbozó una tensa sonrisa en señal de agradecimiento.

—Gracias, milord, eso es muy amable de su parte —respondió ella con una nueva mirada detrás, por sobre el hombro—. Lamento dejarlo solo, pero tengo algunos encargos que hacer. La señora Allen vendrá en un momento. ¿Hay algo que pueda hacer por usted? ¿Quiere que le traiga un poco de té antes de irme?

Él frunció levemente el ceño al oírla.

—No eres una doncella, Rose; ese no es tu trabajo —señaló en tono serio.

Ella habría querido decir que, en cierta medida, ese era en realidad su trabajo. Ese y cualquier otro que le permitiera continuar allí sin sentirse un estorbo. ¿Qué otra cosa quería que hiciera?

—Me gusta ayudar —respondió en su lugar. Y era sincera.

Lord Sinclair no pareció muy complacido con su respuesta, pero asintió.

—Si no es molestia, entonces, un té estaría muy bien. Por favor.

—Se lo traeré en un minuto.

Rose sintió la mirada clavada en la espalda durante todo el camino de regreso a la cocina.

* * *

—Comprendo lo que quiere decir, milord, pero creo que no debería preocuparse tanto. Todo marcha muy bien.

William miró a la señora Allen por encima de la taza e hizo un leve gesto de asentimiento, al tiempo que se preguntaba qué edad tendría la señora. Según recordaba, era ya una mujer mayor cuando unió fuerzas con lady Falmouth para instaurar el albergue, y de ello habían pasado casi diez años. Nunca se había detenido a considerar cuán determinante podría ser la edad con respecto a que la dama pudiera continuar al frente de ese emprendimiento. Tal vez ello tenía que ver con el hecho de que nunca le había parecido tan cansada como en ese momento.

—Lord Falmouth no está del todo de acuerdo con esa apreciación —replicó él con tono amable porque no deseaba ofenderla, pero era importante que dejara sentada su posición—. Lo preocupa la posibilidad de que el albergue no esté funcionando tan bien como debería, y lady Falmouth comparte esa preocupación.

—Recibí una carta suya hace unas semanas y no mencionó nada al respecto.

—Es posible que prefiriera hablar del tema en persona. Espero que ella y lord Falmouth visiten Londres pronto, pero, en tanto ello ocurre, me gustaría ser de utilidad —dijo él—. A decir verdad, es en gran parte mi responsabilidad.

La dama lo observó con el ceño fruncido.

—Usted ya hace suficiente, lo mismo que lord Falmouth y su familia —objetó ella, muy segura—. E insisto en que las cosas no marchan tan mal. Hemos llevado este lugar durante años sin mayor problema.

En opinión de William, había una gran diferencia entre “tan mal” y “muy bien”, como había dicho ella antes, pero se abstuvo de mencionarlo. En lugar de eso, miró la taza que sostenía entre las manos, pensativo. Rose acababa de marcharse tras dejar el servicio de té para él y la señora Allen, y parte de él deseó que aún se encontrara allí. Tenía la impresión de que podría ayudarlo a hacer comprender a la señora la gravedad de la situación, pero la joven había dejado todo y había desaparecido tan pronto como la señora Allen había llegado, lo que le recordó cuán extraño le resultaba lo poco que a ella le gustaba estar en presencia de él. Lo achacaba a la timidez y a ese talante tan reservado que había observado con el transcurrir de los años, pero no dejaba de ser desagradable para él, aun cuando nunca se había detenido a pensar en el motivo. Hizo a un lado sus pensamientos al notar la mirada de la señora Allen fija en su rostro y comprendió que no le había dado una respuesta.

—Admiro esta obra, señora, que usted ha llevado a cabo; debe saberlo, y todos los que están involucrados de algún u otro modo con el albergue comparten mi opinión —comentó él, con palabras medidas—. Pero incluso usted tendría problemas para llevar a buen puerto una labor como esta en determinadas circunstancias. Hay más personas ahora de las que había en sus inicios, la mayor parte de ellas, niños que requieren una atención especial.

—Y la reciben. Me ocupo de ello, lo mismo que Rose, Jenny y todos los que trabajamos aquí.

—Pero Rose no es en realidad una empleada del albergue, ¿cierto? —replicó él con cierta dureza en la voz.

La señora se encogió de hombros, sin advertir el malestar que él mostraba.

—Es como si lo fuera. Esa es su labor —expuso ella, y no hubo malicia en la respuesta—. Le aseguro, milord, que Rose está muy contenta aquí y que le gusta lo que hace. Si cree que el albergue tiene problemas, no imagina cómo andaría sin la ayuda de ella.

William apretó los labios y desvió la vista a la ventana, tras lo que se permitió derivar la charla a un tema que no tenía quizás una relación directa con el manejo de la institución, pero que no dejaba de rondarle la cabeza. Con mayor razón, como había sido la señora quien había mencionado el nombre de Rose, supuso que esa era una oportunidad tan buena como cualquier otra para comentarlo.

—Es una muchacha extraña, Rose —dijo él, mientras volvía la atención a la señora—. No sé qué decir cuando hablo con ella. Parece siempre demasiado reservada, no dice lo que piensa. Su inteligencia es evidente, pero apenas habla conmigo, y me cuesta mucho obtener una respuesta de su parte. A veces me da la impresión de que me teme, pero no comprendo el motivo, no creo haberla ofendido jamás.

La señora Allen no pareció sorprendida por aquellas palabras. Era posible que lo hubiera oído antes, y no encontró nada extraño en el interés del caballero.

—Rose es una joven cauta, pero es parte de la formación que ha tenido. Su madre era demasiado severa, creo yo. La mantenía muy restringida, y ella se ha acostumbrado a actuar de esa forma. Estoy convencida de que no tiene nada que ver con usted.

Fue el turno de William para encogerse de hombros.

—Yo no estaría tan seguro —replicó, para luego continuar antes de que la señora pudiera hacer cualquier acotación—. Pero, volviendo al tema del albergue, creo que, aun con la ayuda de Rose, se requieren algunas mejoras en su manejo.

La señora se adelantó en el asiento, con las manos fuertemente sujetas sobre la falda, y William comprendió en un raptó de claridad hasta qué punto era ese lugar la vida de aquella mujer y cuánto significaba para ella. En consideración a eso, sonrió a fin de tranquilizarla.

—Solo queremos hacer las cosas más sencillas para usted y los niños —indicó él—. Lord Falmouth me pidió que diera una mirada a las cuentas e inspeccionara el lugar para informarle acerca de qué mejoras pueden hacerse.

La señora Allen lo escuchó en silencio y luego se llevó una mano a la frente.

—Para serle sincera, milord, no sé si tendré las energías para encargarme de algo como eso —reconoció con voz queda.

La sonrisa de William se amplió al tiempo que le dirigía una mirada amable.

—Es una suerte, entonces, que no tenga que hacerlo sola.

* * *

Rose hizo un gesto de malestar al sortear un charco de agua y desechos que estuvo a punto de pisar por ir con la cabeza en las nubes. Apretó el hato con las telas para el albergue que acababa de recoger en la casa de la señora Barrow y prestó atención al camino. Debería haberle dicho a Meg que no podría ir hasta la semana siguiente, pero no había tenido corazón para hacerlo en su momento y ahora se encontraba tan cerca que se dijo que no le pasaría nada por hacer un último esfuerzo.

Al llegar a Red Cross Street, contrajo el ceño en un esfuerzo por permanecer impasible frente a toda la miseria que la golpeó de lleno como una bofetada en el rostro. Le ocurría siempre que iba a esa zona de la ciudad, lo que le recordaba, además, cuán afortunada había sido al poder escapar del futuro que habrían tenido su madre y ella de haber permanecido allí.

Sin detenerse a pensar mucho al respecto, porque eso solo le ocasionaría más distracciones, dio un rodeo para evitar a un grupo de hombres apostados en las afueras de una taberna a punto de abrir y se internó entre una hilera de casuchas con los sentidos en alerta. No vio nada fuera de lo ordinario y, tras detenerse frente a la última casa de la derecha en aquella calle, tocó con un par de golpes resueltos. Al cabo de un momento, escuchó el sonido de unas pisadas que descendían una escalera interior y sonrió al encontrarse con el rostro del pequeño que le abrió la puerta.

—Hola Jimmy, ¿se encuentra tu madre en casa?

—Has tardado —respondió él con su vocecita chillona.

—Lo siento, pero estoy segura de que me disculparás cuando veas la conserva de cerezas que traje solo para ti.

El niño mostró una sonrisa que dejaba expuesta la falta de un diente delantero y le franqueó el camino por la escalera que acababa de descender. No se detuvieron hasta llegar al segundo piso, donde se encontraron con una nueva hilera de puertas, pero esa vez Rose se dirigió sin dubitaciones a la primera del pasillo, la única que se encontraba entreabierta.

Cruzaron el umbral con naturalidad y Rose hizo un saludo a la mujer que se hallaba sentada en un rincón de la habitación. Sostenía una cesta sobre las rodillas e inspeccionaba el contenido con el ceño fruncido, pero, al oírlos llegar, levantó la mirada y les dirigió una sonrisa carente de alegría.

Meg Delaney contaba con apenas tres años más que Rose, pero, vista con frialdad, habría aparentado superarla al menos por una década. Apenas sonreía, excepto cuando se dirigía a su hijo, y el resto del tiempo parecía esconderse tras una máscara de amargura. Rose sabía, sin embargo, que no le faltaban razones para sentirse desdichada y que, en realidad, era una amiga leal y una madre excelente. La conocía desde que ambas eran pequeñas, ya que los padres de Meg les habían dado refugio a ella y a la señora Turner más de una vez, pero la situación de aquellos era tan difícil como la de ella misma y, aunque hubieran querido ayudarlas más, no les habría sido posible. Cuando Rose y su madre dejaron las calles para ir a vivir al albergue, ella perdió el contacto con Meg, pero se habían topado hacía un par de años en el mercado. Fue así que se enteró de que Meg había dejado su hogar para marcharse con un marinero que había conocido apenas cumplidos los quince años, de que la había abandonado poco tiempo después y de que la había dejado con su hijo pequeño, Jimmy. Desde entonces, sobrevivía lo mejor que podía. Se dedicaba a la costura, el lavado y, cuando le era posible, se unía a las vecinas para planchar la ropa que les dejaban algunos nobles que pagaban bien por el servicio. Rose procuraba visitarla al menos una vez a la semana y le llevaba siempre algunas cosas que conseguía reunir gracias a la modesta paga del albergue, un dinero que en un inicio la señora Allen la había obligado a recibir, pero que ahora le suponía al menos una pequeña fuente de ingresos.

Meg era orgullosa, por lo que se le daba muy mal agradecer las atenciones, pero Rose la conocía lo suficiente para saber que apreciaba aquella ayuda, no tanto por lo material que pudiera recibir, sino porque era la amiga más cercana que tenía y, en cierto modo, la consideraba parte de la

familia. Además, Rose se comportaba tan afectuosa con Jimmy que el niño se mostraba encantado cada vez que la veía, y eso la hacía feliz. Salvo por la madre de Meg, el resto de la familia se había desentendido de ambos, y era un alivio para ella saber que siempre podría contar con Rose.

—¿Qué es eso que llevas? ¿Van a cambiar las cortinas de ese lugar? Porque, si pensabas dejarlas aquí, preferiría que no lo hicieras.

Rose sacudió la cabeza de un lado a otro y dejó la carga sobre la cama disimulada en un rincón, que servía para Meg y Jimmy, al lado del espacio que usaban como cocina.

—Son las telas que nos ha obsequiado una señora para los nuevos vestidos de las niñas —respondió ella con una ceja alzada.

Meg se encogió de hombros.

—Bueno, mamá dice siempre que la caridad no es dar lo que uno no querría para sí mismo, pero no quiero criticar.

—No, claro que no. Nunca lo haces.

Rose contuvo un bostezo y se llevó una mano a la cabeza en tanto deshacía la bolsa que llevaba sujeta a la cintura del vestido. Extrajo de allí algunas de las cosas que había tomado del albergue con el permiso de la señora Allen. Meg la observó en silencio. Una sonrisa tierna afloró a los labios de aquella amiga cuando vio la expresión extasiada de su hijo al tomar la conserva prometida.

—Solo una o dos, Jimmy, deja el resto para mañana —le dijo con tono dulce pero firme, y observó cómo se llevaba una cereza a la boca.

Rose sonrió al ver cómo el niño se sentaba en la puerta de la habitación con el frasco sobre el regazo en absoluto silencio.

—Es adorable —expresó ella.

—Sí. Por fortuna, no ha salido a su padre. —Meg cambió el tono mordaz al mirarla con más atención—. Bien pensado, podrías usar esa tela para hacerte un vestido decente.

Rose no se mostró ofendida, sino que la miró con una mueca burlona. No era un comentario extraño en Meg, y estaba acostumbrada a aquellos abruptos cambios de humor.

—Tal vez no he llegado en un buen momento —comentó tan solo, sin alterarse.

La amiga acusó el regaño con una mueca.

—Lo siento —suspiró ella, y se veía realmente arrepentida—. Es solo que estoy muy cansada y aún tengo que lavar toda esta pila de ropa o no me pagarán; además, la bruja del almacén no quiere darme nada más a crédito.

—¿Quieres que te ayude?

—No. Ya haces bastante por nosotros. Además, no te ves muy bien. Creo que estás tan agotada como yo. Buen par hacemos.

Meg empezó a reír al hacer esa sentencia, y Rose no pudo menos que acompañarla porque no le faltaba razón. Pasado un momento, sin embargo, y luego de que Rose se dejara caer sobre la estrecha cama con un suspiro, Meg frunció el ceño y la observó con expresión pensativa. Parecía que quería decir algo y dudaba al respecto, pero al final se decidió y se dirigió a ella con tono muy serio.

—Al menos a mí me pagan —le espetó de golpe, y no se mostró extrañada con el resoplido que obtuvo de la amiga—. ¡Es la verdad!

Rose cruzó los brazos a la altura del pecho, con el ceño fruncido.

—También a mí me pagan —respondió ella.

—Te dan limosnas. No es lo mismo —indicó Meg de inmediato, con la respuesta ya ensayada—. Te lo he dicho mil veces. Con todo lo que sabes hacer, podrías encontrar algo mejor. Las señoras de Hyde Park pagan muy bien a sus doncellas, y tú eres mucho mejor que la mayoría. Lees, escribes, cosas...

—Y todo eso lo aprendí en el albergue.

—Está bien. Pero, si se trata de agradecer lo que hicieron por ti, creo que lo has hecho con creces durante todos estos años. Ya es hora de que pienses en ti misma. No vas a quedarte allí toda tu vida.

—¿Por qué no? —preguntó Rose con la barbilla levantada.

—Porque es una tontería.

—Eso es lo que piensas tú, pero no estoy de acuerdo. Además, me necesitan ahora más que nunca. La señora Allen se ha hecho mayor y requiere de alguien que la ayude; las finanzas no pasan por un buen momento. Lord Sinclair estuvo hoy en el albergue y creo que fue a hablarle de eso.

Meg arrugó la nariz y le dirigió una mueca burlona.

—¿Lord Sinclair? —repitió con voz divertida—. ¿Tu adorado William, quieres decir?

Rose se enderezó como si la hubiera pinchado con un alfiler.

—¡Meg!

—¿Qué? Te gustaría que lo fuera.

Rose resopló una vez más y se encogió de hombros sin responder. Lamentaba haberle confesado, en un raptó de desesperación, ese amor secreto que atesoraba desde hacía tantos años, pero entonces había pensado que, si no lo ponía en palabras, iba a estallar. Ahora ella no perdía oportunidad de burlarse cada vez que podía, aunque era justo reconocer que no creía que lo hiciera con mala intención; era solo que la idea le parecía tan ridícula que jamás habría podido tomarla con seriedad. A Rose le dolía saber cuánta razón tenía.

—No quiero hablar de eso —respondió ella en tono tajante—. Lo importante es que me necesitan en el albergue, y no pienso dejarlo, sin importar lo que digas.

Meg se encogió de hombros y suspiró, rendida.

—Estás lo bastante crecida para saber lo que haces, pero no vengas luego a quejarte cuando ellos mismos te digan que no te necesitan más —le advirtió con una mirada cargada de amargura—. Es lo que esa gente hace.

Rose sacudió la cabeza, sin responder. Hacerlo las hubiera llevado a una nueva discusión, y era posible que fuera menos amable, por lo que prefirió callar y mantenerse en obstinado silencio, hasta que notó que la tarde empezaba a morir y el cielo oscurecía, por lo que se puso de pie como si la hubieran empujado.

—¡Dios! ¿Es tan tarde? —dijo mientras se pasaba una mano por el rebelde cabello—. Tengo que regresar.

Meg asintió y la observó en tanto recogía el hato de telas que debía llevar con ella. Al acercarse para despedirse, sin embargo, extendió una mano como al descuido y tomó la de Rose con un ademán cariñoso que desmentía el gesto malhumorado.

—Sabes que no digo esas cosas para incomodarte —aclaró ella con voz suave.

Rose esbozó una dulce sonrisa y correspondió el apretón sin parecer en absoluto enojada.

—Lo sé, pero no por eso eres menos molesta —respondió con tono risueño—. No debes preocuparte por mí.

Meg cabeceó, al tiempo que le rehuía la mirada y fijaba la propia en la cesta que descansaba a los pies de aquella. Rose vaciló, pero antes de que ella pudiera detenerla, sacó la bolsita con el dinero que había conseguido reunir y la dejó caer.

—Rose...

—Intentaré volver pronto —dijo ella en el vano de la puerta, sin darle tiempo para protestar—. No hace falta que me acompañes, Jimmy, cerraré bien la puerta al salir.

Se inclinó para besar la frente del niño, que había seguido la charla en silencio sin parecer muy consciente de nada, y salió con rapidez, sin mirar atrás al bajar las escaleras. Solo cuando estuvo fuera, con el fardo firmemente sujeto contra el pecho y sin reducir el paso, la mirada siempre de un lado a otro por precaución, se dio cuenta de que una solitaria lágrima le caía por la mejilla. Se preguntó si lloraba por Meg o por ella misma.

* * *

Cuando William volvió a casa, se dirigió sin más a la biblioteca para hablar con el señor Bishop antes de que se retirara. Se le había hecho tarde y no deseaba esperar al día siguiente para discutir la complicada situación del albergue. Por los datos que había conseguido obtener de la señora Allen, la mayor parte de ellos poco claros, desafortunadamente, había comprendido que la alarma de lord Falmouth estaba lejos de ser injustificada.

Cuando el señor Bishop colocó frente a él los libros que había hallado del anterior administrador y las cifras en las que había trabajado desde que el lord partió, comprendió que, sin duda, debían ponerse a trabajar de inmediato. El administrador, sin embargo, pareció tener serios problemas para comprender el motivo de aquella inquietud. Aun más, señaló, con una práctica franqueza que William hubiera aplaudido en otras circunstancias, que no entendía por qué se preocupaban tanto por la situación del albergue. Él opinaba que tanto

lord Sinclair como los otros mecenas habían hecho suficiente al mantenerlo en funcionamiento por toda una década. Si las finanzas no marchaban bien y habían superado la capacidad de aquellos hombres, como parecía ser el caso, lo más sensato sería cerrarlo. Las mujeres que vivían allí podrían encontrar un empleo que las ayudara a subsistir, y los niños que no tuvieran a nadie en el mundo siempre serían bien recibidos en un hospicio.

William se dijo entonces que era una suerte que el señor Bishop fuera su empleado, porque, de tratarse de otra persona, le habría roto la nariz de un puñetazo. Pero no era el caso, de modo que se tragó el disgusto y le indicó con voz helada que deseaba un informe detallado para el día siguiente, uno que les fuera de utilidad para resolver los problemas del albergue y conseguir que siguiera operando con normalidad, ya que lo cerrarían sobre su cadáver. Aquel pareció un pedido más que persuasivo. El señor Bishop se mostró tan impresionado por las palabras del barón que se retiró con rapidez, tras prometer que le tendría preparada esa información a primera hora.

Aunque a William no lo atraía la violencia, se dijo que, en ese caso en particular, tal vez fuera útil. Luego rio por aquella tontería y porque estaba seguro de que su madre estaría encantada de decirle que era tan bárbaro como el anterior barón, quien había sido también un hombre de cólera fácil cuando algo no le gustaba.

Al pensar en él, llevó la mirada al retrato sobre la chimenea. La pintura había estado en la galería durante años, pero ordenó que la llevaran allí poco después de la muerte de su padre. Era una manera de sentirse un tanto más cerca de él. Cuando tenía alguna duda, miraba hacia el cuadro, como si esos ojos faltos de vida fueran capaces de devolverle la mirada e infundirle algo de la seguridad de la que el barón siempre había hecho gala. Por desgracia, casi nunca resultaba, y debía obrar solo con su instinto como guía. Esperaba no haber cometido demasiados errores al conducirse de tal forma, pero suponía que era algo que recién se descubriría con el tiempo.

De lo que estaba convencido de que actuaba con absoluta rectitud era en la decisión de salvar al albergue de la señora Allen del desastre. No podía imaginar obrar de otra forma. Un proyecto como aquel tenía que continuar en funcionamiento y, de alguna u otra manera, él se encargaría de ello. Las cosas, sin embargo, serían mucho más sencillas si pudiera contar con la

ayuda de la señora Allen, pero, aunque estaba convencido de que la señora conservaba buenas intenciones, iba a hacer falta más que eso si quería mejorar las circunstancias.

Una vez más en lo que iba del día, se dijo que le vendría muy bien la colaboración de Rose para cumplir ese objetivo. A pesar de ese carácter discreto y de las obvias reservas, era una muchacha lista, y estaba seguro de que los conocimientos de ella referentes al albergue igualaban a los de la señora Allen. La joven, por infortunio, no parecía entusiasmada por tratar con él; no por primera vez, pensó que era muy extraño.

La conocía desde que era una niña, podía recordarlo con claridad. Una chiquilla menuda, asustadiza, sorprendentemente callada y, en su opinión, muy necesitada de cariño. Bastaba con ver la manera en que se aferraba a Mary para comprenderlo. Recordaba haberla visto en la primera visita al albergue por invitación de aquel gran amigo, Alexander, quien se había mostrado muy emocionado al hablarle acerca de ese proyecto que él y la familia Cahill acababan de iniciar. Rose le había llamado la atención en esa ocasión porque, si bien los otros niños se habían mostrado curiosos ante la presencia de aquellos caballeros, había sido ella la única lo bastante valiente para espiar y seguirlos a todos lados, aunque siempre a cierta distancia, a fin de observarlos como si deseara grabar en la mente todo lo que veía, lo que William encontró muy gracioso. Desde entonces, la vio unas cuantas veces más y, cuando preguntó por ella, Mary le habló acerca de la curiosa amistad que se había ido formando entre ambas con el transcurrir de los meses y de cuántas esperanzas tenía en que aquella muchacha desarrollara los que consideraba sus muchos talentos. También le explicó lo de la particular condición que padecía: cómo la señora Turner le había dicho que nunca había hablado y que no esperaba que lo hiciera jamás. Pero Mary estaba convencida de que se equivocaba porque, según le dijo, la había visto más que oído intentar formular respuestas a múltiples interrogantes y creía que su problema distaba de ser físico. Era por ello que se volcaba con tanto ímpetu en servirle de compañía y ayudarla a superar muchos temores. Si la mitad de lo que suponía era verdad, esa niña había pasado unos años miserables, y no era extraño que se mostrara tan silenciosa.

Por eso, cuando Mary y Alexander se marcharon para residir en Surrey, no fue difícil para él suponer que aquel cambio iba a afectarla más de lo que la mayoría habría podido imaginar. Mary se la recomendó mucho y le rogó que estuviera pendiente de lo que pudiera necesitar y que procurara hacerle compañía, aun cuando sabía que, para un hombre joven como William, la idea de servir de niñera a una chiquilla era poco menos que una locura. De cualquier manera, se ocupó al menos de observarla y ver sus avances. Aquel primer acercamiento, sin duda, no habría podido ser más curioso.

Luego de que Mary y Alexander hicieran una última visita al albergue, vio el dolor en el rostro infantil y no le extrañó ver que lloraba a mares en el jardín cuando fue a buscarla. Intentó ser atento. Se le daba bien con las damas y, aun cuando Rose fuera una niña, supuso que no podía haber mucha diferencia. Tenía en esa época una hermana pequeña casi de la misma edad, así que había tratado con niños antes, pero había algo distinto en Rose, en aquel obcecado mutismo y ese mundo de dolor que podía atisbar en los grandes ojos de ella. No tenía en absoluto la mirada de una niña inocente, había perdido ese velo de despreocupada alegría que otros aún conservaban a esa edad. Rose se veía tan dolida como resignada ante la marcha de Mary, como si las pérdidas fueran moneda corriente para ella y se hubiera acostumbrado ya a sufrirlas. Al verlo, superada la sorpresa por la llegada de él, pareció decirle con esa mirada de mujer mayor atrapada en el cuerpo de una niña que estaría bien, no porque así lo deseara, sino porque no tenía otra alternativa. La idea lo golpeó como un puñetazo en el estómago y lo hizo sentir miserable.

William había pasado toda la vida en Londres y, como decía su padre con frecuencia, conocía más de los barrios bajos de la ciudad que lo que un hombre joven y decente debería. Pese a eso, como muchos otros en la misma posición, jamás había dedicado demasiados pensamientos a reflexionar sobre la situación de todas las personas que sobrevivían en medio de esa miseria. La mayoría de sus camaradas, como había hecho él hasta ese momento, solo consideraban aquella zona un destino extravagante para divertirse por las noches.

Al ver a Rose y obtener una muestra de lo que ese mundo podía hacerles a seres inocentes como ella, algo en lo que ni siquiera se atrevió a profundizar porque dudaba de que habría podido soportarlo, se juró a sí mismo que cumpliría la promesa a Mary y velaría por esa niña, pero no únicamente por ella, sino también por él. De una extraña forma, sin una sola palabra y con apenas una mirada, Rose le había sacudido el mundo y había conseguido tocarle una parte del alma que ni siquiera sabía que conservaba.

Desde esa vez, había procurado cumplir con la promesa. En un inicio, se ofreció a estar pendiente del albergue mientras lord Falmouth y Alexander estuvieran fuera de Londres porque él amaba la ciudad y casi nunca viajaba, un gesto amable que habría hecho por cualquier amigo que lo necesitara. Ahora, sin embargo, se sentía en verdad comprometido, por eso visitaba el lugar con regularidad y enviaba informes detallados cada vez que lord Falmouth los requería. Con el paso del tiempo y ante la mayor demanda del albergue, se propuso como benefactor, para regocijo de sus amigos, y hasta entonces las cosas habían marchado muy bien.

Veía a Rose crecer ante sus ojos y le complacía advertir que efectuaba sorprendentes progresos en todo sentido. La apariencia física mejoraba con rapidez: con el paso de los años, dejaba de parecer un pequeño espantapájaros, toda brazos y piernas, y se convertía en una jovencita de silueta armoniosa y ágil que estaba siempre ocupada en algo. La señora Allen se había arrogado el deber de educarla con un esmero que, estaba convencido, no compartía con los otros niños del albergue, pero William no podía culparla por ese favoritismo. Rose era como una esponja, siempre con la expresión atenta y los ojos muy abiertos para ver, oír y aprender todo lo que le enseñaran, aun lo más sencillo, como si no pudiera creer que alguien le dedicara todo ese tiempo sin otro fin que no fuera ayudarla. La había visto sonreír con cierta frecuencia, lo que, al tratarse de ella, era casi una proeza, pero nada se comparaba con la primera vez que la escuchó reír. Fue en ese momento cuando descubrió que estaba retomando el habla, y la sorpresa lo dejó paralizado. La señora Allen le dijo que había empezado poco después de la marcha de Mary, pero que sus avances habían sido tan paulatinos que apenas lo habían notado hasta hacía poco. En opinión de la señora, aun cuando no lo había mencionado a la niña, estaba convencida de que llevaba

mucho tiempo enfrascada en intentos y prácticas secretas. Estaba lejos de haber llegado a una fluidez que hubiera podido ser considerada normal, pero los progresos eran sorprendentes, y Will recordaba la alegría que sintió cuando la oyó dirigirse por primera vez a él casi sin vacilar.

No había abandonado las reservas que aún mostraba, no obstante, por lo que siempre le hablaba con la cabeza gacha y le rehuía la mirada, pero eso no le pareció nada extraño entonces; supuso que era parte de una timidez totalmente justificada debido a una niñez tan desgraciada, pero esa actitud no había variado mucho con el pasar de los años. A veces lo veía a los ojos, sí, pero le esquivaba la mirada con rapidez y lo eludía como si no consiguiera sentirse cómoda en presencia de él. Se lo había mencionado a Mary alguna vez en cartas, pero ella decía que no era extraño, que, pese a los avances, Rose no dejaba de ser una chiquilla más bien tímida y que dudaba de que ello fuera a cambiar, pero que esperaba que con el tiempo adquiriera una seguridad que le permitiera conducirse con mayor facilidad en el mundo que le había tocado. William no podía menos que estar de acuerdo al ver que se había convertido en la mano derecha de la señora Allen y que parecía tan cómoda en el albergue, sin mencionar el afecto con que había notado que se dirigía a los niños. Y sin embargo, le costaba imaginar que esa fuera la vida que el destino le tenía reservada. Veía algo en Rose que le decía que merecía mucho más, pero no estaba seguro de cómo podría ayudarla a conseguirlo, y aún menos de que ella agradeciera la preocupación.

Con un suspiro, aun pensativo, William dejó la biblioteca para irse a la habitación y se dijo que ya había dedicado demasiados pensamientos a una muchacha que era probable que se encontrara de lo más cómoda con la vida que tenía. Sin duda podría usar el tiempo en gestiones más útiles. Como evitar que su hermana pequeña se lanzara desde una ventana, por ejemplo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

La honorable Anna Sinclair tenía una pierna atravesada por el travesaño de la única ventana del pasillo que daba al exterior y parecía tener problemas para pasar la otra. Tal vez las voluminosas faldas tuvieran algo que ver con ello, y William dio gracias al cielo de que no hubieran llegado a un punto aún en que las mujeres usaran pantalones o estaría en serios problemas.

Ella se mostró levemente culpable al verse descubierta. Muy levemente. Con toda la dignidad que pudo reunir en semejante postura, regresó la pierna dentro de la casa y se irguió cuan alta era, lo que en verdad no era mucho. Con quince años, apenas le llegaba a su hermano al hombro, y aquella barbilla elevada estaba lejos de ser intimidante. El rostro era similar al de William, con facciones angulosas y bien definidas, aunque en el caso de ella todavía conservaba una redondez un tanto infantil. El cabello, sin embargo, que llevaba suelto sobre los hombros, sí que era exactamente del mismo tono rubio oscuro.

—¿Qué es lo que haces, Anna? —insistió el barón en tono demandante.

La muchacha se encogió de hombros.

—Quería dar un paseo —respondió ella con voz apenas temblorosa.

—¿Hay alguna razón por la que no puedas usar una puerta? Tenemos muchas.

—No te burles.

—No veo cómo podría evitarlo. Me lo pones muy sencillo. —William se llevó una mano a la sien y suspiró, rendido—. Anna, ¿qué es en verdad lo que pretendías hacer? Porque sabes que no puedes salir a pasear a esta hora sin compañía y definitivamente tienes prohibido usar las ventanas para eso.

Su hermana elevó aún más el mentón y se llevó las manos a las caderas en un ademán desafiante.

—Intento escapar.

—¿Adónde?

La calma de William pareció debilitar la farsa de la muchacha, porque hizo un gesto de frustración y golpeó el suelo con el tacón.

—No lo sé, a cualquier lugar. Estoy aburrida de estar aquí encerrada todo el día con estos horribles vestidos y todo este silencio. Voy a ahogarme.

William le dio una mirada y suspiró. El vestido en verdad era deprimente, no tenía manera de discutir eso, pero el luto por la muerte del padre de ambos aún no había terminado. Aunque las convenciones respecto a ese período se habían relajado un poco en los últimos años con el nuevo rey, hasta que pasaran los doce meses de rigor, Anna no podría retomar las usuales costumbres tanto como le habría gustado. Sintió una oleada de compasión por ella y se mostró más amable, o tanto como podía, al pensar en lo que había

estado a punto de hacer. La sujetó por un brazo y la alejó de la ventana con una mirada ceñuda a la vez que la guiaba en dirección a la escalera que conducía a la segunda planta. Ella se dejó llevar a regañadientes.

—Estás disgustada, eso es obvio —dijo él sin disminuir el paso.

Ella fijó la mirada en sus propios zapatos y se encogió de hombros, con un suspiro.

—Odio mi vida —se quejó.

—Puedo ver por qué —indicó él con voz risueña.

La muchacha dio una mirada alrededor y tuvo que rendirse al ver lo mismo que él: una casa enorme y hermosa, sirvientes que iban de un lado a otro para atenderlos y tanta opulencia que no pudo menos que sentirse un poco avergonzada.

—No seas tonto —replicó ella de cualquier forma, porque no estaba en el mejor momento para agradecer lo que tenía.

William pareció comprender lo que pensaba, porque asintió y se puso muy serio.

—De acuerdo. Lo intentaré —prometió él—. Sé que extrañas a ambos.

—Solo a nuestro padre. A ella no tengo por qué echarla en falta, nadie la obligó a irse —replicó ella con voz cargada de rencor.

—Y, a pesar de ello, sí que la extrañas —insistió él, sin detener el ascenso—. No me gustaría que pienses que nuestra madre se fue porque no te quiere.

—Si lo hiciera, no se habría ido o me habría llevado con ella.

—¿Qué harías tú en un castillo de Escocia con nuestra madre y dos tíos tan mayores como ella por única compañía?

Anna se encogió de hombros de nuevo.

—Al menos no estaría sola —musitó entre dientes.

—¿Lo estás aquí?

La muchacha lo miró de reojo y esbozó una sonrisa arrepentida.

—No, no lo creo en verdad. Estás tú —dijo ella.

—Gracias por al menos reconocer eso.

—Sabes lo que quiero decir.

William se detuvo al llegar a lo alto de la escalinata, sujetó a Anna por los hombros y la miró a los ojos con fijeza. Unos ojos tan azules como los suyos.

—Sí, lo sé —reconoció con una sonrisa—. Anna, sé que las cosas no son fáciles para ti, pero todo mejorará en un par de meses, cuando haya acabado el año de luto y puedas empezar a asistir a algunos bailes. La tía Penelope respondió a mi pedido de venir a pasar la temporada contigo. Dice que estaría encantada y empezará los arreglos para el viaje de inmediato.

—La tía Penelope es rara.

—Sabes que prefiere ser considerada peculiar y adelantada a su tiempo —replicó William mientras ampliaba la sonrisa—. Pero te agrada, y a mí también. Te sentirás mucho más a gusto en su compañía y pronto volverás a sentirte feliz.

Ella cabeceó, al parecer no muy convencida, y lo miró con una ceja alzada.

—¿Y tú, Will? ¿Volverás a ser feliz también? —inquirió a su vez.

¿Feliz? ¿Lo había sido alguna vez? En ese momento le resultó casi imposible decirlo. Sin embargo, procuró responder con sinceridad.

—Eso espero. Supongo que lo descubriré un día de estos —afirmó sonriente, para luego tornar serio el semblante de golpe—. Creo que ya hemos tenido suficiente charla por esta noche. No creas que he olvidado lo que pensabas hacer. Si te descubro de nuevo en algo como eso, mando tapiar las ventanas y entonces sabrás lo que es sentirse encerrada. Ahora ve a tu habitación. Es tarde.

Su hermana asintió de mala gana.

—De acuerdo. —Se encaminó en dirección al dormitorio, al otro extremo de donde se encontraba el de William, pero, antes de perderse detrás de un corredor, dio media vuelta y lo miró con una sonrisa—. No es tan malo tenerte como única compañía, Will. Podría ser peor.

—Gracias, Anna. Lo mismo digo.

William ignoró el gesto ofendido de ella y se dirigió a la habitación, donde lo esperaba el valet, pero lo despidió de inmediato. No tenía pensado ir a la cama. Necesitaba dejar la casa o la cabeza le iba a estallar. Por suerte, él ya había alcanzado la edad suficiente para usar la puerta si deseaba salir en medio de la noche. Sin duda, Anna odiaría reconocerlo.

CAPÍTULO 2

Rose odiaba adentrarse en el West End, pero aquella mañana debió superar el disgusto y caminar en dirección a ese lugar con las manos sudorosas y el corazón que latía a toda velocidad. Llevaba un encargo de la señora Allen que era importante que lo entregara con la mayor brevedad, así que, cuando se lo había pedido esa mañana durante el desayuno, no había tenido cómo negarse. Siempre se sentía fuera de lugar en esa zona de Londres, con grandes mansiones, con carruajes que atravesaban las calles y con las damas exquisitamente vestidas y cubiertas por primorosas sombrillas que paseaban por la plaza para ver y ser vistas. Ella, era evidente, desentonaba como un lunar en un rostro inmaculado, pero no tenía alternativa.

Se sentía mucho más cómoda cuando visitaba a Meg o cuidaba a los niños en la tranquilidad del albergue, pues pertenecía a ese mundo. No se sentía a gusto en aquel ambiente opulento y cargado de miradas veladas de desprecio, como la que le dirigió el mayordomo que abrió la puerta una vez que dio con la dirección que la señora Allen le había indicado. Era un edificio imponente, pero procuró no sentirse intimidada por esa mole. Bastante iba a tener con el mayordomo.

Meg siempre decía que los sirvientes de ese tipo de casas podían ser incluso más pretenciosos que la mayoría de los patrones, y Rose no tuvo duda de que ese era el caso del hombre que tenía en frente. Fue tan obvio el descrédito con el que la miró, desde la punta de los gastados botines y su vestido gris hasta llegar al cabello sujeto con firmeza pero carente de adornos, que no pudo contener el impulso de alzar la barbilla en un gesto de orgullo, tal y como le había enseñado su madre.

—¿Qué quiere?

Rose recibió la pregunta, hecha en tono magro, con semblante inmutable. No se le había escapado que ni siquiera había abierto la puerta del todo, sino que la sostenía contra el pecho como si pensara que ella iba a abalanzarse sobre él para escurrirse al interior y robar toda la platería que pudiera encontrar. La idea fue tan absurda que contuvo una carcajada al pensarla.

—Traigo un mensaje para el señor Sinclair —dijo ella con las mejores maneras.

—Lord Sinclair.

Rose acusó la corrección con el ceño fruncido. Lord. Claro.

—Lo siento, lo había olvidado —se excusó sin variar el tono.

—Bueno, lord Sinclair está muy ocupado ahora. ¿De qué mensaje se trata?

—Es de la señora Allen, del albergue. Ella quiere hacerle una consulta. Como es lord Sinclair quien se encarga de estos asuntos en ausencia de lord Falmouth y estuvo hace unos días por allí, cree que podría ayudarla.

Rose había pensado que el mayordomo no habría podido mostrarse más desdeñoso, pero se había equivocado. Tan pronto como oyó de dónde venía, la mirada de él se hizo más fría.

—El albergue. Eres una de ellos. —La miró una vez más de pies a cabeza al responder—. En ese caso, no entiendo por qué has usado esta puerta.

—No pensé que debiera usar otra —respondió ella sin poder contenerse, casi mordía las palabras.

—Entonces es obvio que no sabes cuál es tu lugar. No tengo tiempo para esto, niña, y tampoco lord Sinclair. Vuelve en otro momento y asegúrate de usar la puerta correcta.

Rose no se detuvo a pensar en lo que hacía, actuó por impulso, lo que en ese caso fue lo mejor porque, de otra manera, habría terminado con la puerta cerrada contra el rostro.

—No me iré hasta haber entregado el mensaje. La señora Allen dijo que era importante —insistió ella sin alterarse.

El mayordomo miró el botín de la muchacha cruzado con tenacidad entre él y la puerta; la observó como si acabara de abofetearlo.

—¡Qué muchacha más grosera! —exclamó, con expresión escandalizada por la actitud de ella—. Retira ese pie ahora mismo. Entrégame ese mensaje y veré que lord Sinclair lo reciba cuando esté desocupado.

—Preferiría entregarlo yo misma.

—Preferirías... ¿Crees que lord Sinclair va a recibirte? —preguntó él, incrédulo.

Rose no varió la postura, pero hizo un esfuerzo por esbozar una sonrisa y hablarle en el mismo tono de voz que habría usado con los niños del albergue.

—La señora Allen espera respuesta. Le acabo de decir que se trata de un asunto importante. ¿No podría al menos preguntar a lord Sinclair? Si no quiere recibirme, me marcharé de inmediato, pero por lo menos tendré una respuesta para la señora Allen. Por favor.

El mayordomo apretó los labios y le dirigió otra mirada de desconfianza, pero, al cabo de un momento, asintió de mala gana.

—Espera aquí —ordenó sin cederle la entrada a la casa—. No te muevas y ni se te ocurra entrar.

Rose asintió sin titubear y con una pequeña sonrisa de agradecimiento que él hizo como si no hubiera visto. Lo observó perderse en el interior; se encogió de hombros con un suspiro. La sonrisa le había desaparecido del rostro y un velo de tristeza le cayó sobre los ojos. Odiaba ese lugar.

* * *

William aguardó que el señor Bishop le alcanzara un documento y, luego de estudiarlo con rapidez, se lo devolvió en espera de que hiciera otro tanto con todos y cada uno de los que sostenía entre las manos. Iba a ser un día muy largo. La llegada de Danby, sin embargo, interrumpió esa rutina que empezaba a aburrirlo, aunque, por su expresión, dudaba de que fuera portador de noticias muy alegres. Le agradaba su mayordomo, al menos la mayor parte del tiempo. Había empezado a servir en la casa desde que William tenía memoria, pero el antiguo barón decía con frecuencia que, en cuanto a la respetabilidad y el cierto grado de esnobismo que se consideraban comunes en una casa como aquella, podía ser más papista que el papa.

—Milord.

Al verlo de pie frente al escritorio con ese rostro inexpresivo, salvo por las comisuras de los labios inclinadas hacia abajo como si acabara de pasar un trago particularmente amargo, William supo que, con seguridad, iba a ser un día muy largo.

—¿Qué ocurre, Danby? —inquirió armado de paciencia.

—Ha llegado un mensaje para usted, milord.

—Uno más. —William suspiró—. Déjalo sobre el escritorio. Lo miraré en cuanto el señor Bishop y yo hayamos terminado con esto.

El mayordomo carraspeó, por lo que Will lo miró con una ceja elevada, en tanto se recordaba lo difícil que era conseguir sirvientes bien entrenados como él.

—¿Qué es lo que pasa, Danby? —insistió.

—La joven que trae el mensaje no ha querido entregármelo. Dice que viene de parte de una señora Allen y que espera respuesta.

¿La señora Allen? Encontró sorpresiva esa réplica porque apenas había pasado una semana desde la última entrevista y pensaba visitarla al día siguiente.

—¿La joven? ¿Cuál es su nombre? —preguntó.

Danby frunció el entrecejo.

—No se lo pregunté, milord.

—No se lo... Bueno. —William cerró los ojos un instante y volvió a abrirlos, resuelto a ocuparse de ello—. ¿Dónde está?

—En la puerta, milord. ¿Debería despedirla?

William ignoró el tono anhelante del mayordomo y le dirigió una mirada de reproche.

—Desde luego que no. ¿Por qué has dejado a una visitante en la puerta?

—Ella no es una visitante, milord; es una de las chicas que viven en ese albergue.

—Exacto. Lo que la convierte en una visitante —replicó William con frialdad y le dirigió otra mirada furiosa, la misma que estuvo tentado a dedicar también al señor Bishop, que los escuchaba con mal disimulado

interés y sacudía la cabeza de manera casi imperceptible. ¿Es que estaba rodeado de idiotas?—. Invítala a entrar de inmediato; la recibiré aquí. Y no olvides disculparte.

El mayordomo se inclinó en una reverencia y se marchó con paso altivo. Dudaba de que jamás se hubiese mostrado tan ofendido en presencia de él, pero a William eso lo tenía sin cuidado. El disgusto se le disparó hasta las nubes cuando regresó seguido por una silenciosa Rose, que se mantenía a solo unos pasos de distancia y que vaciló al acercarse adonde él se encontraba.

La mirada que William dirigió a Danby pareció afectarlo lo suficiente para que abandonara aquella actitud agraviada y señalara a Rose con un gesto ceremonioso.

—La señorita Rose Turner, milord.

Ella hizo una reverencia y se mantuvo en silencio, con las manos entrelazadas detrás de la espalda, al tiempo que miraba alrededor con curiosidad. William hizo un gesto a Danby para que se marchara y miró al señor Bishop, que a su vez observaba a la visitante con interés. Era poco usual que, sin contar a la señorita Sinclair, el patrón permitiera el ingreso de una mujer en el despacho; por otro lado, esa joven tímida y callada era además la última persona a quien hubiera podido imaginar en ese lugar.

—Señor Bishop, ¿sería tan amable de dejarnos a la señorita Turner y a mí a solas? Puede tomarse un descanso. Dígale a Danby que se encargue de que le sirvan un té.

El administrador dejó de lado aquella indiscreta observación, asintió y se marchó tras dirigir a Rose una última mirada que ella no correspondió. Parecía muy interesada en el tallado de la chimenea que en ese momento se encontraba encendida y que despedía un agradable calor.

—Lamento la actitud de Danby.

Las palabras de William la sacaron de aquel estado de abstracción y se forzó a mirarlo de frente, con una pequeña sonrisa educada, al tiempo que se encogía de hombros.

—No se preocupe, milord —lo tranquilizó ella—. Él ya se ha disculpado.

—¿Y fue sincero? —William alzó una ceja frente al silencio de ella—. Ya lo imaginaba.

—No tiene importancia. Debo entregarle un mensaje de la señora Allen. Es urgente, y se sentirá muy agradecida si envía una respuesta conmigo.

—De acuerdo. Veamos.

William se puso de pie y dio la vuelta al escritorio para colocarse frente a ella y tomar el sobre que le tendió. A medida que leía la nota, extensa y un tanto enrevesada, iba levantando la mirada para observar cómo Rose esperaba una respuesta con los ojos clavados en el suelo, lo que le permitió examinarla.

Era esbelta como una vara y pequeña de estatura, apenas le llegaba al hombro. Sus formas eran suaves, delicadas y tan bien delineadas que se adivinaban incluso debajo de los sencillos vestidos que llevaba y que parecían el uniforme de alguna institución de caridad. No comprendía por qué los usaba. Suponía que deseaba declarar así la posición que ocupaba en el albergue. El rostro era muy atractivo, con una belleza poco convencional. Las facciones, una mezcla entre los rasgos un poco infantiles y la firmeza de la adultez que empezaba a asomar: una niña-mujer de gestos suaves a la vez que seguros y una voz melodiosa que parecía pronunciar las palabras con una musicalidad natural tan poco estudiada que cautivaba a quien la oía. Eso cuando hablaba, claro, lo cual, al menos con él, era poco habitual, como se dijo con una sonrisa torcida.

Volvió la atención a la carta y, una vez que la hubo terminado, se apoyó contra el escritorio con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—¿Sabes lo que dice la carta? —interrogó él entonces.

Rose levantó la mirada y lo observó con el ceño fruncido.

—No, milord, la señora Allen no me lo dijo —respondió ella.

—Me sorprende, porque te menciona con frecuencia en ella.

—¿En verdad?

William contuvo una sonrisa al advertir que ella daba un paso en dirección a él casi sin notarlo, tan sorprendida se encontraba.

—Sí. La señora Allen se fía mucho de ti y menciona que podrías proporcionarnos importante información respecto al funcionamiento del albergue.

—¿Yo?

—Sí, tú. —William sonrió ante aquel desconcierto—. ¿Crees que está equivocada?

Rose se apresuró a negar con la cabeza.

—No. Desde luego que no. Es solo que no mencionó nada al respecto cuando me pidió que le entregara la nota. —Ella le sostuvo la mirada con ademán resuelto—. Pero, si puedo ayudar en algo, lo haré con gusto; solo dígame lo que necesita saber.

William asintió con lentitud.

—La señora Allen me entregó algunos documentos referidos al manejo del albergue, gastos... pero me parecieron insuficientes si se considera todo el tiempo que ha transcurrido desde los últimos que envió a mi anterior administrador —dijo él—. Cuando le hablé al respecto en mi última visita, dijo que no siempre lo anotaba todo.

Rose cabeceó, y fue evidente que no le agradaba reconocerlo.

—Es verdad —aceptó, renuente—. Pero debe tener en cuenta que la señora Allen se ocupa de muchas cosas, a veces demasiadas, y resulta difícil anotar todo. Lleva tanto tiempo al frente del albergue que apenas es necesario, lo sabe todo de memoria.

—Quizá eso fuera antes. ¿No has notado que tal vez su memoria no haya sido tan precisa en los últimos tiempos?

Rose apretó los labios y le rehuyó la mirada.

—Todo el mundo olvida cosas... —empezó a decir un tanto insegura.

William la interrumpió con un gesto afable.

—Cierto. Y es completamente natural, en especial al llegar a una edad avanzada. Pero Rose, necesito que lo entiendas. No pretendo cuestionar la capacidad de la señora Allen. Quiero ayudarla, lo mismo que al albergue y a todos los que viven en él, pero para ello necesito orden y cuentas claras —él intentó explicar la posición en la que se encontraba con tanta firmeza como le fue posible, un tanto incómodo de tener que excusarse frente a esa chiquilla que no dejaba de mirarlo de reajo con suspicacia—. Puedes ayudarme con eso. La señora Allen comenta en su carta que eres tú quien se encarga por lo general de llevar las cuentas, pagar a los acreedores... ¿Crees que puedas hacer una lista tan detallada como sea posible de todo esto? ¿O al menos de todo lo que consigas recordar?

Rose vaciló, pero fue solo un instante, porque finalmente asintió, muy segura.

—Puedo hacerlo. Recuerdo casi todo y guardo algunas notas —mencionó mientras fruncía la nariz como si intentara recordar algo que se le escapaba—. La cocinera, la señora McAdams, tiene también muy buena memoria y creo que podría hacerle unas preguntas si es que no estoy segura de algo. Si me da unos días, reuniré toda la información que pueda e intentaré ser clara para que le sea más sencillo comprenderla.

—Eso nos ayudará mucho —asintió William—. Desde luego, recibirás un pago justo por tu trabajo.

Rose nunca lo había observado con la seguridad que mostró entonces al sostenerle la mirada. William sintió, más que notó, la tensión en el cuerpo mientras se adelantaba un par de pasos más en dirección a ella.

—No podría aceptar un pago —aseguró la joven en tono firme.

—¿Por qué no?

—Porque no sería justo. Si le ayudo a intentar resolver los problemas del albergue, es porque le debo todo a ese lugar. Mi vida no sería la misma si no nos hubieran acogido a mi madre y a mí.

William no se mostró convencido frente a ese argumento.

—Pero tienes derecho a esperar una paga, preocuparte por tu futuro.

Rose hizo un gesto que casi pareció exasperado, como si fuera algo que oyera con frecuencia y empezara a encontrarlo irritante. William estuvo a punto de preguntarle al respecto, pero temió que esa insistencia pudiera obligarla a retraerse de nuevo, lo que habría sido una lástima. Por primera vez veía una clara muestra del que consideró el verdadero carácter de Rose y no deseaba que desapareciera frente a sus ojos para ser reemplazado por esa armadura de hosquedad que acostumbraba usar ante él.

—Lo hago. La señora Allen dice que podré quedarme allí tanto tiempo como lo desee y, mientras tanto, me gusta ser de utilidad. Creo que lo soy. Me alegra pasar el tiempo con los niños, encargarme del jardín...

—¿Y eso es suficiente para ti?

—Entiendo que a usted pueda parecerle poco, pero...

William dejó aquella postura indolente y se inclinó hacia ella, tan cerca que, de haberlo deseado, habría podido tocarla tan solo con extender una mano. Ella entreabrió los labios y le sostuvo la mirada con las manos fuertemente aferradas contra el pecho, como si mantuviera algún tipo de lucha.

—No hablamos de mí, sino de ti. ¿Es eso todo lo que deseas, Rose? ¿No hay nada más que ambiciones? —insistió él en voz baja, sin ocultar la curiosidad que sentía.

Rose cerró los ojos un instante, pero, cuando los abrió, esa expresión torturada le había desaparecido del rostro, reemplazada por una máscara de frialdad.

—No hay nada más en este mundo que anhele y pueda tener, milord; estoy convencida de ello —aseguró con solemnidad.

William no quiso insistir, no le pareció que tuviera sentido hacerlo, de modo que asintió con lentitud y sin dejar de observarla.

—Muy bien. Pero espero que podamos volver a hablar de esto en otro momento —expresó él.

—Preferiría no hacerlo, milord.

William no respondió, se limitó a esbozar una pequeña sonrisa.

—Estaré esperando esos informes —le avisó él, y se alejó de ella para volver a ocupar el lugar que le correspondía ante el escritorio—. ¿Cuánto tiempo crees que necesitas?

—Unos tres días deberían bastar.

—Perfecto. Mientras tanto, enviaré una carta a lord Falmouth para informarle acerca de estos avances. Lo tranquilizará saber que estamos cerca de resolver este problema —indicó él.

Rose asintió y se vio de pronto indecisa, como si deseara decir algo pero no se atreviera. Al final, como William la veía con una ceja alzada, en espera, se decidió y dio un paso hacia él.

—No piensan cerrar el albergue, ¿cierto? —preguntó ella.

—Acabo de decirte que solo quiero ayudar. —Él frunció el ceño al comprender a qué se debía aquella insistencia—. ¿Crees que miento?

—No, señor.

—¿Piensas que te engaño, lo mismo que a la señora Allen, y que lo único que busco es resolver este asunto para evitarme una preocupación más? ¿Que no me importa lo que le ocurra a todas las personas que viven en ese lugar y dependen de él para subsistir?

Rose se vio en verdad dolida por las palabras de él, pero no lo negó, y eso fue suficiente para que William la mirara con franca indignación.

—Lamento que me creas capaz de esa infamia —señaló él entonces.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro. William vio tanto pesar en aquella mirada, en ese gesto desvalido y en esos hombros caídos, que le resultó imposible mantener el disgusto.

—Mucha gente lo haría —respondió Rose con voz temblorosa.

—Pero yo no —replicó él de inmediato.

Ella suspiró y apretó los dientes para no decir lo que habría deseado. ¿Cómo podía explicarle que desconfiaba porque había visto antes a hombres como él hacer cosas como esa y mucho peores? Que, aun cuando en el fondo de su corazón solo albergaba los sentimientos más puros en lo que a él se refería, eso no impedía que esperara siempre lo peor. Que simplemente tenía miedo.

—Le ofrezco disculpas si lo he ofendido. No fue mi intención —dijo en su lugar y rogó por que él pudiera detectarle la sinceridad en la voz.

William la observó durante todo un minuto antes de asentir.

—Nos veremos en unos días, Rose.

Ella suspiró al comprender que era esa una manera de despedirla. Apenas pudo hacer una torpe reverencia y cabecear en señal de afirmación. Cuando se marchó, no miró atrás para saber si él la veía aún o había vuelto la atención a lo que fuera que estuviera haciendo antes de que ella llegara. Ignoró al mayordomo que esperaba cerca de la puerta como si estuviera decidido a no quitarle la vista de encima hasta que se encontrara lejos de aquella preciosa casa. Luego, cruzó el umbral en dirección a la calle con una mezcla de alivio y pesar en el pecho, los mismos que la persiguieron por horas incluso después de regresar al albergue y ponerse de inmediato a cumplir con los pedidos de lord Sinclair. Volvería pronto a aquella casa, y esa certeza desató también una lucha de emociones en ella: anhelo y temor.

* * *

Durante los tres días siguientes, Rose se volcó a recopilar por completo toda la información que pudo encontrar respecto al funcionamiento del albergue en los últimos meses. Con una ristra de papeles, acosó a la señora Allen y a la cocinera mediante preguntas cuyas respuestas anotaba con gesto solemne. Pretendía acumular datos y luego dedicar las noches a pasarlos en limpio. Los niños del albergue la observaban en silencio, tan seria y concentrada que apenas se atrevían a interrumpirla, salvo para señalar más de una vez que parecía una disciplinada hormiga, lo que ella decidió tomar como un halago porque, de lo contrario, no resultaba muy favorecedor.

Estaba decidida a cumplir el encargo de lord Sinclair tan bien como le fuera posible, no solo para serle de utilidad, sino sobre todo para, de alguna forma, disculparse por lo grosera que había sido con él en el último encuentro. Tal vez no lo dijera con palabras, pero él había tenido razón al suponer que desconfiaba de los motivos del barón. No era, empero, porque dudara de las buenas intenciones del hombre, que había podido comprobar durante años, lo mismo que las de lord Falmouth, sino porque simplemente era más fuerte que ella. No podía evitar desconfiar de las motivaciones de los demás, en especial cuando se mostraban tan nobles, pero ese era un problema propio, no de lord Sinclair y, al pensar en ello, no pudo menos que sentirse avergonzada por la actitud que había demostrado.

Visitó a los acreedores del albergue, que eran más de los que había calculado, y no pudo evitar aceptar que la señora Allen había sido un tanto negligente al no haber reconocido antes lo difícil que le resultaba ocuparse de todos los aspectos de la institución. Rose no quedaba en una posición mucho mejor. Si bien muchas veces se había encargado de redactar listas y acercarse a concretar algunos pagos en representación de la señora Allen, lo más sensato habría sido investigar más para saber qué era lo que la señora le había ocultado o había olvidado. Sabía que las finanzas del albergue no pasaban por el mejor momento, que los donantes de los primeros años habían ido desapareciendo con el tiempo y que la llegada de nuevos huéspedes incrementaba los gastos, pero jamás mostró la iniciativa suficiente para hacer algo al respecto. Habría bastado una invocación a la propietaria para que

enviara una carta a lord Falmouth con una explicación de la situación, pero nunca se atrevió a ir tan lejos. Sentía por la señora Allen absoluta devoción, y haber obrado por su cuenta habría constituido una terrible falta de consideración. Ahora, al ver todo lo que debían resolver, se preguntó si merecía siquiera que lord Sinclair se mostrara tan tolerante no solo con aquellos errores, sino con el comportamiento de ella. Prácticamente lo había acusado de tener intenciones ocultas, cuando era ella quien se había mostrado negligente e irresponsable. Pero quería confiar en la nobleza de él, así como en la de los otros mecenas, y creer que, tal y como él le había asegurado, estaba dispuesto a continuar apoyando al albergue y así salvarlo de la ruina.

Para cuando se sintió satisfecha con todo lo que había conseguido recopilar, pasó a la tarea de organizar las notas y transcribirlas de modo que resultaran tan fáciles de comprender como fuera posible. Fue un trabajo agotador, en especial porque dedicó un par de noches a eso para no descuidar las labores en el albergue durante el día y el cuidado de los niños, pero, al observar el resultado, se dijo que había realizado un buen trabajo y que esperaba que lord Sinclair lo pensara también.

La mañana que acudió nuevamente a la casa del barón, no pudo resistirse a hacer el intento de mejorar su propio aspecto. Solo un poco. Lo suficiente, al menos, para no sentirse humillada en presencia de ese horrible mayordomo.

Tomó uno de los “uniformes” que acostumbraba usar cuando llevaba a los niños a la iglesia los domingos. En lugar de un vestido, era una sencilla blusa blanca de mangas largas y abullonadas que había visto mejores tiempos, pero que tendría que servir. Completó el atuendo con una falda café y un cinturón que le había obsequiado la señora Allen y que, al ser de un tono rojo oscuro, confería al conjunto un toque más alegre. Sujetó bien el rebelde cabello con unos alfileres en lo alto de la cabeza y, al verse en el espejo, se dijo que distaba de parecer una dama elegante, pero sin duda se veía como una joven trabajadora y respetable. Como en realidad era, de modo que se dio por satisfecha.

Con el legajo de papeles que había conseguido ordenar dentro de un cartapacio cedido por la señora Allen, se dirigió a Belgravia Square.

No fue el mayordomo, sin embargo, quien le abrió la puerta en aquella ocasión, sino una doncella extremadamente joven y con las mejillas sonrosadas. Rose supuso que acababa de llegar del campo porque solo era posible que conservara esa frescura al provenir de allí, y lamentó pensar que no le duraría mucho.

La muchacha la invitó a pasar una vez que le dijo el motivo de la visita y la dejó en el gran vestíbulo antes de marcharse para avisar a lord Sinclair de la presencia de la joven. En la anterior visita, había tenido que aguardar en la puerta a ser recibida y apenas había podido ver lo que la rodeaba, pero ahora, a solas, se permitió dar una mirada curiosa. No solía visitar lugares como aquel, y lo poco que pudo entrever le pareció magnífico. La antesala estaba colmada de objetos preciosos: pinturas, espejos y encantadoras miniaturas colocadas sobre un mueble al que se habría acercado de no haber temido romper algo o toparse con el mayordomo. Aquel, suponía, debía de rondar por allí y era seguro que no le haría ninguna gracia encontrarla husmeando.

Estaba decidida a permanecer en aquella posición y evitar cualquier enfrentamiento, pero entonces, una suave música le llegó a los oídos, y los pies cobraron vida propia. Siguió la melodía sin darse cuenta del todo de lo que hacía, con los sentidos puestos en el origen del sonido. Cruzó un corredor sin prestarle mucha atención y, al atravesar un segundo pasillo, tras obviar un par de puertas, se dirigió sin vacilar a la única que se encontraba entreabierta. Vislumbró un destello dorado en el interior e introdujo parte de su cabeza para observar.

Era la habitación más bella que había contemplado en toda la vida, dorada y tachonada de espejos, con el suelo níveo y sin más mobiliario que un par de sillones y unas cuantas sillas diseminadas aquí y allá. Pero Rose casi no las advirtió en un primer momento, ya que toda la atención la tenía puesta en la pieza más impresionante del conjunto: un hermoso piano en medio de la habitación, un instrumento que, a pesar de su ignorancia, supuso que debía de ser de los mejores. Se habría acercado a admirarlo de no ser porque la habitación no se encontraba vacía, y sin duda habría dado media vuelta para correr como alma que lleva el diablo al saberse descubierta si no hubiera sido

porque la joven frente al teclado tenía unos reflejos extraordinarios. Antes de que pudiera reaccionar, asustada aún por haber sido descubierta, Rose vio a la dama frente a ella y solo atinó a sonreír con expresión culpable.

Era una chica preciosa, comprobó al mirarla con atención. Tenía unos ojos quizá demasiado grandes para su rostro un tanto redondeado, unas pestañas largas y oscuras y una tez impoluta. El vestido que llevaba, aunque demasiado serio para tan temprana edad, era de los más bonitos y elegantes que había visto hasta entonces, y la hizo sentir un poco avergonzada de su propio aspecto.

—¿Quién eres?

Rose pestañeó al oír la pregunta de esa voz suave y en absoluto hostil.

—Lo siento, no he debido... —Hizo una reverencia y sonrió de nuevo—. Mi nombre es Rose Turner y estoy aquí para hablar con lord Sinclair, pero oí la música y tuve curiosidad.

—¡Oh! ¡Vienes por Will!

La chica pareció incluso más intrigada por la presencia de Rose, quien comprendió que la joven debía de ser pariente de lord Sinclair, quizá la hermana. Era bastante parecida, ahora que lo pensaba. El mismo color de ojos, de cabello, incluso la postura aristocrática, aunque supuso que todas las personas que habían nacido en ese ambiente privilegiado la tendrían.

—Pasa un momento.

Antes de que se diera cuenta, la joven la estaba llevando con suaves empujones al interior de la habitación, y Rose no tuvo más alternativa que seguirla. No se trataba de hacer lo que pedía, sino que en verdad deseaba ver ese lugar y, cuando se encontró dentro, apenas pudo contener un suspiro de embeleso. Era tan bonito como parecía desde fuera. Los pies la guiaron en dirección al piano y extendió una mano para tocarlo, pero no se atrevió a hacerlo y se contentó con admirarlo en silencio ante la expresión divertida de la chica que la observaba a su vez con interés.

—Es mío —exclamó ella con una evidente nota de orgullo en la voz—. Mi padre me lo obsequió cuando cumplí ocho años para que pudiera ensayar mis lecciones.

—Es hermoso —comentó Rose en tono reverente.

—Desde luego, es de los mejores. Mi padre no me habría regalado nada que no lo fuera. —De pronto la joven exhaló un suspiro y sacudió la cabeza de un lado a otro, aunque Rose no pudo verla—. Él murió. Mi padre, quiero decir.

Rose giró al oírla, con el ceño levemente fruncido y un poco extrañada por la confesión. Si estaba en lo cierto y esa joven era la hermana de lord Sinclair, de lo cual se encontraba casi segura, el padre de ella había sido también el de William, por supuesto. Sabía que el anterior barón había muerto hacía unos meses, pero recién en ese instante recaía en que había sido en aquella época cuando William había dejado de visitar el albergue, y supuso que debía de haber alguna relación, pero no se atrevió a preguntarlo. En lugar de eso, dirigió a la chica una sonrisa amable.

—Lo siento mucho —dijo, en verdad apenada por ella, y también por William—. Lamento que perdieras a tu padre.

La muchacha asintió y la observó en profundidad.

—Gracias. Casi todo el mundo lo dice, pero tú pareces sincera.

Rose no tuvo oportunidad de mencionar lo extraño de aquella afirmación porque la joven sacudió la cabeza como si pretendiera ahuyentar los malos pensamientos y mostró una amplia sonrisa.

—Mi nombre es Anna Sinclair, pero puedes llamarme Anna. Todos lo hacen.

Rose supuso que esos “todos” serían la familia y los amigos de la muchacha, entre los que ella era evidente que no se contaba, pero se abstuvo de comentarlo y le sonrió en respuesta.

—Es un honor.

Anna cabeceó contenta y señaló el piano con un gesto de la cabeza.

—¿Tocas? —preguntó.

—No, jamás lo he hecho, pero el sonido que oí al llegar me atrajo porque nunca había escuchado algo tan hermoso —comentó ella, emocionada—. Eres muy talentosa.

—Gracias. Practico todos los días y un maestro viene a darme clases tres veces por semana —respondió Anna y enderezó un poco más la postura—. Will dice que podría ser una concertista, pero que solo lo conseguiría sobre el cadáver de nuestra madre.

—¿Perdón? —cuestionó Rose, confundida.

—Ella jamás aceptaría que uno de sus hijos se parara sobre un escenario y cobrara por ello. Le daría un ataque —respondió la chica con sencillez—. Por suerte, a mí tampoco me gustaría, así que está bien.

Rose lució admirada de su pragmático razonamiento, pero luego cayó en la cuenta de que sin duda la doncella debía de haber vuelto al vestíbulo para buscarla y llevarla con lord Sinclair, y ¿quién sabía lo que iría a pensar al no encontrarla allí? Quizá fuera a quejarse con el mayordomo y entonces sí que estaría en problemas.

—Señorita Sinclair...

—Debes llamarme Anna, por favor.

Rose acusó el pedido de la joven con una sonrisa y le notó el leve tono de ansiedad en la voz, así como que era, en realidad, un poco más joven de lo que le había parecido a simple vista. No podía tener más de catorce o quince años, y comprendió que se mostraba ávida por agradarle, lo que le inspiró la misma ternura que sentía por los chicos del albergue. Tal vez las sendas circunstancias fueran diametralmente opuestas, pero, al fin y al cabo, eran chiquillos que necesitaban el cariño y la aprobación de los demás para sentirse seguros.

—Muy bien, Anna —aceptó ella—. He cometido una falta. No debería estar aquí, sino en el vestíbulo para ir a hablar con tu hermano... porque es tu hermano lord Sinclair, ¿cierto?

—Claro —asintió la chica de inmediato—. Y no te preocupes, si le han avisado de tu llegada, estará esperándote en la biblioteca. Yo te llevaré, conozco un atajo, y lo sorprenderemos.

—No hace falta...

Anna descartó la protesta con un gesto de la cabeza y la tomó de la mano con seguridad.

—Ven conmigo.

Rose no tuvo otra alternativa que seguirla y se preguntó durante todo el camino si cada miembro de la familia Sinclair sería tan autoritario.

* * *

William estaba a punto de enviar a la doncella en busca de Danby para que pusiera a un par de lacayos tras el paradero de Rose cuando ella apareció, pero no por la puerta de la biblioteca, sino que descendió por las escaleras que comunicaban con el segundo piso, una vía que solo los miembros de la familia usaban. Se habría sorprendido de no ser porque vio que Anna la acompañaba, aunque era más justo decir que la arrastraba, y Rose no parecía muy feliz por ello.

Una vez que se encontraron frente a él, su hermana señaló a Rose como un mago mostraría a un conejo que acabara de sacar de la galera.

—¡Aquí está Rose! —anunció de modo dramático.

—Puedo verlo. —Él le siguió el juego mientras sonreía a la muchacha como si aquella entrada no lo hubiera perturbado en absoluto—. Buen día, Rose.

—Buen día, milord.

Al observarla con mayor atención, William pudo ver que se había arreglado un poco más de lo usual, lo que no era mucho decir. Aunque distaba de verse lo que se diría elegante, él la encontró encantadora con aquella ropa demasiado remilgada y un poco grande. Le causó curiosidad cuán cómoda se mostraba Anna con ella, por lo que miró de una a otra con interés.

—Veo que ya se han conocido —comentó.

—Sí. Acabamos de presentarnos, y he decidido que seremos excelentes amigas.

La naturalidad con la que Anna respondió le arrancó una sonrisa.

—¿En serio? ¿Tuviste oportunidad de dar tu opinión al respecto, Rose?

La aludida acusó la pregunta con una mirada indecisa.

—No estoy segura...

—No te preocupes, debes de encontrarte desconcertada. Mi hermana tiene ese efecto en las personas. —William le sonrió para que comprendiera que se trataba de una broma.

Anna no tomó la burla de su hermano con mucho entusiasmo, por lo que lo miró con el entrecejo fruncido.

—Eso no es muy amable —le objetó ella.

—Como tampoco lo es incomodar a mi invitada.

—Ah, pero no me ha incomodado en absoluto —Rose intervino de inmediato.

Anna se mostró encantada por lo que juzgó una muestra de lealtad.

—¿Lo ves? Ya somos buenas amigas.

—Así parece. Temo que es muy tarde entonces para advertirte, Rose, lo siento mucho. —Sonrió William y se dirigió a la muchacha más joven algo más serio—. Anna, tenemos algunas cosas de las que hablar, ¿te importaría dejarnos?

—¿No puedo quedarme?

—Te aburrirás.

Anna se mostró un poco ofendida por la suposición.

—No sé qué te hace pensar eso.

—Vamos a hablar acerca de las cuentas que Rose trae consigo y a hacer los cálculos necesarios para que la institución de la que viene pueda seguir en funcionamiento.

—Vaya. Lo siento mucho, pero la verdad es que sí suena un poco aburrido —Anna se disculpó con una mueca dirigida a Rose, quien no pudo contener una sonrisa—. ¿Pero volverás pronto? Podríamos tomar el té, y tocaré alguna melodía para ti. Por favor, di que lo harás. No tengo muchas amigas y estoy harta de estar aquí encerrada todo el tiempo.

—No tienes prohibido salir, Anna —William la interrumpió con el ceño fruncido—. Rose pensará que soy tu carcelero.

—Claro que no pensará eso; no pareces un carcelero. La verdad es que sí puedo salir, pero odio que se me queden mirando cuando voy al parque y que algunos se me acerquen para darme sus condolencias. Otra vez. O para preguntar por mi madre. ¿Vendrás, Rose?

La muchacha vaciló y miró a William de reojo. Él no pudo descifrar si le pedía auxilio o lo hacía solo por reflejo.

—No lo sé...

—Es posible que Rose deba volver al menos una vez más para ocuparse de los asuntos que debemos revisar —William intervino en ayuda de la joven de todas maneras—. ¿Por qué no le permites pensar qué tan inteligente sería aceptar tu oferta? Te estás mostrando un poco insistente y es posible que la pobre salga huyendo.

Rose sonrió a Anna cuando la chica estaba a punto de discutir las palabras del barón.

—Tal vez podamos tomar ese té cuando regrese. Si a lord Sinclair no le molesta —comentó con una nueva mirada de soslayo en dirección a él.

—A William no le molesta, no te preocupes por eso. ¿Cierto? —preguntó Anna a su hermano.

—Para nada.

—Perfecto. Entonces nos veremos cuando vuelvas.

La chica hizo un gesto en señal de despedida, muy contenta, y salió casi a los saltos, tanto así que estuvo a punto de chocar con el señor Bishop, que acababa de llegar y se la quedó mirando con expresión incrédula.

William ignoró la presencia del administrador para dirigirse a Rose.

—Siento que debería disculparme por eso —dijo al tiempo que señalaba la puerta por la que Anna acababa de marcharse.

La muchacha se encogió de hombros.

—No, no tiene por qué. Es una joven encantadora.

—Tal vez deberías esperar hasta conocerla un poco más antes de precipitarte a esa conclusión. —William rio frente a la sorpresa de Rose—. Es una broma. En verdad es encantadora, y quisiera que fuera feliz, así que, si te es posible y lo deseas, agradecería mucho que regresaras a pasar un momento con ella.

—Me gustaría —respondió de inmediato.

Ella habría deseado decirle que haría cualquier cosa que pudiera proporcionarle una alegría, pero las palabras se le murieron en la garganta, como muchas veces antes. Él no pareció ser consciente de todo lo que transmitía la mirada de ella, por lo que tan solo asintió.

—Gracias —expresó, para luego dirigirse al administrador, que aguardaba a cierta distancia—. Señor Bishop, bienvenido, acérquese.

El hombre vaciló apenas un instante, pero pronto dio unos pasos hacia adelante en tanto alternaba la mirada de uno a otro.

—Rose, el señor Bishop es el administrador de la familia y nos ayudará con todo lo relacionado al albergue —indicó a la joven, que hizo una leve reverencia en señal de saludo—. Señor Bishop, creo que ya conoce a la señorita Turner.

Él asintió con una breve cabezada.

—Señorita Turner —saludó.

William le señaló a Rose la silla frente al escritorio y ella se apresuró a ocuparla, al tiempo que dejaba sobre aquella mesa el legajo que había mantenido hasta entonces sujeto con fuerza contra el pecho.

—Esta es toda la información que conseguí reunir, milord. Notas, facturas... Hice una lista de los acreedores y los montos que se deben — explicó mientras veía cómo William se dejaba caer en el asiento a la cabecera del mueble.

—Primero tendremos que ordenar todo. No es posible trabajar con datos dispersos.

Rose miró al señor Bishop sobre el hombro con las cejas elevadas.

—He ordenado todo por fechas, y está clasificado de acuerdo a la naturaleza de cada deuda. No debería ser complicado —aclaró ella con tono seguro.

William sonrió al oírla y dirigió una mirada al señor Bishop, que se veía un tanto ofendido, como si no estuviera acostumbrado a que una joven lo corrigiera con tanta naturalidad.

—Ya veo —se limitó a asentir él de mala gana y se colocó también sobre una silla algo apartada.

—Muy bien. Creo que podemos empezar ahora.

Rose se enderezó en el asiento y cuadró los hombros, como si el llamado de William hubiera sido una señal de alerta para lanzarse a la batalla.

—Estoy lista, milord.

William asintió, complacido por la actitud de la joven y, aunque no fue consciente de eso en ese momento, atraído también por ese aire de seguridad que pocas veces había visto en ella. Sin embargo, no lo mencionó en ese momento y se contentó con sonreírle, gesto que, para sorpresa del hombre, Rose correspondió aun cuando solo levantaba un poco las comisuras de los labios con expresión tímida. Al parecer, el día le tenía aún muchas sorpresas deparadas.

* * *

Trabajaron durante horas y, tras cotejar la información reunida por Rose y la que tenía William en su poder de los años anteriores, llegaron a la conclusión de que él había estado en lo cierto al suponer que la situación en el albergue era incluso más delicada de lo que lord Falmouth le había hecho saber. Pero nada que no tuviera solución, como mencionó a Rose a fin de tranquilizarla cuando vio cómo los hombros de ella se contraían en señal de angustia al llegar a cifras que, estaba seguro, la aterraban.

Con unos rápidos cálculos mentales, William llegó a la conclusión de que, entre él y lord Falmouth, y aún más, con la ayuda de Alexander, no tendrían problemas para superar ese bache. Solo haría falta una inversión que sin duda todos podrían costear. La verdadera dificultad, opinaba el barón, radicaba en que no se podría continuar así por siempre. Era necesario organizar la conducción del albergue para evitar un problema similar en el futuro. La administración debía ser más prudente, y tal vez fuera eso lo que resultaría más complicado de llevar a cabo.

A mediodía, ordenó que les llevaran un refrigerio y, cuando Danby se presentó acompañado por unos lacayos con fuentes, le dirigió una mirada de advertencia al notar cómo veía a Rose, que por suerte apenas había reparado en la llegada del mayordomo. Ya había sostenido una seria charla con él, pero los viejos prejuicios eran difíciles de erradicar, y no deseaba que hiciera algún comentario de mal gusto frente a la invitada. No dejaba de ser irónico que fuera él quien tuviera que dar al sirviente lecciones de tolerancia y respeto, se dijo mientras veía cómo la chica devoraba con entusiasmo uno de los emparedados enviados por la cocinera. El señor Bishop, según pasaban las horas, se mostraba mucho más relajado en presencia de Rose, hasta el punto de hacerle las preguntas referidas a sus notas de manera directa y no por intermedio de William, tal y como había hecho en un inicio. No obstante, agradeció asimismo el descanso con alegría. William no podía culparlo, pues él también sentía el cerebro embotado, y los números no dejaban de danzarle en la cabeza.

Tras el breve interludio, retomaron la labor y solo necesitaron trabajar un par de horas más para tener todo bastante aclarado y dispuesto. Para entonces, Rose se veía exhausta y se había pasado las manos por el cabello con tanta frecuencia que el peinado con el que había llegado se había

deshecho hacía horas, y ahora, mechones de cabello dorado y rizado le caían a ambos lados de la cara. Ella resoplaba cada tanto para despejar el rostro y, en una de esas ocasiones, atrapó a William con la mirada fija en ella. La joven se sonrojó, se arregló el cabello lo mejor que pudo tras las orejas y no volvió a levantar la vista hasta que el señor Bishop señaló que tenían todo lo que haría falta para empezar el reordenamiento en los asuntos del albergue.

—Si no cree que vayan a necesitar me más, milord, me gustaría marcharme. Tengo algunas cosas que hacer y quiero llegar al albergue antes de que caiga la noche. —Rose contuvo un bostezo a duras penas y esperó la respuesta de William con semblante sereno.

—Claro. Debes de estar muy cansada, hemos abusado de tu amabilidad —dijo él con el ceño fruncido al mirar a través de la cortina—. Veré que traigan un carruaje para ti.

—No, no es necesario.

Rose se puso de pie como si acabaran de pincharla con un alfiler, a punto de tropezar con el bajo de la falda por la rapidez con que se incorporó.

—Insisto.

William se levantó con mucha más elegancia, pero ella dejó a un lado la admiración que le provocaba y sacudió la cabeza de un lado a otro con firmeza.

—Le agradezco, milord, pero no hace falta, llegaré sin inconvenientes —aseguró la joven muy convencida, pero frunció el ceño al recordar algo y vaciló un poco antes de continuar—. Respecto a lo que le dijo a su hermana... ¿Tendré que regresar para ayudarlos con algo más?

—No lo creo, pero no podría asegurarlo. Veremos cómo marcha todo y entonces te lo haré saber. Aunque Anna espera que vuelvas, de cualquier forma.

Rose asintió, pensativa.

—Sí, claro, y lo haré. —Tal vez la idea de regresar a esa casa no le hiciera mucha gracia, pero hizo una promesa y tenía pensado cumplirla—. Podría volver mañana por la tarde.

William se vio complacido de que no pusiera más objeciones.

—Perfecto. Se lo diré a Anna. —Él dio un rodeo para tocar una campanilla, y la misma doncella que le había abierto la puerta al llegar se materializó en menos de un minuto, en silenciosa espera—. ¿Estás segura de que puedes regresar sola?

—Claro que sí. Lo hago siempre.

Rose se expresó con mayor firmeza de la usual y cabeceó en dirección al señor Bishop, que continuaba escribiendo en el escritorio pero le lanzaba unas cuantas miradas de reojo con curiosidad.

—Ha sido un gusto, señor Bishop. —Ella se dirigió luego a William, que la observaba en silencio—. Me marcho ahora, milord. Si hubiera más que pudiera hacer...

—Te mantendré al tanto, lo prometo —respondió él de inmediato—. Gracias por tu ayuda.

Rose esbozó una leve sonrisa y bajó la mirada al tiempo que seguía a la doncella fuera de la biblioteca.

Cuando ella se marchó, William se dirigió a la ventana y apoyó una mano sobre el cristal con semblante pensativo. Habría permanecido así, perdido en numerosas cavilaciones, si el señor Bishop no hubiese carraspeado para llamarle la atención, lo que lo obligó a darse media vuelta para verlo.

—Es una muchacha muy lista —comentó el administrador con un asentimiento, como si expresara una sentencia importante.

William se encogió de hombros.

—Parece sorprendido —apuntó él.

—Bueno, lo estoy un poco, si he de serle sincero. Las jóvenes de su edad y condición no se caracterizan por ser precisamente buenas con los números.

—¿Y ha conocido a muchas jóvenes de la edad y condición de la señorita Turner?

Fue el turno del señor Bishop para encogerse de hombros, a la vez que rehuía la mirada del patrón. William notó que se mostraba un tanto receloso, un gesto poco habitual en él. A veces olvidaba que apenas lo conocía en realidad.

—Algunas —reconoció él con tono despreocupado.

—Comprendo. Bueno, se habrá dado cuenta también de que la señorita Turner no puede ser considerada ordinaria y de que las generalidades no se ajustan a su persona.

—Desde luego que lo he notado. —El señor Bishop carraspeó al notar que William lo miraba con las cejas elevadas ante el ímpetu del tono que había empleado—. Me refiero a que es bastante... original.

William asintió y volvió la atención a la ventana, desde donde observó a Rose dejar la casa con paso apresurado. Antes de cruzar la calzada y salir del marco de visión del hombre, ella dio una mirada atrás, y William habría jurado que fue consciente de la presencia de él, pero desvió la vista con rapidez y desapareció al perderse entre la gente.

—Supongo que puede llamársela así —replicó William con sequedad antes de volver a mirar al señor Bishop—. Creo que hemos terminado por hoy, ¿por qué no va a descansar? Puede quedarse y acompañarnos durante la cena si lo desea.

Aunque al llegar se le había ofrecido una habitación en la casa, el señor Bishop se rehusaba a tomarla y, en cambio, aseguraba que prefería rentar un lugar propio para así conservar la independencia a la que estaba acostumbrado. Sin embargo, comía allí, y no era poco usual que los acompañara a cenar.

—Es muy amable, milord, pero creo que prefiero ir a casa —respondió él con un bostezo.

William cabeceó en señal de comprensión y no insistió. Regresó la atención a la ventana, con la vista fija en la calle por la que Rose se había marchado.

“Original,” qué palabra más idiota para referirse a Rose, se dijo con un bufido. “Original.”

CAPÍTULO 3

—Cuando la tía Penelope llegue, iremos de compras. William me lo ha prometido y él nunca rompe sus promesas. He pensado que podría usar algo un poco menos... infantil, ¿no lo crees? Aún faltan un par de años para mi presentación, pero eso no quiere decir que no pueda ir a algunos bailes y no quiero parecer una niña. Mi madre dice que es importante dar una impresión apropiada respecto a lo que uno desea conseguir, aunque sería mucho más útil si ella estuviera aquí, porque me cuesta creer que la tía Penelope vaya a estar de acuerdo con ella. ¿Te he dicho que es rara?

Rose se abstuvo de mencionar que era la tercera vez que lo oía en lo que iba de la hora que llevaba allí y esbozó una sonrisa.

—Es posible que lo haya escuchado antes, sí —respondió sin dejar de sonreír—. Parece una dama muy interesante.

—Lo es. Y brillante, o eso dice mi hermano. A él le agrada mucho porque es su favorito.

Rose asintió sin darse cuenta de ello, pero, cuando lo hizo, detuvo el movimiento con el ceño fruncido. Aunque pensara que era totalmente lógico que William fuera el favorito de esa misteriosa dama que Anna mencionaba con frecuencia, no significaba que debiera mostrarse tan emocionada al respecto.

Tal y como había prometido, había ido a la mansión Sinclair para visitar a Anna y tomar el té con ella. Lo consideraba como una tarea inevitable porque le había dado la palabra a la joven, lo mismo que a William, razón de que no deseara dejar pasar un día más para ir, con la seguridad de que no ocurriría de nuevo. Le agradaba la muchacha, incluso más ahora que la había tratado un poco mejor, y encontraba enternecedor lo vulnerable que se mostraba, con aquella necesidad de afecto, pero profundizar una amistad con ella era

absurdo. ¿Qué tenían en común además de una edad relativamente cercana? De no ser por el hermano de la dama, ni siquiera se habrían conocido, y tal vez eso habría sido lo mejor.

Según había sacado en claro de la reunión con William y el señor Bishop, la ayuda que ella podía brindarles en lo concerniente al albergue ya no sería necesaria, al menos no allí. Era posible que lord Sinclair acudiera a ella para que lo ayudara a instituir los cambios que planeaba plantear a la señora Allen en la conducción del lugar, pero eso sería todo. Dudaba de que ello implicara muchas diferencias con respecto a lo que ya hacía, de modo que la rutina a la que estaba acostumbrada no tendría por qué verse demasiado alterada. Estaba decidida a que esa fuera la última ocasión en que visitaría la mansión Sinclair.

—¿Rose?

Levantó la mirada al oír el llamado y sonrió a Anna, que la veía con curiosidad. ¿Cuánto tiempo habría permanecido en silencio? La muchacha hablaba a una velocidad sorprendente y apenas se detenía para recuperar el aliento, por lo que no creía necesario decirle mucho, pero aquel prolongado mutismo debió de atraer la atención de la joven.

—Tu tía Penelope es hermana de tu padre, ¿cierto? —preguntó, para que no pensara que no la escuchaba.

Anna frunció un poco el ceño, lo que acentuó el parecido con su hermano, pero, a diferencia de él, no aparentaba ser la clase de persona que se sumiera en muchas reflexiones. Asintió al saberse atendida y sonrió.

—Sí, la única, mi padre no tenía más hermanos. Ella es la menor —concordó—. Ha vivido siempre en Devonshire... Bueno, no siempre, solo desde que se casó, lo que por cierto fue todo un escándalo en su momento, ¿lo sabías?

Rose negó con la cabeza al tiempo que tomaba un pastelillo de una bandeja que el lacayo había dejado en una mesita cuando les había llevado el té. Debía reconocer que estaba delicioso, tan delicado al paladar que se deshizo al primer mordisco, y lamentó no poder llevarse algunos para los chicos del albergue. No era algo que se acostumbrara disfrutar con frecuencia allí. Los dulces de la señora McAdams eran deliciosos, pero bastante más rústicos.

Anna continuó como si aquel silencio fuera una invitación a explayarse.

—Se supone que yo tampoco lo sé, desde luego, pero oigo cosas, y una vez se lo pregunté a mi madre y ella no lo negó, así que supongo que es cierto. —La chica sonrió con expresión soñadora y se repantigó sobre el sillón como si se preparara para compartir una gran historia—. Mis abuelos esperaban que ella hiciera un gran matrimonio. Era muy bonita y tenía una buena dote, pero conoció al tercer hijo de una familia de poca fortuna y se enamoró de él. El abuelo no estuvo de acuerdo, pero a ella no le importó, ¿y sabes lo que hizo entonces?

Rose negó de nuevo, interesada a su pesar. Tal vez no debería haber permitido que Anna compartiera una historia tan íntima de su familia, pero en un inicio no le dio mucha importancia y ahora no podía contener su curiosidad.

—¡Se fugó con él!

La exclamación de Anna le provocó un salto, pero apenas se notó; estaba muy sorprendida para ello, y la chica pareció encantada con la reacción.

—¿En verdad? —preguntó Rose, por si le estaba jugando una broma.

—Sí, juro que es cierto —aseguró Anna con una mano levantada en ademán teatral—. El abuelo enfureció, desde luego, y no le habló por años, pero dudo de que a ella le importara mucho. Se fue a vivir con su esposo a Devonshire, donde él consiguió una vicaría y, según sé, vivieron muy felices. Por desgracia, él murió pronto y no tuvieron hijos. Cuando el abuelo enfermó, se reconcilió con ella, y ha venido con frecuencia de visita desde entonces. Mi padre la apreciaba mucho y siempre la invitaba a quedarse con nosotros tanto como quisiera. Ella, sin embargo, decía que le gustaba su independencia y que no la cambiaría por nada. ¿No te he dicho que es rara?

Rose sonrió, encantada con ese curioso personaje. Era una lástima que no fuera a tener oportunidad de conocerla.

—Estoy segura de que disfrutarás de su compañía —dijo ella, mientras asentía—. Y también tu hermano, claro.

—Desde luego que sí, ¿no te he contado que es su favorito? Siempre he pensado que se lleva mejor con ella que con nuestra madre, aunque él nunca lo reconocería.

—¿Son muy distintos? Él y tu madre, quiero decir.

Rose no pudo contener la pregunta que le salió de los labios. Tenía curiosidad por conocer ese aspecto de la vida de William. Claro que sabía que hacía muy mal al sonsacarle esa información a Anna, pero no podía resistirse.

—Sí, eso creo —Anna contestó con un encogimiento de hombros, sin advertir la mirada en el rostro de quien la escuchaba—. Pero él la aprecia mucho, en especial desde que nuestro padre... Ella, en cambio, y Will dice que hago mal al pensarlo, creo que se ha vuelto un poco dura desde lo que sucedió. Lo único que quiere es estar sola, por eso se fue a Escocia y no me llevó con ella. Está decidida a hacer su voluntad. Sin mi padre, solo le importa que la dejen en paz y que Will se ocupe del legado de la familia. Antes de irse, oí que discutían en la biblioteca...

—Creo que no deberías contarme nada más, Anna.

Rose interrumpió a la muchacha al ponerse de pie, incómoda de pronto por haber permitido que su propia curiosidad desatara la lengua de esa chica tan comunicativa. Estaba segura de que lord Sinclair no estaría muy complacido si supiera que le contaba todas esas cosas. Ella, sin embargo, desestimó las protestas con un gesto de la mano y continuó.

—Quiere que se case —anunció, y procedió a explicarse al ver el gesto confundido de Rose—. Mi madre quiere que Will se case pronto. Tiene treinta y tres años. Según ella, debería haberse casado hace mucho, pero él no se ha mostrado nunca muy interesado en hacerlo. Supongo que no veía la necesidad porque mi padre estaba con vida y parecía que viviría mucho más, pero... bueno, ya sabes lo que ocurrió. Aunque se mostró muy disgustado por la insistencia de nuestra madre, le prometió que se ocuparía de ello pronto. Y ya te he dicho que Will siempre cumple sus promesas, de modo que supongo que tendré pronto una nueva hermana.

Rose la oyó en silencio; de repente sintió cómo los restos del pastelillo que acababa de comer con entusiasmo se le revolvían en el estómago. No tendría por qué sorprenderse, se dijo, ¿no era acaso lo más lógico? Un hombre de la posición de William, en realidad, era extraño que no se hubiera casado aún, pero tenía que ocurrir. Lo supo siempre, aunque eso no impedía que le doliera como si le clavaran unas agujas bajo las uñas.

—Tal vez... Supongo que debe hacerlo, claro. Si tu madre insiste — declaró ella, y la voz le surgió tan extraña que le costó reconocerla.

Anna, por fortuna, no pareció advertir aquellos sentimientos, puesto que se encogió de hombros tras exhalar un suspiro.

—Sí, claro. Esa es una de las pocas cosas en las que se parecen: ambos son muy testarudos, así que ella no cejará en su empeño. El problema es que mi hermano es capaz de casarse con una mujer tan solo para que ella deje de insistir.

—Pero él no pondría en riesgo de ese modo su propia felicidad, ¿verdad?

Anna frunció el ceño y tomó un pastelillo tras un nuevo suspiro.

—No creo que a Will le importe mucho su felicidad —respondió en tono pesaroso.

Rose tuvo que morderse la lengua para no hacer una nueva pregunta. Habría deseado saber a qué se debía eso, cómo era posible que una persona como él no deseara ser feliz cuando lo tenía todo para serlo, pero eso habría significado transigir todos los límites. Tal vez William nunca supiera que su hermana le había hecho todas esas confidencias, pero Anna sí lo sabría, y ya se sentía un poco avergonzada por ello.

—Creo que debería irme ya.

Apenas acababa de decirlo cuando la chica se levantó como impelida por un resorte, dejó la taza sobre la mesa con un movimiento brusco.

—¡Pero acabas de llegar! —Fue hacia ella y le tomó la mano con expresión suplicante—. Por favor, quédate un poco más. Te prometí que tocaría para ti, ¿recuerdas? Iremos ahora a la sala de música y te dejaré que intentes tocar algo. Por favor, Rose, me siento tan aburrida aquí sola.

La invitada suspiró, sin pensarlo demasiado. Sentía lástima por la joven, pero temía encontrarse con William si permanecía en su casa. No lo había visto en todo el rato que llevaba allí y dudaba de que fuera a hacerlo, lo que sin duda era lo mejor porque, luego de todo lo que Anna le había contado, no creía que pudiera actuar con normalidad frente a él si lo veía en ese momento. Al mirar otra vez el rostro de Anna, asintió con un nuevo suspiro, lo que pareció ser suficiente para ella. Sin darle tiempo a reaccionar, se vio

arrastrada en dirección a la sala en que había estado el día anterior y ya no tuvo tiempo para pensar en William, el inminente matrimonio y todo lo que eso significaría para ella.

* * *

Rose no habría necesitado preocuparse por si se toparía con William durante la visita a la casa porque él en ese momento se encontraba en la de ella, o en el lugar al que consideraba como tal.

Él no había querido dejar pasar más tiempo para sostener una nueva charla y hacerla partícipe de las conclusiones a las que tanto él como el administrador habían llegado. Aunque lo ideal habría sido informar primero a lord Falmouth, cosa que había hecho mediante una carta, decidió que no valía la pena esperar la contestación para que la señora Allen conociera el estado de situación que habían establecido.

Por eso, se presentó a primera hora de la tarde en el albergue y pidió hablar con la señora Allen. Lo atendió la mujer que sabía que llevaba años trabajando con ella y no se mostró sorprendido cuando, al preguntar por Rose, aquella le dijo que se había marchado precisamente a la casa de él. William no lo mencionó, pero se sintió complacido de que cumpliera la promesa y acompañara a su hermana. No se le había escapado cuán cómoda se había mostrado Anna en presencia de la joven, pese a que apenas se conocían. Era un rasgo que ya había apreciado antes en Rose: a pesar de comportarse con timidez y pocas palabras, inspiraba confianza y armonía, incluso en una joven de naturaleza alborotada como lo era aquella hermana menor. Y en él, desde luego, también en él.

La señora Allen se presentó entonces, y él hizo a un lado tales pensamientos. William suponía que Rose se habría encargado de mantener a la señora informada acerca de los avances en el asunto. Por ello, no se sorprendió cuando ella comentó cuán aliviada se encontraba de saber que él trabajaba en una solución para los problemas del albergue, y que estaría encantada de ayudar tanto como pudiera. William se abstuvo de mencionar que tenía ya una idea muy clara de qué hacer a continuación y cómo podría ayudarlos ella, dado que aún era pronto para decirlo. Esperaba tener algunos

cabos bien atados y la respuesta de lord Falmouth para compartir lo que tenía en mente y tenía la esperanza de que la señora estuviera de acuerdo con él, ya que ello le haría las cosas mucho más sencillas. Sospechaba, sin embargo, que Rose no iba a mostrarse tan entusiasmada.

Por el momento, se contentó con mostrarle las cuentas en las que el señor Bishop y él habían trabajado. Lo complació ver que la señora parecía aliviada con sinceridad por los avances. Con la promesa de que no tendría más problemas con los acreedores y de que los residentes del albergue podrían disfrutar de un buen tiempo de tranquilidad, la tuvo pronto más elocuente y alegre de lo habitual. Incluso insistió en que se quedara a tomar el té con ella, con la promesa de ofrecerle además un pastel que la cocinera acababa de preparar. Desde luego que no pudo rehusar la invitación y, tras charlar acerca de la familia de la señora, a la que no veía desde que su hijo se había mudado a Bath debido a la enfermedad de la esposa, William abordó un tópico que le rondaba la mente desde hacía semanas. No era la primera vez que se lo mencionaba a la mujer, pero se atrevió a insistir de nuevo porque no había encontrado muy satisfactoria la última conversación que habían mantenido al respecto. Además, una idea un tanto descabellada le había empezado a germinar en la mente, y quería saber qué tan viable resultaría si se decidía a llevarla a cabo.

—Parece pensativo, milord, ¿hay algo que lo inquiete? Si es referente al albergue, le ruego que comparta sus preocupaciones. Sé que no he hecho el mejor trabajo últimamente, pero...

Sin desearlo, claro, la señora Allen le dio el pie que le hacía falta para abordar el tema que le interesaba. Al oír la ansiedad del tono, sonrió para tranquilizarla e hizo una señal de negación.

—No hay nada más que me preocupe, señora, salvo llevar todos nuestros planes a buen puerto, pero lo haremos, pierda cuidado. Es más, olvidé mencionarlo, pero es posible que lord Cahill venga a Londres para ayudarnos con eso —comentó él.

La señora Allen se vio tan satisfecha por la novedad como había supuesto.

—¡Son excelentes noticias! ¿Lo acompañará lady Cahill? A Rose la alegraría tanto verla nuevamente —indicó ella con las manos unidas contra el pecho, muy sonriente.

—Temo que no —negó él—. Rose preguntó por ella hace unas semanas, pero, como le dije, Mary se quedará por un tiempo más en la casa de lord Falmouth. A decir verdad, lord Cahill pensaba hacer lo mismo, pero a raíz de todo este asunto del albergue, adelantará el viaje para servirnos de ayuda. Es posible que ella se le una pronto.

—Oh, bueno, pero vendrá. Eso es lo importante. Me alegra mucho saberlo.

La señora asintió sin dejar de sonreír, y William juzgó que era el momento preciso para comentar lo que deseaba.

—Me preguntó si había algo que me preocupara —le recordó él—. A decir verdad, lo hay.

La dama tornó serio el rostro de inmediato, al tiempo que lo miraba de manera atenta y lo instaba a continuar.

—Pensaba en Rose —dijo él, atento a la reacción de ella.

La señora Allen frunció el ceño con levedad, como si eso fuera lo último que habría esperado oír.

—¿Qué ocurre con ella? —preguntó.

—Me preguntaba qué es lo que planea hacer en el futuro.

—¿A qué futuro se refiere?

William elevó las cejas, un poco sorprendido por el desconcierto de la señora.

—Al de ella, claro —respondió él—. No puede quedarse aquí para siempre. ¿No cree que aspire a algo más?

La señora Allen suspiró al comprender y negó con la cabeza de manera firme.

—Para ser honesta, no; no lo creo. Es más, creo que Rose ha alcanzado mucho más de lo que habría podido aspirar jamás si se consideran sus circunstancias. Ha recibido una educación superior a la que reciben otras jóvenes como ella y tiene una ocupación que le permite mantenerse de manera honrada. Creo que es afortunada.

William hizo un gesto de comprensión. No expresaba nada que no esperara, pero se negaba a creer que eso fuera todo lo que ella tenía para decir al respecto. Él no opinaba lo mismo, por lo que dejó el sillón que ocupaba y se puso de pie, con las manos tras la espalda. Anna diría que esa era la postura que adoptaba cuando iba a tratar un tema que consideraba importante.

—No dudo de que Rose estará muy agradecida por todo lo que ha recibido en este tiempo. Ella y su madre. Pero no puedo evitar pensar que es un desperdicio. Usted lo ha dicho, ha recibido una educación superior a la media, es lista, tiene buenos modales. Me resulta injusto que pase el resto de sus días como una doncella o la encargada de cuidar de los niños de aquí.

—Comprendo a qué se refiere, milord. Pero no es que tenga muchas otras opciones. Siempre podría casarse, claro. A decir verdad, espero que así sea, pero es demasiado tímida, apenas trata con jóvenes de su edad y, si alguno muestra interés, lo rehúye como a la peste.

La señora alzó las manos como si esa información le diera un vistazo muy claro de la personalidad de Rose y de cuán poco se podía hacer en lo que a ella se refería. William, por su parte, no dejó de encontrar sorprendente esa revelación. No había dedicado mucho tiempo a pensar en si Rose podría resultar atractiva en el mercado matrimonial, pero desechó la posibilidad con rapidez porque dudaba de que tuviera alguna utilidad para lo que tenía en mente. No aún.

—No sabía que Rose tuviera pretendientes —mencionó por decir algo frente a la expresión expectante de la señora, que parecía esperar una respuesta.

—Tendría muchos más si no fuera tan recelosa. No tiene nada de extraño, si lo piensa. Es una joven muy bonita, discreta, cariñosa. Sería una esposa excelente. La señora Collins, la esposa del dueño de un almacén en la otra calle, me pidió a la salida de la iglesia el último domingo que hablara con ella para mediar por el hijo, que está interesado en ella.

—¿Y lo hizo?

—No me he atrevido. No tengo la edad o el temperamento para hacer de casamentera. Pero es una pena, porque sería una buena unión para ambos. Eso es, señor, lo mejor que una joven como Rose Turner puede codiciar, y lo digo con el profundo cariño que siento por ella.

William dejó pasar todo un minuto antes de retomar la charla y, cuando la señora recuperó la expresión plácida que había adoptado hasta entonces, decidió que era un buen momento para ello. Sin pensarlo demasiado, se detuvo frente a ella con la mirada fija en los ojos de la mujer.

—Quiero hacerle una propuesta —expuso él con tono sereno—. En realidad, la propuesta es para Rose, pero me gustaría conocer su opinión.

La señora parpadeó varias veces, sin duda un poco extrañada por la seriedad de aquella voz.

—¿De qué se trata? —inquirió ella.

—Quiero que Rose venga a vivir a mi casa.

La dama abrió la boca y la cerró, para luego volver a abrirla y cerrarla de nuevo. William habría encontrado muy divertida esa reacción en otras circunstancias, pero se compadeció de ella y ocupó el lugar a su lado en el sillón.

—¿Acaba de decir...? —La señora mostró serios problemas para hilvanar las palabras.

William asintió al adivinar la pregunta que ella no atinaba a formular.

—Sí. He pensado mucho en ello y creo que podría ser bueno para Rose —se adelantó a decir él al notar que ella estaba a punto de interrumpirlo—. La he visto durante todos estos años y siempre me pregunté cómo podría ayudarla. Ayer la observé con mi hermana, creo que sabe que fue a tomar hoy el té con ella, y comprendí que podría ser una excelente oportunidad para ambas.

La señora Allen alzó las cejas, aún confundida, y William continuó con la explicación.

—Mi hermana pasa mucho tiempo a solas porque aún está en el período de luto por la muerte de nuestro padre, pero este pronto concluirá y necesitará prepararse para hacer un buen papel en la sociedad. Rose podría ayudarla al servirle como compañía y, al mismo tiempo, ella se beneficiaría de la experiencia. Se convertiría en una dama y así tendría otras alternativas para escoger lo que desee hacer con su vida. Tal vez quiera quedarse aquí, buscar un empleo más demandante, o casarse, como acaba usted de sugerir.

—Lo siento, milord, pero aun cuando creo que su oferta es extremadamente generosa, no puedo estar de acuerdo con usted en que sea una buena idea.

—¿Por qué no?

William hizo la pregunta con apariencia de absoluta tranquilidad, sin alterarse un ápice, lo que solo pareció conseguir que la señora echara por la borda el talante sereno que había mostrado hasta entonces.

—No creo que haya pensado en cuán perjudicial podría ser esto para Rose, milord —exclamó ella en tono de rotundo reproche.

William decidió ignorar el hecho de verse tratado como si tuviera cinco años y se encontrara en el salón de clases de su casa frente a una institutriz particularmente severa.

—No —respondió él sin alterarse—. Porque no veo cómo podría dañarla quedarse en mi casa y acompañar a mi hermana.

—No digo que haya nada de malo en la oferta, por el contrario. Ese es el problema. ¿Por qué mostrarle un mundo al que jamás podrá pertenecer?

—¿Por qué no podría?

La señora Allen emitió un resoplido poco digno y lo miró mientras sacudía la cabeza de un lado a otro.

—Milord...

—No intentaré convencerla de los méritos de Rose, señora Allen, pero debe comprender que esta puede ser una gran oportunidad para ella —insistió William—. Podrá explotar su inteligencia, aprender nuevas cosas y gozar de un roce social que la beneficiará sin importar qué decida hacer en el futuro. Rose es demasiado reservada, incluso tímida, lo que no es extraño si uno considera las circunstancias en las que ha vivido, pero ahora puede cambiar eso. No debe privarla de esta oportunidad.

La dama elevó el mentón y lo miró con expresión resuelta, como si se le acabara de ocurrir un nuevo frente para presentar batalla a lo que sin duda juzgaba una locura.

—¿Y qué pasa con la gente? —preguntó ella a continuación.

William frunció el ceño, confundido.

—¿Qué gente?

—¡Todos! ¿No cree que encontrarán extraño que Rose se mude a su casa?

—Una vez que se sepan las razones, no; no tendrían por qué —respondió él al comprender.

—¿Y no lo malinterpretarán?

—¿En qué sentido?

—En el único que podría arruinar lo más valioso que posee esa chica. — La señora lo miró como si de pronto dudara de la inteligencia del caballero. O de sus intenciones—. Su reputación.

—Comprendo. —William no habría podido decir que no esperaba ese argumento, y estaba preparado para responder en consecuencia—. Bueno, si eso es lo que la preocupa, puede quedarse tranquila. Si bien mi madre no se encuentra en casa, mi tía, la señora Penelope Relish, se mudará pronto con nosotros para hacer de carabina de mi hermana. Estoy seguro de que esa es una garantía de rectitud y decencia. Le agradecerá Rose y se ocupará de disipar cualquier pensamiento malicioso respecto a su permanencia en casa.

La señora Allen bajó un poco la guardia al oírlo, pero solo un poco.

—¿Y usted? ¿Qué ocurre con usted? —insistió ella.

William contuvo un suspiro y el ineludible deseo de gritar. “¿Ahora qué, señora?”, se dijo para sí, exasperado.

—¿Conmigo? —cuestionó él en el tono más cortés que pudo.

—Sí. Soy una mujer vieja, milord, así que me permitiré ser clara y espero no ofenderlo. ¿Qué es lo que quiere usted con Rose?

—Quiero ayudarla.

La dama le dirigió una mirada escéptica.

—¿Solo eso? —preguntó ella, lejos de encontrarse convencida—. Insisto en que no busco desconfiar de sus buenas intenciones, pero debe entender mis dudas. Es usted un hombre joven, soltero, con una reputación algo ligera...

—Ligera —masculló él, incrédulo. ¿Cómo habían llegado a ese punto?

Ella, por fortuna, no lo oyó, o hizo como si no lo hubiera hecho, y continuó sin vacilar.

—Y encuentro cuando menos extraño que de pronto se muestre tan preocupado por el futuro de una joven como Rose.

—Supongo que su preocupación es razonable y la honra, pero no hay segundas intenciones en la oferta que le quiero hacer a Rose. La conozco desde que era una niña y la he visto crecer para convertirse en una joven encantadora que merece un mejor futuro. Eso es todo.

—Entonces no la encuentra atractiva en absoluto.

—Ni siquiera lo he pensado. —William se ganó una mirada desconfiada de la señora y suspiró—. Le digo la verdad.

—Rose es una joven muy bonita —insistió ella, al parecer decidida a dejar tales reservas en claro.

—Lo he notado, pero jamás ha pasado por mi mente el verla de otra manera que como a una joven a quien quiero ayudar.

—¿Y eso no cambiará cuando la tenga bajo su techo?

William se adelantó en el asiento y ladeó el rostro para mirar a la señora de frente, con la esperanza de que viera la verdad en la expresión que le dirigía.

—Señora Allen, sus preocupaciones no tienen asidero —le aseguró—. Rose estará a salvo conmigo.

—Eso es lo que usted dice. —La dama se sorbió la nariz y colocó las manos sobre el regazo, con una exhalación—. Sin embargo, si está decidido a hablar con Rose al respecto, no hay nada que yo pueda hacer. Quiero a esa chica, pero no soy su madre, y confío en que le dará una respuesta apropiada.

William juzgó aquellas palabras como una advertencia de que esperaba que Rose se mostrara tan ofendida como ella misma, pero las ignoró a fin de no verse envuelto en una confrontación innecesaria. Estaba seguro de que la señora actuaba de buena fe, pero creía también que subestimaba a Rose al suponer que querría lo mismo que ella para el futuro o que no era lo bastante lista para decidir por sí misma. De modo que asintió y se puso de pie, con una mano extendida para tomar la de la señora e inclinarse en un gesto galante.

—Gracias por compartir su opinión, señora —expresó, en tanto le sostenía la mirada—. Agradecería que no comentara nada de esto a Rose hasta que yo haya hablado con ella.

La señora Allen asintió y le devolvió la mirada a regañadientes. Cuando William la soltó, lo observó con gesto más inquieto que enojado.

—Rose es una chica excelente, milord. La aprecio mucho, y aun cuando yo pensara lo mismo que usted, que merece más de lo que tiene ahora, debe considerar que a veces la ambición puede resultar perniciosa —dijo ella, muy firme—. No quisiera que resultara lastimada de ninguna manera.

William asintió al oírla.

—Tampoco yo —le aseguró.

La dama cabeceó, pero no pareció muy convencida. Pese a ello, no insistió, y William agradeció que así fuera, ya que no creía que hubiera podido sostener un minuto más de conversación. La señora era una formidable oponente y había puesto en palabras muchas de las reservas que él mismo guardaba, pero había dicho lo que necesitaba y ahora solo hacía falta que hablara con la principal involucrada. Esperaba que Rose fuera algo más indulgente, aunque en verdad lo dudaba.

* * *

Las siguientes semanas resultaron un tanto extrañas para Rose, pero no habría sabido cómo explicar las razones que la llevaron a esa conclusión. Desde luego que los leves cambios en la dirección del albergue eran dignos de mención, pero había algo más, algo que no sabía nombrar y que la inquietaba. En apariencia, todo se desarrollaba con la normalidad habitual, pero notó cierta tensión entre lord Sinclair y la señora Allen durante las visitas del primero, que se hicieron frecuentes en los días que siguieron a aquel en que la joven visitó a Anna. Sin embargo, no dio con una causa razonable para ello.

La señora Allen se veía satisfecha con los cambios en el albergue, lo mismo que lord Sinclair, quien incluso llevó con él en un par de ocasiones al señor Bishop. El hombre lucía en un inicio un tanto desconcertado por lo extraño que debía de resultarle el ambiente, ya que al parecer jamás había visitado un lugar como aquel, pero pronto se mostró más amable e interesado en el funcionamiento del lugar, al grado de que le hacía preguntas con frecuencia. Entonces, ¿qué estaba mal? Porque había algo, y suponía que iba a descubrirlo pronto.

En una de aquellas ocasiones, lord Sinclair llegó a primera hora de la mañana, cuando Rose y Jenny se encontraban apenas alistando a los niños, luego del desayuno, para la lección que recibirían ese día. No iba solo, pero quien lo acompañaba no era el señor Bishop, sino un caballero mucho mayor y de semblante adusto que a Rose le recordó a un león por la espesa cabellera rojiza y las marcadas líneas del rostro. Sonrió levemente cuando lord Sinclair lo presentó como el señor Brown, y Rose detectó un notorio acento escocés que la hizo levantar las cejas. Había visto en pocas ocasiones a un caballero que impusiera tanto respeto con tan solo abrir la boca, y no dejó de encontrar extraño que él se hallara allí. No obstante, tan pronto como llegaron, fueron recibidos por la señora Allen, quien los invitó al salón privado, donde permanecieron durante un par de horas con la puerta cerrada con firmeza. Rose estuvo tentada a ofrecerles un té, pero lo usual era que la señora la llamara para pedírselo si así lo deseaba y, como parecía que se trataba de una reunión poco menos que secreta, contuvo la curiosidad y se mantuvo ocupada con diversos labores. Los pensamientos, sin embargo, se le iban con frecuencia al salón. Lamentó no ser más la pequeña que no habría tenido muchos escrúpulos para acercarse a husmear.

El pensamiento le arrancó una sonrisa; debió inventar algo para decir a Jenny cuando ella le preguntó el motivo. Sin duda, la doncella se habría mostrado espantada.

A media mañana, tras dejar todo listo para cuando los niños terminaran la lección y con el pensamiento puesto en que podría aprovechar un par de horas libres antes de servir el almuerzo, decidió dirigirse al jardín para ver si finalmente habrían florecido unas rosas en las que había trabajado durante semanas. Lo tenía un poco descuidado los últimos tiempos con tanto por hacer, incluidas un par de visitas más a casa de lord Sinclair para acompañar a la hermana de aquel. Anna se lo había rogado con tanta insistencia que no había podido negarse, aunque estaba decidida a mantenerse firme en la decisión de acabar con esa peligrosa práctica. Le agradaba mucho la muchacha y hasta ahora no se había topado con lord Sinclair, pero era un riesgo que no deseaba correr más. Pensaba ir alguna otra vez en una semana

aproximadamente y luego dejarlo estar. Por fortuna, la tía de Anna debía de haber llegado ya a Londres, o lo haría en cualquier momento, y la joven la olvidaría con facilidad. Era, por supuesto, lo más sensato.

Al dirigirse al jardín, sin embargo, la atención de Rose se vio atraída por un movimiento cercano a la zona del salón de clases en que los niños recibían lección en ese momento; encauzó el camino para acercarse hacia allí. Le sorprendió encontrarse con el acompañante de lord Sinclair, el señor Brown, que miraba al interior de la clase desde la puerta entreabierta, a cierta distancia, como si no deseara interrumpir pero estuviera extremadamente interesado en lo que se hablaba allí dentro. Tenía las manos tras la espalda y contemplaba todo con gesto solemne e impasible. Una vez más, Rose se dijo que se asemejaba a un viejo león en reposo, pero listo para dar un zarpazo si así lo deseaba. Curiosamente, no era una impresión desagradable. Había algo de dignidad en tanto aquella postura como en los ojos azules y acuosos.

Rose se acercó a él con suavidad a fin de que la advirtiera e hizo un gesto en señal de saludo. Al verla, él asintió y habló con voz muy suave para no perturbar la clase, cuyos participantes no parecían haberlo notado.

—Señorita Turner.

El acento fue más marcado entonces, y Rose esbozó una suave sonrisa.

—No sabía que su reunión hubiera terminado ya, señor —explicó ella.

—Lord Sinclair y la señora Allen tenían aún algunos asuntos que tratar, pero yo no tengo nada que ver con eso, así que pregunté si podía dar una mirada a los alrededores y aquí me tiene.

El señor Brown se ajustó la chaqueta del traje al hablar. Rose notó que se veía un poco incómodo, como si deseara explicar que no iba por allí para curiosear sin permiso. Amplió la sonrisa para tranquilizarlo y asintió en silencio.

—Es buena —concluyó él al cabo de un rato, a la vez que señalaba el interior de la clase con una cabezada.

Rose miró en esa dirección y centró la atención en la señora Higgins, la dama a quien lady Falmouth había persuadido para dar clases a los niños. Era una señora de mediana edad, viuda, que no tenía hijos y que se mostraba cariñosa con los pupilos sin que ello restara un ápice a la firmeza y seguridad

con que procuraba impartir las enseñanzas. A Rose le agradaba mucho, y los niños la tenían en gran estima, por lo que no le extrañó el brusco comentario del señor Brown.

—Sin duda. La señora Higgins hace maravillas con los niños —respondió ella.

—¿Qué tan seguido viene? —preguntó el señor.

—Dos o tres veces por semana.

—Ya veo.

El señor Brown se llevó una mano a la nuca y empezó a musitar algunas palabras que Rose no alcanzó a comprender. En realidad, era como si hablara para sí mismo, por ello no fue del todo raro que girara de pronto para verla cuando pareció llegar a una conclusión.

—¿Cree que aceptaría venir todos los días? —inquirió él.

Rose frunció el ceño, sorprendida por la pregunta, que juzgó extraña incluso para ese curioso personaje.

—No lo sé, señor —respondió ella con sinceridad—. ¿Pero por qué...?

No pudo concluir la interpelación porque él ya había empezado a sacudir la cabeza de un lado a otro con la nariz fruncida y gesto resuelto.

—Siempre podemos conseguir a alguien más, claro, tengo una selección excelente de candidatos. Lord Sinclair dijo que el dinero no sería problema mientras fuéramos prudentes. De todos modos, ella me parece muy competente, y los niños ya la conocen. No queremos que se perturben con demasiados cambios, ¿no le parece?

Rose abrió de nuevo la boca para responder, pero la cerró de inmediato. No entendía nada de lo que ese hombre hablaba y, aunque se expresaba en tono cortés y parecía interesado en la opinión de ella, simplemente no atinaba a responder. Tras un momento en silencio, sin embargo, comprendió que debía de parecer una tonta, por lo que sacudió la cabeza para aclarar los pensamientos.

—Lo siento, señor Brown, pero me temo que no lo he comprendido —dijo ella con gesto amable.

El caballero frunció el ceño y la miró con la cabeza ladeada, lo que hacía que el cabello se le moviera también, como un gran nido de pájaros.

—Me refiero a la conducción del albergue, las mejoras. —expuso él—. Usted sabe de eso, ¿no?

—Bueno, sí, claro. Pero no entiendo qué tiene que ver eso con usted —respondió ella mientras procuraba no ser grosera, pero no sabía de qué otro modo decirlo.

La mirada del señor se hizo más profunda, pero pareció entonces comprender el problema y asintió.

—Ya veo. Aún no se lo han dicho.

—¿Decir qué?

El señor Brown se encogió de hombros.

—La razón de mi presencia aquí. Supongo que se lo dirán luego, pero no habrá problema en que se lo vaya adelantando. Lord Sinclair dijo que usted es parte fundamental de este lugar y sospecho que le pediré ayuda más de una vez.

Rose se sintió tan desconcertada como en un inicio y efectuó un gesto que delataba esa confusión, como si instara al señor para que terminara de explicarse, lo que él hizo a continuación.

—Lord Sinclair me ha traído para que dirija este lugar, señorita —señaló él con naturalidad—. Acabo de dejar mi puesto como preceptor en una escuela de Edimburgo y quiero establecerme en Londres. Lord Sinclair y yo tenemos un amigo en común. De ese modo nos pusimos en contacto. Vine a conocer el lugar, a hablar con la señora Allen para ponerme al tanto de todo y ver qué tan viable es el proyecto. Por lo que he oído y he visto, diría que lo es; de modo que he decidido quedarme.

Rose lo escuchó con los labios entreabiertos. De pronto sintió como si le acabaran de dar un golpe en el estómago. Se quedó sin aire y boqueó como un pez fuera del agua. ¿Qué estaba diciendo ese hombre?

—¿Dirigir? —repitió ella al recuperar la voz—. ¿Dirigir el albergue? ¿Qué pasa con la señora Allen?

El señor Brown parpadeó.

—Entiendo que continuará aquí, desde luego, pero ya no al frente del establecimiento —respondió él mucho más cauto—. Tal vez debería hablar con ella al respecto, no quiero ser indiscreto.

Rose contuvo un resoplido. Habría deseado decirle que llevaba varios minutos siéndolo, pero se consideraba lo bastante justa para reconocer que eso no era del todo verdad. Hasta ese momento, él solo había expresado sus propios planes y había sido extremadamente respetuoso. El hecho de que todo ello a Rose le pareciera poco menos que un crimen no tenía que ser culpa de él. El responsable era otro, eso lo tenía muy claro.

—Hablaré con la señora Allen, por supuesto —afirmó ella cuando pudo calmarse lo suficiente para dialogar con propiedad—. ¿Le gustaría tomar un refrigerio?

El señor Brown se mostró aliviado por el cambio de tema y, tras una última mirada al salón de clases, asintió. Rose sonrió y lo guio a una salita adyacente luego de prometerle que enviaría a Jenny con un servicio de té y que se encargaría de avisar a la señora Allen de que se encontraba allí por si lo necesitaba para algo. Lo más correcto habría sido, quizá, que ella misma le llevara el refrigerio, pero dudaba de que tuviera la capacidad para sostener una bandeja en ese momento sin tirarla debido al temblor de las manos. Se sentía desconcertada y furiosa. ¿Cómo habían podido urdir todo ese plan sin haberle dicho algo? Merecía que se lo contaran. Ese era su hogar.

Después de dar las indicaciones a Jenny, se dirigió otra vez al jardín sin dejar de mascullar entre dientes, al tiempo que golpeaba el suelo con rabia a cada paso. Así debió de divisarla William al encontrarse con ella cuando doblaba en un corredor. Rose lo vio, habría sido imposible para ella no hacerlo, pero, por primera vez desde que lo conocía, decidió ignorarlo y continuar el camino como si no lo hubiera hecho, segura de que no podría contener la ira.

Anduvo sin variar el paso hasta llegar al jardín y se dirigió directamente a un rosal, al lado del cual se arrodilló sin preocuparse por el vestido. Aspiró una y otra vez para dominar el temblor del cuerpo y extendió una mano para rozar un capullo que no había visto antes, lo que le confirió un atisbo de la calma que tanto necesitaba. La tranquilidad no duró mucho, sin embargo, porque de repente percibió una presencia tras ella y tuvo que cerrar un instante los ojos al comprender de quién se trataba.

—Creo que ya hemos estado en una situación similar antes.

La voz de William llegó a ella con claridad. Él, supuso, la había seguido al notar tan extraña conducta. Ahora, a unos pocos pasos de distancia, la observaba con el ceño fruncido, como si le pudiera notar el malestar. Rose no giró a mirarlo, sino que mantuvo aquella obcecada observación del capullo que sostenía entre las manos.

—Acabo de hablar con el señor Brown —dijo ella como si mordiera las palabras y sin molestarse en ocultar la furia—. Es un hombre muy locuaz.

—Sí, eso he notado. Nadie lo diría al verlo, ¿no te parece? —Al oírlo, casi pudo imaginar la sonrisa que William debió de esbozar, la notó en la voz.

Fue precisamente aquella tranquilidad y, aún más, la ligereza con la que habló las que la obligaron a darse media vuelta sin ponerse de pie, con lo cual se ensució incluso más el vestido en el proceso, para mirarlo con los ojos entrecerrados.

—Mintió —lo acusó, y sonó como lo que era: una acusación—. No ha hecho más que mentir.

Desde esa perspectiva, él parecía un gigante, pero no le importó, así como tampoco el ceño fruncido y los labios apretados de él, o el que diera un paso hacia ella.

—No sé a qué te refieres —replicó él.

—Dijo que no haría grandes cambios, que solo deseaba ayudarnos.

—Es precisamente lo que intento hacer.

Rose chasqueó la lengua y elevó la barbilla, lo que no hacía una gran diferencia en lo vulnerable de aquella posición.

—Le dijo a la señora Allen que todo estaría bien. Ahora trae a alguien para que se encargue de los asuntos del albergue, alguien que la reemplazará, que cambiará todo. —Los reclamos surgieron casi como balbuceos, tan indignada se encontraba.

William inhaló como si pretendiera así armarse de paciencia y se cruzó de brazos sin dejar de mirarla.

—Eso no es del todo correcto. He escogido a alguien, sí, pero para que ayude en el manejo del albergue, para que se ocupe de que no llegue nunca más al punto del que intentamos rescatarlo. La señora Allen no puede asumir más esa responsabilidad, Rose, es demasiado para ella. Lo sabes.

Ella se colocó de rodillas con las manos en las caderas sin darse cuenta de lo que hacía, en una muy poco impresionante actitud de desafío.

—¡Pero estoy yo! Puedo hacerlo —replicó sin vacilar.

William negó con la cabeza.

—No lo creo —respondió él.

—¿Por qué no? ¿Cree que no soy lo bastante capaz?

—No he dicho eso.

—¿Entonces? —insistió ella.

Él emitió un suspiro y le tendió una mano.

—No voy a seguir hablando contigo en esa posición —le dijo, muy serio—. Dame la mano.

Rose lo ignoró. Lo último que habría podido hacer en ese momento era tocarlo, o toda la indignación se le iría abajo como un castillo de naipes. En cualquier circunstancia, en realidad, la idea de tocarlo habría sido una tontería y una infinita fuente de dolor para ella. Por eso, se las arregló para hacer las faldas a un lado y se puso de pie con toda la dignidad de que disponía, la que a esas alturas no era mucha. Él no se mostró ofendido por el desaire, tan solo elevó una ceja como si el gesto lo irritara.

—Bien, creo que podemos continuar ahora —se limitó a decir él antes de seguir—. Nunca pensé proponerte que te hagas cargo de este lugar porque creo que eres muy joven para algo como eso, pero, sobre todo, porque no sería justo pedirte que comprometieras tu vida al albergue hasta ese punto.

Rose movió la cabeza de un lado a otro.

—¡Pero quiero hacerlo! —insistió.

William esbozó una pequeña sonrisa y dio otro paso en dirección a ella, con aquellos profundos ojos fijos en los de la muchacha, sin parpadear.

—Creo que eres tú quien está mintiendo ahora.

Rose pestañeó y desvió la mirada a un punto sobre el hombro de él.

—¿Qué? No miento —replicó ella con rapidez, quizá demasiada.

—No importa cuánto insistas, Rose. Es evidente que no podrías ser feliz si te dedicaras a administrar este lugar. O al menos no aún. Piensas que es suficiente para ti, pero eso es porque no conoces nada más. Debes salir al mundo, vincularte con otras personas, otras ocupaciones, antes de decidir qué es lo que quieres hacer con tu vida.

—No quiero hacer nada más con mi vida —rezongó ella, en completa ignorancia de lo triste de aquella afirmación—. Es justo que me dedique al albergue, le debo todo. Estoy en la obligación...

William sacudió la cabeza y la miró con algo muy parecido a la lástima, lo que le provocó el perverso deseo de darle un pisotón.

—¿Te estás oyendo? ¿Obligación? Esa no es una razón sensata para entregar tu vida a algo, Rose. Debes hacerlo porque lo deseas, no porque lo consideres un deber.

—No puedo creer que justo usted me diga algo como eso. Las personas de su clase lo hacen todo por obligación. —Las palabras escaparon de los labios de Rose antes de que pudiera detenerlas.

William recibió la acusación con serenidad, pero ella pudo verle en los ojos que lo había herido, y se odió por eso.

—Es verdad. Pero yo no tengo alternativa, mientras que tú sí, y no permitiré que la pierdas por un falso deber que podría arruinar tu vida —él respondió muy serio—. La señora Allen está de acuerdo con mi decisión, por lo que espero que respetes su posición y la mía.

Rose comprendió que no había nada que pudiera decir al respecto y asintió, dividida entre la ira que aún sentía, pese a que había menguado con el paso de los minutos, y la tristeza por haberse visto envuelta en esa conversación. Lo había lastimado con aquellas palabras. Habría deseado encontrar el valor para disculparse, pero no sabía qué decir.

—Sí, milord. —Tuvo que contentarse con una frase tan vacía como esa.

Rose vaciló, dispuesta a irse, ya que odiaba cada segundo de tenso silencio entre ambos, pero, cuando asintió en señal de despedida, lista para rodearlo y marcharse tan rápido como le dieran los pies, William la detuvo con un gesto.

—Hay algo más acerca de lo que quiero hablarte —agregó él.

Rose interrumpió los pasos; luego, aspiró con fuerza antes de levantar la cabeza para mirarlo.

—Claro —respondió con un asentimiento—. ¿De qué se trata? ¿Tiene algo que ver con el albergue?

—No, es algo más. Se trata de ti.

—¿De mí? —repitió ella.

—Recordarás que, en tu primera visita a mi casa, hablamos respecto a tu futuro.

—Sí, claro que lo recuerdo. Le dije...

—Que no hay nada que ambiciones para ti que puedas obtener — completó él mientras la miraba a los ojos.

Rose tragó con dificultad y asintió.

—Exacto —afirmó ella.

—Recordarás también que te dije que no estaba de acuerdo y que esperaba que pudiéramos hablar al respecto en otra ocasión. Bueno, me gustaría que lo hiciéramos ahora.

—No veo la necesidad. Mi opinión no ha cambiado —Rose negó con seguridad. No era un buen momento para eso, no sabía si podría soportarlo.

William no pareció impresionado por la negativa.

—Tampoco la mía ha cambiado, pero quiero hacerte una propuesta que tal vez te ayude a ver las cosas desde otra perspectiva. —Él continuó antes de que ella pudiera interrumpirlo—: Creo que no estoy equivocado al suponer que te agrada mi hermana.

Rose parpadeó, sorprendida una vez más, lo que empezaba a volverse una constante ese día. No veía cuál era la relación entre una cosa y otra, pero asintió en fin porque era la verdad.

—Sí, claro, es una joven encantadora.

—La has visitado con frecuencia —insistió él.

—Ella me lo pidió.

—No es un reclamo. Por el contrario, te lo agradezco. También le agradas y creo que eres una excelente influencia para ella. —William la miró en silencio antes de seguir. Era evidente que medía las palabras—. Habrás notado que Anna puede ser un poco... impetuosa, y no es algo que pueda achacarse solo a su juventud, sino que siempre ha sido un poco consentida, tanto por mi madre como por mi padre, incluso por mí. Ella fue por mucho tiempo el centro de una gran familia y ahora, al verse sin nuestros padres, se encuentra un poco perdida.

Rose asintió una vez más. Ya lo había notado, aunque jamás se le habría ocurrido mencionarlo.

—Comprendo —expresó ella al tiempo que jugaba con el cinturón que llevaba, un poco inquieta por el rumbo que tomaba la charla—. Pero la llegada de su tía la ayudará con eso, ¿cierto? Anna dijo que la esperaban en cualquier momento, y confío en que será bueno para ella.

—Eso espero. Pero mi tía es una dama de carácter firme. El fin de su presencia no es que sea una amiga para mi hermana. Espero, por el contrario, que le inculque un poco de disciplina, que haga de ella una joven dama con la cabeza bien puesta sobre los hombros. La quiero, pero necesita madurar. La tía Penelope es la persona idónea para ayudarla con eso.

Rose se encogió de hombros. Pensaba que Anna no estaría muy contenta con eso, pero ella misma sin duda estaba de acuerdo.

—Espero que esté en lo cierto —dijo en su lugar, y era sincera—. Como le dije, es una muchacha muy agradable; creo que agradecerá su preocupación. Pero sigo sin comprender qué tiene que ver todo esto conmigo, milord.

—Cierto. Lo siento, no tiene sentido dar muchos rodeos, solo te estoy confundiendo —comentó él mientras asentía—. Lo que quiero proponerte es muy sencillo. Quiero que vengas a vivir a mi casa como dama de compañía de mi hermana.

Por segunda vez en lo que iba del día, Rose sintió como si le acabaran de quitar todo el aire de los pulmones. Abrió mucho los ojos y miró a William como si pensara que había perdido la razón o que le hacía una broma particularmente cruel.

—Lo lamento, pero creo que lo he oído mal —indicó, en tanto procuraba recuperar el dominio de sí misma.

William se encogió de hombros, sin mostrarse muy perturbado por aquellas palabras.

—Sospecho que tienes un oído estupendo, así que no, te aseguro que has oído a la perfección —replicó él con una sonrisa, sin alterarse por la reacción de ella, que al parecer ya esperaba—. Tu convivencia con mi hermana beneficiará a ambas. Serás un ejemplo de madurez y prudencia para Anna. Ella, a su vez, te ayudará a conocer un nuevo mundo, perfeccionará tus modales. En su compañía, podrás tratar a una clase de personas a la que no estás acostumbrada. Al final, esta experiencia te enriquecerá en todo sentido

y te ayudará a ampliar tus horizontes. Si deseas quedarte aquí como has hecho hasta ahora, podrás hacerlo, claro, nadie te lo impedirá; pero si descubres que ese “algo más” que deseas y que piensas que no puedes obtener se encuentra entonces más a tu alcance, tendrás las armas para ir a buscarlo.

Rose contuvo la risa histérica que le subió por la garganta y sacudió la cabeza de un lado a otro, sin poder creer lo que oía. Si él hubiese sabido que era aquello que ella anhelaba, jamás habría soñado con hacerle esa propuesta. Pero no se lo dijo. Habría preferido morir allí mismo antes que reconocerlo.

—No, milord, no puedo —expuso sin vacilar—. Es absurdo, imposible.

Él no permitió que la negativa lo persuadiera. Se mostró incluso más decidido.

—Es tan imposible como tú permitas que lo sea —insistió con firmeza—. No tiene nada de absurdo. La señora Allen lo sabe y tiene su opinión al respecto. Estoy seguro de que estará encantada de decírtela.

Rose se sorprendió ante esa información; aún más al ver la sonrisa de William y detectarle el tono irónico en la voz, pero no agregó nada, por lo que él tomó el silencio como una invitación a continuar.

—No tengo que decirte cuán feliz harías a mi hermana si aceptaras. Mi tía Penelope estará de acuerdo en cuanto le hable al respecto. Ella menciona con frecuencia que Anna necesita tratar con otras jóvenes de su edad y, desde luego, tal y como mencioné a la señora Allen, mi tía será también tu carabina, a fin de evitar murmuraciones que puedan perjudicarte. Si te preocupas por lo que tu ausencia podría significar para los niños, nada te impedirá visitarlos con tanta frecuencia como lo desees. No espero que te quedes a vivir con nosotros, dudo de que eso sea lo que desees a la larga, pero pasa al menos unas semanas en casa. Luego podrás decidir si quieres permanecer un tiempo más o marcharte.

Rose se desesperó al comprender que él había resuelto todos y cada uno de los puntos que ella habría podido usar como excusa para negarse, y se quedó sin qué decir. Solo le quedaba uno, pero no podía ni soñar con mencionarlo. De pronto, parecía presa nuevamente de ese mutismo que le había acompañado durante la niñez. Las palabras no le acudían a los labios, sufría una horrorosa sensación de impotencia y desesperación. William debió

de vérselo en los ojos porque se detuvo frente a ella y le posó una mano sobre el hombro. Fue un contacto inocente, falto de malicia, de parte de él, pero Rose sintió como si la hubiera quemado, de modo que retrocedió muy a su propio pesar. Él dejó caer la mano y se mantuvo sereno, aunque fue evidente que esa nueva muestra de rechazo lo afectó.

—No espero una respuesta ahora. Medítalo, habla con la señora Allen, escucha su consejo. Pero, Rose, te ruego que seas sincera contigo misma y también conmigo. Lamentaría que te negaras llevada solo por el miedo al futuro. Una vez te dije que siempre podrías contar conmigo, ¿recuerdas?

Ella asintió en silencio. Desde luego que lo recordaba.

—Fui sincero entonces. Lo soy también ahora cuando digo que no te haría esta propuesta si no pensara que será bueno para ti. Date una oportunidad. Tal vez te sorprendas.

Rose continuó sin dar una respuesta. Tenía las uñas encajadas en las palmas de las manos, pero el dolor la mantuvo centrada en dónde y con quién se encontraba. William cabeceó al notar tal actitud y no insistió más en la propuesta, tan solo le dirigió una mirada amable.

—Házmelo saber cuando tengas una respuesta.

Tras esa última invocación, dio media vuelta y se marchó para dejarla a solas. Recién en ese momento se permitió emitir un sollozo y dejarse caer otra vez sobre el suelo como una muñeca a la que le hubieran cortado los hilos.

CAPÍTULO 4

La llegada de la tía Penelope dotó al hogar de los Sinclair de un aire casi festivo que se prolongó durante días. A pesar de las reservas de Anna respecto a la peculiaridad de la tía, William comprobó al verlas juntas, complacido, que se avenían perfectamente. Esperaba alguna que otra tempestad en cualquier momento, desde luego, el optimismo no le llegaba a tanto, pero confiaba en que, de ocurrir, no fuera nada que no pudiera resolverse sin mayores inconvenientes.

La tía Penelope estaba tal y como la recordaba. Pese a que hacía casi un año que no visitaba Londres, desde cuando se había presentado para asistir a los funerales del antiguo barón, actuaba como si jamás se hubiera marchado. Los sirvientes la respetaban. Las cosas parecían fluir con mayor naturalidad desde que había llegado, al punto de que William empezó a considerar que la casa había recobrado algo de la calidez perdida luego del fallecimiento de su padre y la oleada de amargura y dolor que había golpeado a su madre.

Para cuando la tía Penelope llevaba tres días allí y parecía del todo cómoda e instalada, William juzgó que era un buen momento para hablarle acerca de la oferta que le había hecho a Rose. Aún no había recibido noticias de ella, ni para aceptarla ni para rechazarla, pero creyó que tal vez ese silencio fuera una buena señal: significaba que al menos estaba reflexionando al respecto.

William decidió que, ya que Anna acostumbraba dormir hasta tarde, podría abordar el tema durante el desayuno, que compartían solo él y la tía. Penelope acababa de cumplir sesenta años, pero, mientras la veía aceptar con una sonrisa agradecida la taza que había colocado uno de los empleados frente a ella, se dijo que aparentaba diez menos. Tal vez tuviera algo que ver con la serena complacencia que desprendía. Era evidente que se trataba de una mujer cómoda consigo misma y con sus propias circunstancias.

—Espero que hayas encontrado todo de tu agrado. —William inició la charla tan pronto como ambos se encontraron disfrutando del desayuno.

Apenas habían compartido un momento de conversación sin sobresaltos desde la llegada de la dama. Hasta entonces, los acompañaba siempre Anna, y era un poco difícil sostener una charla tranquila en presencia de ella, pues estaba demasiado emocionada con la novedad como para transigir en tomárselo con calma, por mucho que ambos se lo pidieran.

—Desde luego. Todo está perfecto, tal y como lo recordaba. —La tía Penelope sonrió al responder.

—No todo.

La dama asintió, pensativa, al oír al sobrino. Era verdad, las cosas habían cambiado. Había ausencias muy notorias.

—No, cierto. No todo, por desgracia.

Ante el leve aire de tristeza que embargó a ambos, William procuró aligerar el tono.

—Anna y yo te estamos muy agradecidos —dijo él.

—Para mí es un placer. Anna es una chiquilla adorable y muy necesitada de afecto.

—Que debería recibir de nuestra madre.

La dama hizo un mohín y lo señaló con la cucharilla con que removía el interior de la taza.

—No seas duro con ella —lo amonestó, amable—. Aún sufre por la pérdida de tu padre.

—También Anna.

—Y tú. Pero debes comprenderla, no conoce otro modo de sobrellevar el dolor. ¿Has sabido algo de ella?

William asintió.

—Sí, escribe con regularidad —comentó él—. Se encuentra bien, o tanto como cabe. No lo menciona en las cartas, pero creo que la estadía con los Matheson le ha sentado mejor de lo que esperaba. Cuando no está reconviéndome para que me case, parece casi animada.

La tía Penelope sonrió, divertida por la confesión.

—¡Vaya! De modo que está enarbolando esa bandera —bromeó ella.

—¿No lo hacen todas las madres?

—Sí, eso creo. Pero la tuya, lo mismo que mi hermano, siempre fue un tanto más flexible en ese tema.

—Bueno, las cosas han cambiado.

—Claro que sí. —La dama asintió—. ¿Puedo preguntar si tienes alguna candidata en la mira?

William apenas consiguió dominar una sonrisa al oírla.

—Me haces sentir como si fuera un cazador y mi hipotética futura esposa una pobre presa lista para el sacrificio —comentó con una ceja alzada.

—Creo que esa es una metáfora muy acertada de lo que es el mercado matrimonial londinense.

Esa vez, William no pudo evitar reír a sus anchas y ver a la tía con afecto, sin dejar de notar cuánto hacía que no se sentía tan a gusto.

—No tengo a ninguna incauta en la mira, tía, pero te lo haré saber cuando eso cambie. A decir verdad, reconozco que esa es una de las razones por las que te pedí que vinieras. Contigo para ocuparte de Anna, me sentiré más tranquilo para encargarme de ese asunto.

La tía se mostró satisfecha por tales palabras, ya que le agradaba sentirse útil, aunque titubeó levemente al dar una respuesta, cosa poco común en ella. Al responder, lo hizo con tiento, en tanto miraba a su sobrino por encima de la taza, tras beber un sorbo.

—Estaré encantada de ayudar y confío en que harás una buena elección —comentó—. Recuerda, sin embargo, que no importa cuánto insista tu madre, no es ella quien pasará la vida con la mujer que elijas, de modo que sé exigente.

—Siempre lo soy —replicó él sin vacilar.

—Me alegra saberlo. —Ella exhaló un sonoro suspiro de alivio al oírlo—. Ahora, ¿hay algo más de lo que quieras hablarme?

—¿Por qué piensas eso?

—Porque puedo oírte golpear el suelo con la punta de los zapatos por debajo de la mesa. Lo haces desde niño cuando no sabes cómo abordar un tema.

William miró al techo al saberse descubierto y sonrió de nuevo.

—Me siento un poco humillado, la verdad —reconoció él sin verse muy afectado.

Fue el turno de Penelope para reír. Se veía encantada de haberlo atrapado.

—No veo por qué. Alguien tiene que bajarte de ese pedestal al que has ascendido. Te muestras demasiado grave, William, y es un poco desconcertante. Echo de menos a mi revoltoso sobrino.

—Temo que esos días han pasado, tía.

La dama tornó serio el semblante y osciló la cabeza de un lado a otro, no muy convencida de aquella respuesta.

—Entiendo que lo ocurrido y tu nueva posición cambiaran las cosas para ti. En cierta medida, es así como se desarrolla la vida, pero no pierdas la alegría, sobrino, odiaría que eso ocurra —le recomendó ella muy seria, si bien relajó el gesto al continuar—. Pero, volviendo a nuestra charla, no me has dicho qué es eso que te genera tantas reservas. Confiesa.

Will asintió; le habló acerca de Rose y de todo lo referente a ella: cómo estaba convencido de que podrían ayudarla, la clase de muchacha que pensaba que era, cuánto le agradaba a Anna y la propuesta que le acababa de hacer. La señora lo oyó atenta, en respetuoso silencio, un tanto sorprendida mas no reprobadora. William notó que sentía sincera curiosidad por lo que le decía y, cuando terminó de hablar, ella lo observó en profundidad, como si buscara descubrir algo que él no había compartido, pero debió de juzgar que no era así, porque asintió con calma y apoyó las manos sobre la mesa en ademán reflexivo.

—Más allá de si esta chica, Rose, acepte o no tu oferta, me gustaría conocerla. Parece una joven muy interesante —señaló al fin ella.

—Lo es. Creo que te agradaría.

—No lo dudo. Ahora, respecto a tu oferta en sí, diría que habla muy bien de ti que quieras ayudarla, desde luego, pero tienes que reconocer que no es algo muy usual.

William asintió a su pesar. Era perfectamente consciente de ello, pero no le gustaba que se lo recordaran.

—Lo sé, pero eso no tiene importancia —dijo él tras encogerse de hombros—. Como te dije, creo que el pasar un tiempo aquí no solo ayudaría a Rose sino también a Anna, así que no soy del todo desinteresado.

—Estoy de acuerdo en que Anna necesita compañía de la misma edad, en especial una de quien pueda aprender un poco de humildad, ya lo sabes. Pero es esta chica la que me preocupa. Me refiero a que, si acepta, quizá no se vea tan beneficiada como parece pensar. Estará en una posición complicada.

—¿Por qué?

La dama elevó las cejas, sorprendida por la rápida réplica del sobrino. Para ella era muy evidente.

—Por varias razones. Por un lado, los sirvientes hablarán —respondió con sencillez.

—¿Acerca de qué?

—De que traigas a vivir bajo tu techo a una joven bonita con la excusa de ayudarla y servir de compañía a Anna.

William se irguió en la silla como si lo hubiera ofendido con gravedad.

—¿Excusa? —repitió él.

La señora no se mostró impresionada por el tono agraviado.

—Eso es lo que ellos dirán —respondió ella sin alterarse.

—Entonces no estoy seguro de querer conservar a sirvientes tan poco leales.

—Por favor, William. ¿No irás a despedirlos? Si buscas un sirviente a quien no le divierta hablar de la vida privada de sus empleadores, tendrás que empezar a pulir la plata tú mismo.

Él no pudo evitar sonreír, impresionado como siempre por el pragmatismo y el afilado ingenio de ella.

—No discutiré eso —replicó—. De cualquier manera, que hablen, si así lo quieren. No me importa.

—Eso está muy bien, visto desde tu lado. ¿Acaso alguien te criticará? Es posible incluso que te alaben. ¿Pero qué pasa con ella, con Rose? También hablarán de ella y no serán amables. Nunca lo son con las mujeres.

—¿Y qué puedo hacer además de despedir a quien descubra que inventa calumnias sobre ella? ¿O darle una paliza? —sugirió él en tono cortante.

—Eres demasiado pasional para tu propio bien. Te parece a tu padre. —Ella sacudió la cabeza al oírlo y suspiró, mientras esbozaba una pequeña sonrisa—. Pero, en lo que respecta a esta joven, supongo que cualquier

habladuría que surja, al menos aquí, será fácil de acallar, puedo encargarme de eso. Me pregunto, sin embargo, si es eso lo más importante.

—¿A qué te refieres?

—Tal vez en tu búsqueda de ayudarla termines por perjudicarla. Quiero decir que, si acepta tu oferta y se acostumbra a este ambiente, le resultará muy doloroso dejarlo, ¿no lo crees?

—¿Fue ese tu caso? —replicó William de inmediato.

La tía Penelope se sorprendió por la pregunta, hecha en tono levemente desafiante, y lo contempló con las cejas elevadas, pero tuvo que sonreír y asentir al comprender a qué se refería. Ella había tenido una vida privilegiada, pero no había vacilado al dejarla y mudarse con su marido para compartir una mucho más modesta.

—Una respuesta excelente, lo reconozco —aceptó ella—. No, no lo lamenté en absoluto, pero las circunstancias son distintas.

—Claro que sí. Tú renunciaste a la única vida que habías conocido, mientras que Rose es consciente de que la suya es muy distinta y no mostrará el apego que uno habría esperado de ti, por ejemplo. Ella es una muchacha madura e inteligente que está complacida con su vida. Lo está demasiado, en realidad.

—Comprendo, pero yo me refería a otra cosa —insistió la dama.

—¿A qué?

—Yo no estaba sola, William. Estaba acompañada por la única persona con quien quería compartir mi vida. Por lo que entiendo, no es ese el caso de Rose. Ella no tiene familia, y eso la pone en una posición muy vulnerable. Una joven sola en estos tiempos, en una sociedad tan injusta...

William la interrumpió antes de que pudiera continuar.

—Rose no está sola, tía —la corrigió con firmeza—. Llevo años intentando que lo entienda y agradecería que, si acepta mi oferta, me ayudaras a convencerla de eso.

La dama asintió, pensativa, al tiempo que lo observaba con curiosidad. El padre de William decía con frecuencia que Penelope era una mujer cauta e inteligente que confiaba más en la propia intuición y capacidad de observación que en las respuestas que pudiera obtener mediante preguntas

que podrían no ser muy bien recibidas. En ese caso, sin embargo, se permitió hacer tan solo una, que juzgó imprescindible. De modo que clavó la vista en el sobrino con atención.

—¿Qué es exactamente lo que quieres de esa muchacha, William? Además de ayudarla, claro —preguntó en tono ligero.

William ladeó el rostro para mirarla a su vez con gesto serio. Entendía a la perfección lo que insinuaba y no le gustaba en absoluto. Ya tenía bastante con las reservas de la señora Allen.

—No deseo nada de ella —replicó él sin titubear.

—¿Estás seguro?

—Sí.

La señora asintió. Si no estaba del todo convencida, se abstuvo de decirlo.

—Muy bien —aceptó ella con una sonrisa resuelta—. Esperemos hasta conocer la respuesta de Rose, entonces.

William entreabrió los labios, como si deseara decir algo, pero lo pensó mejor y se contentó con asentir en silencio. En verdad, si Rose pensaba rechazar la propuesta, toda esa charla no tendría sentido, de modo que estaban en las manos de aquella joven, y solo cabía esperar. Rose era la dueña de su propio futuro y tendría al final que ser ella quien decidiera lo que quería hacer con él.

* * *

Rose terminó de peinarse el largo cabello y se quedó un momento con el cepillo sobre las rodillas flexionadas, la mirada perdida. Estaba a punto de irse a la cama y, aunque había sido un día muy ajetreado, no se sentía en absoluto cansada. Es más, dudaba de que fuera capaz de conciliar el sueño, como le había ocurrido durante las últimas noches. Era lo que producía pasarse horas y horas dando vueltas en la cama por pensar en la oferta de lord Sinclair, se dijo con una mueca torcida.

Habían transcurrido ya tres días desde que le había hecho esa descabellada oferta y no conseguía aclarar lo suficiente los pensamientos para llegar a una resolución sensata. En realidad, se preguntaba qué necesidad había de pensar en ello. No podía considerarlo seriamente, pero la verdad era

que lo hacía. Contra todo sentido común y afán de supervivencia, lo hacía: se consideraba un poco tonta por esa muestra de debilidad. Pero, de conocer aquellos sentimientos y motivos que la orillaban a tal indecisión, ¿alguien habría podido culparla? Toda la vida había acallado el corazón y colocado la mente por delante, pero en ese caso le resultaba imposible. Vivir bajo el mismo techo que William era una posibilidad que jamás había contemplado por considerarla irrealizable, pero ahora se presentaba ante ella como una realidad que le provocaba tanto temor como deseo. ¿Estaba mal dedicarle tan solo unos pensamientos? ¿Soñar con ello aun cuando al final supiera que jamás debería aceptar?

—William.

El susurro se le escapó de los labios antes de que pudiera contenerlo, y posó una mano sobre la boca en un ademán instintivo. Él jamás podría imaginar cuánto significaba aquel nombre para ella. Había sido el primero que había pronunciado sin sombra de miedo. Lo había tenido en los labios durante años, lo musitaba en las noches, cuando ahogaba la voz contra la almohada para no ser oída y que así nadie conociera lo que ocultaba. Aquella melodía favorita. Aquella canción secreta. Habría dado cualquier cosa por poder pronunciarlo sin ese miedo, susurrárselo al oído, así él conocería al fin cómo se oía en la voz de ella todo el amor que escondía en esa simple palabra que para ella lo era todo.

Rose suspiró y se dejó caer sobre la pequeña cama cuan larga era, con los brazos extendidos sobre la cabeza. Llevaba un sencillo camisón que la madre le había cosido poco antes de morir, y los pies desnudos golpeaban contra el borde de la cama, un temblor nervioso que no podía controlar. Fue así como la sorprendió el toque de la puerta unos minutos después. Frunció el ceño al preguntarse qué podría haber ocurrido para que la buscaran a esa hora. Sin detenerse a pensar, bajó de la cama con rapidez y corrió a abrir.

La señora Allen la saludaba desde el dintel con una media sonrisa. Ella también parecía lista para ir a la cama, pero, a diferencia de Rose, llevaba una larga bata que la cubría totalmente y hacía juego con el gorro de dormir que le recogía el cabello cano sujeto en una trenza.

Rose elevó las cejas, un poco sorprendida, pero se hizo a un lado sin vacilar, y la señora entró y se dejó caer sobre una silla junto a la cama con un suspiro cargado de alivio. Era poco habitual que acudiera hasta el dormitorio de la joven porque, al encontrarse en el ático, le resultaba muy pesado subir todos esos escalones, de modo que Rose se sintió aún más intrigada por la presencia de la mujer. La señora captó esa mirada y sacudió la cabeza de un lado a otro con una sonrisa burlona que parecía dirigida a sí misma.

—Creo que ya no tengo edad para estas cosas —comentó ella.

Rose se apresuró a buscar un taburete bajo la cama y lo colocó frente a la dama de modo que pudiera levantar los pies y asentarlos sobre él.

—Gracias, querida, qué amable eres —asintió la señora con un nuevo suspiro—. Lamento venir a darte molestias.

—No es ninguna molestia, por el contrario —respondió Rose de inmediato.

Una vez que la anciana se mostró más aliviada, Rose se acomodó el camisón y se sentó sobre la cama, frente a ella, con expresión expectante. La señora Allen, sin embargo, no dijo nada de inmediato, sino que se quedó observándola en silencio. La verdad era que Rose se veía muy bonita con el fondo de las blancas sábanas y la luz de la vela junto a la cama. La lumbre le iluminaba el largo cabello, que caía hasta la cintura en unos rizos que, si bien ella encontraba engorrosos de peinar, la dotaban de un encanto angelical al descenderle por ambos lados del rostro.

—Tienes un cabello muy bonito, a veces se me olvida —comentó la señora entonces con una mirada cargada de ternura—. Y lo cuidas bien. Creo que es tu única vanidad.

Rose se encogió de hombros, las mejillas un poco ruborizadas por el inesperado halago. La señora tenía razón en que le prestaba mucha atención al cabello, aunque distaba de permitir que ello fuera evidente, ya que frente a otras personas lo llevaba tan sujeto como le era posible.

—Mi madre decía que era una tontería preocuparse por estas cosas, pero no puedo evitarlo —replicó ella, y le imprimió a la voz de un leve tono de excusa.

—Tu madre era una mujer práctica en extremo.

El comentario de la señora Allen pareció cualquier cosa menos un halago. Rose contuvo un suspiro. La señora Turner y la dueña del albergue nunca habían terminado por congeniar. A lo sumo habían mantenido una relación afable, aunque la última siempre había tratado a la primera con sequedad, quien, a su vez, había mostrado más de una vez cierta reprobación por lo dura que era la madre con la hija. Pese a ello, bajo esa fría cordialidad, Rose estaba convencida de que se respetaban la una a la otra, y prueba de ello había sido el hecho que la señora Allen fuera una de las que se había mostrado más consternada por la muerte de la mujer.

Ante el silencio de Rose, la señora carraspeó y dejó escapar una sonrisa.

—Recuerdo que, cuando llegaste, lo llevabas tan corto que parecías un muchachito —comentó.

La muchacha asintió al recordar, pero no sonrió. No era algo que le trajera muy buenos recuerdos. En el lugar en que la había dejado la madre mientras trabajaba, poco antes de ser despedida, poco antes de verse las dos obligadas a vivir en las calles y luego en el albergue, se tenía por costumbre rapar el cabello de los niños, cualquiera fuera el género. Era una manera un poco extrema pero práctica de mantener a raya los piojos. Rose siempre recordaría lo mucho que había llorado cuando la mujer que dirigía el lugar la había sujetado, al llegarle el turno, mientras una de las chicas que fungían de asistentes la trasquilaba con la misma rudeza que habría mostrado con una oveja. Era por eso, suponía, aunque procuraba no pensar en ello, que se cuidaba tanto el cabello y que se mostraba espantada en las ocasiones en que su madre le comentaba que debía recortarlo. Debido a ello, había adoptado la costumbre de llevarlo bien sujeto, así ella no notaba cuánto crecía, y solo lo dejaba suelto cuando se iba a dormir, un modo de evitar cualquier regaño al respecto.

Al notar que la señora Allen la veía con las cejas elevadas, sacudió la cabeza para ahuyentar los malos recuerdos y la observó a su vez con curiosidad.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó ella.

—Oh no, nada en absoluto. Nada malo, al menos —respondió la señora de inmediato—. Estaba en mi habitación leyendo unas notas que dejó el señor Brown esta tarde antes de marcharse. Dijo que lo discutiremos mañana por la

mañana, cuando traiga sus cosas, y quiero estar preparada. Ese hombre tiene las ideas tan claras que no me gustaría quedarme atrás.

Rose asintió con lentitud al oírla y frunció el ceño. Desde aquella primera visita, el señor iba cada día al albergue; allí pasaba largas horas inspeccionando todo y tomando notas. No era en absoluto molesto, Rose debía reconocer eso. Se dirigía a todos con amabilidad: además, parecía preocupado con sinceridad por el buen funcionamiento del lugar y el bienestar de los niños; de todos modos, no dejaba de ser una espina en el costado para ella. Hasta entonces, no se había atrevido a tocar el tema de la llegada del hombre con la señora Allen, pero no pudo contener por más tiempo la necesidad de hablar al respecto, ya que ella lo había mencionado y esperaban que el caballero se instalara allí en lo que restaba de la semana.

—Es por eso que está disgustada, ¿cierto? —interrogó a la señora con cautela.

La dama abrió mucho los ojos y la miró con curiosidad.

—¿Disgustada? —repitió.

—Claro. Por la decisión de lord Sinclair de traer a alguien para que se ocupe del albergue, que la reemplace...

La señora Allen la sorprendió al negar con la cabeza y sonreír. El movimiento le confirió el aspecto de una encantadora abuela de cuento, y Rose no pudo evitar sonreír también.

—No, claro que no —dijo ella—. Yo ya lo sabía. Lord Sinclair me habló de eso y estuve de acuerdo. Creo que es lo mejor que se puede hacer.

—¿Lo dice en serio?

La señora asintió frente al tono escéptico en la voz de la joven.

—Rose, yo ya no puedo seguir al frente de este lugar. Ayudaré, desde luego, el albergue es una parte muy importante de mi vida, pero necesitamos a alguien más joven y con cierta experiencia para que continúe en condiciones. Sé quién es el señor Brown y confío en que hará un buen trabajo, será justo con los niños y manejará las cuentas con inteligencia.

—¿Entonces no le molesta? —insistió Rose, no muy convencida.

—Desde luego que no. Por el contrario, debo confesarte que me siento muy aliviada, como le dije a lord Sinclair cuando me habló de esta posibilidad. No negaré que, en un primer momento, me resultó un tanto

penoso porque he dirigido este lugar por mucho tiempo, pero ya no soy la de antes y a veces me siento muy agotada. —La señora la miró con expresión pesadosa y levemente avergonzada—. No he visto a mi hijo en años porque desde que se mudó a Bath le es complicado venir y, aunque me invita a visitarlos con frecuencia, yo no me he atrevido por no dejarte sola con todo el trabajo. Ahora podré aceptar, conoceré a mis nietos. Además, tal vez los aires de esa ciudad me sienten bien.

Rose se replegó en sí misma y bajó la mirada para jugar con el cabello, gesto que hizo al sentir de pronto un ramalazo de vergüenza que le impidió sostener la límpida mirada de la señora. Nunca había pensado en ello, y darse cuenta la hizo comprender que había sido muy egoísta. En su desesperación por que nada cambiara, no se había detenido a pensar en las necesidades de alguien a quien debía tanto.

—Claro —apuntó al cabo de un rato, cuando pudo recuperar la voz y volver a mirarla aunque fuera de reojo—. Lo siento mucho, debería haberme dado cuenta.

—¿Cómo podrías? Nunca dije nada. —La mujer descartó las disculpas con una sonrisa y la miró con afecto—. Me encuentro muy complacida con cómo se han dado las cosas y con la ayuda de lord Sinclair. Estoy segura de que todo irá bien desde ahora y de que disfrutaré mucho el comprobarlo.

—Por supuesto.

Rose asintió, decidida a que así fuera y a alentar tanto como pudiera el deseo de la señora de visitar a su hijo, pero la dama no pareció pensar mucho en eso, sino en algo menos agradable, dado que el semblante se le puso serio y le dirigió una nueva mirada, esa vez no tan complacida. Al hablar, lo hizo con una indecisión poco habitual en ella. Rose la escuchó con atención.

—Ya que dejamos eso en claro, debo reconocer que no estabas del todo equivocada —expuso ella en tanto medía las palabras—. Sí que me siento un poco angustiada por algo.

La joven apoyó las manos sobre las rodillas; el cabello le cayó como una cortina frente al rostro, pero lo hizo a un lado con un gesto fastidiado.

—¿A qué se refiere? —preguntó sin ocultar la preocupación.

La señora Allen carraspeó.

—¿Te ha hablado lord Sinclair de los planes que tiene para ti? —inquirió ella a su vez.

Rose frunció el ceño y bajó la cabeza al comprender a qué se refería, de pronto incómoda por el rumbo que tomaba la conversación.

—Veo que sí lo ha hecho. —La señora asintió ante el silencio—. ¿Y piensas aceptar?

Rose abrió la boca para decir que no, pero la cerró de golpe, como si de repente se viera impedida de formular esa sencilla sílaba.

—No lo sé —dijo al fin, rendida a lo evidente: no podía dar una respuesta—. La verdad es que no sé qué hacer.

La señora Allen se encogió de hombros, comprensiva.

—Ya veo. Supongo que es natural que dudes. Para serte sincera, cuando lord Sinclair me habló de esto, me mostré muy contrariada con él, pero, con el correr de los días, al pensar en ello, creo que tal vez, y solo tal vez, es posible que tenga razón.

Rose levantó la cabeza con rapidez y la miró con los ojos muy abiertos.

—¿En verdad lo cree? —inquirió.

—No lo sé, Rose. Tal vez he sido injusta al suponer que querrías quedarte aquí por siempre, que nunca ambicionarías más.

—No lo hago.

La respuesta de Rose surgió demasiado rápida y rotunda como para ser del todo sincera, y la señora debió de notar lo, pues sonrió con un leve gesto de reproche.

—Esta es una oportunidad que la mayoría de las chicas como tú jamás reciben —razonó ella—. Quizá sea buena idea que la tomes, y entonces descubriras qué es con exactitud lo que deseas para ti.

Rose contuvo un bufido de frustración. ¿Por qué nadie lo entendía? Ella nunca podría tener lo que deseaba. Pero no dijo eso, sino que asintió ligeramente. Vivir bajo el mismo techo que William, verlo cada día, recibir sus consejos... La idea era demasiado tentadora. Sentía como si todas las reservas y objeciones que se habría podido plantear se hubieran derrumbado como castillos de naipes: la necesidad de que permaneciera en el albergue, lo que ahora sabía que no era del todo preciso; la oposición de la señora Allen, que ella ahora negaba. Tenía el camino libre para dar ese paso y, aun así, la

atenazaba el miedo. ¿Y si después descubría que, tras esa convivencia, sería aún más difícil renunciar a él? Pero él no era suyo, nunca lo sería, así que no había nada a lo que renunciar. Suspiró al sentirse confundida, y la señora debió de vérselo en la expresión, porque la tomó de la mano y le sonrió.

—Decidas lo que decidas, cuentas con mi apoyo. Solo quiero que seas feliz, Rose. No conozco a nadie que lo merezca tanto como tú.

La muchacha le sonrió de vuelta, agradecida, y le sujetó la mano con el mismo ademán cariñoso. No lo dijo esa vez, tal vez incluso no era del todo consciente de ello, pero acababa de tomar una decisión y, aun cuando sabía también que era posible que a la larga le produjera dolor, estaba dispuesta a correr el riesgo. Si ese pesar le daba al menos un ápice de felicidad, por efímera que fuera, valdría la pena.

* * *

El día que Rose se presentó en la mansión Sinclair con expresión recelosa y un pequeño baúl que debía de contener casi todas las posesiones de la joven, William se dijo que había visto reos ir al cadalso con más entusiasmo. La comparación le provocó rechazo y una buena cuota de gracia, muy a su pesar, pero se cuidó de que ella no lo notara. Era evidente que se sentía ya bastante nerviosa y sin duda no aceptaría la broma con mucha alegría.

Al comunicarle, durante una de las visitas al albergue, que había decidido aceptar la oferta, lo había hecho con tal rapidez y había desaparecido después con tal presteza que William se preguntó luego si no se lo habría imaginado. Habría deseado hablar con ella al respecto, saber qué la había hecho cambiar de opinión, pero se había mostrado tan reservada que temió que al insistir tal vez consiguiera que se arrepintiera. De modo que había recibido la noticia con un asentimiento y una sonrisa, en los que esperaba que no fuera muy evidente cuán complacido se encontraba.

Solo un par días después, tras hacerle llegar una nota en que le indicaba la fecha de llegada, Rose se presentó en la puerta de la casa Sinclair. William ya se había encargado de informar al respecto a Anna y a la tía Penelope, y ambas esperaban en el salón en el momento en que llegó. La primera, pese a las reconvenciones de la tía, estaba tan emocionada que se ganó una mirada

ceñuda del hermano al lanzarse sobre la muchacha tan pronto como cruzó el umbral del vestíbulo. Sin embargo, al hablar de eso, luego, con la tía en privado, ambos llegaron a la conclusión de que había sido una manera excelente de relajar el ambiente y conseguir que Rose se sintiera un poco más a gusto en aquella nueva posición. Nadie ponía en duda que el entusiasmo y la inocencia de Anna habrían sido capaces de quebrar incluso el hielo de la Antártida, y lo comprobaron al ver la leve sonrisa que Rose esbozó al intentar deshacer el abrazo que parecía a punto de ahogarla. En tanto Penelope se presentaba con la chica, que la vio primero con cierta aprehensión para mostrarse luego más comunicativa al notar la amabilidad de la señora, William se permitió observarla con interés.

Pese al nerviosismo, Rose llevaba la cabeza bien elevada, como si ese leve gesto de desafío fuera en realidad una coraza que la ayudaba a mantenerse a salvo. Según pasaban los minutos, sin embargo, él advirtió que el gesto se relajaba un poco, que ella esbozaba alguna sonrisa agradecida ante la cortesía de la tía y el parloteo de Anna. Entonces, William se dijo que presentaba un curioso cuadro. Le gustaba pensar de sí mismo que era un buen juez del carácter y la personalidad ajenos, pero Rose le parecía tan compleja y le daba la impresión de que escondía tanto que le resultaba difícil hacerse una idea del todo clara en lo que a ella se refería.

Al verla con ese gesto sereno que mostraba la mayor parte del tiempo, sin por ello perder un leve brillo de ilusión en los ojos, comprendió que era una joven del todo fuera de lo común, con la cabeza en las nubes pero los pies bien plantados en tierra firme. Era lo que sucedía al crecer en condiciones tan tristes y atisbar en cierto momento de la vida una luz en medio de toda esa oscuridad, supuso: una curiosa ambivalencia de madurez e inocencia que cautivaba a quienes ella permitía verla. Estaba en los ojos, en las contadas palabras, en cada una de las breves sonrisas.

Era evidente que había tomado una buena decisión al hacerle ese ofrecimiento. Ahora debían esperar a ver qué resultaba de todo aquello.

* * *

—¡Verde! ¿Por qué no el verde? Por favor, Rose, no seas tan obstinada, es solo un vestido.

Rose se dijo que, sin importar cuánto tiempo pasara al lado de la honorable Anna Sinclair, nunca se acostumbraría a aquella capacidad de hablar sin interrupción durante varios minutos y a la firmeza con que podía insistir en un mismo punto pese a las reiteradas negativas del interlocutor de turno. Desde la llegada de Rose a la casa, el dudoso privilegio de compartir la conversación era por lo general solo de ella, de modo que empezaba a tomarlo con humor. Si Anna podía insistir en un punto con tales fuerzas, la propia capacidad de negarse con la misma firmeza no era menor, de modo que esas batallas de voluntades empezaban a resultar habituales para ambas, y las consideraban incluso como una fuente de diversión encubierta. Desde luego, quien ganaba la batalla se sentía un tanto mejor. De allí que Anna, al menos, no bajara los brazos con facilidad.

En esa ocasión, mientras Rose se mantenía firme en la negativa de usar uno de los vestidos de la joven, quien venía pidiéndoselo desde que había llegado, hacía ya casi una semana, Anna casi lloraba de frustración en tanto sostenía uno de los varios que acababa de sacar la doncella del enorme armario del dormitorio.

—¡Rose! Al menos préstame atención mientras te ruego.

La aludida escondió una sonrisa y miró a la chica con la que esperaba que fuera una expresión arrepentida.

—Lo siento —dijo, si bien el tono no se condecía con la expresión—. Pero reconoce que la más obstinada entre nosotras eres tú. Mis vestidos están bien, no necesito usar los tuyos.

De la garganta de Anna surgió un sonido que bien pudo ser una risa mezclada con un sollozo.

—¿Bien? ¿Eso? —exclamó ella, incrédula.

Rose apretó los labios al verse señalada por la chica con tal muestra de abierto desprecio. Desde luego, sabía que el gesto no era en verdad para ella sino para la ropa que llevaba, pero eso no la ayudó a sentirse mejor.

Le dio una mirada al traje que llevaba puesto y elevó el mentón. En realidad no creía que estuviera tan mal. El sencillo vestido gris se encontraba en perfecto estado y muy limpio. Tal vez no fuera elegante o estuviera

precisamente a la moda, pero le servía, y no le encontraba sentido a usar otro. Ese, junto al par de blusas y faldas que había llevado con ella para utilizar durante la estadía en la casa de los Sinclair, era más que suficiente, y así se lo había hecho saber a Anna con frecuencia. La chica, sin embargo, no lo aceptaba, pese a que la señora Relish, la tía Penelope, le había pedido que dejara de incomodar a la invitada con aquella insistencia. La señora también había sugerido que Rose usara alguno de los vestidos de la sobrina, pero lo hizo una sola vez y, tras la negativa de la joven, había decidido no insistir. En opinión de la viuda, aun cuando no lo dijo, una joven como Rose, acostumbrada a la independencia y a valerse por sí misma lo mejor que podía, no iba a aceptar con mucho entusiasmo que le impusieran esa clase de cambios. Quizá, con el tiempo, cediera a la natural inclinación que sentiría una chica de aquella edad frente a los vestidos bonitos y aceptara usar alguno. Pero, hasta entonces, no le veía sentido a incomodarla con reiterados pedidos.

Anna, en cambio, era demasiado joven para imitar la sabia sensatez de la tía, por lo que perseguía a Rose todos los días con algún vestido que pensaba que podría gustarle, como quien intentara tentarla con un postre de especial atractivo. Pero Rose se mantenía firme en sus propias ideas y, al menos ese día, como tuvo que reconocer la joven de mala gana, tendría que resignarse hasta un próximo intento. Una vez que se rindió a la derrota, no obstante, recuperó el talante alegre y la arrastró escaleras abajo, fuera del dormitorio, para reunirse con la familia en el comedor.

Compartir las comidas con la familia era parte de la rutina impuesta desde que había llegado, y si bien en un inicio se sintió un tanto insegura ante esa muestra de intimidación, con el pasar de los días había arribado a la conclusión de que era un momento que esperaba con ansias. Por poder disfrutar de los deliciosos platillos que la cocinera enviaba y los diligentes lacayos servían, así como por la charla entretenida que compartía con Anna y la señora Relish, pero sobre todo, y eso solo lo confesaba a sí misma, porque eran los únicos momentos del día en que podía ver a William a placer.

Él acostumbraba levantarse muy temprano, según le había comentado la hermana en alguna ocasión durante una charla, pero salía a montar y no desayunaba hasta que regresaba, cuando se reunía con ellas para oír los planes del día. Luego se despedía y, según notó Rose desde el primer día,

pasaba toda la mañana en el despacho en compañía del señor Bishop. Lo usual era que ambos comieran con ellas y que, al terminar, él volviera a marcharse y no se lo viera más hasta la hora de la cena. No estaba segura de qué hacía durante las tardes. A veces lo veía dejar la casa desde la ventana del salón, pero nunca se atrevió a preguntar a Anna acerca de las actividades del barón.

Pero en esos breves momentos compartidos, incluso entonces, mientras él hablaba con la tía en voz baja y ella apenas conseguía escuchar lo que decían, lo observaba con discreción, aunque sin perder uno solo de aquellos gestos. Cada vez se sentía menos cohibida en presencia de él y había aprendido a percibirle el estado de ánimo con apenas una mirada. Él casi siempre se encontraba de buen humor, claro, y era en extremo atento con todas, pero Rose empezaba a advertir algo que llevaba mucho tiempo sospechando. Con frecuencia, lo notaba pensativo y apagado, como si esa fuente de energía de la que había hecho gala durante tanto tiempo, desde que ella lo había visto por primera vez, se hubiera ido agotando con el correr de los años y ahora le costara mostrarse tan alegre y despreocupado como años antes. Rose era lo bastante sensata para saber que se trataba de algo natural si se consideraban las muchas responsabilidades que había adquirido desde la muerte de su padre, pero aun así echaba en falta esa faceta de él que siempre la había atraído y que incluso había envidiado. Le hubiera gustado oírlo reír; hasta se decía en secreto que habría dado cualquier cosa por ser ella la causa de tal alegría, pero desterraba el pensamiento, en tanto se llamaba tonta y vanidosa, porque la idea era sencillamente ridícula.

—Bueno, es poco tiempo, pero supongo que podemos intentarlo.

La voz de la señora Relish la obligó a regresar los pensamientos al presente y miró en derredor con curiosidad.

William observaba a su tía al tiempo que asentía lentamente mientras Anna se inclinaba sobre la mesa con tanto ímpetu que estuvo a punto de volcar una bonita salsera. Por fortuna, Rose se apresuró a sacársela del camino, en tanto aquella chica le hacía recordar más que nunca a uno de los revoltosos niños del albergue, por lo que tuvo que contener una risa. Al

sacudir la cabeza, se encontró con la mirada del señor Bishop, que, tal y como acostumbraba hacer, los acompañaba a la hora del almuerzo, la única comida que realizaba en la casa, según había comentado la señora Relish.

Rose no tenía una impresión muy clara acerca del administrador de lord Sinclair. Parecía un caballero bien educado y muy capaz en la profesión a la que se dedicaba, según el mismo William mencionaba con frecuencia, pero no era mucho lo que compartía. Por otro lado, ella, que era de por sí también reservada y poco presta a la conversación, nunca había intentado alternar con él más allá de los saludos habituales y de alguna frase hecha que considerara apropiada en el momento. A diferencia de la mayoría de los sirvientes de la casa, que la veían en un inicio con cierta desconfianza, amén del abierto desprecio mostrado por el mayordomo en cuanto supo que iría a vivir allí, el señor Bishop parecía más bien indiferente a la presencia de la joven. Rose se lo agradecía íntimamente, ya que no habría podido soportar tener que compartir la mesa al menos una vez al día con alguien que la desaprobara de manera tan viva. A veces, sin embargo, como sucedió en ese momento, lo atrapaba mientras él la observaba con una expresión que no supo cómo juzgar, si era solo una muestra de curiosidad natural o algo más. Aunque era joven, Rose había visto muchas cosas durante su vida, tanto en las calles como gracias a las experiencias compartidas por las mujeres que llegaban al albergue, sin contar las charlas a veces demasiado explícitas que Meg abordaba cuando iba a visitarla, así que no podía evitar mostrarse suspicaz a veces.

No se consideraba bonita. Creía ser insulsa y poco atractiva, en especial con la descuidada apariencia que acostumbraba mostrar en el día a día, pero los hombres eran raros y sería una tonta si se fiara de ellos, como decía Meg con frecuencia.

Al pensar en aquella amiga, esbozó una sonrisa y dejó de lado al señor Bishop por un rato. Tal vez exageraba o tan solo se hacía ideas, pero esos pensamientos la habían llevado a recordar que hacía semanas que no pasaba por casa de Meg y que esperaba poder escaparse en algún momento del día siguiente para verla. No la había mencionado nunca en la casa de los Sinclair, no porque la avergonzara aquella amistad, pues tampoco hablaba de ella a la señora Allen o a Jenny en el albergue, sino porque Meg era una mujer tan

reservada, como ella misma. Habría odiado saber que hablaba de las complicadas circunstancias que vivía frente a personas que no conocía. Rose no podía culparla y por eso era tan cauta al hablar de la amistad que mantenían. Por otra parte, temía ir a buscarla porque no le había contado acerca de la oferta de lord Sinclair y mucho menos que había caído en la tentación de aceptarla. Solo pensar en lo que Meg tendría que decir al respecto le provocaba el deseo de cubrirse las orejas. Le gritaría por horas...

—¿Rose? No estás oyendo nada, y William al fin dice algo interesante. Presta atención.

El brusco llamado de Anna la obligó a centrarse de nuevo y a mirar en dirección a la chica, que le señalaba al hermano con un gesto que revelaba un gran entusiasmo. Lo que fuera que se hubiera perdido, sin duda la hacía muy feliz.

William mostró una sonrisa sarcástica al oír las palabras de la chica y miró a Rose con un leve encogimiento de hombros.

—No tiene sentido decir cuánto me ofende eso —dijo él con expresión resignada—, pero creo que deberíamos ponerte al tanto.

Rose le sostuvo la mirada por un segundo antes de desviarla a Anna, que daba saltos sobre la silla, desesperada por hablar. Desde luego, no esperó a tener el permiso para hacerlo, sino que se apresuró a informar a Rose de los motivos de tal alegría.

—William dejará que asista a mi primer baile —exclamó, y casi aplaudía al hablar—. No será uno formal, todavía no tengo la edad ni he sido presentada, pero será un baile de verdad. Para entonces habrá pasado el período de luto, desde luego. Eso quiere decir que podré usar un vestido precioso; además, la tía Penelope acaba de decir que iremos a encargarnos hoy mismo para que esté listo para el baile.

Rose asentía a medida que ella hablaba, al tiempo que hacía un esfuerzo por comprender aquellos balbuceos que resultarían inconexos para alguien que no estuviera familiarizada con la manera que tenía de expresarse. Habían estado en lo cierto al comentar que necesitaba una buena cuota de madurez, y Rose esperaba que la tía Penelope tuviera el temple para llevar esa idea a la práctica. Pero, además de atolondrada, era también una joven tan agradable y por quien sentía ya un afecto tan sincero que en verdad se alegró por ella y

esperó que todo resultara tal y como ella imaginaba. Anna era una señorita preciosa, y tan distinguida como su hermano, así que estuvo segura de que, si conseguía comportarse y controlar aquel volátil temperamento, sería todo un éxito en donde fuera que se encontrara.

—Eso suena muy emocionante —respondió Rose al fin con una sonrisa.

La chica asintió.

—Claro que lo será, lo mejor del mundo, y necesito un vestido apropiado —declaró ella con una mirada dirigida a la señora Relish, que la veía con expresión indulgente—. Podría ser azul, ¿no lo crees, tía? Es mi color favorito.

—Y hace juego con tus ojos —asintió la señora—. Es una posibilidad. Veremos qué dice la modista.

—¡Perfecto! Y tenemos que buscar algo para Rose —comentó Anna, sin detenerse apenas para recuperar el aliento—. Le decía esta mañana que se vería preciosa de verde.

Rose abrió mucho los ojos al comprender lo que implicaban esas palabras y dirigió a la señora Relish una mirada que fue un silencioso pedido de auxilio.

—No creo...

Ni siquiera había conseguido empezar a hilvanar una negativa apropiada cuando se vio interrumpida por el carraspeo de William, que observaba la escena, estaba segura de ello, con una buena cuota de diversión, lo que solo provocó que se sintiera incluso más cohibida. ¿Por qué le hacía Anna algo como eso? ¿Por qué frente a él?

—No empieces con eso o Rose terminará por lamentar haber aceptado quedarse con nosotros.

Para sorpresa de la muchacha, fue William justamente quien le lanzó un salvavidas. Aunque no se atrevió a verlo, agradeció en silencio la ayuda y dejó pasar un momento antes de levantar la mirada, en tanto posaba la atención en el mantel. La señora Relish, que también había notado aquella incomodidad, frunció el ceño y le dirigió a la sobrina una mirada de advertencia.

—Si continuamos perdiendo el tiempo, no podremos hacer nada. Ya hemos charlado bastante. Creo que podríamos ir en camino, porque, si bien hace mucho que no salgo de compras, estoy segura de que tardaremos un buen tiempo —razonó Rose en tono firme y sin dirigirse a nadie en particular.

Anna pareció más impresionada por esas palabras que por el sutil regaño de lord Sinclair y se apresuró a asentir con fervor y a apurar el contenido de la taza.

—El señor Bishop y yo saldremos también —dijo William tras asentir, al parecer complacido con la interrupción de la tía—. Haremos una visita al albergue para hablar con la señora Allen y el señor Brown. Pensaba ofrecerte que nos acompañaras, Rose, pero podemos dejarlo para otro día ya que tienes otros planes.

Rose asintió al oírlo, con cierto aprecio por que hubiera pensado en ella. Solo había visitado el albergue una vez desde que se había marchado y deseaba ir de nuevo para preguntar a la señora Allen cómo iba todo y saludar a los niños, a quienes echaba de menos y creía debían de extrañarla también. Pero quería aprovechar esa visita para pasar por la casa de Meg, por lo que ir en compañía de lord Sinclair no era una opción, entonces, decidió que prefería hacerlo sola.

—He pensado en ir mañana o el día siguiente —respondió, con premeditada vaguedad, para evitar que él sugiriera acompañarla luego—. Puedo ir sola, no se preocupe por mí. Pero le agradezco el ofrecimiento.

William no insistió, aunque le dirigió una mirada profunda, como si percibiera que ocultaba algo. La señora Relish, por suerte, la salvó de esa incómoda situación al ponerse de pie con ademán resuelto.

—Muy bien. Nos vamos —anunció, con una mirada que las instaba a que la imitaran—. Si nos damos prisa, podremos estar de vuelta para la cena. Señor Bishop, sabe que está invitado a acompañarnos a cenar, desde luego.

La señora, siempre atenta, decía lo mismo cada día, y el administrador respondía de manera similar, con la excusa de que prefería permanecer en su propia habitación al terminar el día, una vez que se marchara. Luego de esa especie de ritual, se despidieron, y Rose pudo suspirar aliviada al dejar el comedor. Aunque esos breves momentos compartidos con William le

procuraban una secreta alegría, también la hacían ser extremadamente consciente de los sentimientos que albergaba, lo que la hería al pensar en que eran apenas lapsos robados a los cuales no tenía mayor derecho. En esos instantes se preguntaba, tal y como hacía con frecuencia al ir a la cama y pensar en ello, cuán inteligente había sido después de todo al tomar esa decisión. Pero ya no había marcha atrás, y lo único que le quedaba era atesorar lo que tenía, por poco que fuera.

* * *

Rose debía reconocer que Meg era, cuando así lo deseaba, una oyente estupenda. Pese a que pudo ver que moría de ganas por interrumpirla mientras ella le contaba lo que había ocurrido en su vida durante las últimas semanas, la amiga tuvo la nobleza de contenerse y oírla en completo silencio. Desde luego, tan pronto como Rose terminó y se quedó en espera de lo que ella tendría que decir al respecto, segura de que sería mucho y no necesariamente agradable, Meg no la defraudó.

—Estás loca. Es eso, ¿verdad? Has perdido el juicio.

Tal vez fuera menos de lo que la amiga esperaba, pero Meg se veía con serios problemas para hilvanar las palabras. Tan solo la veía con los ojos muy abiertos, y la labor de costura que había sostenido mientras Rose le hablaba ahora se le caía entre las manos con descuido, pero ella no pareció notarlo. El niño jugaba con un carrito de hilo en una esquina del cuarto y no les prestaba mayor atención.

—Estoy perfectamente cuerda, Meg —respondió Rose con un resoplido.

Había llegado más tarde de lo que esperaba. El plan inicial era salir muy temprano de la casa Sinclair para dirigirse al albergue, pasar un rato allí y luego ir en busca de Meg, pero Anna se había obstinado en acompañarla para conocer ese lugar del que tanto hablaba William y del que ella provenía, y le había resultado muy difícil convencerla de que debían dejarlo para otro día. Por suerte, la señora Relish había parecido notar la incomodidad de la joven y la había ayudado al disuadir a la otra de que podrían aprovechar la mañana para ultimar ciertos detalles del baile al que planeaban acudir dentro de unas semanas. Al recordar que ya había escogido el vestido que usaría y que en ese

momento confeccionaban para ella, Anna había olvidado la intención inicial y se había quedado muy contenta en compañía de su tía. Sin embargo, Rose ya había perdido horas preciosas en ese tira y afloja, de modo que cuando llegó al albergue era ya muy avanzada la mañana, y la señora Allen insistió en que debía quedarse a almorzar, a lo que no pudo negarse. Luego, sostuvo una agradable charla con ella y Jenny, a la que más tarde se unió el señor Brown, quien parecía haberse acoplado de inmediato a la dinámica del lugar. Rose ya no lo veía con desconfianza, sino que, después de la última charla con la señora Allen, había llegado a la conclusión de que quizá la presencia de aquel hombre fuera positiva para el albergue y todos los que lo ocupaban.

Para cuando dejó el lugar, tras hablar unos minutos con los niños, que expresaron a gritos cuánto la echaban de menos, notó que ya era muy tarde, pero no quiso alterar el plan de visitar a Meg. Se preocupaba por ella porque sabía que era la amiga más cercana que tenía y, frente al rechazo de buena parte de la familia, además de la dificultad de tener que sobrevivir lo mejor que podía junto a su hijo, Meg necesitaba a alguien que se mostrara atenta a sus necesidades, por mucho que ella insistiera en que estaba bien y en que podía hacer las cosas sola.

Ahora, sin embargo, una vocecita cínica que le martilleaba en la cabeza le dijo que tal vez aquella amiga no mereciera tanta consideración, en especial cuando la observaba como si fuera el ser más tonto que habitara sobre la tierra.

—No lo entiendo, ¿por qué harías algo como eso? Es...

Rose apretó los labios y le dirigió una mirada de advertencia.

—No digas que es una tontería.

—Iba a decir que es una locura, pero vaya que es también una tontería — resopló la joven madre, en tanto dejaba caer la costura sobre una silla con descuido—. Te preguntaría en qué estabas pensando, pero dudo de que lo hicieras.

—Te equivocas. Lo pensé mucho y me di cuenta de que la única tontería habría sido no aceptar. No es algo malo, Meg, te lo juro. Anna, la señorita Sinclair, es una joven encantadora, y la señora Relish no puede ser más amable conmigo. Soy muy afortunada. Es todo un mundo distinto al que he conocido hasta ahora y en verdad estoy disfrutando de todo, he aprendido

mucho. No negaré que a veces me digo que no tengo nada que hacer allí, y que tal vez sea verdad, pero no me quedaré por siempre. Volveré al albergue en su momento porque creo que es allí donde pertenezco, pero mientras tanto quiero quedarme en la casa de los Sinclair por un tiempo.

Meg sacudió la cabeza de un lado a otro; unos rizos oscuros le cayeron sobre el rostro, pero los echó hacia atrás con un resoplido. Se veía lejos de estar apaciguada, si bien al menos ya no la contemplaba como si dudara de la cordura de Rose.

—¿Y qué pasa con él? —preguntó de golpe, sin dejar de observarla.

Rose no tuvo que preguntar a quién se refería, lo sabía perfectamente y no intentó desviar la pregunta, eso solo habría conseguido que desconfiara más.

—No ocurre nada con él, apenas lo veo —respondió en tono suave—. Creo que piensa que ya ha terminado su buena obra conmigo y ahora me ha dejado en manos de la hermana y la tía, pero está bien, sé que es lo mejor.

No había amargura en la voz, pero sí un leve toque de tristeza que la amiga detectó de inmediato, lo que la llevó a resoplar de nuevo. Ahora, sin embargo, la veía con una especie de exasperada ternura que dejaba en claro cuánto la apreciaba.

—Más te vale usar la cabeza —rezongó Meg, con una leve inflexión de advertencia en la voz.

Rose le dirigió una mirada desafiante, algo más tranquila al comprender que no iba a discutir tanto como esperaba.

—Siempre lo hago —replicó sin vacilar.

La amiga se encogió de hombros.

—Sí, claro, eres la chica más sensata y lista que conozco —reconoció de buena gana—. Menos cuando se trata de él, ¿no?

Fue el turno de Rose para resoplar y sacudir la cabeza.

—No empieces con eso.

—¡Es una locura, Rose! Él nunca te verá de esa forma.

—Ya lo sé.

Meg elevó las manos en el aire y las dejó caer en un ademán que revelaba gran exaltación.

—Y no te importa —dijo ella—. Vas a pasar toda tu vida suspirando por un hombre que apenas sabe que existes o que solo siente lástima por ti.

Rose la miró como si le hubiera dado una bofetada; la otra dejó de inmediato aquel talante agresivo para inclinarse hacia ella con el arrepentimiento pintado en el rostro.

—Lo siento, Rosie. —Meg le tomó una de las manos—. No quiero lastimarte, pero sabes que lo que digo es cierto. Olvídalo ya. Deja su casa, pero no vuelvas al albergue. Consigue un trabajo de verdad. Eres lista y has aprendido mucho, te irá bien.

Rose le sostuvo la mirada.

—Lo haré. Más adelante —prometió.

—¿Más adelante cuándo?

Rose no respondió de inmediato, sino que se mostró pensativa mientras miraba por sobre el hombro de aquella amiga a Jimmy, que había empezado a hacer círculos con un palillo sobre el suelo de tierra. Cuando habló, la voz sonó muy lejana.

—Él va a casarse —agregó al fin en tono quedo.

Meg elevó las cejas y emitió un leve silbido, que en otras circunstancias la habría hecho sonreír.

—¿Él? ¿Tu William? —Al toparse con la mirada furiosa de Rose, no le quedó otra que carraspear, arrepentida—. Lo siento, quise decir lord Sinclair. No me dijiste que estuviera comprometido.

—No lo está, pero su hermana me dijo que ha empezado a buscar esposa y, tan pronto como encuentre a una mujer que le convenga, le pedirá que se case con él.

Meg asintió, no muy sorprendida por aquellas palabras.

—Bueno, supongo que tenía que pasar tarde o temprano, pero no debes estar triste por eso. Tal vez sea lo mejor para ti. ¿A eso te referías con “más adelante”? ¿Te irás en cuanto él se case?

Rose suspiró y se encogió de hombros.

—Tal vez antes, no estoy segura. Pero sé que, si él se casara, no podría quedarme allí, no lo soportaría.

Las palabras no surgieron con resentimiento o pesar. Fueron tan solo una declaración apasionada surgida desde el fondo del corazón. Meg asintió al oírla, al tiempo que la miraba con una mezcla de compasión y curiosidad.

—¿Por qué lo amas tanto, Rose? Nunca he podido comprenderlo —
inquirió ella, intrigada.

No era la primera vez que le hacía esa pregunta, pero sí la primera en que no había rastros de fastidio o prejuicio en la voz. Quería entenderla y, al mismo tiempo, no podía evitar sentir un leve toque de envidia frente a algo que sentía que se le escapaba, como si aquella amiga fuera presa de una emoción tan grande que ella jamás podría descubrirla o experimentarla. La manera en que los ojos le brillaban al hablar de ese hombre, ese anhelo profundo en la voz al nombrarlo... Parecía exaltarla un sentimiento tan grande que la obligaba a replegarse sobre sí misma porque no encontraba el modo de encararlo. ¿Qué palabras, qué frases usar cuando era tan evidente que aquel amor iba más allá de cualquier expresión de lógica o sensatez?

En tanto, Rose le devolvió la mirada y sonrió ante la confusión de ella sin poder evitarlo.

—No sabría decírtelo —respondió, con rastros de serena resignación en la voz—. Ojalá lo supiera. Lo he amado durante casi toda mi vida y sé que él nunca se sentirá igual, pero no puedo evitarlo. Siempre lo he amado y siempre lo haré.

Meg suspiró y sonrió también, muy a su pesar. Habría querido sacudirla y repetirle que estaba loca, que esa actitud la llevaría a la ruina, que no deseaba estar allí para verlo cuando eso ocurriera, pero se tragó aquellas palabras. En lugar de regañarla, le dio un abrazo y le acarició el cabello sujeto con firmeza en lo alto de la cabeza con un ademán casi maternal. En momentos como aquel, frente a la apasionada inocencia de Rose y mientras contemplaba la propia realidad, ya despojada de todo candor, le parecía como si ella misma tuviera cien años más.

—Más te vale entonces que aproveches tu estancia en esa casa —le comentó muy bajito, con voz risueña—. Puedes empezar por traerme algo de lo que sea que coma esa gente en la cena. Estoy harta de las patatas.

Rose no pudo evitar reír frente a aquel tono burlón y la abrazó de vuelta, agradecida. Sabía que Meg no la comprendía, pero era consciente también de que se esforzaba por hacerlo. Tan solo por eso la quería más de lo que habría podido explicar.

* * *

La señora Relish estaba decidida a preparar a su sobrina de una manera apropiada a fin de que hiciera un buen papel en el debut en sociedad. Por eso no pensaba escatimar esfuerzos, más allá de lo que Anna pensara al respecto. Con la venia de William y con una silente y entretenida Rose como espectadora, organizó una serie de actividades para conseguir que aquella sobrina adquiriera cierta madurez y sosiego en las maneras. De otra manera, tal y como mencionaba a veces en tono ácido, lady Sinclair volvería corriendo desde Escocia en cuanto oyera que la hija se comportaba como una chiquilla revoltosa en el primer baile al que asistía.

En gran medida, Anna estaba muy de acuerdo con Penelope. Le encantaba aquella condición de señorita miembro de una familia aristocrática, con todos los privilegios que ello conllevaba. Vestidos hermosos, grandes fiestas, elaborados peinados, todo le parecía magnífico y lo recibía de muy buen grado, pero había ciertos preparativos que no abrazaba con igual entusiasmo. Como aquel que su tía había insistido que debía atender por considerarlo uno de los puntos débiles de la joven: el baile.

En un inicio, Anna había recibido la sugerencia con mucha alegría. Le encantaba bailar, y la sola idea de danzar por un gran salón del brazo de un apuesto joven le aceleraba el corazón. El problema era que los pies no parecían estar de acuerdo con ese órgano y se negaban a moverse con la gracia que habría deseado. Simplemente no la obedecían. Temía tanto hacer el ridículo durante el baile que William se apiadó de ella y sugirió encontrar un maestro que fuera a darle lecciones un par de veces a la semana para afinarle el talento, o la falta de él, como comentó en privado a la tía, quien no pudo menos que estar de acuerdo.

De modo que un hombrecillo italiano de talante altivo, pero dotado de todo esa aptitud que Anna no poseía, se presentó una mañana en la mansión Sinclair para empezar las lecciones. Ya que eran tan pocas personas, apenas Anna, el maestro, la señora Relish al piano y Rose como observadora invitada, no hizo falta abrir el gran salón que la última sabía que se encontraba en el ala este de la mansión, sino que optaron por usar la sala de música, mucho más modesta y menos intimidante en opinión de Rose.

La señora Relish, como Anna, era una destacada pianista y no tuvo el menor problema para tocar las melodías que el señor Zarelli, el maestro, le indicaba con una vocecita aguda y demandante. Rose pensó que, de no ser por la extraordinaria apostura que adquiría al bailar y la gracia con que se movía, habría resultado bastante antipático. Pero ella admiraba tanto el talento de aquel hombre que no podía menos que mirarlo con asombro e interés. Anna, por desgracia, distaba de encontrarse de acuerdo y no dejaba de lanzarle miradas de fastidio cada vez que la reprendía o le corregía los pasos, lo que ocurría con bastante frecuencia.

Rose se encontraba de pie a cierta distancia del centro de la sala, donde Anna intentaba mantener el ritmo del maestro en tanto él mascullaba algunas indicaciones que la chica recibía con los dientes apretados. Era difícil no reír frente al cuadro que presentaban, pero lo conseguía a duras penas al dejar que la música de la señora Relish la envolviera. Sin darse cuenta, golpeaba el suelo con la puntera del zapato al tiempo que balanceaba un poco los hombros, incapaz de contenerse. La melodía era hermosa, pero tuvo que volver a la realidad cuando el señor Zarelli emitió un quejido de dolor debido a un mal paso de Anna, que trastabilló y le aplastó el pie.

—Estoy bastante seguro de que eso ha sido a propósito.

Rose dio un brinco al oír la voz que surgió cerca de ella, hacia la izquierda, y giró con rapidez para encontrarse con lord Sinclair, que veía la escena con expresión risueña. Había estado tan distraída con la música y luego el incidente que ni siquiera lo había oído llegar, pero nada en la expresión de ella habría delatado lo mucho que la perturbó sentirlo tan cerca, más allá del sobresalto por verse sorprendida. Por otra parte, empezaba a acostumbrarse a aquella presencia y a desearla en secreto, por lo que hacía días que había dejado de comportarse como un conejo asustado cada vez que lo veía. Al cabo de un momento en silencio, comprendió que él debía de esperar una respuesta al comentario, por lo que lo miró de reojo.

—No creo que Anna haya hecho algo como eso —murmuró en un tono similar al que usó él, pero, al oír un nuevo quejido del señor Zarelli, no pudo contener una pequeña sonrisa que lord Sinclair correspondió—. Quizá tenga razón.

—En lo que a mi hermana respecta, casi siempre la tengo.

Las palabras sonaron más resignadas que satisfechas, por lo que Rose lo observó con curiosidad. Él tenía la vista fija al frente, con las manos sujetas tras la espalda, y eso le permitió admirarle el perfil grave con discreto interés. Le habría gustado que sonriera más. Echaba de menos su risa, aun cuando no fuera para ella.

—Una amistad me aseguró que es uno de los mejores maestros en Londres, pero a este paso Anna va a acabar con él.

Rose parpadeó para alejar esos pensamientos y asintió en silencio. Supuso que se trataría de una amistad femenina. Aunque la idea le dolió, no la encontró sorprendente. Desde luego que conocería a muchas damas hermosas y distinguidas que estarían encantadas de darle cualquier clase de consejos, se dijo con cierto cinismo.

—Temo que Anna no parece considerarlo muy simpático —comentó ella entonces, tras encogerse de hombros.

William suspiró luego de que se produjera un nuevo pisotón y una andanada de recriminaciones que, si bien corteses, no dejaban de ser cortantes, con lo que el maestro se ganó una respuesta igual de ácida de parte de Anna.

—Me pregunto por qué —replicó él.

Rose se rio sin poder evitarlo, y William hizo otro tanto al tiempo que se colocaba de lado para mirarla con mayor atención. Ella sabía que solo vería a la misma chica de siempre, con el vestido gris, el cabello recogido y el rostro serio. Por un instante, como le había pasado alguna vez antes, deseó ser hermosa y usar un traje tan elegante como los que les había visto a las jóvenes que paseaban por la plaza que se encontraba cerca de allí.

—Anna actúa como si no le importara, pero en verdad le gusta bailar; se lo toma muy en serio.

Ella habló con el fin de distraerse de aquellos pensamientos y también por decir algo que rompiera el silencio que se había instaurado entre ambos.

—Lo sé —replicó él con una nueva mirada—. ¿Y a ti? ¿También te gusta bailar?

Rose vaciló antes de responder.

—Eso creo —dijo ella.

—¿No estás segura?

—Sí lo estoy. Me refiero a que sí me gusta bailar —explicó con una mueca de desaliento—. No soy muy buena, sin embargo. La señora Allen intentó enseñarme una vez, pero era pequeña en ese momento y no he vuelto a tratar.

William cabeceó como si meditara esa respuesta y, al cabo de un momento, la sorprendió al tender una mano hacia ella con gesto solemne.

—Comprendo. Creo que este es el momento y el lugar adecuados para retomar las lecciones —apuntó él.

—¿Qué? —Rose sabía que la voz le había surgido mucho más alta de lo habitual, pero no había podido evitarlo—. No puedo...

—Tu mano, Rose.

—Podría pisarlo —insistió ella, atenazada por el pánico.

William elevó una ceja y mantuvo la mano extendida con solidez frente a ella.

—Correré el riesgo —objetó él.

—No estoy bromeando.

—Tampoco yo. Tu mano, Rose.

Ella suspiró y lo miró como si quisiera descifrarle la expresión, pero no pudo hacerlo. Nunca sabía lo que pensaba, lo que le parecía muy injusto porque estaba segura de que a él le resultaba mucho más fácil adivinar lo que sentía ella. Al comprender que era una batalla perdida a menos que hiciera algo tan dramático y ridículo como salir corriendo, le tomó la mano con un enorme esfuerzo para que él no notara el temblor que la sacudió ante el contacto. Nunca antes lo había tocado: fue una sensación extraña, como si un enjambre de avispas se le instalara en el estómago y un colibrí le aleteara en el pecho. ¿Y él esperaba que fuera capaz de bailar en ese estado? De cualquier forma, no efectuó un solo gesto mientras él la conducía cerca de donde la hermana y el señor Zarelli continuaban con la danza. Procuró no mirar a la señora Relish, que no había dejado de tocar como si no la sorprendiera ver que el sobrino la invitaba a bailar. Anna tenía razón, era una señora muy extraña.

William, ajeno a todo lo que pensaba, la sostuvo por el talle y la acercó lo suficiente para que ella a su vez le posara una mano sobre el hombro con gesto vacilante. Rose no se atrevía a verlo, tenía los ojos clavados en sus

propios zapatos y lo oyó suspirar sobre la frente.

—No bajes los ojos —dijo él.

Asintió a duras penas; levantó la mirada para encontrarse con aquellos ojos fijos en el rostro de ella.

—No... Lo siento —respondió, pero bajó la vista una vez más.

—Mírame.

—Si lo hago, me caeré.

William le apretó la mano con suavidad.

—No lo harás porque no permitiré que eso ocurra —prometió—. Ahora, mantén la cabeza erguida. Eso es. Concéntrate en mis ojos y cuenta en silencio.

—¿Todo al mismo tiempo?

Él rio frente a aquella voz, que surgió aguda y escéptica.

—Sí. Muy bien. No frunzas el ceño.

—No estoy...

—Y no rezongues. Solo disfrútalo, tenemos una buena pianista. Deja que te lleve. Te prometo que no permitiré que tropieces.

Rose le dirigió una última mirada de desconfianza, en tanto se preguntaba si no lo hacía únicamente por amabilidad, pero asintió y relajó los miembros tensos. Rogaba recordar las viejas lecciones de la señora Allen porque no soportaría pisarlo y que la viera del modo en que el señor Zarelli veía a Anna.

Para su inmensa sorpresa, no lo pisó ni una sola vez. Incluso más, la verdad fue que, tan pronto como dejó de tambalearse, fijó la mirada en los ojos de él y empezó a dejar que le marcara el paso. La melodía le inundó los sentidos, y se vio de pronto bailando como nunca habría pensado que podría hacerlo. Tal vez hizo amago de tropezar un par de veces, pero William la sostuvo con firmeza y retomó el paso con habilidad. Al parecer, él había heredado todo el talento para el baile en esa familia. En un momento, se sorprendió girando alrededor del salón como si no fuera la primera vez en la vida que bailaba con un hombre, uno además con el que tenía serios problemas para actuar de manera normal la mayor parte del tiempo.

Habrían podido pasar apenas unos minutos u horas, Rose no habría sabido decirlo, pero, tan pronto como los nervios se aplacaron y se sintió realmente a gusto, la música empezó a decaer y los pasos se volvieron más

lentos. Lo que tal vez fuera una suerte porque, pasada esa sensación de comodidad, empezó a experimentar otra hasta entonces desconocida. Recién en ese momento fue del todo consciente de lo cerca que se encontraban con William, del calor que desprendía aquella mano alrededor de su cintura, del golpeteo de su propio corazón en el pecho, lo que le ocasionó un sonrojo que esperaba que, si él lo notaba, lo achacara a la agitación del baile.

Cuando la música se detuvo del todo, no fue capaz de moverse durante un momento porque odiaba romper el contacto, pero, cuando la voz de Anna le llegó a los oídos, dio un paso hacia atrás y dejó caer los brazos a los lados, tras dirigir a William una sonrisa tímida que él no correspondió. La veía con el ceño levemente fruncido; ella no habría podido decir si se arrepentía del tiempo pasado juntos cuando sin duda tendría cosas mucho más importantes que hacer. Pero no se atrevió a preguntar. Habría sido una indiscreción y, además, no deseaba conocer la respuesta, así que dirigió la atención a Anna, que los contemplaba con mal disimulada envidia.

—Ustedes lo hacen mucho mejor —admiró ella con una mirada de reojo al maestro, que en ese momento hablaba con la señora Relish junto al piano—. Debe de ser la fortuna de contar con una buena pareja de baile.

El señor Zarelli la oyó y le dirigió un gesto indignado, pero ella lo ignoró.
—Tienes que practicar más, eso es todo.

William miró a la joven Sinclair con una ceja elevada en clara señal de advertencia; ella asintió ante el silencioso regaño. Parecía decirle que, pese a que le mostraba siempre una tremenda paciencia, no era infinita, y que no debía pasarse de la línea. Tras dirigirle una mirada algo más gentil, con la sombra de una sonrisa en los labios, hizo una corta reverencia en señal de despedida para ambas y se dirigió a la puerta. No miró a Rose ni una sola vez. Cuando su tía lo observó alejarse sin detenerse a hablar con ella o el maestro, él pasó a un costado de la joven en silencio y cruzó las puertas del salón. Durante todo el camino hasta el despacho mantuvo las manos apretadas con fuerza a los lados y una expresión de desconcierto perduró dibujada en su rostro.

CAPÍTULO 5

Azúcar. Emanaba un delicioso olor a azúcar.

Fue eso lo que pensó William con frecuencia en los días venideros siempre que se encontraba en presencia de Rose y tenía la oportunidad de pararse cerca e inhalar el tenue aroma que desprendía. Era un poco extraño. No había reparado en ello hasta que habían bailado juntos; desde entonces, sin embargo, ese olor le parecía una característica propia de ella, una de las muchas partes que construían ese todo intrigante que era la muchacha.

No había vuelto a aparecer por el salón de música durante las lecciones de Anna. Se dijo que lo hacía porque, en tanto más personas se encontraran allí, más impertinente se mostraría su hermana frente al sufrido maestro, pero sabía que esa no era la única razón. También lo hacía por Rose. La tía Penelope ya había hecho un comentario carente de malicia aunque cargado de significado en el que señalaba cuán malinterpretada podría ser aquella conducta tan cercana para con la joven, y él no podía menos que estar de acuerdo. Aun cuando no había tenido malas intenciones al bailar con ella, si alguien ajeno a la familia los hubiese visto, no se habría resistido a tejer mil y una historias al respecto. Lo último que deseaba, tal y como había prometido a la señora Allen, era arruinarle la reputación. El objetivo de aquella estancia en la casa de él era que ampliara horizontes, no que los viera limitados por unas lenguas maliciosas. Pero lo lamentaba en verdad, ya que bailar con ella había sido una experiencia mucho más interesante de lo que habría podido imaginar.

Según iba tratando a Rose, notaba que era una joven mucho más compleja de lo que parecía a simple vista. Quizás ese reconocimiento proviniera de la convivencia, que le permitía apreciar ciertas aristas del carácter de ella en las que no había reparado hasta ese momento. Además, se veía mucho más cómoda de lo usual frente a él, tanto que era perfectamente capaz de hacer a un lado la timidez para dirigirse a él si era necesario, y no contenía las

emociones en la comunicación con Anna o Penelope cuando él se encontraba presente, lo que tomaba como un triunfo. Si tan solo fuera capaz de reconocer qué era lo que deseaba para ella misma en verdad, lo que anhelaba. William estaba convencido de que todo el mundo deseaba algo, y Rose no tenía por qué ser la excepción, pero estaba tan acostumbrada a aceptar lo que la vida le había colocado en el camino que quizá por eso le resultaba tan difícil comprender que tenía otras opciones. Por eso estaba allí, para que lo aceptara y tuviera la capacidad de pelear por ello.

La relación con Anna beneficiaba a ambas de una manera sorprendente, tal y como había comprobado cuando recién habían pasado unas semanas desde la llegada de Rose a la casa. Se habría atrevido a señalar, incluso, que la influencia de ella en su hermana era más que notoria. William había advertido más de una vez que Anna contenía los usuales exabruptos y cambios bruscos de humor al notar que Rose no le seguía el juego sino que se mantenía tan impasible como siempre. Bastaba con que la señorita Sinclair elevara la voz o hiciera el amago de efectuar un movimiento irreflexivo para que se ganara una mirada divertida de aquella compañera, lo que parecía sosegarla como una fiera frente a una melodía que invitara a la calma.

Rose, por otra parte, había adoptado un leve aire de distinción que estaba lejos de poseer cuando llegó allí. Siempre había tenido maneras delicadas, pero le faltaba el garbo adquirido durante el trato con Anna y la tía Penelope, en especial dado que la última la corregía con discreción cuando notaba que podía perfeccionar la conducta de la joven, lo que, según le había confiado en secreto, no era nada difícil. Rose tenía muy buena madera, como le gustaba señalar; si seguía por esa senda, se convertiría en toda una dama.

De modo que William no podía encontrarse más satisfecho por la decisión que había tomado. Rose florecía frente a los ojos del caballero como un capullo en todo su esplendor, una joven encantadora que, si se conducía con inteligencia, tendría un brillante futuro.

Aquella noche, mientras se sentaba al lado de ella en el salón de música para oír a Anna durante la ejecución al piano después de la cena, se dijo que sí, que sin duda estaba en lo cierto. Al observarla –muy derecha sobre la silla de alto respaldo que la señora Relish le había señalado, con el cabello dorado sujeto en lo alto de la cabeza y las manos reposadas sobre el regazo mientras

movía los largos dedos para acompañar la melodía—, le recordó a un hada; una pequeña criatura proveniente de algún bosque mágico que había terminado en aquella casa por azar. No pudo evitar sorprenderse por que fuera capaz de conservar tal naturaleza, a pesar de arrastrar un pasado tan difícil y trágico. Algo que, comprendió entonces, admiraba tanto como envidiaba. Conservar la pureza en medio de todo ese fango requería una firmeza de carácter poco habitual en una joven de tan temprana edad. El misterioso carácter de Rose no dejaba de echar luces en medio de todas las sombras que la acompañaban en el día a día. William no podía menos que estar emocionado frente a cada uno de esos descubrimientos. Su tía habría dicho que mostraba demasiado interés en ella, pero no podía evitarlo. ¿Quién habría podido culparlo?

Cuando Anna terminó la interpretación, tan soberbia como siempre, lo que según la tía Penelope la convertiría en la sensación de las veladas musicales que pretendía organizar, el barón aplaudió con tanto entusiasmo como el resto de los acompañantes y dio una cabezada en señal de admiración mientras la señorita Sinclair se ponía de pie para recibir los cumplidos. Eso era algo en lo que tendrían que trabajar también, se dijo. A Anna no le vendría nada mal una pequeña cuota de humildad.

—Maravilloso, querida. —La tía parecía pensar lo mismo que William, dado que miró a la sobrina con una ceja alzada—. Solo procura no parecer tan satisfecha de ti misma, por favor.

—Pero lo estoy.

—Y tienes excelentes motivos para ello, pero no hace falta que lo hagas tan notorio. Un poco de humildad es siempre apreciada.

La jovencita se encogió de hombros y miró a su tía como si no entendiera una palabra de lo que decía, pero enseguida asintió como quien hace una gran concesión; luego se sentó al lado de Rose, que acababa de dejar de aplaudir.

—Eso fue estupendo, Anna, gracias —dijo ella.

La muchacha sonrió, agradecida por el halago, y suspiró satisfecha.

—Algún día te enseñaré, o podríamos arreglar para que recibas lecciones con mi maestro. Es mucho más simpático que el señor Zarelli, no te preocupes —le ofreció ella, amable.

William elevó las cejas ante el comentario y dirigió una mirada a Rose.

—¿Te gustaría aprender? —preguntó.

Ella frunció el ceño y miró al piano con indecisión.

—No lo sé. Me encanta el sonido que brota de él, pero nunca lo he intentado, así que no sé si tenga las condiciones —respondió—. Creo que prefiero admirar a las personas que, como Anna, sí tienen ese talento.

—Pero Rose canta, William, y lo hace muy bien —la jovencita intervino como si pretendiera salir en defensa de aquella amiga mediante el señalamiento de algo que consideraba una importante aptitud—. Yo jamás podría cantar como ella, siempre desafino.

William se mostró sorprendido y la observó con mayor interés.

—Excelente —afirmó él—. Me gustaría oírte alguna vez.

—También yo. Quizá puedas ensayar algo con Anna y cantar para nosotros mañana luego de la cena —la señora Relish, que hasta entonces había permanecido en silencio, intervino con una amable sonrisa dirigida a la joven, que no atinó a responder—. Ahora nos vendrá bien ir a descansar. Mañana tendremos un día muy agitado.

William se puso de pie tan pronto como la señora y las jóvenes hicieron ademán de levantarse y las acompañó fuera del salón.

—¿Qué planes tienen para mañana? —preguntó.

—Iremos a buscar el vestido de Anna para el baile. Si no está listo, se harán los ajustes que hagan falta, pero confío en que no será necesario —respondió la señora tras asentir.

—Quizá podamos convencer a Rose de que escoja algo para ella.

Anna se encogió ante la mirada airada que le dirigió Rose al oírla, pero no dijo nada, sino que se apresuró a subir la escalera con tanta rapidez que se ganó una mueca de desaprobación de su tía, quien suspiró al verla. Rose, en tanto, sacudía la cabeza de un lado a otro sin decir una sola palabra, aunque era evidente que no había recibido las palabras de aquella amiga con mucha alegría.

William se quedó al pie de la escalera tras darles las buenas noches y, mientras las veía subir, se dijo que aún tenían mucho trabajo por delante.

* * *

La señora Relish iba a necesitar mucha paciencia y todas las buenas intenciones que poseía si pretendía conseguir que Anna se comportara como una joven juiciosa.

Eso era lo que pensó Rose, una vez estuvieron de regreso en la mansión Sinclair tras pasar buena parte del día fuera, ocupadas en la compra de todo un ajuar nuevo para que la jovencita pudiera afrontar la temporada con la dignidad que se esperaba de ella. Pese a que no formaría parte de manera formal, planeaba asistir a varios bailes y a una serie de eventos para los que ya habían empezado a llegar un gran número de invitaciones. La tía procuraba inculcarle cierta serenidad. A veces parecía que entre ella y Rose habían conseguido aplacar en algo aquel fogoso temperamento. Sin embargo, de cuando en cuando la señora se daba de bruces con alguna nueva travesura que la hacía suspirar y preguntarse por qué había abandonado la apacible vida en el campo para fungir de compañía de una joven con semejante temperamento.

Todo había transcurrido bien hasta que llegaron a recoger el vestido para el baile, la última parada antes de regresar a la casa. La señora no podría haber estado más satisfecha con el resultado: un atuendo de ensueño propio de una princesa en un hermoso tono azul que la haría verse encantadora. La joven también pareció encontrarlo tal y como esperaba, ya que se lanzó sobre él tan pronto como la modista lo sostuvo frente a ella sin importarle que hubiera otras damas en la tienda. Eso, sin embargo, no le pareció tan terrible como el hecho de que insistiera hasta el desmayo en que Rose debía escoger algo para sí misma, aun cuando no fuera hecho a medida; al menos un vestido que fuera nuevo y le permitiera dejar ese feo trapo gris que acostumbraba usar y que todos empezaban a odiar, tal y como dijo con tan poco tino.

La reacción de la joven frente a esas palabras, desde luego, fue como si le hubieran infringido una herida profunda. La señora Relish no pudo culparla cuando dejó la tienda corriendo y volvió al carruaje, negada a moverse de allí. De modo que tía y sobrina, tras una buena reprimenda para la segunda, que tuvo la hidalguía de mostrarse tremendamente avergonzada al comprender lo que había causado tal actitud, terminaron la visita a solas y se unieron a Rose en el regreso a la casa un rato después en absoluto silencio. Incluso Anna, tan poco presta a las sutilezas, debió de considerar que el

rostro de Rose no invitaba a las excusas. Iba a tener que dejarla en paz, tal y como le había dicho Penelope, al menos hasta que menguara aquel enfado. Tal vez, entonces, cuando se encontrara menos enojada, Rose podría recibir las disculpas de ella, aunque, si consideraba la manera en que la había herido, estaba en todo derecho de rehusarse a aceptarlas, nadie podría culparla.

Al llegar a la casa, Rose bajó del carruaje sin dirigirles una sola mirada y corrió a la habitación que habían dispuesto para ella desde el comienzo de la estadía. Se sentía tan enojada que habría dado golpes a la puerta cerrada con mucho gusto de no ser porque sabía que eso no la ayudaría en absoluto a disminuir el enfado. La señora Turner la habría llamado estúpida e infantil de saber que se dejaba llevar por semejante arrebato.

Entendía que Anna no había pretendido lastimarla, que había sido solo uno de aquellos mil y un comentarios un poco fuera de lugar que por lo general resultaban inofensivos, pero en esa ocasión en verdad le había dolido.

—Tonta, tonta, tonta —masculló mientras daba vueltas alrededor de la habitación, sin poder detenerse.

No sabía si la recriminación iba dirigida a Anna o a ella misma. Si profundizaba, tal vez llegara a la conclusión de que era lo segundo. Después de todo, ya sabía que la jovencita tenía una lengua afilada y que podía ser un poco hiriente a veces, pero también era cierto que, desde que se conocían, solo había mostrado gestos amistosos para con ella y se desvivía por hacerla sentir cómoda durante aquella estancia. Una hermana no habría podido ser más afectuosa, pese a los muchos defectos que tenía. La tonta era ella por pensar en algún momento que podría encajar allí, sin importar lo considerados que fueran todos y lo mucho que se esforzaran por que se sintiera a gusto.

Dirigió una mirada al vestido que llevaba puesto y pasó una mano por la tela basta que empezaba a perder el color y ahora parecía de un deprimente gris deslavado. ¿Por qué se hacía eso? ¿Por qué siquiera lo pensaba? Antes no le importaba. Todo le daba igual, siempre y cuando nada se modificara, porque era a los cambios a lo que temía. Había pasado tanto tiempo dando tumbos sin saber lo que sería de ella y de su propia madre que, al encontrar la seguridad del albergue, habría dado cualquier cosa por permanecer allí por siempre, a salvo. Nunca lo habría dejado de no ser por él.

—William.

Emitió un gruñido al reparar en que había pronunciado el nombre en voz alta, tanto que quedó retumbando como un eco en la habitación; por un segundo temió que alguien la hubiera oído. Se volvería loca si permanecía allí. Tenía que calmarse, recuperar el control de sí misma.

Con esa certeza en mente, tomó el sombrero y la bolsa, y salió con mucho sigilo de la habitación, pero, en lugar de dirigirse a la puerta principal, los pasos se dirigieron hacia la parte trasera de la casa, donde se encontraba la cocina. Ignoró la mirada interrogante de una muchacha que pasaba por allí con un gran cesto de ropa limpia, así como la del mayordomo, que parecía haberse resignado ya a la presencia de ella allí y la trataba con indulgente reprobación. Al menos ya no parecía creer que desvalijaría la propiedad mientras todos dormían.

Una vez que estuvo afuera, rodeó los establos y no se detuvo hasta que dejó Belgravia Square tras ella, con un suspiro de alivio al percibir el aire que le entraba a los pulmones. Era lo que necesitaba. Eso y hablar, hablar hasta que no pudiera más, o tantas palabras no dichas iban a ahogarla. En un primer momento pensó en dirigirse al albergue, pero la señora Allen, aunque amable y muy atenta, distaba de ser una confidente con quien se sintiera cómoda. Jamás se habría atrevido a confiarle aquellos pensamientos tan íntimos. De modo que varió el curso y se apresuró a internarse en las calles del East End con la seguridad de que, si bien Meg estaría encantada de recordarle una y otra vez que ella ya le había advertido lo que pasaría de continuar en casa de los Sinclair, también la escucharía con atención y afecto: eso era todo lo que ansiaba en ese momento.

* * *

Cuando William regresó a casa, era casi medianoche. Estaba agotado tras pasar todo el día en el Parlamento. Había pospuesto esa obligación adquirida luego de la muerte del padre con mil y una excusas respecto a la necesidad de atender primero los deberes más inmediatos, los que requerían una atención especial, pero, con todo ello encaminado, no pudo dilatarlo más. Estaba preparado para asumir esa responsabilidad, claro, y la verdad era que lo

disfrutaba. Siempre se había sentido cómodo con sus pares y era consciente de lo afortunado que era al tener el privilegio de contribuir en algo al destino del país. Pero, tras pasar horas y horas oyendo a viejos lores que bloqueaban los intentos de los pocos miembros progresistas del parlamento, se dijo que era una labor de titanes. Aquellos que pertenecían a la misma generación de William estaban deseosos de cambios sustanciales en la manera de conducir la patria, como él mismo.

Era la primera sesión a la que asistía, y a pesar de lo agobiante que había resultado, estaba seguro de que no sería la última, aunque planeaba organizarse por separado con otros lores que compartían las mismas ideas para así urdir una estrategia que les permitiera presentar un frente más cohesionado ante aquellos arcaicos compañeros. Lo más importante en opinión del joven barón era que había dado ese paso, se había sentido cómodo durante la experiencia y estaba determinado a hacer tan buen papel como el que había hecho su predecesor, e inclusive más.

Hasta los problemas del albergue parecían haberse resuelto, gracias a la habilidad del señor Brown para llevar las riendas y a la noble disposición de la señora Allen para cederle esa responsabilidad. En lo ajetreado del día, también había pasado por allí y había hablado con ambos durante unos minutos para asegurarse de que todo marchaba bien.

Ahora, mientras cruzaba el salón, se dijo que lo único que deseaba era beber algo y dormir por horas. Una fuerte lluvia acababa de empezar a caer, y la idea de descansar un rato frente al fuego de la chimenea en su propia habitación no podía ser más seductora. Supuso que ya habrían cenado sin él y lamentó no haber enviado a un mensajero para avisar de aquella demora, pero estaba seguro de que su tía habría adivinado el motivo de la tardanza porque había mencionado muy temprano lo que pensaba hacer durante el día.

Sin embargo, cuando Danby recibió tanto el abrigo como los guantes y le hizo una reverencia, intuyó que algo iba mal. Lo percibió en el rostro del mayordomo, más tenso de lo habitual, además de en el silencio que lo envolvió mientras atravesaba el vestíbulo en dirección al salón familiar. Había supuesto que encontraría a la familia allí o en el salón de música, ya que habían tomado por costumbre oír a Anna tocar el piano cada noche, además de que no había olvidado la sugerencia de Penelope de que

escucharan a Rose cantar. Pero no había nadie allí, por lo que frunció el ceño al dirigirse al comedor, el único lugar donde supuso que podría encontrarlas a esa hora.

Tal y como imaginó, allí estaban, pero presentaban un cuadro de lo más curioso. La tía Penelope estaba sentada a la cabecera; Anna ocupaba una silla a la izquierda de ella. Ambas miraban los sendos platos en silencio, unos manjares que parecían no haber sido tocados. En tanto, dos lacayos permanecían de pie a apenas unos pasos y se dirigían discretas miradas de desconcierto. Cuando William entró hicieron una reverencia y se retiraron hacia la puerta con una nueva mirada compartida, esa vez de pesar.

Al oírlo llegar, la tía exhaló un sonoro suspiro de alivio. Anna lo miró con los ojos muy abiertos. Recién entonces notó dos cosas en las que debería haber reparado antes: que su hermana tenía las mejillas húmedas y el rostro sonrojado por el llanto y que Rose no se encontraba con ellas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él de inmediato—. ¿Dónde está Rose?

La señora Relish dejó la servilleta que parecía a punto de deshacerse por la manera en que la había estrujado entre las manos y miró al sobrino con la preocupación impresa en el rostro.

—Ha habido un... inconveniente, William —respondió ella en tono tenso.

—¿Qué clase de inconveniente?

Antes de que la señora pudiera responder, Anna se puso de pie y se lanzó a los brazos del hermano sin dejar de llorar. Los sollozos le sacudían los hombros, por lo que él apenas consiguió entender lo que ella decía mientras intentaba consolarla con torpes golpecitos en la espalda.

—Rose se ha ido, y es todo culpa mía. Nunca debí decir todas esas cosas, ahora no querrá regresar.

La tía Penelope se apresuró a explicar lo ocurrido, ya que los balbuceos de Anna solo contribuyeron a alterar más a William, que alternaba la mirada de una a otra sumido en el desconcierto. Lo poco que entendía no le gustaba nada, y temió apresurarse a tomar una decisión mal pensada. La tía, por suerte, poseía una capacidad de síntesis admirable, de modo que, en unos minutos, lo puso al corriente de todo lo que había sucedido. El problema era que en verdad no sabía tanto como le habría gustado. Le habló del

desagradable incidente con la modista, y Anna lloró con más fuerza todavía cuando escuchó cómo Penelope repetía las palabras que le había dirigido a Rose. William no tuvo ánimo para regañarla, como le habría gustado y sin duda merecía; solo la ayudó a volver a sentarse y le ofreció un pañuelo sin mirarla a los ojos. Estaba demasiado disgustado como para hacerlo sin decir algo que pudiera hacerla sentir peor de lo que ya se encontraba. En lugar de ello, esperó a que su tía le diera mayor información respecto a lo ocurrido con Rose, pero ella insistió en que no sabía nada más.

Al regresar, habían dejado que la joven se retirara a la habitación porque era evidente que aún se encontraba muy alterada, y le había pedido a Anna que no la molestara hasta la hora de la cena, cuando podrían llamarla para que se les uniera, con la esperanza de que se encontrara más calmada. Sin embargo, la doncella a la que habían enviado a buscarla les había dicho al regresar que no se encontraba en la habitación y, tras preguntar a otros sirvientes, se habían enterado de que se había marchado nuevamente poco después de haber regresado, aunque había usado la puerta que daba a las caballerizas para hacerlo. Penelope, preocupada al pensar que podría haberse marchado para siempre, tal y como Anna temía, se había permitido dar una mirada a la habitación de la joven, pero las cosas con las que había llegado se encontraban allí, de modo que había supuesto que tan solo habría salido a tomar un poco de aire. El problema era que las horas seguían pasando y no había vuelto, lo que las tenía muy preocupadas. Todos sabían que Rose era una chica bastante juiciosa y que tenía un gran conocimiento de la ciudad y los alrededores, pero, aun así, era ya muy avanzada la noche, por lo que temían que le hubiera sucedido algo.

William, desde luego, compartía la preocupación, e incluso más, porque un sinnúmero de imágenes le llegaron a la mente en cuanto pensó en que Rose estaría alterada en medio de Londres mientras se preguntaba si debía regresar con ellos o abandonarlos para siempre. Estaba decidido, sin embargo, a no permitir que ello le nublara el buen juicio, por lo que no se mostró dispuesto a perder el tiempo y se dirigió a la puerta. El mayordomo, que lo había seguido durante todo ese tiempo y se mantenía a prudente distancia por si era requerido, iba unos pasos detrás, dispuesto a oír las órdenes del patrón en tanto le tendía otra vez los guantes y el sombrero. Anna

y Penelope se habían apresurado a seguirlo también, tras renunciar al fin a esa pantomima en que se había convertido la cena dado que ninguna se sentía capaz de probar un solo bocado.

William acababa de dar un paso en dirección a la puerta principal cuando un suave golpeteo lo obligó a detenerse, y Danby se apresuró a cumplir con las funciones que desempeñaba al atender el llamado sin demora. Cuando se hizo a un lado al abrir la puerta y reveló a la recién llegada, un suspiro de alivio colectivo se oyó en la estancia.

Rose estaba allí de pie y parecía como si acabara de sobrevivir a un tifón. Llevaba el cabello mojado y pegado al rostro, de donde caían unos regueros de agua que, unidos a la que brotaba del vestido empapado, habían empezado a formar un pequeño charco que el mayordomo miró con el ceño fruncido.

—Lo lamento. Quise usar la puerta trasera, pero nadie abrió. Creo que todos estaban cenando y no me oyeron...

La voz de Rose surgió como venida de muy lejos porque los dientes le habían empezado a castañear. Dio un paso al frente; las rodillas la traicionaron al ponerla en peligro de irse de bruces, pero William salió del estupor y se apresuró a sostenerla.

—Tía, que enciendan la chimenea de su habitación. ¿Adónde puedo llevarla en tanto para que se caliente?

La señora Relish se sacudió el desconcierto y se acercó a ellos, atenta.

—Al salón. La chimenea está encendida hace horas —respondió de inmediato—. Danby, vea que hagan lo que lord Sinclair ha ordenado y que traigan unas mantas para la señorita Turner.

El mayordomo se apresuró a obedecer. William alzó a Rose en brazos sin atender a las protestas de ella en tanto Penelope y Anna le abrían el camino en dirección al salón.

—Voy a arruinarle la ropa —decía la chica con voz débil.

—No protestes.

William apretó los dientes al notar que, incluso a través de la ropa mojada, podía percibir el olor a azahar que asociaba con ella. Rose temblaba contra el pecho de él, y la sentía tan frágil que temió que, preocupado, la estuviera sosteniendo con demasiada fuerza, pero no podía evitarlo. Parecía como si fuera a desaparecer si la soltara. Al llegar al salón, la acomodó con

tanto cuidado como le fue posible sobre el sillón que señaló la señora Relish frente al fuego, y se mantuvo junto a ella hasta que llegó una doncella con una pila de mantas en los brazos con las que la envolvió ayudada por la señora.

Anna permanecía unos pasos detrás con las manos sobre el pecho y expresión de profunda angustia. Ya no lloraba, pero era obvio que se sentía aún muy culpable y se arrogaba la responsabilidad de haber desatado esa situación debido a la actitud que había mostrado.

—Calientate unos minutos aquí y subiremos en cuanto esté encendida la chimenea de tu habitación para colocarte ropa seca. —La señora absorbía el agua del vestido con una manta y la cambiaba por otra seca sin dejar de sonreírle con ternura—. Anna, ¿por qué no te adelantas y ves que preparen un camisón para Rose? Algo abrigador. Y fíjate que Danby se encargue de que le suban un poco de sopa caliente. Le hará bien.

La sobrina no esperó que se lo repitiera. Pareció en cambio agradecida de que le diera algo con lo cual sentirse útil y salió corriendo a cumplir con los pedidos.

—Estoy bien, en verdad. No quiero molestar. —Rose sacó la cabeza de debajo de la manta que la doncella le había colocado para ayudarla a secarse el cabello—. La lluvia me sorprendió, pero me siento mucho mejor ahora.

—No molestas, querida, ni siquiera lo pienses. De todos modos, tenemos que secarte bien o te dará una pulmonía.

La joven pareció comprender que no tenía sentido protestar contra las buenas intenciones de la señora Relish y asintió. Ella no había hecho ni una sola pregunta respecto adónde había estado o por qué se había ido de esa manera, sin avisar. Era evidente que había estado muy preocupada por ella, se lo vio en los ojos, pero no le hizo un solo reproche. Aun cuando no lo dijo con palabras, la mirada agradecida que Rose le dirigió debió de ser más que elocuente porque la señora le sonrió con ternura y le acarició la mejilla con un gesto maternal, lo que le provocó una humedad en los ojos que no tenía nada que ver con el agua de la lluvia.

Una segunda doncella llegó para avisar que la chimenea en la habitación de Rose había sido encendida y que la ropa seca la esperaba. William, que había permanecido en silencio durante todo ese tiempo con la vista puesta en

la muchacha, intercambió una mirada con su tía y tomó a la chica en brazos una vez más, sin prestar atención al brinco que dio al sentir que la alzaba sin mayor esfuerzo. Estaba algo más centrada de lo que se había mostrado al principio, cuando había parecido que se desvanecería en cualquier momento, y ahora se vio mucho más incómoda de lo que se había mostrado cuando él la había llevado al salón.

Durante todo el camino hasta la habitación, mientras subían las escaleras y giraban en el corredor hasta cruzar la puerta que Anna sostenía bien abierta en espera de que llegaran, Rose se mantuvo encogida sobre sí misma como si temiera que, de relajarse, el cuerpo pudiera traicionarla y revelar más de lo que debería. Pero no pudo calmar el latido acelerado del corazón o el sonrojo de las mejillas al sentir el aliento de William sobre la frente y el calor de las manos de él a través de la ropa húmeda.

Cuando la dejó con suavidad sobre la cama, se apresuró a retroceder hasta que estuvo sentada con torpeza, y la señora Relish se acercó a ella para ayudarla a acomodarse mejor. Un bonito camión lleno de lazos y encajes descansaba sobre la almohada, por lo que Rose estuvo a punto de decir que no era de ella, pero no tuvo fuerzas para protestar. De pronto, lo único que quería era cerrar los ojos y dormir. Apenas conseguía distinguir la voz de William, que hablaba en susurros con Penelope y la respuesta de la mujer, que pareció surgir un tanto apagada.

—Estará bien, no te preocupes. Me quedaré con ella hasta que se duerma, pero no falta mucho para eso —decía la señora con tono amable pero firme—. Ahora vete para que pueda ayudarla a que se cambie. Podrás hablar con ella luego.

No oyó la respuesta de William a la señora Relish, pero sí vio a través de los párpados semicerrados que le dirigía una profunda mirada. Antes de marcharse, sin embargo, se acercó un momento a la cama y le buscó los ojos.

—¿Estuviste en el albergue, Rose? ¿Fue allí adonde fuiste cuando dejaste la casa esta tarde? —preguntó en voz muy baja y sin dejar de observarla.

La muchacha parpadeó una y otra vez en un intento de que las palabras se filtraran en la mente aletargada. Estuvo a punto de responder con la verdad: que había pasado todas esas horas en compañía de Meg, en tanto oía los afectuosos reproches de la amiga y compartía buena parte de los pesares que

la aquejaban; que se le había hecho tarde y la tormenta la había sorprendido cuando apenas acababa de salir, por lo que había tenido que hacer todo ese largo camino de regreso a pie bajo la lluvia; que solo había podido pensar en que quería llegar cuanto antes porque sentía que iba a caer hecha pedazos en cualquier momento; que nunca se había sentido tan feliz como cuando Danby le había abierto la puerta y se había encontrado con el rostro preocupado de William. Pero no dijo nada de eso, porque un raptó de lucidez se le coló en el cerebro; entonces, carraspeó para que la voz surgiera con cierta normalidad al responder.

—Sí, estuve allí todo el tiempo —dijo ella, sin atreverse a sostenerle la mirada.

Habría jurado que oyó a William aspirar como si la respuesta lo hubiera sorprendido, pero no atinó a decir otra cosa, pues temía que insistiera. No habría podido mantener la mentira por un minuto más en ese estado. Por suerte, la señora Relish se acercó y miró de uno a otro con los labios apretados.

—William, podrás hablar con Rose mañana, ahora tiene que descansar.

Él asintió con gesto serio y, tras dirigir a la joven una última mirada velada, salió de la habitación en silencio.

* * *

¿Por qué? ¿Por qué Rose le había mentido de esa forma? Incluso a la mañana siguiente, cuando el día había iniciado hacía ya muchas horas, William no conseguía concentrarse en las labores que debía realizar y tan solo podía dar vueltas a lo ocurrido la noche anterior. ¿Por qué mentirle con semejante facilidad? Sin pretenderlo, había sido él quien le había dado pie a esa mentira al preguntar si había pasado todas esas horas en el albergue, aunque sabía que no era posible, ya que él había estado allí antes; estaba seguro de que la señora Allen le habría dicho algo si Rose acabara de marcharse. Lo que había hecho ella era tomar el subterfugio y enarbolarlo con toda calma.

¿Qué tenía que ocultar? ¿Dónde había pasado todo ese tiempo realmente? No era la primera vez que lo acometía la sensación de que Rose le ocultaba algo, pero nunca hasta entonces la había atrapado en una mentira flagrante y tan fácil de rebatir. Y, aun así, no sabía cómo enfrentar el tema con ella.

La tía Penelope la había excusado durante el desayuno al comunicarle que aún dormía y que prefería dejarla descansar tanto como deseara, lo que él había aprobado, pero estaba decidido a hablar con ella pronto. ¿Qué le diría? No tenía idea porque no se había atrevido a considerar todo lo que aquella mentira podría implicar. Esperaba una excusa inocente, cualquier cosa que lo llevara a pensar que no había habido malicia en los actos de ella.

¿Por qué una joven como Rose escapaba de casa y desaparecía durante horas para ocultar luego tal paradero? La respuesta era poco menos que inquietante, y William temió dejar que la mente siguiera por ese sendero.

* * *

Rose despertó al sentir el sol sobre el rostro. Tuvo que parpadear una y otra vez en tanto emitía un quejido para despejarse la mente, que empezaba a abandonar el sueño. Frunció el ceño al calcular la hora que sería y no le sorprendió adivinar que debía de ser muy avanzada la mañana. Le dolían las piernas como si la hubieran torturado durante la noche, y los pies palpitaban debido a la caminata apresurada del día anterior. Se llevó una mano a la garganta; carraspeó, aliviada al notar que apenas sentía un leve escozor. Al parecer se había salvado de un enfriamiento que habría podido resultar más peligroso. Se lo debía en gran medida a los cuidados de la señora Relish, que no se había marchado hasta que estuvo cambiada con ropa seca y tan reconfortada por el fuego de la chimenea y las mantas calientes que en un momento había creído encontrarse en el cielo.

Rio al incorporarse, y el movimiento le permitió apreciar el bonito diseño del camisón que la habían ayudado a vestir la noche anterior. Nunca en la vida había usado algo tan delicado y propio de una dama, con tantos encajes y lazos que no pudo resistir el impulso de acariciar los hilos con reverencia. No parecía que fuera de Anna. Posiblemente perteneciera a la señora Relish, y se prometió agradecerle el préstamo tan pronto como la viera.

Bajó los pies de la cama, hizo a un lado el cabello suelto sobre los hombros con un nuevo quejido de dolor y levantó la cabeza al oír unos toquécitos en la puerta. Supuso que sería una de las doncellas, que venía a preguntar si necesitaba algo, ya que había oído cómo la señora había ordenado la noche anterior antes de marcharse que estuvieran pendientes de ella. Pero no fue ninguna de las jóvenes que trabajaban en la casa quien asomó la cabeza cuando la invitó a entrar, sino una compungida Anna, que entró con pasitos vacilantes y una sonrisa tímida poco usual en ella.

Rose le sonrió entonces para aliviar en algo esa expresión culpable, pues no tuvo problemas para adivinar la razón de que ella estuviera allí.

—¿Qué haces allí de pie? Ven a sentarte aquí —la invitó con un golpecito sobre la cama.

La jovencita pareció comprender lo que ese gesto implicaba, y el rostro se le vio aliviado, pero una nube de preocupación le ensombreció la mirada al hacer lo que Rose le pedía.

—He venido a disculparme —musitó ella, con los ojos fijos en los pies hundidos en unas preciosas zapatillas a juego con el vestido azul.

Rose suspiró mientras asentía. Imaginaba que la dama no se quedaría tranquila hasta que lo dijera.

—No hace falta —le aseguró ella a pesar de todo, con una nueva sonrisa.

—No, desde luego que hace falta, y no porque lo diga la tía Penelope. En verdad me comporté de una forma espantosa contigo. No tengo excusa, pero te juro que no tenía malas intenciones al decir algo tan horrible de tu vestido. Es solo que me gustaría que no fueras tan testaruda y aceptaras usar otros más bonitos... —Anna levantó la mirada para verla con expresión arrepentida, como si hubiera notado que otra vez permitía que la lengua fuera más rápido que el sentido común, y procuró enmendarse—. Pero eso no disculpa haber dicho lo que dije, desde luego. Fui descortés e insensible y lo siento mucho. No querría que pensaras que lo dije porque no te aprecio, porque eso no es verdad. Me agradas mucho. Estoy muy feliz de que hayas aceptado la oferta de William y hayas venido a vivir con nosotros. Tenerte aquí es maravilloso para mí. Nunca había tenido una amiga como tú, y ayer, cuando pensé que te habías marchado para siempre por mi culpa, tuve ganas de lanzarme por una ventana.

Rose soltó una carcajada ante semejante muestra de dramatismo y sacudió la cabeza de un lado a otro, con un gesto que la invitaba a tomarle la mano.

—Preferiría que no dijeras ese tipo de cosas. Mucho menos en presencia de tu tía, o harás que sea ella quien huya asustada —bromeó con ternura y sin asomo de burla—. Sé que no tenías mala intención al decir aquello, no te preocupes, y lamento haberlos preocupado al marcharme de esa manera. Debería haberles avisado al menos que pensaba irme, pero que regresaría. Si piensas que debo perdonarte por algo, considérate perdonada entonces. No quiero volver a hablar de esto, ¿de acuerdo?

Anna le dirigió una nueva mirada, como si pretendiera confirmar así aquellas palabras y, al encontrarse con los ojos sinceros de Rose, asintió agradecida y le devolvió la sonrisa. Permanecieron en un agradable silencio hasta que la jovencita empezó a golpear con el pie el borde de la cama con un nerviosismo poco habitual en ella. Parecía como si deseara decir algo para lo que no encontraba las palabras adecuadas. Al cabo de un momento, sin embargo, las intenciones vencieron a los escrúpulos y miró a Rose con cierta timidez, al tiempo que se dirigía a ella con una voz amable y sumisa que la obligó a mirar a la joven Sinclair con suspicacia. ¿Qué estaría planeando ahora?

—Tía Penelope dijo que, según la doncella que se llevó tu ropa anoche, el vestido gris está arruinado —empezó vacilante.

Rose suspiró, a su pesar con una sonrisa.

—No tienes que fingir que lo lamentas. Estoy segura de que estás dando saltos por dentro, ¿cierto? —le preguntó ella con la comisura del labio levantada.

—Solo un poco.

—Tengo más ropa, así que no debes angustiarte por mí.

Anna empezó a jugar con el lazo que llevaba a la cintura en tanto asentía.

—Claro que sí —aceptó, para luego añadir, muy queda—: Pero tal vez, quizá, podrías hacerme un favor.

—¿Qué clase de favor? —cuestionó Rose, un poco desconcertada.

—Verás, no puedo dejar de pensar que soy responsable por lo que ocurrió ayer. No te habrías expuesto a salir de no ser porque estabas tan enfadada conmigo... Desde luego que tenías razón en estarlo. De modo que también es mi culpa que se arruinara tu vestido, y me siento muy mal por eso.

—Ya te he dicho que no tienes por qué sentirte así.

La chica asintió, sin parecer convencida.

—Sí, y eres muy generosa, pero creo que la única manera de sentirme mejor sería si pudiera resarcirte de alguna forma.

—No te entiendo.

—¿Aceptarías que te obsequie uno? ¿Por favor?

Rose chasqueó la lengua y tuvo que reprimir el impulso de bufar. ¡Qué chiquilla!

—¡Anna!

—¡Por favor, Rose! ¡Solo uno! No tienes que usarlo aquí si no quieres, pero significaría mucho para mí que lo aceptaras.

La muchacha suspiró y le dirigió una mirada indescifrable. Una pequeña parte del corazón, la que empezaba a batir con fuerza cada vez que se veía en una disyuntiva como aquella, tomó protagonismo. Le costaba optar entre obedecer a la sensatez con la que había sido educada o ceder ante la posibilidad de tomar un riesgo y dar un paso más allá a pesar de los temores, por lo que guardó silencio mientras libraba esa batalla interna. ¿Sería tan terrible? No se trataba más que de un vestido.

Miró entonces el frente del camión que usaba y no pudo resistirse a acariciar una vez más la hermosa tela. Podía ceder en esa ocasión, solo una vez, para saber lo que se sentía usar algo realmente hermoso, sumergirse en el sueño.

La joven cerró los ojos tan solo un instante antes de abrirlos de nuevo con expresión decidida y sonreírle a la joven Sinclair, que la veía con las manos retorcidas sobre el regazo.

—Gracias, Anna, me encantaría aceptar ese obsequio.

Los gritos emocionados de la chiquilla se encargaron de eliminar cualquier duda que habría podido tener aún. En ese momento, mientras se dejaba vencer por la tentación de reír con ella y de parlotear acerca de qué

color sería el más apropiado, por primera vez en mucho tiempo se sintió joven, feliz y, sobre todo, realmente despreocupada.

* * *

William esperó a primera hora de la tarde para enviar a una doncella en busca de Rose con el pedido que se reuniera con él en la biblioteca. El señor Bishop se encontraba fuera en cumplimiento de algunas comisiones que le había encargado, por lo que podrían sostener una charla con tranquilidad. Aún no estaba seguro de cómo abordar la mentira de la noche anterior, ni siquiera había decidido si debía confrontarla directamente o esperar a que ella lo confesara, pero suponía que lo iba a descubrir pronto. Era mucho más sencillo para él tratar con Anna, pero, como se dijo más de una vez en lo que iba de la mañana cuando pensaba al respecto, Rose no era su hermana, de modo que la relación que tenían no dejaba de ser poco corriente, así que no sabía cómo dirigirse a ella. No obstante, lo mismo que Anna, mientras ella se encontrara bajo aquel techo sería responsabilidad de él, y no podía dejar pasar lo ocurrido con tanta tranquilidad; no solo la mentira, sino la desaparición en sí. A pesar de esa autosuficiencia que ella levantaba como un estandarte, habría podido sucederle cualquier cosa, y jamás se habría perdonado por ello.

Cuando oyó el llamado a la puerta, levantó la mirada desde la cabecera del escritorio, listo para ofrecer a Rose un asiento, pero se quedó boquiabierto al verla de pie con expresión indecisa, en tanto miraba alrededor como si se sintiera demasiado tímida para observarlo de manera directa. Hacía mucho que no se comportaba con esas reservas frente a él. De todos modos, William no podía culparla, porque de pronto él también se había quedado sin saber qué decir y solo atinó a observarla en silencio como si se encontrara frente a una aparición.

Un hada. Definitivamente había estado en lo cierto al hacer esa comparación. Rose le recordaba a esa criatura mágica, y nunca había sido más consciente de ello que en ese momento. Llevaba un vestido blanco de seda y encaje que la cubría por completo, pero el corte acentuaba la grácil figura, y el único punto de color, una banda dorada anudada a la cintura, servía para enfatizar el delicado talle. Mantenía el cabello muy sujeto en lo

alto, como siempre, pero el peinado no se veía tan severo, tal vez por efecto del vestido, e incluso se le habían soltado unos rizos que le caían con libertad sobre las mejillas.

Al comprender que estaba quedando como un tonto allí en silencio sin hacer más que mirarla, William se puso de pie y rodeó el escritorio sin detenerse hasta que se encontró al lado de ella.

—Veo que al final Anna ha ganado la batalla —pronunció él.

Dijo aquello con el único fin de conseguir que Rose dejara la timidez de lado. Lo consiguió, por supuesto, ya que ella levantó la mirada al oírlo y sonrió con expresión resignada, tras encogerse de hombros.

—Es una oponente feroz —reconoció muy a su pesar.

—Un rasgo de familia —él continuó con la broma, pero se tornó serio de golpe y le dirigió una mirada cargada de admiración—. Te ves muy bien con ese vestido, Rose.

Ella extendió una de las manos frente a los ojos como si aún le costara asimilar lo que llevaba y rozó el bordado de las largas mangas con expresión embelesada.

—Gracias —apreció ella—. Es muy hermoso, ¿no lo cree?

William asintió.

—Lo es.

“Tanto como tú”, le habría gustado añadir, pero juzgó que ella podría sentirse incómoda frente al halago, por lo que se contentó con dirigirle una profunda y apreciativa mirada. Luego, le hizo un gesto para que se sentara en el sillón ubicado a apenas unos metros. De pronto, compartir el escritorio y hablar como si se encontraran en medio de una reunión sin importancia le pareció inadecuado, por lo que había optado por la pequeña salita que acostumbraba compartir con el antiguo barón cuando lo acompañaba a trabajar allí. Siguió a Rose y, luego de que ella se sentara, ocupó una silla justo en frente, de espaldas a la chimenea.

—Te preguntarás por qué te he mandado llamar —dijo él una vez que se encontraron instalados con comodidad.

Ella le sostuvo la mirada y negó con la cabeza.

—No en verdad. Supongo que tiene algo que ver con mi desaparición de ayer —sugirió.

William asintió con una sonrisa.

—Tienes razón. En parte.

Rose frunció el ceño y contuvo un suspiro. Las manos descansaban sobre el regazo y tenía los hombros tensos.

—Me gustaría decirle lo mismo que ya les he dicho a su hermana y su tía —empezó ella, muy seria—. Lamento haberme marchado como lo hice. No importa cuán enfadada me encontrara, debería haber avisado al menos que me iría para evitarles esa preocupación. Lo siento mucho y prometo que no volverá a ocurrir.

—¿Quieres decir que, si vuelves a desear marcharte, nos lo comunicarás antes? —preguntó William a modo de réplica, y la voz surgió contenida.

Rose se vio confundida por aquellas palabras y parpadeó antes de responder.

—Sí, claro —prometió ella dubitativa.

—¿Piensas hacerlo pronto?

—No lo sé...

William suspiró al notar el desconcierto de la joven y extendió una mano con la intención de tocarle el hombro para tranquilizarla, pero se detuvo a tiempo y la dejó caer sobre su propia rodilla.

—Lo siento —se disculpó él—. Es solo que no me gusta la idea de que algo pueda hacerte desear huir de nosotros. Ayer o en cualquier momento. Rose, quiero que seas feliz aquí y, si por alguna razón, sea un comentario desafortunado de Anna o cualquier otra cosa, te sientes incómoda en esta casa, debes decírmelo, y haré lo que sea por resolverlo. Necesito que me lo prometas. No huirás nunca más sin antes hablar conmigo. Si aun así quieres marcharte, no te pondré obstáculos, pero debes permitir que al menos intente persuadirte. ¿Puedes prometerme eso?

Ella lo miró con la indecisión pintada en el rostro, pero debió de comprender cuán importante era para él que hiciera esa promesa, por lo que asintió.

—Lo prometo —dijo—. Si en algún momento quiero marcharme, y no puedo asegurarle que eso no vaya a ocurrir, hablaré antes con usted.

William se vio más tranquilo al oírla y sonrió.

—Gracias —respondió él, para luego continuar—: Debo entender que cualquier diferencia que hayas podido tener con Anna ya ha sido resuelta.

Rose contuvo una risa al pensar tanto en el comportamiento como en las agitadas disculpas de la chica más temprano aquel día y asintió muy segura.

—Todo está bien entre nosotras —indicó ella.

—Me alegra saberlo.

William se recostó en la silla y cruzó los brazos a altura del pecho al tiempo que la observaba con todos los sentidos alerta, como si deseara ver incluso en lo más profundo de aquella alma. Rose lo miraba a su vez con curiosidad, pues intuía que había algo importante suspendido entre ellos, y esperaba la pregunta que por fin surgió de los labios de William en tono despreocupado.

—Anoche me dijiste que habías pasado la tarde en el albergue —le recordó él.

Rose se replegó en el asiento con la espalda envarada y los dientes apretados. Desde luego que lo recordaba, y había temido el momento en que él sacara el tema a colación. Había odiado mentirle, pero era lo mejor que podía hacer, y estaba segura de que haría lo mismo si se encontrara una vez más en esa situación. Ella no tenía derecho a hablarle de Meg. Por otro lado, aun cuando lo hiciera, ¿podría entender él la naturaleza de aquella amistad? ¿Todo lo que las unía y lo mucho que tenían en común? Tal vez solo la viera como una de las muchas personas sin rostro que habitaban esas zonas de la ciudad en las que él y los demás aristócratas jamás habían puesto un pie. De modo que asintió con tranquilidad al mirarlo a los ojos, convencida de que no tenía sentido dar otra respuesta.

—Así es —confirmó ella.

William cabeceó al oírla, pero ella no vio nada en aquel rostro que la llevara a pensar que no le había creído.

—Ya veo —replicó él—. Supongo que la señora Allen te habló de las novedades.

Rose tragó saliva sin permitir que el desconcierto le alterara el semblante.

—No sé a qué novedades se refiere —afirmó ella.

—¿No lo sabes? Pensé que serías la primera persona a quien la señora Allen le hablaría al respecto.

—Tal vez lo hizo. Lo sabré si me dice a qué se refiere.

Ambos se sostuvieron la mirada en un duelo de voluntades, decididos a no ser quien se doblegara. En otras circunstancias, William habría admirado el férreo autodomínio de Rose, pero en ese momento odió que mantuviera la mentira con tal entereza. Estaba tentado a desenmascararla y lo habría hecho con gusto, pero ahora no solo esperaba que reconociera el engaño, sino que quería descubrir el motivo por el que lo llevaba adelante, saber qué la había impulsado a mentirle al rostro con tanta frialdad, qué era tan valioso para ella que los colocaba a ambos en esa situación que encontraba insultante.

—La señora Allen piensa dejar el albergue pronto —dijo él de golpe, atento a la reacción de ella.

Rose sintió una opresión en el pecho y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Ahora que el señor Brown ha demostrado que puede desenvolverse tan bien en la dirección del lugar, ha decidido pasar una temporada con su hijo en Bath —explicó él sin alterarse—. Me sorprende que no lo mencionara.

Rose recibió las palabras con cierto alivio. Desde luego que lo sabía, la señora se lo había mencionado poco antes de que ella dejara el albergue, pero entonces era solo una remota posibilidad. Debía de haber decidido hacerlo antes de lo que pensaba, después de todo, pero no era nada que no esperara, por lo que relajó el semblante y soltó las manos crispadas sobre la falda. Era evidente que él había intentado sorprenderla. No era tonta y lo notó sin asomo de duda, no obstante eso no hacía al comentario menos extraño. Salvo que sospechara que le había mentido, claro. Pero, si estaba en lo cierto, no hacía mayor diferencia para ella, porque sentía que lo único que podía hacer en ese momento era sostener la mentira sin importar cuán avergonzada se sintiera por ello.

—Ella dijo algo —señaló Rose con calma—. Sé que esperaba poder visitar a su hijo porque no lo ve hace años y desea conocer a sus nietos. Además, piensa que el aire de esa ciudad podría ayudarla con algunas molestias.

William asintió con lentitud sin dejar de mirarla. De haber sido más observadora y no haberse sentido tan preocupada por lo que ella misma ocultaba, Rose se habría sorprendido al notar que él tenía las manos rígidas.

Fuera de ello, sin embargo, nada en el semblante de aquel hombre delataba ningún pensamiento.

—Comprendo —se limitó a decir.

Rose asintió, pero esa vez no pudo sostenerle la mirada y posó los ojos en las estanterías detrás de él.

Cuando lord Sinclair retomó la conversación, aquella voz había recuperado el tono sencillo y relajado que acostumbraba usar al dirigirse a ella, si bien notó un matiz de velado reproche que prefirió ignorar.

—He pensado que, ya que no sabemos durante cuánto tiempo se prolongue el viaje de la señora Allen, sería apropiado contratar a una chica para que ayude a la doncella que ya está allí. Aunque el señor Brown se encargará del manejo del lugar, podría necesitar la ayuda de otra mujer —expuso William.

Rose asintió con fervor, aliviada al considerar que la conversación había vuelto a un cauce menos peligroso.

—Jenny lo apreciaría mucho —dijo, agradecida con él por haber pensado en ello.

—Bien. Tal vez puedas ayudar con eso. Conoces las necesidades del albergue y sabrás escoger a una persona apropiada para el trabajo.

—Por supuesto. Lo haré con mucho gusto.

Él vaciló antes de continuar.

—La próxima vez que vayas al albergue, tal vez prefieras llevarte un carruaje. Puede ser un poco peligroso estar en la calle a horas tan avanzadas —sugirió con tono suave.

—No para mí —Rose respondió sin pensar, como un acto reflejo.

—De cualquier forma, considéralo, al menos si se hace tarde.

Ella comprendió que había mucho más que una sugerencia en ese pedido. No era una advertencia, en absoluto, pero sí distinguió algo más que en ese momento no consiguió identificar.

—Lo haré, milord —indicó ella, y era sincera, o al menos pretendía serlo.

William asintió, en apariencia complacido por la respuesta, y siguió la mirada de ella, que permanecía fija en la estantería tras él.

—Te gusta leer, según creo —comentó él; no pareció que fuera una pregunta.

Rose cabeceó, un poco asombrada de que él lo supiera. No recordaba habérselo mencionado nunca, pero era posible que la señora Allen se lo hubiera comentado. Ya había dado algunas miradas a los títulos en la biblioteca, pero hasta entonces no se había atrevido a tomar ninguno, aunque se moría de ganas de hacerlo.

—Sí, mucho —contestó al notar que él esperaba una respuesta—. Lady Cahill me enseñó. Cuando vio lo mucho que lo disfrutaba, llevó decenas de libros al albergue, pero nunca vi tantos en un solo lugar, como aquí.

William sonrió ante aquel entusiasmo.

—Bueno, nosotros corremos con ventaja —explicó tras encogerse de hombros—. Esta biblioteca tiene muchos años y a mis antepasados siempre les gustó enriquecer la colección. Puedes tomar los que gustes. Si prefieres, léelos aquí; si no, llévalos a tu habitación, no tienes que pedirle permiso a nadie.

Rose dejó la contemplación de las estanterías y lo miró, no solo sorprendida por aquella capacidad para adivinar los deseos de ella, sino por el tono con el que le habló, cálido y amable.

—¿Por qué es tan bueno conmigo? —preguntó sin poder contenerse.

William elevó las cejas como si eso fuera lo último que esperara oír.

—No lo soy —respondió.

—Sí. Siempre lo ha sido, pero ahora... No merezco todo esto —dijo ella mientras señalaba con un gesto la habitación y el vestido que llevaba.

Él apoyó los codos sobre las rodillas y se inclinó hacia ella.

—Rose, si con todo esto te refieres a ser tratada con respeto y consideración, sí. Es lo mínimo que mereces —le aseguró con voz solemne.

Ella echó el cuerpo para atrás como si temiera que, de no hacerlo, no podría resistir la tentación de extender una mano hacia él.

“Y Meg no deja de preguntar por qué te amo”, susurró para sí misma con una sonrisa torcida que se apresuró a ocultar cuando William la miró con extrañeza. Se puso de pie enseguida. Él la imitó un poco sorprendido por aquella actitud, pero por suerte no hizo más preguntas. Dudaba de que hubiera sido capaz de sostener esa conversación durante un minuto más.

—Si no le importa, milord, me gustaría ir con la señora Relish y Anna. Prometí que las acompañaría mientras seleccionan las invitaciones que han recibido —señaló ella.

—Claro. Es una labor agotadora, te lo advierto —respondió él sonriendo—; pero estoy seguro de que Anna lo disfrutará.

—Procuraré hacerlo también. ¿Qué tan malo puede ser?

William se contentó con negar con la cabeza, sin responder, y la acompañó a la puerta. Cuando ella estaba a punto de cruzar el umbral, él la detuvo con un gesto.

—Rose, ¿eres feliz aquí? —inquirió—. Al menos en los momentos en que mi hermana no te obliga a huir, claro.

Ella esbozó una suave sonrisa y meditó aquellas palabras. ¿Lo era? Miró esos ojos atentos en tanto pensaba en que podría ahogarse en ellos y casi se rio de sí misma por esa reflexión tan tonta. ¿Si era feliz? En momentos como aquel, habría podido jurar que sí.

—Estoy muy contenta de haber aceptado venir, milord —dijo con simpleza y se volvió para dirigirse a la salida.

Él debió de comprender que sería lo único que diría, por lo que asintió y la vio marchar sin decir nada más.

CAPÍTULO 6

— ¡El conde y la condesa Arlington! Tenemos que responder a la invitación de los Arlington, tía, no lo olvides. Son una pareja tan encantadora.

— Yo me encargaré de eso, no te preocupes. Deberían marcharse ahora, es un día espléndido y sería una pena que no lo aprovecharan.

Rose contuvo una sonrisa al oír el tono ansioso en la voz de la señora Relish; luego, colocó una mano en el codo de Anna para apresurarla a subir al carruaje.

Tan pronto como despertaron aquella mañana, la señora sugirió o, mejor dicho, casi ordenó que dieran un paseo por el parque ya que, según ella, pasaban demasiado tiempo dentro de casa. Además, sería una ocasión perfecta para que Anna pudiera usar uno de los nuevos vestidos, lo mismo que Rose, quien además podría vivir la experiencia de pasear en un carruaje descubierto y ver la zona desde otra perspectiva. Rose estuvo tentada a rehusarse y quedarse en casa mientras eran ellas quienes daban ese paseo, pero le bastó con ver el anhelo en el rostro de la señora Relish para comprender el verdadero motivo de ese pedido. La pobre se veía exhausta, y no era difícil adivinar el porqué.

Aunque Anna era una chiquilla muy agradable, además, su tía la quería tanto como obviamente lo hacía su hermano y empezaba a hacerlo también Rose, era justo reconocer que seguirle el paso requería una gran dosis de energía. Tan solo el día anterior habían pasado casi toda la tarde estudiando las invitaciones recibidas, de las que Anna tenía algo que decir de cada una de ellas. Eso sin mencionar que las analizaba al detalle, con mil y un comentarios acerca de si elegirlas o no, para luego sumirse en las dudas y empezar todo el proceso de nuevo. Según había indicado, esperaba pasar algunas horas también aquel día haciendo lo mismo. Por ello, no era de extrañar que la señora Relish sugiriera ese paseo para darse un muy bien merecido respiro.

Incluso desde el carruaje, en tanto una de las doncellas escogidas por la señora para que les hicieran compañía subía al asiento frente a ellas, Anna sacó la cabeza por la ventana para pedirle a la tía algunos consejos.

—¿Crees que podamos ir a la velada musical de los Dewlish? Mi madre decía siempre que son muy aburridos, pero me gusta la música, y William dijo que podría acompañarnos si decidía ir. ¿Estás segura de que no quieres venir? —preguntó ella pese a que el carruaje había empezado a moverse.

—Hablaremos de eso luego, querida, cuando regresen —respondió la señora con una mano alzada para despedirse—. Me alegra quedarme, necesito un descanso.

—¿De qué?

Las risas de Rose y de la tía resonaron ante la escéptica pregunta de la chica, quien miró de una a otra con expresión perspicaz, pero el cochero aumentó la velocidad y el vehículo se perdió en tanto la señora sacudía la cabeza de un lado a otro y exhalaba un profundo suspiro de alivio. Luego regresó a la casa, pero en lugar de dirigirse al interior, siguió el rumbo hacia el jardín para aspirar el aroma de las flores que los jardineros cuidaban con tanto esmero. Fue allí donde la encontró William, que a su vez acababa de dejar el despacho y, con conocimiento de la salida de las otras dos, quiso hacerle compañía.

—Te noto muy alegre, tía. ¿Será posible que Anna se haya marchado ya?

La señora lo miró sobre el hombro al oírlo y apretó los labios en falso ademán reprobador, pero luego rio con apariencia levemente avergonzada.

—Hace solo unos minutos —aceptó tras asentir—. Da un paseo conmigo, pero no alces demasiado la voz, mis oídos apenas empiezan a acostumbrarse de nuevo al silencio.

William sonrió y le ofreció el brazo, que ella se apresuró a tomar. Caminaron con paso relajado durante unos minutos sin decir nada hasta que la señora carraspeó y lo observó de reojo con expresión compungida.

—Para serte sincera, me siento un poco mal por Rose —dijo ella—. La he dejado sola con Anna. Creo que me he comportado como una cobarde.

William asintió como si no fuera algo en lo que hubiera pensado ya.

—Nunca lo habría esperado de ti, tía. Siempre te imaginé más valiente —comentó él.

—No cuando se trata de tu hermana.

Ambos rieron sin poder evitarlo; William señaló un banco para que la señora se sentara, lo que hizo con un suspiro de alegría. No podía recordar cuándo había sido la última vez que se había sentido tan tranquila. Sin duda empezaba a perder algo del ímpetu de la juventud, pero esperaba que esas horas de tranquilidad la ayudaran a reponer fuerzas para mantenerse a la par de aquella sobrina en cuanto regresara.

—Encontraremos una manera de resarcir a Rose por tu abandono —dijo él al cabo de un momento.

La señora asintió, complacida por el comentario.

—Eso había pensado. —Ella lo miró de reojo antes de continuar. Estaba deseosa de hablar acerca del tema, pero no habían tenido un momento para departir a solas hasta entonces—. ¿Sabes, William? Estoy muy complacida con la presencia de Rose aquí. Reconozco que, cuando me hablaste de invitarla a quedarse en esta casa, tuve mis dudas. Me pareció una idea muy peligrosa, pero ahora me alegra que lo hicieras. Es una chica encantadora.

—Sí, lo es.

—Estoy sorprendida de lo bien que se ha adaptado a nosotros; a Anna en particular. Tenías razón cuando decías que sería una lástima que pasara su vida en el albergue. No es que tenga nada de malo, desde luego, podría cumplir un papel bastante digno allí, pero hay algo en ella, algo especial...

William cabeceó en señal de entendimiento. Creía comprender a la perfección a qué se refería Penelope.

—¿Una luz? —sugirió él.

La señora lo vio con las cejas elevadas y una leve sonrisa que danzaba en los labios.

—¿Luz? Quizá, no lo había pensado, pero es posible que esa sea la palabra. —Ella entrecerró los ojos, un gesto que delataba cierta curiosidad—. Según pasa el tiempo, noto que adquiere una elegancia que le sienta mucho. Creo que tiene un futuro más que prometedor por delante. Sin embargo...

—¿Sí?

—¿No crees que debería socializar más? Pasa todo el tiempo aquí o en el albergue cuando va de visita. Sabes cuánto valoro la soledad, pero incluso yo debo reconocer que, si Rose piensa vivir siempre en Londres, debería ampliar

su círculo de amistades.

William caviló acerca de ello y, al cabo de un momento, asintió.

—No lo había pensado, pero supongo que tienes razón —concedió él, aun cuando no sonaba muy convencido.

La señora, en cambio, cabeceó muy enérgica.

—Claro que sí —afirmó ella—. Desde luego, no sé qué tiene Rose en mente, qué es lo que desea hacer en el futuro. Es posible que no lo sepa aún, pero tarde o temprano tendrá que decidir. ¿Quiere recibir una educación para dedicarse a alguna clase de oficio? ¿Convertirse en una institutriz, quizá? ¿Enseñar en el albergue algún día?

—Rose nunca ha mencionado que le interese la enseñanza —la interrumpió William.

—Pues lo haría muy bien. Es algo que debe contemplar, dado que tiene un carácter muy apacible sin ser débil, solo tienes que ver cuán bien maneja a Anna. —La señora sonrió al pensar en ello—. Desde luego, siempre está la alternativa más obvia.

—¿Cuál es esa?

La tía Penelope miró a William con cierta sorpresa.

—¡Matrimonio! ¿Qué más? —respondió tras encogerse de hombros—. Con la formación que recibe aquí y sus propias virtudes, podría hacer un enlace muy ventajoso para ella. Solo tenemos que buscar al candidato correcto.

El sobrino le dirigió una mirada de reproche.

—Creo que te apresuras, Rose es joven aún —objetó él, negado.

—Cierto, y no digo que debamos orillarla a buscar un marido de inmediato, pero uno nunca sabe, y para ello debe tratar con algunos caballeros. Tal vez conozca a alguien en el momento menos pensado, no es imposible. Muchas veces es así como se dan estas cosas. A mí me ocurrió.

—Tú estabas enamorada.

—Rose también podría estarlo, ¿por qué no?

“Sí, ¿por qué no?”, se dijo William para sí mismo como un eco al tiempo que fruncía el ceño.

—Insisto en que no hay prisa —dijo él sin variar la posición.

—Y yo en que estoy de acuerdo, pero ello no implica que no podamos hacer algunas gestiones para hacerle las cosas más fáciles. Rose es tímida y en extremo reservada. Si lo que quiere es casarse algún día, va a tener que poner un poco de su parte —comentó la tía con gesto pensativo y vaciló un poco antes de continuar—. ¿Sabes si el señor Bishop está comprometido?

William, que había permanecido de pie junto a ella, la miró como si acabara de soltar un despropósito. Incluso estuvo a punto de caer, al resbalar la mano que tenía apoyada sobre el respaldo del banco debido a la impresión.

—¿Qué has dicho? —preguntó, consternado y con un extraño tono de voz.

—Sería un candidato estupendo si no lo estuviera, claro —la señora continuó con naturalidad y cierto fin no del todo claro, atenta a la reacción de él—. Es joven, tiene una buena posición, pero no demasiado como para que piense que Rose no es una digna opción. Además, es un caballero muy correcto y apuesto, lo que una joven siempre aprecia.

—¿El señor Bishop? —repitió William, como si no hubiera oído todo lo demás que la tía había dicho y eso fuera lo único que se le hubiera quedado fijado en la mente—. ¿Mi administrador?

La señora asintió una vez más y sonrió, tras lo cual se acercó un poco a él para hablar en tono de confidencia.

—¿No has notado acaso que ve a Rose con muy buenos ojos? —preguntó ella.

—¿Qué? ¡No! —William bajó la voz al notar que había gritado e inhaló para recuperar la calma, un poco avergonzado por aquella reacción—. Desde luego que no, él sería incapaz. Rose está bajo mi protección, en mi casa. Lo despediría de inmediato si me enterara de que la ha ofendido de cualquier manera. —Miró entonces con suspicacia a la mujer—. ¿Qué es lo que sabes?

La señora negó con la cabeza y le dirigió una mirada cargada de reproche.

—Nada, no hay nada en absoluto que saber, salvo lo que he dicho ya. Rose es una joven muy bonita y desde su llegada se ve mejor cada día, así que no tiene nada de malo que un hombre joven le dedique unas cuantas miradas, siempre y cuando lo haga con respeto. Es así como las personas se

conocen y se enamoran. Luego, claro, viene el matrimonio. No puedo creer que deba explicarle esto a mi único sobrino con fama de casanova —masculló ella entre dientes.

—Haré como que no he oído lo último —replicó William de inmediato, en tono de advertencia—; no quiero desviarme.

La señora se encogió de hombros.

—Como gustes —concedió de mala gana, sin verse impresionada—. Solo espero que no hagas ningún comentario acerca de lo que he dicho al señor Bishop. Lo incomodarías. Y lo mismo con Rose. Dudo de que ella lo haya notado, y solo la avergonzarías. —La señora se mostró tajante al respecto—. Todo lo que digo, lo hago porque le he tomado mucho aprecio a pesar del poco tiempo que llevo de conocerla y porque me gustaría que sea feliz. Esa chica lo merece y lo necesita.

William tuvo que reconocer que se había extralimitado al dejarse llevar por la sorpresa y miró a su tía con pesar, sin que por ello consiguiera desterrar las ideas que ella le había plantado con tanta efectividad en la mente.

—Estoy de acuerdo —declaró él—. Te prometo que consideraré lo que has dicho.

La señora asintió al oírlo, muy satisfecha.

—Muy bien, es todo lo que quería escuchar —dijo ella.

William consideró que habían tenido bastante del tema, al menos para él, y desvió la charla hacia otros menos inquietantes, como los planes que tenía para el Parlamento y los proyectos que esperaba presentar, lo que la tía encontró fascinante. Siempre se había mostrado interesada en la política. Tenía unos puntos de vista agudos y modernos, tanto como los del sobrino, de modo que pasaron unas horas bastante agradables discutiendo al respecto. Él, sin embargo, aun cuando no lo mencionó en ningún momento, no pudo hacer a un lado las palabras de aquella mujer respecto al futuro de Rose. Debería haberse sentido complacido de que se preocupara por ella y tuviera en consideración tan buenas perspectivas, pero el pensamiento no había sido tan agradable como habría esperado. No obstante, no se detuvo a pensar en los motivos para eso, y tal vez fuera lo mejor.

* * *

William tuvo un sueño muy extraño aquella noche. Soñó que se encontraba en un jardín, pero era uno muy distinto del que tenían en la mansión. Le recordaba más bien al de la propiedad que la familia poseía en Devon, donde acostumbraba pasar largas temporadas en su niñez. Era un lugar glorioso, y el jardín se consideraba entre los más bellos de la región. El padre de William había contratado a varios maestros jardineros que lo cuidaban al detalle, lo que lo dotaba de un estilo poco habitual para la época. En lugar de pretender dominar a las flores y plantas que allí se cultivaban, lo que hacían era permitir que crecieran en un bien planeado esquema. La naturaleza se abría paso; no era extraño recorrerlos para allí encontrar mil y una especies a cuál más hermosa creciendo en todo esplendor, exuberantes, sin nada que las refrenara. Y, a pesar de ello, no había lugar para el caos en ese lugar, todo prosperaba en armonía y simpleza. Era como formar parte de otro mundo.

Se vio a sí mismo allí, después de mucho tiempo. Recorría los jardines en mangas de camisa y descalzo, con una suave melodía que le resonaba en los oídos y se hacía más intensa según avanzaba en dirección al laberinto que su padre había mandado diseñar poco tiempo después de que recibiera la herencia. No podía detener el paso, la melodía lo llamaba; él iba con la mirada fija en ese lugar semioculto por los setos, en tanto rozaba las flores que crecían a los lados con las yemas de los dedos y aspiraba aquel aroma. Azahar. El olor del azahar le adormecía los sentidos. Cerraba los ojos al andar para que esa fragancia lo envolviera por completo.

Al llegar al centro del laberinto, el sonido se reveló como un canto quedo y el aroma se intensificó, lo cual lo obligó a abrir los ojos para ubicarse, pero los setos habían crecido por lo que solo consiguió distinguir una sombra de blanco que corría alrededor de él sin mostrarle el rostro. Se trataba de una figura menuda y de largos cabellos dorados que intentó alcanzar con las manos extendidas, pero que no dejaba de escurrirse cuando estaba a punto de tocarla. La canción, mientras tanto, no cesaba de martillearle los oídos; habría dado todo lo que poseía por poder comprender la letra, que se le escapaba por mucho que intentaba descifrarla.

Al final, la figura se detuvo frente a él, pero la luz del sol le daba de lleno en los ojos y no podía identificarle el rostro. Pese a ello, sintió un leve toque en el pecho y extendió una mano para tomar aquella que sentía posada allí, sin éxito, porque la figura desapareció con un chasquido y la música calló de improviso.

Entonces despertó.

Sentía el corazón acelerado y, al levantar una mano para despejar el cabello sobre la frente sudorosa, pudo advertir que temblaba. Se levantó sin importarle que aún no hubiese amanecido, como delataban las sombras que veía a través de la ventana. Dirigió la mirada al espejo sobre el mueble bajo el que tenía algunas miniaturas con retratos de la familia.

Por un instante, le costó reconocer a ese hombre alto con los ojos vidriosos y los labios entreabiertos que respiraba como si estuviera al borde de la asfixia. Inspiró con profundidad para tranquilizarse; cuando el pulso recuperó la normalidad y las manos dejaron de temblarle, dio un hondo suspiro de alivio.

Un sueño extraño y un despertar más raro aún. No podía recordar cuándo había sido la última vez que había tenido un sueño tan perturbador, e intentó buscar la causa, pero no supo bien a qué achacarlo. Lo único que lograba era recordar la paz y el anhelo que había sentido en ese jardín, la desesperación por tocar a esa figura, el hechizo de aquel canto.

Recordó que la noche anterior se habían reunido una vez más luego de la cena en la sala de música para oír tocar a Anna y, gracias a la insistencia de la tía, habían conseguido convencer a Rose para que interpretara una canción. Ella había intentado excusarse una y otra vez, pero, al final, había tenido que ceder y había optado por una melodía que acostumbraba cantar a los niños del albergue. William no la había escuchado antes; se trataba de una cancioncilla popular poco conocida en los círculos en que él se movía. Sin embargo, había algo en la voz de Rose que lo había conmovido de manera intensa. Sin saber cómo, se había visto envuelto por el canto, por las múltiples emociones que plasmaba en él y que nunca conseguía descifrar en las contadas charlas que mantenían.

Tal vez hubiera sido esa impresión lo que había ocasionado el sueño, pero no estaba muy seguro de que le complaciera haber llegado a esa conclusión. Rose empezaba a tener un predominio importante en los pensamientos de él, y tenía claro que no era algo por lo que sentirse agradecido. Era inquietante, cuando menos. Mientras se vestía y se preparaba para bajar a dar una vuelta a caballo y disipar los pensamientos, se dijo que, de una u otra forma, eso tenía que terminar.

Al entrar al salón en busca de Danby, sin embargo, se llevó una sorpresa, ya que era evidente que el universo no estaba de acuerdo con aquellas intenciones.

Arrodillada frente a la chimenea, con casi medio cuerpo dentro de ella, una figura muy familiar canturreaba al tiempo que removía las brasas con movimientos expertos. William tuvo que retroceder cuando se dio cuenta de que se había dirigido hacia ella llevado por un impulso, en tanto admiraba aquellas caderas enfundadas en una de esas faldas propias de las mujeres trabajadoras. Al parecer, la muchacha había decidido dejar de lado por el momento los vestidos que le había obsequiado Anna.

—¿Rose?

La voz de William surgió extraña; carraspeó fastidiado al notar lo.

Ella, que no pareció consciente de ello, giró para verlo de frente, con expresión sorprendida. Una blusa blanca protegida por un delantal le cubría los brazos hasta las muñecas, y varios mechones de cabello le habían caído sobre la frente por la posición en que se encontraba.

—Buenos días, milord —lo saludó con una sonrisa.

William se hizo a un lado cuando la joven se incorporó hasta detenerse junto a él. No atinó a ofrecerle la mano para ayudarla, pero supuso que, de cualquier manera, ella no la habría aceptado. Ya había notado que se resistía a tocarlo. La idea lo molestó un poco, pero no se permitió pensar en ello.

—¿Qué estás haciendo?

—Enciendo la chimenea —respondió ella como si fuera obvio.

Solo en ese momento William notó el pequeño fuego que había empezado a arder y que sus manos estaban cubiertas de hollín.

—¿Por qué? —replicó él de inmediato, consternado—. ¿Quién te ha enviado? ¿Danby?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de negación. Desde hacía un tiempo, las relaciones con el mayordomo habían llegado a una saludable y cortés indiferencia.

—No, milord. Ni siquiera creo que el señor Danby lo sepa. Yo me ofrecí.

—¿Por qué harías eso?

Ella se encogió de hombros.

—Quiero ayudar —respondió con naturalidad.

—¿Encendiendo la chimenea?

—Sí, no es difícil; lo hacía casi siempre en el albergue.

William varió la mirada del fuego a ella y sacudió la cabeza, sin disimular la impaciencia.

—Pero no estás allí ahora —dijo él, y sonó un poco más impositivo de lo que le habría gustado—. En esta casa tenemos empleados para que se ocupen de esas labores. Está dentro de sus obligaciones, por las que se les paga.

—Sí, pero son muchas habitaciones. Además, una de las chicas está enferma —objetó Rose con tranquilidad.

—Entonces que Danby contrate a otra.

—Pero ella se recuperará pronto y necesitará el puesto.

William colocó las manos tras la espalda y la observó con el ceño fruncido.

—Rose, escucha, estoy seguro de que Danby o la señora Norris son capaces de solucionar estas cosas a la perfección sin necesidad de usarte como mano de obra.

—Sí, seguro que sí, pero ya se lo dije: yo me ofrecí. Pensé que podría ayudar y al mismo tiempo congraciarme con los otros empleados...

Él la interrumpió antes de que pudiera continuar, y la voz le surgió indignada.

—¿Otros...? Rose, no eres una empleada, sino mi invitada —aclaró con tono firme.

—Pensé que de alguna manera trabajaba para usted como acompañante de Anna y también con los asuntos del albergue.

—Muy bien —asintió él sin variar el tono—. Si así lo prefieres, eres mi empleada. No quiero verte nunca más ocupada en labores como estas, lo digo como patrón.

Ella se echó hacia atrás como si la hubiera ofendido.

—Lo siento, no pensé que le molestaría —dijo con voz tensa.

—Lo hace. Y mucho.

Rose lo miró a los ojos e hizo una exagerada reverencia que por sí misma pudo haber sido una réplica mordaz.

—Lamento haberlo incomodado, milord, no volverá a ocurrir.

—Rose...

El llamado de William llegó a destiempo porque ella ya se había marchado con paso apresurado.

* * *

—¿Por qué ibas a querer hacer algo como eso? No me extraña que William se enfadara. Mira cómo te han quedado las manos.

Rose apretó los dientes para contener la respuesta sarcástica que le subió a la garganta al oír el inocente comentario de Anna luego de que, tanto ella como la tía, escucharan la razón por la que llegara tan agitada y molesta a reunirse con ellas. La conversación había surgido en el dormitorio de la jovencita mientras escogía el vestido que usaría ese día. No dudaba de que Anna tuviera algo de razón al salir en defensa de la actitud de su hermano, pero ella no terminaba de entenderlo. Ver que las manos ciertamente se encontraban cubiertas de hollín, a pesar de que las había lavado y de que llevaba varios minutos frotándolas con el delantal no la ayudaba a sentirse mejor.

—Solo pretendía ayudar; no, ofender.

La respuesta de Rose no estaba dirigida a la chica, ya que ella había vuelto a la contemplación de su propio reflejo en el espejo situado junto al tocador, mientras la doncella la ayudaba a ajustar el delicado corsé rosado que usaría bajo el vestido que había elegido. Ella le hablaba a la señora Relish, que estaba de pie con la atención dividida entre lo que veía al otro lado de la ventana y lo que las jóvenes hablaban.

Al oír a Rose, le dirigió una mirada comprensiva.

—Lo sé, querida, pero no puede sorprenderte la reacción de mi sobrino. Estoy segura de que aún se pregunta qué ocurrió. Encontrarte en el salón encendiendo la chimenea... —La señora rio como si no pudiera evitarlo.

Rose tuvo que devolverle la sonrisa al recordar la expresión sorprendida en el rostro de lord Sinclair. De haberle ocurrido a otra persona, tal vez habría reído a carcajadas, pero, ya que era ella quien había estado en esa embarazosa posición, la sonrisa desapareció pronto y exhaló un suspiro apesadumbrado.

—Solo quería ayudar —repitió, al tiempo que elevaba las manos manchadas en señal de desaliento.

Penelope pareció comprender lo que sentía, porque fue hacia ella y le pasó una mano sobre los hombros.

—Si quieres ayudar, Rose, puedes permitir entonces que William te ayude a su vez —le dijo con tono amable—. Es en gran medida por eso por lo que estás aquí. Mira, querida, William es un buen hombre.

—Por supuesto que lo es —respondió ella de inmediato.

La señora suspiró al oír la réplica apasionada y frunció los labios, pero continuó al cabo de un momento sin variar el tono.

—Sí. Pero, al igual que ocurre con otros, la sutileza no es su fuerte. Me refiero a que quiere ayudarte, pero no sabe cómo hacerlo, y tú no se lo haces más fácil con tu actitud. ¿En verdad sería tan terrible que lo dejaras intentarlo?

Rose cabeceó mientras miraba cómo la doncella ajustaba unos broches al cabello de Anna con movimientos precisos.

—Supongo que no.

La respuesta le surgió de los labios en voz muy baja, casi un susurro, y no supo si estaba dirigida a la señora o a ella misma. Ciertamente, ¿qué tan terrible podría ser?

* * *

William estuvo tentado de enviar a buscar Rose en un par de ocasiones durante el día, pero la presencia del señor Bishop aplazó tales intenciones. No quería hacerla acercarse con él allí. Las palabras de su tía aún le resonaban en

la mente. Todavía no estaba seguro de cuán en lo correcto estaba ella respecto a las suposiciones sobre el interés del señor Bishop en su protegida, y quería hacerse una idea clara antes de actuar.

Le agradaba el señor Bishop, le parecía un empleado leal, pero jamás se le habría pasado por la mente emparejarlo con Rose. Sin que él lo advirtiera, concentrado como estaba en la columna de números que intentaba calcular, William lo examinó con ojo crítico y procuró ser imparcial.

La señora Relish había dicho que lo consideraba un caballero apuesto y formal, lo que sin duda era cierto; al menos lo segundo, porque de lo primero prefería no opinar. ¿Y qué con eso? ¿Pensaba ella que eso era suficiente para que fuera digno de alguien como Rose? ¿Que eso lo convertía en un candidato a marido apropiado? Simplemente no podía verlo. Dudaba de que fuera capaz de apreciar los muchos matices en la personalidad de Rose, que supiera tratarla con el tino adecuado para valorar lo interesante que era la joven. No podía imaginar que hubiera advertido nada de eso. Él la trataba desde hacía años y sentía que apenas empezaba a atisbar una mínima parte de lo que ella escondía. ¡Casarla con el señor Bishop! ¡Con un hombre que parecía poseer una sensibilidad del tamaño de la cabeza de un alfiler!

¿A quién pretendía engañar? No podía ser imparcial, y la tía Penelope tampoco debía de serlo, se dijo con un suspiro que atrajo la atención del administrador, quien lo miró con el ceño fruncido al saberse observado. Por fortuna, o tal vez no, un leve toque a la puerta lo libró de responder cualquier pregunta incómoda.

Rose saludó a ambos con una leve inclinación de cabeza. William miró otra vez al señor Bishop, esa vez con mayor discreción, para intentar adivinar los sentimientos que experimentaba por la joven. Lo que vio estuvo lejos de tranquilizarlo. Tal vez la tía estaba en lo cierto, después de todo.

Tan pronto como Rose entró en la habitación, el señor Bishop esbozó la sombra de una sonrisa que no le había visto jamás y se puso de pie como si lo hubieran pinchado con el mismo alfiler con el que William lo había comparado hacía solo un momento. Rose no pareció advertir el cambio de actitud y tan solo lo miró de reojo sin mostrar mayor interés en él, lo que, para vergüenza de William, agradeció en secreto.

—Rose —la saludó él—. ¿Ha ocurrido algo?

Ella negó con la cabeza para luego asentir, indecisa.

—Me gustaría hablar un momento con usted, si es posible...

—Claro —respondió William de inmediato.

—Aunque puedo regresar luego.

—No será necesario. —Él miró al señor Bishop con una ceja alzada—.

¿Nos disculpa?

El administrador asintió con gesto serio y, tras dirigir una nueva mirada a Rose que esa vez ella sí advirtió pero ignoró, los dejó a solas. William estuvo tentado de preguntarle qué opinaba respecto a la teoría de Penelope, pero no quiso incomodarla y se contentó con hacerle un gesto para que lo acompañara a la salita anexa donde habían estado unos días antes.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Él hizo la pregunta tan pronto como se encontraron sentados. Notó que se había deshecho del delantal manchado de hollín, pero en las manos aún le quedaban rastros de la ceniza que se le había pegado a los dedos. La imagen, más que incomodarlo, le provocó una oleada de ternura, en especial al notar que ella parecía tener problemas para encontrar las palabras con las que abordar la conversación.

—Rose, antes de que digas algo, permite que me disculpe —expresó él y se adelantó con las manos sobre las rodillas—. No debería haber sido tan brusco contigo, lo lamento. Solo puedo decir que me dejé llevar por la sorpresa. No tengo la autoridad para determinar lo que puedes o no hacer, en especial cuando tus intenciones son nobles. Querías ayudar y, aun cuando considero que no es la manera en que deberías hacerlo aquí... debería haber sido más tolerante.

Rose lo escuchó en silencio, con una pequeña sonrisa en el rostro, y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No, no tiene por qué excusarse —le dijo—. En realidad, es por eso que estoy aquí. Soy yo quien debe ofrecerle disculpas. Sé que lo sorprendí y, en lugar de explicarme, tan solo me enojé. Eso fue un poco infantil, y lo siento. Usted no ha tenido más que gestos amables conmigo. Entiendo que su intención al invitarme a su casa no fue que ocupara un lugar en la servidumbre. Es solo que a veces me siento tan...

Él hizo un gesto que la instaba a continuar, interesado frente a tal honestidad. Dudaba de que antes hubiera hilvanado frases tan largas frente a él y mucho menos que expusiera de ese modo lo que pensaba.

—Un poco inútil, si he de serle sincera —continuó ella—. Yo no soy como Anna. Me refiero a que ella ha crecido en este mundo y disfruta ser parte de él, hacer lo que se espera de ella. Sin embargo, esta vida no es normal para mí, estoy acostumbrada a hacer otras cosas. En el albergue apenas tenía tiempo para mí, mientras que aquí...

William asintió al comprender.

—Creo que entiendo a lo que te refieres —señaló él—. Lamento no haberlo pensado antes. Supongo que podríamos buscarte una ocupación, algo que no implique tenerte de rodillas en el salón.

Rose sonrió frente a la broma, aunque él no pareció tan divertido por aquellas palabras una vez que le resonaron en la mente. Una mujer mayor que Rose y más experimentada habría encontrado una segunda intención en la frase. Él lo hacía, y se sintió enojado consigo mismo al advertirlo. ¡Idiota!

—Lo que quiero decir es que tal vez puedas hacer algo más que pasar el tiempo con Anna, algo que te haga sentir útil y productiva —continuó él con rapidez—. He notado lo bien que se te dan los números y cuán organizada eres. ¿Te interesaría pasar algún tiempo aquí para ayudarme con las cuentas y ese tipo de cosas? Quizá puedas encargarte de lo relacionado con el albergue. Es una carga extra para el señor Bishop, y estoy seguro de que agradecería cualquier ayuda que pudiera recibir para aliviarla un poco.

El rostro de Rose se iluminó de tal manera al oírlo que William se preguntó cómo era que no había pensado en eso antes. Debería haberle hecho esa oferta desde un principio, cuando la había invitado a quedarse allí, pero en aquel momento solo había pensado en lo que era mejor para ella en lugar de considerar la opinión de Rose al respecto, y se dijo que había sido egoísta y soberbio.

—¿Cree que pueda hacerlo? Porque me gustaría, pero no quiero dar problemas. Tal vez el señor Bishop no esté de acuerdo... —decía ella sin notar aquella seriedad.

William carraspeó y luego la miró con gesto amable, tras dejar a un lado las recriminaciones dirigidas a sí mismo.

—Él estará de acuerdo, no te preocupes. Ha mencionado alguna vez cuánto le impresiona tu capacidad. Recuerda que, de no ser por ti, la labor de organizar el albergue habría resultado mucho más difícil —le dijo él con una sonrisa, complacido al verle el sonrojo en las mejillas provocado por el halago—. Entonces, supongo que hemos llegado a un entendimiento. ¿Qué dices?

Rose asintió con fervor. William no pudo resistir el impulso de inclinarse y tomarle la mano para sellar el acuerdo. Fue un toque desapasionado y sin malicia, tan solo un apretón solemne que pensó que ella encontraría divertido y aliviaría la tensión que había parecido inundarla al iniciar la charla. Pero fue evidente que ella no lo tomó del mismo modo que él porque retiró la mano con rapidez como si le hubiera quemado.

Él frunció el ceño frente a tal reacción, pero no dijo nada. Lo único en lo que pudo pensar, aunque tampoco lo mencionó, fue en que tal vez la idea de pasar unas horas cada día juntos tal vez no habría sido tan buena después de todo.

* * *

Desde el día en que lord Sinclair le hizo el ofrecimiento a Rose de ayudarlo con el trabajo, se instauró entre ellos una agradable rutina. Como ella de por sí estaba acostumbrada a levantarse algo más temprano que Anna y la señora Relish, se arreglaba y bajaba cada mañana para dirigirse a la biblioteca, donde William la esperaba ya con una ristra de papeles. Ella debía leerlos, corregirlos si hacía falta y luego alcanzárselos para que él los leyera a su vez. El señor Bishop se les unía un rato después, y así transcurrían un par de horas hasta que detenían el trabajo para desayunar. Luego, Rose se quedaba con las dos damas para continuar con las actividades del día, y ellos volvían a aquellas labores.

Ese par de horas se habían convertido en las más importantes del día para Rose. Se levantaba cada mañana con una sonrisa y corría, más que caminaba, en dirección a la biblioteca, a sabiendas de que la esperaba un momento precioso en compañía de William. No solo disfrutaba de ese contacto cercano que empezaba a resultarle familiar, sino que en verdad se sentía útil. Después

de mucho tiempo, recuperaba la ilusión de abrir los ojos con la certeza de que podría hacer algo que le provocaría alegría no solo a ella, sino también a las personas por quienes lord Sinclair era responsable. Al leer los documentos y dar una mirada a las cuentas que se amontonaban en esas pilas de papeles que eran renovadas cada mañana, comprendió que tenía unas enormes responsabilidades.

Ella suponía que un hombre de tal posición debía de ser muy reclamado por una serie de deberes, pero jamás imaginó que fueran tantos. Al pasar la mirada de las notas al rostro serio y concentrado de él, quien estudiaba a su vez los papeles que el señor Bishop le extendía cada tanto para que los firmara, entendió por qué de pronto había abandonado parte de esa alegría despreocupada de la que hacía gala cuando lo había conocido hacía ya tanto tiempo.

Una vez, una mañana en medio de una charla animada, en tanto esperaban la llegada del señor Bishop, él rio luego de comentar una de las divertidas anécdotas de Anna en los eventos a los que asistía y que tanto ella como su tía les contaban durante las cenas. Rose lo había observado con curiosidad y no había podido resistir el impulso de hacer un comentario al respecto.

—Se veía mucho más feliz antes —había dicho ella entonces, un poco avergonzada por aquellas palabras cuando le hubieron brotado de los labios.

William había levantado la mirada al escucharla, pero no se había mostrado sorprendido u ofendido por ellas, sino que había cabeceado con gesto grave y pensativo.

—¿Antes?

—Cuando yo era niña.

Él había suspirado mientras se encogía de hombros en un leve gesto de serena resignación.

—Bueno, cuando tú eras una niña yo tenía también varios años menos —había respondido él, con una sonrisa—. Las cosas cambian. Todos lo hacemos.

Rose habría querido decirle que lo sabía, desde luego, pero que no por ello resultaba menos doloroso, en especial cuando amas a alguien con todas tus fuerzas, al grado de que solo deseas verlo feliz. Él no lo era en ese

momento, por lo que el corazón de la joven penaba por ello, pero no lo había dicho, sino que había guardado esa sincera risa que acababan de compartir y que no veía hacía tanto tiempo como uno de los muchos recuerdos que atesoraba.

Cuando Rose no se encontraba con lord Sinclair, pasaba el resto del día en compañía de la señora Relish y Anna. Los esfuerzos de la buena señora al fin empezaban a tener recompensa porque, según pasaban los días y la jovencita tenía que asistir a algunos eventos, además de hacer gala del encanto y los buenos modales, tanto la tía Penelope como Rose se habían visto sorprendidas con gratitud por la entereza con que los asumía. Es cierto que al llegar a casa dejaba de lado la formalidad que mostraba en las tertulias a las que había sido invitada y volvía a ser una chiquilla revoltosa. Sin embargo, los avances eran notorios, de modo que tanto la señora Relish como lord Sinclair, aseguraban que la influencia de Rose tenía mucho que ver con ello. Ella no estaba tan segura, pero agradecía los halagos con una sonrisa y se decía a sí misma que, de ser cierto, ella era también beneficiaria de ese trato. Le gustaba mucho Anna, y creía haber aprendido mucho de ella pese a aquel carácter impetuoso.

Incluso Meg lo mencionaba con frecuencia cuando la visitaba, lo que procuraba ahora hacer solo de día y por espacios cortos de tiempo a fin de no despertar sospechas entre los Sinclair. En aquellas ocasiones, se excusaba al decir que iría al albergue, lo que hacía, desde luego, para así ayudar a la señora Allen con los preparativos del viaje, atenta a los progresos del señor Brown en la dirección del lugar. Pero, tan pronto como se despedía, corría en dirección al East End para pasar al menos un par de horas con Meg. En una de aquellas visitas, su amiga había compartido la preocupación que la agobiaba por el resfriado de Jimmy, que en ese momento reposaba sobre el regazo de Rose, y ella le había prometido que le entregaría un tónico en la próxima visita. Como respuesta, Meg había comentado que ya iba siendo hora de que dejara el hogar de los Sinclair y empezara a buscar algún tipo de colocación que le asegurara una buena paga. Según ella, había escuchado de algunas mujeres con quienes se reunía en las casas de los ricos en busca de

ropa para lavar que, con la temporada social en todo su esplendor, siempre hacía falta ayuda, en especial de jóvenes con el perfil de Rose para que trabajaran como doncellas de las damas nobles o de sus hijas.

Rose la escuchaba con atención, al tiempo que intentaba imaginarse en una posición como aquella, pero le costaba hacerlo. Desde luego, sería una labor menos demandante que la que había ocupado en el albergue, pero aun así no podía verse en ella. Procuraba mostrarse entusiasmada, sin embargo, para no herir los sentimientos de su amiga que, como bien sabía, solo le deseaba el bien. Respondía entonces que quería quedarse un tiempo más con los Sinclair, tan solo unos meses de ser posible. Le había hablado de aquella nueva labor con lord Sinclair y de cuánto disfrutaba sentirse útil al tiempo que aprendía la manera en que se llevaban propiedades tan grandes y con tantos aspectos a considerar como las que él poseía. Además, se había atrevido a confiarle las impresiones que guardaba respecto a lo abrumado que lo notaba y cuánto deseaba verlo recuperar la alegría.

—Hay algo en él —le había confiado un día—. A veces, cuando no está bromeando, puedo ver más allá de lo que quiere mostrarles a los demás. Se siente atormentado.

Meg había soltado una gran carcajada al oírla, como si pensara que se había vuelto loca.

—¿Atormentado tu lord Sinclair? —le había respondido incrédula cuando pudo dejar de reír—. ¡Eso sí que tiene gracia! ¿Por qué iba a sentirse atormentado? Su mayor preocupación debe ser decidir qué servirse de las bandejas de plata que le ponen en el almuerzo. Milord, ¿prefiere faisán o ternera?

Rose había fruncido el ceño al escucharla, con una punzada de indignación en el pecho porque su amiga se burlara de aquella manera de algo que ella consideraba tan importante.

—¡Qué frívola eres! —le respondió ella con gesto de fastidio.

—¡Frívola! Me gustaría que tu querido William intentara razonar con el lechero. ¡Eso es tormento!

—Asumes que, porque tiene dinero, su vida es un lecho de rosas, y estás equivocada. El dinero no es lo más importante en el mundo.

Meg había sonreído frente a esas palabras, en tanto se encogía de hombros con gesto burlón.

—Díselo al lechero —se contentó con responder.

Rose no había insistido y había decidido que iba a ser más cauta con las confidencias porque dudaba de que Meg consiguiera comprenderla. Continuaría visitándola, desde luego, pero con mayor cautela al compartir aquellas preocupaciones.

Poco de una semana después de que hubiera transcurrido aquel intercambio de opiniones, Rose planeaba ir a la casa de Meg tan pronto como pudiera, luego de pasar por el albergue para despedir a la señora Allen, que al fin tenía todo dispuesto para el viaje a Bath. Sin embargo, la mansión Sinclair había amanecido alborotada por lo que los ocupantes juzgaban el evento más importante que tendrían que enfrentar en lo que iba de la temporada: el primer baile formal de la señorita Anna Sinclair.

Rose tuvo que desterrar de la mente a la señora Allen, a Meg, e incluso dejó de reunirse aquella mañana con lord Sinclair en el despacho. Anna había reclamado tanto la ayuda de ella como la de la tía, y ninguna habría considerado ni por un segundo negarse a ese pedido. Para el mediodía, sin embargo, Rose y la señora estaban al borde del desmayo, lo mismo que un par de doncellas que habían sido reclutadas para que ayudaran en la tarea.

Jamás habría podido imaginar que los preparativos para asistir a un baile pudiesen resultar tan agotadores. Temblaba solo de pensar en lo que implicaría organizar uno. Pasó buena parte del día corriendo de un lado para otro con la pobre Anna a rastras porque, si bien la mayor parte del tiempo le gustaba delegarlo todo, en ese momento se encontraba tan nerviosa que no deseaba dejar nada al azar. Como a Rose se le daba tan bien la costura, fue ella la encargada de hacer los arreglos de último minuto al vestido y de ayudarla a ponérselo, con cuidado de no dañar la delicada seda con la que estaba confeccionado. Cuando la vio al fin lista para salir, a punto de reunirse con su hermano, que esperaba por ella en el vestíbulo, se dijo que todos los esfuerzos habían valido la pena.

La señora Relish se encontraba de acuerdo con ella, ya que, al mirar a su sobrina, intercambió con Rose una sonrisa de satisfacción y buscó un pañuelo para secarse los ojos con discreción. La señora también se había afanado en

arreglarse, se veía como toda una dama distinguida, y Rose se dijo que, de no ser porque conocía la bondad y sencillez de aquella mujer, sin duda la habría encontrado un poco intimidante.

Anna se había salido con la suya al elegir un vestido azul cielo, perfecto para la edad y la grácil silueta de la joven. Las faldas caían a los lados con un efecto muy favorecedor, y el escote era bastante más recatado de lo que se acostumbraba. Le habían sujetado el cabello con broches de diamantes que la tía le había ayudado a escoger de la colección que tenían en la casa: el conjunto era sencillamente encantador. A Rose le pareció una joven princesa de cuento, y ni siquiera al comparar su propio aspecto con la falda arrugada, la blusa tan sencilla y el cabello que se le pegaba a las sienes por el sudor, sintió ni un ápice de envidia. Se sentía feliz por ella y sonrió cuando la joven le preguntó qué opinaba por décima vez. La señora Relish, sin embargo, las apresuró a bajar, pues de otra manera llegarían muy tarde, además de que William debía de encontrarse aburrido de esperar por ellas.

Mientras descendía las escaleras a unos pasos de Anna, atenta a que no se tropezara con el bajo de la falda, Rose se dijo que tal vez sí sintiera una pequeña punzada de celos, pero no por el vestido de la chica o la felicidad que irradiaba al participar en una ocasión tan especial para ella. Era la compañía de la que podría disfrutar lo que le envidiaba. Al ver a William en el vestíbulo, quien daba vueltas con apariencia de aburrida resignación, sintió que el aire le abandonaba los pulmones y tuvo que sujetarse de la balaustrada para evitar que fuera ella quien tropezara al bajar.

Se veía tan apuesto con el traje de etiqueta. Ella pensaba que lo era siempre, claro, pero se trataba de la primera vez que lo veía vestido para una ocasión tan formal y no pudo menos que sentirse impresionada. La chaqueta de noche le sentaba a la perfección: le acentuaba los anchos hombros y la amplia espalda y caía sobre el pantalón negro, que contrastaba con el chaleco blanco y se le amoldaba a la cadera. Contrario a la moda, llevaba el cabello rubio peinado sobre la frente con descuido, por lo que algunos mechones le caían a los lados y le conferían una imagen más juvenil, que rivalizaba con aquella apostura seria.

Por un instante, Rose se preguntó cómo se sentiría si fuera ella quien bajara con un hermoso vestido y se dirigiera hacia él con naturalidad para apoyarle una mano sobre el brazo. Un sueño imposible, sin duda, pero la idea le robó una sonrisa, y fue entonces que él notó la presencia de ella y le sonrió al tiempo que admiraba la llegada de su hermana, quien giraba con entusiasmo al pie de la escalera.

—Anna, te lo ruego, detente o vas a marearte.

La jovencita se contuvo ante el regaño de la tía y miró a William con las cejas elevadas, un gesto que acentuaba el parecido entre ellos.

—¿Y bien? —preguntó ella.

Él hizo una reverencia y extendió una mano para tomar la de ella sin dejar de sonreír.

—Te ves exquisita. Serás una sensación —anunció con tono grave tras mirar a su tía—. ¿Debería estar preocupado por futuras pedidas de mano?

—No lo creo, es muy pronto aún, pero dentro de un año o dos te encontrarás muy ocupado —respondió ella con satisfacción.

William se encogió de hombros en ademán filosófico. Anna rio encantada por los halagos. Entonces él miró a Rose, que había permanecido en silencio.

—Lamento que decidieras no acompañarnos —le dijo él.

La joven le esquivó la mirada e hizo un gesto despreocupado.

—No es mi lugar —explicó ella, y continuó antes de que él pudiera refutar tales palabras—. Además, no sabría qué hacer allí.

—Creo que lo sabes, pero temes descubrirlo —intervino la señora Relish con una sonrisa divertida—. Nos acompañarás a alguno, lo tengo decidido, es algo que toda joven debe vivir, y no aceptaré más negativas.

Rose no pudo discutir esa enfática respuesta, en especial porque la señora no acostumbraba insistir en lo que pedía y, si lo hacía, era porque se veía llevada por aquellos buenos deseos para con ella. De modo que sonrió sin responder, a fin de no comprometerse, e intercambió una mirada con William, que atendía al breve intercambio de palabras con interés. Por suerte, Anna empezó a tirarle de la manga del abrigo y él no tuvo más remedio que hacerle caso.

—Deberíamos irnos ya. La tía Penelope tiene razón, vamos a llegar tarde.

Se la oyó tan nerviosa e insegura que William no tuvo corazón para una respuesta burlona, como habría hecho en otras circunstancias. En lugar de ello, asintió y le ofreció el brazo al tiempo que dirigía una última mirada a Rose.

—Espero que no te aburras en nuestra ausencia —comentó en tanto se encaminaban a la salida.

Rose, que iba tras ellos porque deseaba despedirlos en la puerta, negó con la cabeza.

—Me llevaré unos libros a mi habitación y no sentiré pasar el tiempo —dijo ella—. Los esperaré despierta.

—No hace falta, tal vez tardemos.

—¡Sí! ¡Debes esperar! Querré contarte todo cuando regrese.

Tía y sobrina se sumieron en una encarnizada discusión respecto a las conveniencias de privar del sueño a Rose en tanto ella las oía con una sonrisa divertida. Sin duda iban a pasarlo muy bien, aunque, por la expresión alarmada de lord Sinclair, dudaba de que él estuviera de acuerdo. Iba a requerir de toda la paciencia que tuviese para sobrevivir a esa noche.

Cuando el carruaje se perdió calle abajo, Rose regresó a la casa con un suspiro de alivio y dio un par de vueltas alrededor del vestíbulo con los brazos alrededor de la cintura, como si bailara una melodía secreta. Al final, con un suspiro resignado y una triste sonrisa, se desplazó a la biblioteca, pero pasó más tiempo allí del que había esperado. No conseguía escoger entre los muchos títulos que le llamaban la atención y, para cuando se decidió por un par de ellos, descubrió que llevaba allí casi una hora, aunque no tenía sueño, así que no lo lamentó. No había bromeado al decir que esperaría el regreso de Anna despierta. En verdad quería que le contara todo lo ocurrido en el baile y estaba segura de que la jovencita no dejaría un solo detalle sin mencionar.

Acababa de salir de la biblioteca en dirección a la escalera cuando el señor Danby, el mayordomo con el que de manera sorpresiva empezaba a hacer buenas migas, le salió al encuentro con el semblante más serio de lo usual y le tendió un papel en silencio. Mientras Rose leía el contenido, sintió cómo el pánico le atenazaba el corazón y no lo pensó dos veces antes de actuar. Sin decir una palabra, se guardó el papel en el bolsillo de la falda y se lanzó a la salida sin vacilar.

* * *

—Lamento tanto haberte hecho salir a esta hora, pero no sabía a quién llamar. Mi madre habría venido, pero es ya muy mayor y no quería dejar a mi Jimmy solo con ella, se habría angustiado...

Rose ahogó un bostezo y sacudió la cabeza de un lado a otro en tanto miraba a Meg con el cansancio reflejado en el rostro.

—Está bien, claro que tenías que llamarme. Hiciste lo más inteligente.

Llevaba tres horas en la casa de Meg, pero sentía como si hubieran sido tres noches. Al recibir el recado, el corazón le había dado un vuelco y había corrido hasta allí sin pensar en lo avanzado de la noche o la distancia que tendría que recorrer a pie. Según le señalaba la amiga en la nota, la salud del niño no hacía más que empeorar y el resfrío se había convertido en una tos severa que no conseguía frenar. El pequeño cuerpo de Jimmy se convulsionaba en cada crisis, y apenas podía comer, por lo que estaba en verdad angustiada. A Rose la había impresionado el semblante demudado con el que Meg le había abierto la puerta al llegar y el modo en que aquellas manos aferraron los brazos de ella mientras la urgía a subir a la habitación.

Meg siempre había sido una chica fuerte y de carácter práctico, pero el miedo la dominaba frente a la incertidumbre de la enfermedad, de modo que no reaccionaba de la mejor manera en aquellas ocasiones. Rose, en cambio, acostumbrada desde pequeña a ver a su madre en las múltiples recaídas por la enfermedad de los pulmones, y luego con la obligación de cuidar de los niños en el albergue, tenía bastante experiencia, además de una sangre fría envidiable para enfrentar esos casos. Sin vacilar, había enviado a Meg a buscar un doctor, tras asegurarle que llevaba suficiente dinero con ella para pagar la consulta cuando su amiga había empezado a protestar. Una vez que se hubo marchado, tras una mirada de inquietud en dirección al niño, Rose le había cambiado la ropa húmeda, para luego medirle la temperatura con la intuición propia de la experiencia y cantarle algunas melodías infantiles. Al verlo sonreír, había comprobado que no se encontraba tan ausente como le había parecido al llegar. Sin demora, había abierto la única ventana que daba a una sucia calle para airear la habitación en tanto mascullaba entre dientes

con rabia por las injusticias a las que niños inocentes, como Jimmy y ella misma alguna vez, tenían que enfrentarse. Se había prometido hablar con Meg de nuevo en cuanto las cosas se calmaran para que intentara buscar otro lugar, tal y como le había dicho con frecuencia, si es que continuaba negándose a ir al albergue. Había perdido la cuenta de las veces que le había rogado que le diera una oportunidad y había recibido como respuesta la afirmación de la amiga de que no necesitaba caridad para subsistir.

La hora pasaba con rapidez y Meg no volvía, por lo que había sacado la cabeza por la ventana y había exhalado un suspiro de alivio al verla aparecer en un recodo con un hombrecillo vacilante que caminaba unos pasos tras ella. Había esperado con las manos pegadas al pecho y había saludado con una afable reverencia al caballero que se presentaba como el doctor Fulham. No era usual que los médicos hicieran visitas durante la noche en esa zona, por lo que había agradecido el gesto con fervor.

Mientras el doctor auscultaba al niño, Rose había pasado un brazo sobre los hombros de Meg, que veía todo con la angustia impresa en el rostro. A veces olvidaba que la joven madre tenía solo un par de años más que ella y cuán abrumadora podía ser esa responsabilidad. Cuando el médico terminó con el examen, les informó de que habían hecho bien en llamarlo porque, si bien opinaba que no había nada que temer, de haber dejado que el niño empeorara, los resultados habrían sido mucho más serios. El resfrió había derivado en una fiebre que le había producido debilidad y un leve daño pulmonar, tal y como lo llamó, pero con reposo, una correcta alimentación y las medicinas que iba a suministrarle debería de encontrarse mucho mejor en un par de semanas.

Meg rompió a llorar. Rose le dio un ligero apretón en el hombro. La conocía bien y sabía que la tranquilidad de esa respuesta la ayudaría a enfrentar la crisis con más entereza. Había sido Rose quien había tomado nota de las indicaciones del médico y quien lo había llevado a la puerta tras pagarle los honorarios con todo el dinero que tenía con ella, que era más bien poco, pero que por fortuna había bastado. Tendría que hacer a pie el camino de vuelta a la mansión Sinclair, aunque, de cualquier manera, habría sido casi imposible dar con un carruaje de alquiler a esas horas. No obstante, no se había preocupado por ello en ese momento, sino que se había reunido con

Meg para hablar con ella un rato acerca de lo que debería hacer en las siguientes horas y luego días, de manera que se asegurara de que había entendido las indicaciones del doctor al detalle. Después, la había convencido de que comiera algo, dado que se veía exhausta, y había permanecido con ella durante unas horas más en tanto el niño empezaba a reaccionar al efecto de las medicinas. Cuando los accesos de tos comenzaron a espaciarse y la respiración se tornó regular, signo de que dormía con profundidad, había exhalado un hondo suspiro de alivio y había mirado a su amiga con una sonrisa.

Ahora, más tranquila, observó por la ventana y no le sorprendió descubrir que era muy avanzada la noche. Era posible que los Sinclair hubiesen regresado ya del baile, y rogó por que no notaran que se encontraba ausente, porque no deseaba verse en la necesidad de mentir a William otra vez. Le rompía el corazón hacerlo, y se prometió que, en el caso de que debiera enfrentar las preguntas del hombre, le diría la verdad sin importar lo que Meg pensara al respecto. Determinada, le preguntó si se sentía lo bastante tranquila para quedarse a solas y, cuando ella le aseguró que así era, ya del todo dueña de las propias emociones, le prometió que estaría de vuelta al día siguiente para ver cómo seguía el niño y que llevaría algunas provisiones con ella.

Al colocar un pie en la calle, miró a los lados con un leve estremecimiento que le recorrió el cuerpo apenas cubierto por la blusa delgada poco apropiada para la hora. En la prisa por salir, ni siquiera había atinado a tomar un abrigo. Con gesto determinado y mientras susurraba una pequeña oración para mantener a raya las sombras de la noche, se rodeó con los brazos y emprendió el camino de regreso.

* * *

Tan pronto como William vio la cara de Danby al regresar a la casa luego del baile, supo que algo andaba mal, pero no quiso hacer preguntas en presencia de Anna y Penelope, que estaban emocionadas por lo bien que había ido todo durante la noche.

—Quisiera contarle a Rose todo lo ocurrido en el baile, ¡han sucedido tantas cosas! No creerá todo lo que bailé sin tropezarme.

William oyó la animada voz de su hermana, así como la respuesta de su tía, dicha en tono severo.

—Se lo dirás mañana. Ya es muy tarde, debe de estar durmiendo, y nosotras deberíamos hacer lo mismo. —La señora miró al William con una sonrisa atenta—. ¿Vienes también?

Él dirigió un nuevo vistazo en dirección a Danby, que había empezado a golpear el suelo con la puntera de los zapatos, un gesto de impaciencia insólito en él, y negó con la cabeza sin alterar el semblante.

—No, iré luego, vayan ustedes. Que tengan buenas noches.

La señora le dirigió una mirada intrigada, pero no insistió. Tomó a la sobrina del brazo y la apresuró para subir la escalinata hacia las habitaciones. Cuando se marcharon y las voces empezaron a perderse en la lejanía, William miró al mayordomo con las cejas elevadas, mientras una inquietud le subía por la garganta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó de golpe.

Danby se acercó a él y le habló en voz baja.

—Estoy un poco inquieto, milord, de modo que pensé que debía hablarle al respecto.

—Muy bien. ¿De qué se trata?

—La señorita Turner salió hace horas, y temo por su seguridad —explicó el mayordomo con un gesto de desesperación.

William tardó en comprender a qué se refería, e incluso cuando creyó haberlo hecho, se negó a aceptarlo.

—¿Estás diciendo que la señorita Turner no se encuentra en este momento en su habitación? —preguntó con voz elevada.

El mayordomo asintió sin parecer sorprendido por el tono del patrón.

—Sí, milord, eso es lo que quiero decir. Ella salió poco después de que ustedes se marcharan. No lo mencionaría de no ser porque la vi muy alterada al recibir una nota, la que creo que fue la razón de su marcha —indicó él con un leve suspiro—. Antes de eso se encontraba muy bien, y me pareció que pensaba subir a la habitación con unos libros bajo el brazo.

William miró a lo alto como si esperara que alguien le dijera que era todo una broma y que Rose estaba contemplándolo desde la escalera con una sonrisa. Pero ella no se encontraba allí, y sintió algo atenazarle el pecho. No se había marchado al albergue, estaba seguro de eso, sino que era otra de esas precipitadas salidas al diablo sabía dónde.

—¿Quién trajo la nota? —le preguntó con frialdad.

—No lo sé, milord, no estoy seguro. Creo que fue un muchacho de la calle, pero yo no la recibí, sino uno de los mozos de cuadra.

—Tráelo ahora.

—Sí, milord. —El mayordomo salió con paso apurado a cumplir la orden.

William se paseó de un lado a otro del vestíbulo sin poder contener la preocupación y la furia. Llevaba el traje de etiqueta sin el abrigo y con la corbata deshecha. Se veía tan apuesto como imponente en aquel desesperado paseo, hasta que regresó el mayordomo acompañado de un muchacho que no podía ser mayor que la señorita Sinclair. Lo notó un poco nervioso por tener que hablar con él, de modo que relajó el tenso semblante.

—Milord. —El chico hizo una torpe reverencia, en espera.

William se dirigió a él con tono inflexible.

—¿Reconociste a la persona que trajo la nota para la señorita Turner? —preguntó.

—No, milord, nunca lo había visto antes, pero creo que es uno de los bribones que están siempre cerca del East End.

—¿Por qué lo piensas?

El muchacho se encogió de hombros antes de responder, al tiempo que hurgaba en la memoria.

—Porque, cuando recibí la nota, me preguntó cómo era el trabajo aquí, si no tendrían algún puesto para él porque estaba harto de hacer solo unas monedas al llevar recados de aquí para allá —explicó.

William asintió.

—Ya veo. Supongo que no sabes nada más.

—No, milord, lo siento.

—Está bien. Vuelve a tus labores. Gracias.

El empleado hizo una nueva reverencia y, tras un gesto del mayordomo, regresó por donde había llegado. William se quedó a solas con Danby, en silencio, hasta que le hizo una seña y este acudió con rapidez.

—El carruaje —se limitó a ordenar.

El hombre asintió de inmediato y salió a cumplir el pedido en tanto William se dirigía a la puerta. Iba a recorrer hasta el último rincón de esa maldita zona, pero encontraría a Rose antes de que acabara la noche, y entonces querría ver si era capaz de volver a mentirle en la cara.

* * *

Rose pensó que tal vez la estadía en la casa de los Sinclair empezaba a malacostumbrarla, como había mencionado Meg alguna vez en tono de burla. El camino de regreso se le hacía agotador, y habría dado con gusto todo lo que poseía por estar de vuelta en la habitación, con la chimenea encendida y recostada con comodidad sobre la cama con uno de los libros que había escogido de la biblioteca. Sí, sin duda corría serio riesgo de convertirse en una señorita consentida, lo que le arrancó una carcajada que surgió ronca de la garganta seca. Le dolían los pies, y cada paso le costaba un gran esfuerzo. Al pasar por la iglesia de Saint Mary reprimió un escalofrío; siempre le ocurría cuando se encontraba frente a esa edificación oscura y de apariencia abandonada. Durante un tiempo habían contado con la ayuda de una mujer de allí en el albergue, pero hacía años que había muerto. El lugar, por otro lado, que en un principio se había sostenido por la fe de personas como aquella dama, ahora lucía solitario y amenazante.

Apresuró el paso al divisar unas sombras que surgían del camino que llevaba a una de las calles más peligrosas y rogó por que no tuviera ningún problema. ¿Qué dirían los Sinclair si nunca volvía a la casa? Era evidente que se preocuparían, en especial la señora Relish. Podía imaginarla angustiada por ella, en tanto instaba al sobrino a preguntar por el paradero de la joven, lo mismo que haría Anna. ¿Y él? ¿Qué diría él? De seguro se enojaría al saber que había salido sin decir nada a nadie, tal vez pensaría que había roto la promesa de avisarle si alguna vez decidía dejar la casa. Y ella, mientras tanto, se encontraría degollada en algún callejón...

Furiosa consigo mismo por permitir que la mente siguiera esa senda, se dio un pellizco en el brazo y caminó más rápido, al tiempo que se recordaba que había estado en situaciones más complicadas y había salido bien librada. No tenía por qué ser diferente en aquella ocasión.

Tras doblar en un recodo, dispuesta a alejarse de las sombras aun cuando eso significara tomar el camino más largo, contuvo un temblor al oír las ruedas de un carruaje a escasa distancia. Sabía de casos en los que algunos hombres habían abordado a mujeres que caminaban a solas por las calles en esa zona y conocía también cuál había sido el destino de ellas, por lo que redobló el paso sin atreverse a mirar atrás. El carruaje, en lugar de acelerar, fue deteniendo la marcha, lo que le arrancó un suspiro de alivio, hasta que advirtió el sonido de la portezuela al abrirse y de unos pasos acelerados que la siguieron hasta casi alcanzarla. Sin pensar y con el corazón que le retumbaba contra el pecho, empezó a correr y giró en la primera esquina que le salió al paso, decidida a defenderse con uñas y dientes si hacía falta.

Cuando sintió una mano sobre el hombro, se dio la vuelta sin vacilar y elevó el brazo dispuesta a golpear cualquier parte del cuerpo de quien se atreviera a intentar hacerle daño, pero una mano de acero la sujetó por la muñeca. Recién entonces notó que, aunque firme, el toque no dejaba de ser gentil, por lo que abrió los ojos que había cerrado sin darse cuenta, sintió las rodillas flaquear y estuvo a punto de llorar de alivio al encontrarse con un rostro tan familiar. Al descubrir la mirada furiosa de William, sin embargo, se dijo que tal vez era muy pronto para cantar victoria.

* * *

Mientras William veía a Rose a los ojos, notó que ella a su vez lo observaba como si se tratara de una aparición. Se sentía dividido entre el alivio de encontrarla a salvo y la rabia que le quemaba las entrañas al comprobar que había estado en lo cierto: ella le había mentado al decir que visitaba el albergue cuando desaparecía sin dar explicaciones.

—Milord...

Rose temblaba como si de pronto se viera afectada por la impresión de encontrarlo allí, y por un momento, él no supo qué decir, confundido por la oleada de emociones que lo golpeaba sin piedad y que no entendía cómo manejar. La ira y la desesperación ganaron la partida, y la sujetó por los hombros sin atender al jadeo de sorpresa que ella emitió.

—¿En qué pensabas? ¿Cómo has podido exponerte de esta forma? ¿Sabes acaso lo que podría haberte ocurrido? De no haber sido yo quien te encontrara...

La voz revelaba el terror que lo había inundado al pensar en esa posibilidad.

—No me ha ocurrido nada, estoy bien. —La voz de Rose surgió en un débil balbuceo nervioso que contradecía aquellas palabras.

William no le creyó ni por un instante y contuvo una maldición.

—¿Por qué? —insistió él—. ¿Ha valido la pena correr este riesgo? Adentrarte en medio de la noche en un lugar como este para encontrarte con...

Ella levantó el rostro que había dejado caer al oírlo, en tanto intentaba descifrar lo que él insinuaba y, cuando lo hizo, sintió como si la tierra se hubiera abierto bajo sus propios pies. No estaría sugiriendo...

—No he hecho nada malo, si es eso a lo que se refiere —se apresuró a decir.

William, que continuaba sosteniéndola por los hombros, acercó el rostro al de ella.

—Me pregunto qué entiendes por “malo” —dijo él sin acceder a que esa sencilla respuesta lo convenciera. Ni siquiera estaba del todo seguro de creer lo que decía, pero necesitaba traducirlo en palabras porque, de no hacerlo, habría muerto por la duda que le envenenaba el corazón—. ¿Es malo defraudar a quienes se preocupan por ti? ¿Es malo arriesgarse de esta forma? ¿Lo es encontrarse con un amante sin pensar en las consecuencias? Supongo que nada de eso es malo para ti.

Rose parpadeó mientras boqueaba como un pez fuera del agua y, cuando pudo reponerse, le dirigió una mirada indignada.

—Yo no tengo un...

—¿Un qué? —él la retó al darse cuenta de que no podía ni repetir la acusación.

—¿Por qué dice estas cosas? —Rose lo increpó, desafiante—. ¿Qué le importa lo que haga, de cualquier forma?

—Me importa mucho. No debería, pero es así.

La respuesta de William surgió tan apasionada que ninguno fue capaz de decir nada en ese momento, y se quedaron así, en un tenso silencio, con el sonido de las respiraciones como única compañía hasta que Rose recuperó el habla y lo miró a los ojos con expresión dolida.

—¿Cómo puede pensar algo así de mí? —preguntó ella.

William la observó y empezó a acariciarle los brazos sin darse cuenta de lo que hacía, como si deseara de aquella manera confortarla tanto como a sí mismo.

—No lo sé —respondió él al cabo de un momento; se sorprendió por el tono derrotado con que se expresó—. Me he dado cuenta de que no te conozco, Rose. Pensé que lo hacía, pero la verdad es que no sé quién eres. Siempre te consideré como la niña a la que he visto crecer durante años, creí que todo era muy sencillo contigo, pero ahora...

—¿Y ahora? —La pregunta de la joven surgió en voz queda.

—Ahora no lo sé.

William no podía decirle lo que de verdad pensaba en ese momento mientras la tenía allí, sujeta entre los brazos y con el rostro tan cerca que habría bastado con acercarse solo unos centímetros para aspirarle el aliento. No podía soñar siquiera con confesarle que no tenía idea de que fuera una joven tan compleja, que ese exterior silencioso encerrara un mundo del todo desconocido y compuesto por todas esas capas que no dejaban de aparecerle frente a los ojos. Que no sabía que fuera tan despierta, que tuviera la facilidad que mostraba para infundirle paz, que cantara como un ángel. Que definitivamente jamás había considerado durante un segundo que podría encontrarla atractiva, como ahora le ocurría, que soñaría con ella, que se moriría por conocer la suavidad de aquella piel o enterrarle el rostro en el cuello para ahogarse en esa maldita fragancia que lo perseguía día y noche. No, no conocía a Rose, pero quería hacerlo, quería conocerla como nadie más lo hacía, y la idea era tan seductora como temible.

Fue precisamente ese descubrimiento el que lo dejó temblando, y la soltó como si el contacto lo quemara. Tal vez así fuera.

—Sube al carruaje —le pidió tan solo, al tiempo que se hacía a un lado.

Ella elevó el mentón, confundida por la brusquedad con la que la había soltado, y lo miró desafiante, como si lo instara a obligarla. Él advirtió el desconcierto de ella y suavizó el tono al insistir.

—Por favor, Rose.

La joven se tragó las lágrimas que le quemaban la garganta y pasó junto a él con la frente en alto. Ignoró la mano que él le tendió para subir al carruaje y se acomodó al extremo del asiento con la frente pegada al cristal, los brazos rodeados con las manos, furiosa por no conseguir controlar el temblor debido al frío y la ira que la embargaban.

William subió tras ella; sin decir nada, tomó el abrigo que había dejado al bajar a buscarla y lo colocó sobre los hombros de Rose, lo cual le permitió aspirar el aroma que despedía, tentado de cerrar los ojos y besarle el cabello. Sin embargo, se contuvo a tiempo y se apartó con un movimiento cargado de frustración.

Hicieron el camino de regreso en silencio hasta que cruzaron la verja de la entrada. Cuando se encontraron frente a la puerta, Rose bajó del carruaje sin esperar a que se detuviera del todo mientras William se apresuraba a ir tras ella. El caballero ignoró al mayordomo, que mostró obvias señales de alivio al verlos llegar. Rose no se detuvo hasta encontrarse al pie de la escalera, donde él consiguió darle alcance.

—Hablaré con Danby para que no le diga una sola palabra de tu desaparición a mi tía. No hace falta que lo sepa, solo se preocuparía —dijo él cuando ella ya había empezado a subir.

Rose habría deseado ser capaz de abrir la boca para darle las gracias, porque en verdad no deseaba que la señora Relish supiera de aquella desaparición, pero no encontró las palabras para hacerlo. Se limitó a asentir en silencio y continuó el camino sin mirar atrás.

William, en tanto, dio media vuelta cuando ella desapareció en lo alto y se dirigió al mayordomo para transmitirle el pedido. Luego fue a su despacho y cerró la puerta tras él con un ruido sordo. Cuando llegó al escritorio en el que él y Rose habían trabajado codo a codo los últimos días, en el que habían

compartido tantas charlas y donde había aprendido a admirar el talante despierto y sensible de la joven, dio un golpe sobre la madera. Las pilas de papeles que había ordenado con tanto esmero hacía apenas unas horas cayeron al suelo, pero fue ese el único modo en que consiguió liberar parte de la frustración que sentía.

CAPÍTULO 7

La señora Relish agradeció, no por primera vez desde aquella estadía en la que había sido la casa familiar durante tantas generaciones, que Anna fuera una jovencita tan despistada. Durante el desayuno aquella mañana en particular, mientras parloteaba sin cesar acerca del baile de la noche anterior, ese rasgo del carácter parecía acentuarse incluso más. Era la única explicación que encontraba a la incapacidad de la joven de notar lo enrarecido del ambiente entre los ocupantes de la mesa. O, en todo caso, entre dos de ellos.

Estaba convencida de que algo había pasado entre William y Rose. Lo veía en la manera en que ella esquivaba la mirada de él, en la tensión de aquellos hombros cuando lo oía hablar y en ese talante silencioso que había adoptado. Resultaba todo más notorio aún en contraste con las animadas charlas que habían sostenido allí mismo hasta hacía solo un día y que ella en particular encontraba tan esclarecedoras.

William, por su parte, aunque más discreto, no conseguía ocultar tampoco que se sentía turbado por algo, si bien se conducía con cierta normalidad que, a ella al menos, no la engañó ni por un segundo.

Incluso el señor Bishop, que los acompañaba aquella mañana, veía de uno a otro con el ceño levemente fruncido, más taciturno y poco presto a la charla de lo habitual.

Lo que la señora Relish no conseguía entender era qué podía haber ocurrido entre la noche anterior, cuando habían dejado a Rose en casa con tan buena disposición, y aquella mañana. Según la experiencia de la mujer, desde luego, podían pasar muchas cosas en la vida de dos personas en apenas unas horas, pero las posibilidades eran sin duda perturbadoras en el caso de aquellos dos, y temía un poco profundizar en ello.

Cuando el desayuno estaba por concluir y la charla de Anna al fin empezaba a decaer al terminar de detallar casi todo lo que había visto durante el baile, incluidos los trajes de los participantes, la señora Relish se aclaró la garganta con delicadeza y se dirigió a la señorita Turner con una sonrisa.

—Rose, he pensado que podríamos dar un paseo esta mañana si Anna no se siente demasiado agotada por el ajetreo de anoche —sugirió con otra sonrisa dirigida a su sobrina.

—¡Me encantaría! Ahora que lo pienso, todo el mundo irá a dar un paseo a la plaza y hablarán del baile, es una tradición.

Cuando la jovencita empezó a dar pequeños saltos en el asiento, la tía se preguntó si no habría sido una oferta temeraria después de todo, pero era ya demasiado tarde para excluirla, de modo que asintió con una mueca resignada que, por fortuna, ella no advirtió.

Rose, en tanto, la miró a los ojos y le dirigió la sombra de una sonrisa. Ello le permitió notar que se veía tan cansada y triste que lamentó haber hecho esa sugerencia. Tenía toda la apariencia de alguien que preferiría encerrarse durante días en la propia habitación, en vez de dar vueltas en un carruaje por el parque mientras escuchaba charlas frívolas.

—Le agradezco la invitación, pero no podré acompañarlas. Debo hacer una visita y me tomará algunas horas. —El tono de Rose, sin embargo, fue muy dulce al dirigirse a ella, como si buscara dejar en claro cuánto apreciaba aquella preocupación—. Pero estoy segura de que ustedes lo disfrutarán mucho.

La señora no pudo dejar de advertir que William había levantado la cabeza al oírla, atento a la respuesta, así como que había endurecido el gesto frente a la explicación que había dado para excusarse.

—¿Piensa visitar el albergue? Porque, si es así, podría acompañarla. Planeo pasar por allí esta mañana para llevar unos documentos al señor Brown.

La intervención del señor Bishop fue tan sorprendente que incluso Anna dejó la contemplación soñadora de las tostadas para dirigirle una mirada de desconcierto. Era poco menos que insólito que el administrador dijera una

sola palabra durante las comidas a menos que alguien le hablara primero o le hiciera una pregunta. Que interviniera de aquel modo y con un comentario como aquel no podía menos que sorprenderlos.

Mientras que Anna elevó las cejas al oírlo, la señora Relish le dirigió una mirada amable, en parte complacida porque, con ese gesto tan esclarecedor, dejaba en claro las sospechas de la viuda. Sin duda, el administrador encontraba atractiva a quien ella consideraba ya como una protegida, pero la idea no la emocionó tanto como habría esperado. Miró de reojo a William para conocerle la reacción y no la sorprendió ver que contemplaba al empleado con expresión adusta, pero tenía los labios sellados con fuerza, así que dudaba de que fuera a decir algo, al menos en ese momento. Fue Rose, sin embargo, quien se dirigió a él para responder a la oferta con una sonrisa cálida.

—Gracias, señor Bishop, qué amable de su parte —dijo ella—; pero no pienso ir al albergue hoy.

El administrador asintió al comprender que ella no diría más; de todos modos, si bien pareció un tanto decepcionado por la negativa, también se mostró turbado por la manera gentil en que Rose se había dirigido a él. Como apenas le hablaba en presencia de lord Sinclair, no había tenido ocasión de ser merecedor de esa sonrisa amable y esa dulce voz, de modo que le sonrió de vuelta y desvió la mirada con rapidez, lo que ella, al menos, no pareció notar.

El resto de la comida transcurrió en silencio, con leves interrupciones de parte de la señora Relish para acordar la salida con la sobrina aquella mañana y con unas cuantas indicaciones de William al señor Bishop. A la señora no se le escapó que el tono del barón, aunque tan cortés como siempre, no dejaba de ser frío y distante. Habría sentido lástima por el administrador de no ser porque él apenas pareció reparar en ello. Las pocas veces que levantó la mirada para asentir a las indicaciones del patrón, la vista del empleado se veía atraída de inmediato por Rose, que permanecía en obstinado silencio y no prestaba mayor atención a la charla.

Cuando se despidieron, cada quien para encargarse de las propias ocupaciones, Rose dejó la servilleta y, tras desearles un buen día, salió por una puerta lateral en dirección a la cocina. La señora Relish, siempre atenta,

notó que, al cabo de unos minutos, William siguió el mismo camino, y se preguntó en qué acabaría todo aquello. No podía imaginarlo y tampoco estaba segura de querer saberlo.

* * *

William tomó el mismo camino que Rose, de modo que atravesó la cocina, lo cual le ganó unas cuantas reverencias y miradas de desconcierto por parte de la cocinera y los ayudantes. No entendía por qué usaba esa salida cuando le había dicho hasta el cansancio que debía usar la entrada principal, pero ese no era momento para pensar en eso pues tenía que apresurar el paso, temeroso de perderla de vista y sin deseos de llamarla a gritos para que se detuviera.

La alcanzó cerca a las caballerizas y lo sorprendió verla detenida junto al caballo que acostumbraba montar en los paseos y que aquella mañana había ordenado que hicieran dar una vuelta por las cuadras ya que no pensaba salir y no deseaba que se viera privado del ejercicio. La visión de la figura menuda y delicada de Rose frente al imponente animal, un semental bayo que el antiguo barón le había obsequiado hacía un par de años y que era el favorito de William, le provocó una sacudida de aprehensión. El caballo iba sujeto por las bridas por un robusto palafrenero, pero la impresión fue la misma. Antes de que se diera cuenta de lo que hacía, los pasos lo guiaron hacia ella y extendió una mano para tomarla por el codo y alejarla un poco del animal.

Rose dio un leve respingo al sentir el toque. Parecía estar del todo concentrada en la observación del caballo. La llegada de William la sorprendió al grado de deshacerse del agarre con un movimiento reflejo en tanto giraba para verlo con la respiración agitada. Él no dio muestras de encontrar ofensiva aquella reacción y la miró a los ojos, sin poder evitar sentirse un poco inseguro acerca de cómo abordar lo ocurrido la noche anterior. En lugar de ello, con el fin de hallar algo que anulara la helada frialdad en el trato de la joven para con él, señaló el caballo que ella había estado admirando y que en ese momento el palafrenero se encargaba de cepillar. Rose miró en esa dirección, y William advirtió que, si bien lo observaba con evidente fascinación, crispaba las manos a los lados del cuerpo

cuando el animal hacía algún movimiento brusco e incluso dio un paso hacia atrás al notar que rozaba con aquella enorme cabeza las manos del hombre que le frotaba los flancos con esmero.

—Le temes.

El comentario de William surgió de golpe, como si lo hubiera sorprendido también a él decirlo, pero al hacerlo comprendió que en parte así era. Jamás había visto a Rose al lado de un caballo y se dio cuenta entonces de que esa podría ser la razón. Ella, sin embargo, negó con la cabeza al tiempo que le dirigía una mirada de reojo, para responder al fin en tono sereno.

—Me pone nerviosa —expresó ella.

William la observó con curiosidad, al tiempo que analizaba la leve diferencia de matiz.

—El nerviosismo no es temor —razonó él.

—Es que no podría temerle, es un animal magnífico. E intimidante.

—Él no te haría daño.

Rose se encogió de hombros tras dirigir una nueva mirada al animal, que ladeó la cabeza en dirección a ella como si supiera que se referían a él.

—Prefiero no intentar comprobarlo, si no le importa —replicó ella en un tono mordaz que no acostumbraba usar con él.

William, sin embargo, se vio complacido por la respuesta y le dirigió una pequeña sonrisa. Había temido que no quisiera hablar con él, y ahora estaban en medio de una curiosa aunque tensa conversación.

—Una mujer cauta —aprobó él en tanto asentía—. En otras circunstancias lo aplaudiría, pero no ahora. Sería una pena que te privaras de la experiencia de tratar a una criatura como esta por desconfianza.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Algo me dice que hago bien al desconfiar de él —respondió, mientras realizaba un gesto de negación.

—Eres injusta. No te ha hecho nada.

—Aún.

William recibió el apunte con otra sonrisa. Aunque no lo mencionó, fue evidente para él que, aun cuando quizá ella no lo hubiera notado, la conversación no versaba solo sobre la conveniencia de acercarse o no a un

caballo.

Cuando el palafrenero se llevó al animal, Rose le dirigió al caballo una última mirada amistosa e hizo luego amago de marcharse. William comprendió que no podría evitar la conversación sobre lo ocurrido la noche anterior por más tiempo, de modo que la detuvo con un gesto y le buscó la mirada.

—Lo siento —dijo él—. Lamento el modo en que me comporté anoche, no tengo excusa.

Rose lo escuchó con gesto serio y un tanto desconfiado, como si le costara creer en aquellas disculpas o simplemente no fueran suficiente para ella.

—¿Realmente me cree capaz de hacer algo como de lo que me acusó? ¿Piensa que soy esa clase de persona? —le preguntó.

William no respondió de inmediato. En lugar de eso, la miró a los ojos y hurgó en ellos como si deseara encontrar algo allí, atisbar en lo más íntimo de aquellos pensamientos, de aquellos deseos: al final sacudió la cabeza de un lado a otro sin desviar la mirada.

—No. No lo creo —respondió él con sencillez.

—¿Y por qué dijo...?

—No lo sé. Intentaba entender. Sabía que me mentías, pero no conseguía comprender el motivo, y eso ha estado atormentándome. ¿Por qué mentirme? ¿Qué secretos guardas?

Rose elevó los ojos al cielo antes de volver a mirarlo, tras exhalar un suspiro.

—¿No ha pensado que tal vez esos secretos no sean míos?

—Entonces cuéntamelos, dime lo que me ocultas.

William se dirigió a ella en un inequívoco tono de mando, pero Rose le detectó un rastro de súplica en la voz y, por ello, tras recordar que se había prometido decirle la verdad si él preguntaba de manera directa, decidió dejar de lado las farsas.

—¿Me creerá? —cuestionó ella, aún un poco indecisa.

—Creeré cualquier cosa que me digas —aseguró él sin vacilar.

Rose recibió las palabras con semblante indescifrable y asintió con lentitud, en tanto iniciaba un pausado caminar que William acompañó en silencio. Fue así que empezó a hablarle de Meg y de cómo se había iniciado la amistad entre ellas, con ciertos reparos al mencionar lo miserable de su propia situación en la época en que habían conocido a aquella familia amiga. Se dijo, sin embargo, al titubear, que después de todo él conocía a la perfección las circunstancias en que ella misma y su madre habían llegado al albergue, que no había nada que ocultar, pues él se haría una idea con facilidad aun cuando ella no fuera del todo sincera. Pero quería serlo, al menos en esa ocasión. Ya guardaba consigo un gran secreto; no tenía sentido sumar otros a la lista.

William la escuchó con atención. De vez en cuando, la interrumpía de manera breve para hacerle algunas preguntas que ella procuraba responder con claridad, sin profundizar demasiado cuando se referían a la situación de su amiga. Si Meg alguna vez decidía abrirse a otras personas, esa sería una elección de ella, dado que Rose estaba decidida a no compartir lo que no le correspondía. Tan solo hizo énfasis en lo mucho que la apreciaba y en cuánto la había alegrado reencontrarse con ella luego de transcurrido un tiempo, así como lo satisfecha que se encontraba de poder continuar con esa amistad. Le habló de las visitas, si bien ocultó en parte la ayuda que brindaba a la amiga a fin de no herirle el orgullo siquiera en esa discreta charla, y aseguró, con cierta inflexión desafiante casi al terminar el relato, que continuaría con aquellos encuentros, tal y como había hecho la noche anterior, siempre que ella la necesitara.

Cuando juzgó que no tenía ya nada más que decir, Rose miró a William de reojo con los puños apretados a los lados. No lo había notado hasta entonces, pero hablar con libertad de Meg era como hacerlo de sí misma: la miseria, las pérdidas y los miedos de ella le eran de alguna manera también propios. Jamás hasta ese momento se había atrevido a ponerlos en palabras, ni siquiera con la señora Allen o lady Cahill. Era la primera vez que develaba de ese modo buena parte de aquellos malos recuerdos. Temió lo que él pudiera pensar, asustada frente a la posibilidad de que, noble como sabía que era, le mostrara esa compasión que ella no podría tolerar.

William, sin embargo, no dijo nada durante un rato, sino que se detuvo cerca de las puertas que daban a la salida lateral de la propiedad. El gesto hizo que Rose interrumpiera también la caminata. Entonces la miró a los ojos. Ella le devolvió la mirada con el ceño fruncido.

—No me mire así. No me gusta. —Ella sonó más brusca de lo que habría deseado.

—¿Cómo te miro?

—Como si le inspirara lástima.

Él esbozó una leve sonrisa burlona que pareció dirigida a sí mismo.

—Eso no es verdad —respondió muy seguro.

—No me mienta. Puedo verlo en sus ojos.

—¿Sí? Creo que te confundes. Mírame ahora. Rose, mírame. —William extendió una mano para tomarla del mentón y que así lo viera a los ojos. Ella no pudo esquivar ese suave contacto—. ¿Es lástima lo que ves ahora?

Le sostuvo la mirada, decidida a decirle que sí, que era eso lo que veía, ya que al fin y al cabo era lo que esperaba ver, pero no pudo, porque lo que vio en aquellos ojos estaba muy lejos de ser compasión. No tenía claro qué sería con exactitud, pero se trataba de algo extraño, desconocido, como una nueva calidez, el mismo anhelo que veía reflejado en el espejo cuando pensaba en él, pero no podía creer que fuera ella misma la que lo inspirara en ese caso. En ese instante, un caballo relinchó a lo lejos y rompió el hechizo en el que habían sucumbido, por lo que él dejó caer la mano, y Rose exhaló un suspiro de pesar al sentir la pérdida de ese toque que le había dejado ardiendo la piel.

William, mientras tanto, dio un paso hacia atrás, como si temiera lo que podría revelar de encontrarse tan próximo a ella. Se sentía impotente e indigno por no ser capaz de controlarse, por permitirse mostrar de esa manera lo que Rose le provocaba. La pequeña y frágil Rose, que lo veía con ingenuidad, asombrada por la actitud de él aun cuando fuera demasiado inocente para comprender lo que le ocurría.

Ella, indecisa, parpadeó y vaciló respecto a qué hacer a continuación, pero bastó con oír unas campanadas a lo lejos para que reparara en que era mucho más tarde de lo que había estimado.

—Tengo que irme ahora —dijo entonces—. Le prometí a Meg que iría a ver cómo sigue su niño.

William asintió.

—Claro. ¿Estás segura de que no quieres llevar un carruaje contigo? — sugirió él.

—No. Se lo agradezco, pero a pleno día no será necesario. Espero estar de vuelta pronto.

Ella realizó una leve reverencia, indecisa, como si lo último que deseara en el mundo fuera marcharse, pero hizo un esfuerzo y se encaminó a la verja de salida. William, sin embargo, la llamó cuando estaba a punto de cruzarla.

—Rose, ¿crees que sería posible arreglar un encuentro con tu amiga? — preguntó él como si se le acabara de ocurrir algo.

La muchacha frunció el ceño, sorprendida por la pregunta. Era lo último que esperaba escuchar.

—¿Por qué? —inquirió a su vez.

William sonrió.

—Tengo una idea.

* * *

—¿Qué él espera que yo haga qué?

Rose ocultó una sonrisa en tanto dejaba que Meg asimilara lo que le acababa de decir. Mientras tanto, ella continuó alimentando a Jimmy, que había recuperado parte del apetito pese a que aún se veía frágil y macilento por la enfermedad. Sin embargo, el doctor debía haber acertado en el diagnóstico y tratamiento, dado que el niño mejoraba con rapidez.

Cuando terminó de darle de comer y lo ayudó a asumir una posición más cómoda en la pequeña cama que ocupaba, lo dejó para que descansara y se reunió con su amiga. Meg, tras la pequeña explosión, había permanecido todo el tiempo en silencio con la mirada perdida en la deprimente vista más allá del cristal de la ventana y, al oírla llegar junto a ella, la miró de reojo con los labios fruncidos.

—¿Tú estás de acuerdo con eso?

La pregunta surgió como un disparo, y Rose no habría podido decir que la sorprendiera, de modo que asintió sin vacilar.

—Sería maravilloso que aceptaras. Para ti y para Jimmy, pero también para mí. Me sentiría mucho más tranquila al saber que se encuentran en un lugar mejor, pero al final es solo tu decisión —dijo ella.

—No me gusta recibir caridad —espetó de inmediato.

—No creo que sea eso lo que te ofrece —replicó Rose sin alterarse—. ¿Por qué no escuchas al menos todo lo que tiene para decir y luego decides?

Meg chasqueó la lengua y le dirigió una mirada al niño, que había empezado a dormitar, para elevar luego los ojos al techo antes de lanzar a la joven amiga otro vistazo de reojo.

—No sé qué le pasa a ese William tuyo que no puede mantenerse alejado de los asuntos ajenos —masculló entre dientes—. Parece que quisiera ser el caballero andante de toda pobre chica que encuentra en el camino.

Rose ignoró la burla en aquella voz, así como la manera en que se había referido a lord Sinclair, un poco tentada sin embargo de corregirla, tal y como acostumbraba hacer, pero algo la detuvo. “Su William”. Sin duda que no lo era, ni lo sería nunca, pero le gustaba cómo se oía.

* * *

Tan pronto como fue posible, poco después de que Jimmy se encontrara del todo recuperado, Rose arregló un encuentro entre Meg y lord Sinclair en el albergue, el único lugar en el que la muchacha accedió a reunirse con él. Jamás iría a la casa del lord, dijo, porque no le gustaba cómo vivían los ricos; primero muerta antes que acceder a que viera las condiciones en las que subsistía ella, pues no buscaba compasión.

De modo que, una vez que contó con la venia del señor Brown, a quien el barón ya había avisado del motivo de esa entrevista, Rose consiguió que Meg y William hablaran en el salón que la señora Allen acostumbraba usar para recibir a las visitas. La dama había llegado ya a Bath, donde, según una carta que acababa de recibir la joven, se encontraba tan contenta como no se había sentido desde mucho antes de la muerte de su adorado esposo y la marcha de aquel único hijo. Ella no había podido menos que sentirse feliz por la buena señora a quien debía tanto.

Mientras Meg y lord Sinclair hablaban, Rose aprovechó el tiempo libre para dar una vuelta por el albergue. Al pasar por la cocina para hablar con Jenny y la señora McAdams, ambas la pusieron al tanto de todo lo ocurrido desde la última visita. Se veían muy complacidas por cómo marchaban las cosas y le contaron que el señor Brown era un director justo y paciente del que se notaba que disfrutaba de aquella labor. Los niños y madres le mostraban un profundo respeto, y ya había incorporado algunas nuevas ideas para hacer más agradable y productiva la estadía en el albergue, como procurar enseñar un oficio práctico a los chicos que ya estaban en edad para ello. Así, cuando dejaran el lugar, tendrían alguna manera honrada de ganarse la vida. Si todo transcurría como esperaba con Meg, además, sin duda podría considerar que el albergue había encontrado un nuevo rumbo que solo podría conducirlo a buen puerto.

Con esa satisfacción, aunque sin dejar de sentir aún cierta incertidumbre por lo que diría su amiga a lord Sinclair durante la charla, fue al salón de clases, donde los niños recibían ahora lecciones diarias. Escuchó en silencio desde el dintel de la puerta hasta que la enseñanza terminó; entonces los niños, al advertir la presencia de Rose, corrieron hacia ella con una alegría tal que se le encogió el corazón. Era esa interacción cotidiana lo que más echaba de menos de la vida en el albergue. Los acompañó luego a tomar un refrigerio que Jenny les tenía preparado, en tanto prestaba atención a las alborotadas palabras que le decían. Todos querían compartir algo, fueran los avances en las clases o que la extrañaban tanto como hacía ella.

El tiempo pasó con mayor rapidez en esa situación, de modo que se sorprendió al percibir un leve cosquilleo en la nuca, como si fuera observada por alguien, si bien supo de quién se trataba sin necesidad de voltear a mirar. Dudaba de que alguien más que no fuera William consiguiera despertarle una emoción como aquella con tan solo una mirada. Se mantuvo quieta, sin variar lo que hacía, y le sonrió al niño que le hablaba en ese momento, pero no logró entender del todo lo que decía ya que tenía la atención dividida entre él y la presencia detrás de ella. Oyó en ese momento que otro de los niños se dirigía a William con voz temerosa y ya no pudo fingir indiferencia.

Se puso de pie. Tras hacerle una caricia al niño que había conversado con ella y que ahora hablaba con uno de sus compañeros, se dirigió hacia donde él se encontraba, atenta a la charla con el pequeño, quien parecía estar muy interesado en el carruaje apostado frente a la casa. William oía las preguntas con la misma seriedad que habría mostrado de encontrarse frente a un obispo y respondía con tal cortesía que Rose tuvo que girar el rostro para esconder una sonrisa. En un momento, pensó si no habría oído mal algo referente a una oferta de permitir que el chico diera, junto a los compañeros, una vuelta alrededor de la manzana, pero el grito que escapó del niño bastó para comprender que había escuchado a la perfección.

Mientras Jenny intentaba calmarlos y los llevaba afuera, William se quedó con ella en el salón vacío. Rose miró sobre el hombro, al tiempo que se preguntaba qué habría sido de Meg, y él debió de entender aquel desconcierto, dado que se encogió de hombros antes de responder.

—Tu amiga tiene un carácter muy peculiar —dijo con una sonrisa, sin parecer ofendido por cualquier cosa que ella hubiera podido decirle—. Pero creo que encajará bien aquí. Dijo que la despidiera de ti porque quería regresar con su hijo antes de que su madre tuviera que marcharse, y que luego hablaría contigo.

Rose le dirigió una mirada expectante.

—¿Entonces ha aceptado? —preguntó ella.

—Eso creo.

—¿No está seguro?

William se encogió de hombros.

—Temo que no fue muy clara. Pero dijo algo respecto a que iba a disfrutar la despedida del nido de ratas en que ha estado viviendo, así que lo he tomado como un sí.

Rose rio y se llevó las manos al pecho, emocionada.

—Entonces no hay duda de que ha dicho que sí —razonó ella, tentada a aplaudir como una niña—. No tengo cómo agradecerle por esto, milord; es maravilloso. He pasado tanto tiempo intentando convencerla de venir aquí...

Él aceptó el agradecimiento con una sonrisa.

—Es una mujer orgullosa. No habría aceptado algo que no le permitiera sentir que daba otra cosa a cambio de lo que recibiera. Y creo que es una solución conveniente para todos.

Rose asintió, en tanto se preguntaba de nuevo por qué no se le había ocurrido a ella ofrecerle a Meg que se mudara al albergue no como una de las beneficiarias, sino como una empleada más. Así, podría ocupar el puesto que lord Sinclair había ideado para paliar en algo la ausencia de la señora Allen. La amiga ahora podría recibir una paga justa y tendría un lugar seguro para ella y Jimmy sin temer por lo que les podría deparar el mañana. Era la clase de labor para la que Meg estaba hecha. No solo tendría que ocuparse de las tareas del albergue junto a Jenny, sino también encargarse de los niños. Rose estaba segura de que el carácter práctico que tenía le sería de gran ayuda al señor Brown para los cambios que pensaba instaurar.

—Debería haberlo pensado —dijo ella, aún incrédula de haber llegado a tan buen fin—. Habría sido tan fácil.

William se acercó a ella y la miró a los ojos.

—Ese puesto no existía antes, y estoy seguro de que insististe lo suficiente para que ella aceptara venir aun cuando no fuera precisamente lo que deseara. No tienes que sentirte responsable por todo, Rose; a veces las cosas se dan cuando uno menos se lo espera. Tal vez este es el momento de Meg, y en parte también el tuyo. No lo arruines pensando en lo que pudo o no haber sido: no tiene sentido.

Rose le devolvió la mirada y asintió con una sonrisa.

—Tiene razón —concedió ella—. Gracias.

William no respondió, pero le hizo un gesto en dirección a la puerta, de donde les llegaban las risas de los niños que parecían haber regresado ya del breve paseo. Rose supuso que estarían volviendo loco con preguntas al cochero y siguió a William hacia allí.

Mientras permanecía de pie en la acera y veía cómo él intentaba prestar atención a los niños con más entusiasmo que efectividad, se dijo que podría quedarse allí por siempre, en ese instante, aun cuando sabía que era imposible. De lo único que estaba segura era de que se grabaría esa imagen

en la memoria. En los peores días, sería capaz de recordar con claridad todo lo que sentía en lapsos como ese, junto a él. Porque esos serían, para ella y por siempre, los mejores momentos de la vida.

* * *

Rose jamás había asistido a un evento público; mucho menos a uno en que se sintiera tan fuera de lugar, impresionada por lo que la rodeaba y con el deseo latente de salir corriendo a la menor oportunidad para huir de esa sensación tan incómoda.

Cuando Anna había sugerido, incluso más, rogado, que en aquella ocasión los acompañara a un acto que se realizaría en el Jardín Botánico de Kew, no había podido rehusarse. Incluso más, una pequeña parte de ella se había emocionado frente a la posibilidad de conocer ese lugar del que tanto había oído hablar pero que nunca había tenido ocasión de visitar. Como una amante de la naturaleza, veía magnificado el entusiasmo ante las incontables variedades de plantas que había podido atisbar tan pronto como bajara del carruaje en que habían llegado.

En atención a ese momento, había aceptado un nuevo préstamo del vestidor de Anna, y se encontraba muy satisfecha con la elección. Junto a la señora Relish había escogido un atractivo traje de mañana en algodón y tul, de un hermoso tono marfil, con un trenzado en ganchillo azul que iba del cuello alto al busto y descendía por todo lo largo de la falda, que caía con suavidad y dotaba al conjunto de una apariencia romántica e inocente. Rose estaba encantada con el vestido, jamás había llevado algo tan bonito y, por consejo de la señora Relish, había suavizado el usual peinado para llevar un recogido más juvenil que acentuaba esa apariencia de hada que William le achacaba en secreto.

Al llegar, había esperado a que Anna y su tía bajaran en primer lugar, y se había mantenido un momento encogida dentro del carruaje, al tiempo que atisbaba por la ventanilla a la muchedumbre que se congregaba en la entrada. Había sido William quien la sacó de tal abstracción al tenderle una mano y

dirigirle una sonrisa para tranquilizarla. Ella había vacilado antes de tomarla, para al final aceptar la ayuda y descender mientras hacía a un lado el ala del sombrero a juego que la señora Relish había insistido en que debía usar.

Lo primero que pudo pensar al atravesar las puertas fue que jamás había visto un lugar tan impresionante y que valía la pena enfrentar cualquier clase de temor con tal de conocerlo. Con los labios entreabiertos debido al asombro, con los ojos brillantes, siguió a Anna y a la señora Relish a través de la marea de gente, sin poder resistir la tentación de detenerse algunos segundos frente a algo que le llamara la atención para luego correr a fin de alcanzar al grupo.

El evento principal era la inauguración de una nueva ala de Palm House, el edificio que reinaba en el jardín. Sin embargo, en tanto se iniciaba el acto, los Sinclair decidieron que bien podrían dar una vuelta para conocer las otras atracciones del lugar de manera que Rose, que jamás había estado allí, pudiera disfrutar de tanto como fuera posible, lo que ella había aceptado de inmediato.

Por desgracia, no habían sido los únicos en pensar en lo mismo, de modo que, según recorrían los jardines se vieron asediados por grandes grupos que seguían la ruta y se dirigían a ellos de tanto en tanto para saludarlos. Eso había provocado que Rose se retrajera hacia sí misma y fuera quedándose atrás con el fin de no llamar la atención al caminar en la misma línea que los demás. Así parecía una visitante más que iba a solas y, aun cuando la idea era un tanto deprimente, la ayudaba a sentirse a salvo de miradas indiscretas. Hacía apenas un momento, una dama con el sombrero más extraño que había visto hasta entonces se había dirigido a la señora Relish tras dedicarle a Rose una mirada cargada de interés. No había alcanzado a escuchar lo que fuera que le había preguntado, tampoco lo que le había respondido Penelope, pero no estaba segura de querer saberlo de cualquier manera.

Habría podido seguir así, oculta entre la multitud, de no ser porque William notó la ausencia de la joven y retrocedió hasta alcanzarla.

—¿Qué estás haciendo? Mi tía se preguntaba si te habrías perdido —dijo él al colocarse a la misma altura.

Rose miró en la dirección que le señalaba y se topó con el rostro de la señora Relish, que miraba hacia atrás con el ceño fruncido, pero que sonrió al verla y le hizo un gesto para que se reuniera con ella y Anna. Sin embargo, la muchacha dudó y mantuvo aquel paso lento.

—¿Rose? ¿Qué ocurre?

Al oír el llamado de lord Sinclair, exhaló un suspiro para luego observarlo con los párpados caídos de modo que él no fuera capaz de ver del todo la expresión de ella.

—No pertenezco a este lugar.

La respuesta surgió en voz tan tenue que se preguntó si la habría escuchado, pero le bastó con percibir la mirada que le dirigió para saber que así había sido. Había una mezcla de cariñosa exasperación y ternura en los ojos de él. Rose supo que habría deseado sonreír, pero le agradeció que tuviera la gentileza de reprimir el impulso.

—¿Según quién? ¿Quién dice que no perteneces a este lugar? —preguntó William en tono serio.

Ella hizo un gesto con la barbilla para señalar a las personas que los rodeaban: todos esos miembros de la alta sociedad, como él, que parecían encontrarse justo donde debían estar. A diferencia de ella.

William, no obstante, no se mostró convencido con esa respuesta silente y la miró de reojo con una ceja elevada.

—No veo que te estén señalando —dijo él—. Y, aun cuando lo hicieran, ¿acaso te importaría?

“Me importa lo que pienses tú”, le habría gustado responderle, pero desde luego que no lo hizo, sino que se contentó con sacudir la cabeza de un lado a otro en señal de leve negación. William, ajeno a aquellos pensamientos y tal vez para hacerla sentir más cómoda, le ofreció el brazo, gesto que provocó una mirada de desconcierto por parte de la muchacha. ¿Cómo iba él a hacer tal cosa en medio de toda esa gente? Algunos habían empezado ya a dirigirles vistazos poco discretos en tanto murmuraban acerca de esa joven que no habían visto antes y a quien el barón Sinclair dedicaba tantas atenciones.

—¿Rose?

Ella asintió al oír la seriedad del tono y comprendió que no aceptarlo habría sido un desplante impensable, de modo que sonrió y extendió la mano, pero solo fue capaz de apoyarle las yemas de los dedos sobre el antebrazo. Incluso a través de la tela de la chaqueta, podía percibir el calor que despedía aquella piel.

William le dirigió una sonrisa a fin de infundirle valor y la llevó hasta donde se encontraba el resto de la familia. Caminó junto a ella durante buena parte del recorrido. Rose no pudo dejar de advertir que en ningún momento retiró el brazo, ni ella hizo amago de soltarlo.

* * *

Cuando el acto acababa de concluir y Rose se decía que no había resultado tan difícil como había esperado, William se alejó del grupo para saludar a algunas amistades. Anna, a su vez, se detuvo un momento a recibir unas indicaciones de la tía Penelope. Rose, por su parte, se vio de pronto a solas. Sin embargo, ya no se sentía intimidada, como le había ocurrido al llegar. Intrigada por las especies que aún no había podido ver, siguió un sendero alejado de la muchedumbre y sonrió al comprender que se encontraba en una zona poco visitada; sin embargo, a ella le parecía hermosa. No se detuvo hasta que se encontró frente a una construcción pequeña en comparación con las otras que se hallaban en distintos parajes de los jardines y, tras mirar por sobre el hombro y vacilar apenas un instante, decidió entrar.

Un pequeño cartel al otro lado de la puerta le indicó que se hallaba en el Jardín de los Nenúfares, donde se localizaba la mayor variedad de esas plantas acuáticas, que crecían en estanques diseñados para que pudieran reproducirse en diversos puntos del lugar. Rose sonrió ante al espectáculo que se presentaba frente a ella y se sentó en un banco de piedra para poder apreciar mejor las especies que, de haberlo deseado, habría podido tocar tan solo con extender los dedos. En realidad, eso fue lo que hizo poco después, sin poder resistir la tentación de rozar los lirios, con mucho cuidado de no dañarlos, asombrada por aquella suavidad.

Fue así como la encontró William, quien había ido a buscarla al notar una vez más que se había separado del grupo. Esa vez, no obstante, no había sido su tía quien lo advirtió, sino que él mismo se había dado cuenta al reunirse de nuevo con las damas y ver que la señorita Turner no se encontraba con ellas. Les había dicho entonces que volvieran al carruaje y esperaran en tanto él iba a buscarla.

En un primer momento, se había preguntado si ella no habría desaparecido llevada por esa idea de que no encajaba entre ellos, lo que, si bien no se lo había dicho, le había parecido ridículo. Alcanzaba con ver las miradas de curiosidad y admiración que despertaba para saber que Rose era objeto de un interés que no tenía nada que ver con el lugar del que provenía. Era hermosa, distinguida y misteriosa, y la gente de la alta sociedad no podía resistirse a semejante combinación, sin importar de dónde hubiese salido. Penelope le había comentado ya que un par de viejas amigas le habían hecho preguntas acerca de ella, por lo que le había prometido que sería discreta para no exponer a Rose a la maledicencia. De cualquier manera, William no acostumbraba prestar atención a las habladurías, y lo mismo opinaba Penelope. De encontrarse la madre del barón entre ellos, sin embargo, las cosas tal vez habrían sido algo distintas, pero ese no era el caso y no tenía sentido pensar en eso.

Luego de atravesar la extensión de jardines inmediata, William había mirado de un lado a otro con expresión cautelosa. Si se adentraba sin pensar, podría tardar demasiado en hacer el camino de regreso, y temía cruzarse con Rose sin verla, de modo que había meditado el siguiente paso con cuidado. Al avanzar aún inseguro, sin embargo, había notado la construcción de acero y cristales que le llamaba la atención siempre que visitaba los jardines y se había dirigido allí, de pronto atacado por una fuerte sospecha. Podía imaginar a Rose atraída por ese edificio cuyas ventanas permitían apreciar lo que se ocultaba en el interior.

Los pasos de William se habían visto amortiguados por la grava con que estaba recubierto el camino de entrada al lugar, pero Rose no lo habría escuchado llegar aun cuando hubiera hecho ruido al entrar, pues estaba concentrada por completo en la admiración de los lirios que acariciaba con reverencia. Él, mientras tanto, se encontró de pronto en un estado similar,

pero no eran los estanques cristalinos o las plantas los que lo hechizaron, sino la visión de la joven inclinada sobre el agua, con los dedos que rozaban las plantas. El diáfano vestido que llevaba y el cabello que le caía sobre el rostro la hacían parecer un espejismo: por un instante se quedó sin aliento.

Los pies tomaron el control del cuerpo, como si hicieran a un lado la razón, y se vio de pronto a apenas unos pasos de distancia, tentado a tocarla con la misma adoración que ella dispensaba a esas flores. Aquellas, sin duda, jamás serían capaces de experimentar la necesidad que él sentía, esas ansias de tocarla, de saber cómo sería el contacto con esa piel blanca y tersa como un lecho de plumas. La asociación lo obligó a recuperar el sentido común, y dio un paso hacia atrás. Situar a Rose y una cama en la misma línea de pensamiento no solo era inapropiado, sino también en extremo perturbador.

El brusco movimiento captó la atención de la joven, que echó la cabeza hacia atrás y miró sobre el hombro, sin mostrarse sorprendida por verlo allí. ¿Lo esperaba? ¿Sería posible que fuera capaz de percibir la presencia del caballero de la misma manera en que él presentía la de ella? Habría deseado preguntárselo, pero no se atrevió, y se contentó con mirarla en silencio mientras ella lo veía a su vez con curiosidad, como si intentara descifrar lo que había encontrado en los ojos de él.

Ansia, necesidad. Rose fue testigo de un deseo tan notorio que sintió un temblor recorrerle la columna al pensar que podría ser ella quien lo provocara. No obstante, descartó la idea con rapidez, no solo por encontrarla imposible, sino porque se dijo que debía de tratarse tan solo de un reflejo de sus propios deseos, y se avergonzó por desvariar de aquella manera en presencia de él.

William ni siquiera lo pensó; nunca lo hacía en las últimas ocasiones en que Rose se encontraba de por medio. Cuando ella giró y se puso de pie para acercarse a él con esa expresión inocente que le nublabla el juicio, no se detuvo a considerar lo peligroso que resultaría lo que estaba a punto de hacer o qué clase de consecuencias podría acarrear para ambos. El deseo era tan poderoso, había luchado tanto por contener ese anhelo que llegó a un punto en que las emociones ganaron la partida y se vio de pronto desbordado por todo lo que sentía. Ella lo observó, al parecer tan confundida como él, con los

ojos brillantes y los labios entreabiertos en un gesto de desconcierto, como si buscara una respuesta a lo que en ese momento sentía y, al mismo tiempo, necesitara saber si ese anhelo en los ojos de él era real.

William dio un paso más hacia ella, como hechizado, y le posó una mano sobre el brazo cubierto por la delicada tela del vestido. A pesar de esa barrera, pudo percibir con claridad una especie de electricidad que desprendía la piel de ella, y se preguntó de nuevo qué se sentiría tocarla, recorrer el largo de ese brazo desde la muñeca hasta el hombro, rozar la piel con la yema de los dedos hasta hacerla arder. Rose no se veía en mejor estado que él: podía notarle el pecho agitado y la respiración alterada que le surgía de los labios despegados. Sin siquiera pensarlo, ya que sencillamente era imposible y de cualquier manera no deseaba hacerlo, William inclinó el rostro y posó los labios sobre los de ella.

Fue una caricia casi casta en un inicio, tan delicada que Rose sintió como si esa mariposa que le revoloteaba en el estómago cada vez que se encontraba frente a William hubiese conseguido escapar de esa prisión y ahora se hubiera detenido un instante sobre los labios de ella para permitirle saborear aquella dulzura. La sensación fue tan extraña, casi irreal, como una de las muchas fantasías en que ambos eran los protagonistas de esas historias que apenas se había atrevido a urdir cuando era una niña. Él separó los labios y le rozó el interior de la boca con la lengua al tiempo que le acariciaba el brazo en un lento recorrido. El roce le provocó un estremecimiento y la obligó a exhalar un suspiro tan sonoro y sentido que pareció romper el hechizo. Ella solo quería abrazarse a él, rodearle la cintura con las manos y enterrarle el rostro en el pecho, pero William no le dio oportunidad. Se apartó con delicada firmeza; la sujetó apenas un momento por el hombro antes de dejarle caer la mano.

Rose elevó el rostro en tanto parpadeaba una y otra vez, como si ello le fuera a permitir despertar de ese sueño en que creía haber estado sumida. Porque no podía haber sido real. Aunque lo era, todo en ella sabía que así había sido. Sin embargo, no encontró nada para decir. Solo pudo permanecer allí y mirarlo, a la vez que intentaba grabar cada una de aquellas facciones tal y como las veía en ese momento: el semblante demudado, los ojos vidriosos y el leve temblor en las manos caídas a los lados.

William tampoco habló, sino que hizo un gesto silencioso para que lo siguiera a la salida; luego, le franqueó el paso para que ella se adelantara a cruzar la pesada puerta de hierro.

Caminó al lado de él en dirección al carruaje, donde la señora Relish y Anna la recibirían con alegría, mientras se despedía de aquel lugar que esperaba tener la oportunidad de visitar al menos una vez más en el futuro. Durante el recorrido, rehuyó la mirada de él todo lo que pudo, en tanto se recordaba que ya era hora de que decidiera cuál sería el camino que debería seguir pronto. Aun cuando había dicho a Meg que pensaba permanecer con los Sinclair hasta que William anunciara que se comprometería, acababa de comprender que continuar más tiempo junto a él y saber que estaba tan ajeno a ella era un suplicio que debía terminar.

* * *

Si algo podía disipar el tenso ambiente que se había establecido entre William y Rose era la llegada de una vieja amistad que se presentó poco después de la visita al Jardín Botánico y que, con la simple presencia, alivió en parte las preocupaciones de ambos.

Lord Alexander Cahill era el amigo más cercano de William. Lo conocía desde que ambos eran muchachos, y habían compartido la misma educación hasta que el primero decidió trasladarse a la casa familiar en Gloucestershire, mientras que el segundo permaneció en Londres. Pero esa separación había sido breve, dado que, poco tiempo después, Alexander, ya como un apuesto y enérgico joven, había regresado a la gran ciudad y había buscado a ese mejor amigo con quien compartió varias aventuras. Ambos habían sido, en aquella época, poseedores de un carácter inquieto y siempre presto a nuevas experiencias, en particular William, de modo que no resultaba extraño que se metieran en mil y un líos. No obstante, eso no alteró jamás aquella personalidad que tenían, justa y apegada a las formas, a diferencia de algunos otros libertinos que preferían no trazar límites a las inquietudes.

Con el tiempo, sin embargo, una nueva separación se había cernido entre ambos, aunque en ese caso el motivo no habría podido ser más feliz. Alexander había conseguido conquistar el corazón de la mujer a quien amaba

desde la niñez, por lo que aquellos nuevos estados, tanto de hombre casado como dueño de tierras y propiedades en Surrey, lo habían obligado a marcharse. De todos modos, él y William conservaban el contacto. Además, la esposa de Alexander, lady Mary Cahill, era una de las principales benefactoras del albergue. Ella, lord Cahill y prácticamente toda la familia habían asumido la responsabilidad de crear y sostener ese hogar para quienes más lo necesitaban. Había sido Alexander quien involucró a William en el manejo del albergue, y lord Sinclair siempre le agradecía esa confianza.

La llegada de Alexander a Londres se dio luego de que William le escribió al hermano de aquel, el conde de Falmouth, acerca de los cambios que había decidido implementar en el albergue. El conde no podía viajar a Londres hasta dentro de unas semanas, de modo que le había pedido a Alexander que fuera en lugar de él, con la promesa de que se le reuniría pronto y de que llevaría a la condesa y a Mary para que la familia pudiera estar de nuevo reunida.

William recibió a su amigo muy temprano por la mañana, con grandes muestras de alegría, después de casi un año sin verse. La última vez que se habían encontrado en el mismo lugar había sido luego de la muerte del antiguo barón, cuando Alexander hizo un rápido viaje desde Surrey para presentarle las condolencias en nombre de la familia. Pero, desde entonces, solo se habían comunicado por carta.

—¿Estás seguro de que no prefieres quedarte aquí? Mi tía estaría encantada. Sabes que te consideramos parte de la familia.

Alexander acababa de ser conducido al despacho de William, quien, tras darle un gran abrazo, le señaló una silla frente al escritorio.

—Lo sé, y estoy agradecido —respondió el amigo con una sonrisa—. Por lo normal no tendría problemas en abusar de tu hospitalidad, lo he hecho antes, pero prometí a John quedarme en Falmouth House para que esté bien dispuesta para su llegada. Conoces a mi hermano, es poco presto a dejar algo al azar.

Alexander se encogió de hombros al expresar aquella opinión acerca del carácter del conde, y William no pudo menos que devolverle la sonrisa. Estaba acostumbrado a oír las bromas a costa de Falmouth, así como a detectar el profundo tono afectuoso que Alexander le imprimía a la voz

cuando lo mencionaba. Era bien sabido entre quienes los conocían que los unía un gran apego, y no era de extrañar, ya que John había hecho de padre cuando el de ambos había muerto, hecho que dejó a Alexander huérfano al poco de nacer.

—En ese caso, no insistiré, pero debes acompañarnos cuando tengas tiempo —continuó William—. Puedes empezar por venir a cenar esta noche.

—Acepto la invitación.

Alexander observó a su amigo asentir ante la respuesta y aprovechó para mirarlo con interés. Al cabo de un momento, sacudió la cabeza de un lado a otro con expresión pensativa. Al advertir el análisis del que era objeto, William elevó las cejas.

—¿Qué? —preguntó él.

—Te veo distinto —comentó lord Cahill.

—¿En qué sentido?

—Pareces más responsable. Serio. Un poco preocupado. —Alexander frunció levemente el ceño y abrió un poco más los llamativos ojos azules al asentir, como si llegara a una conclusión sorprendente—. Me recuerdas a John.

William se encogió de hombros, complacido por el comentario.

—Lo tomaré como un cumplido —respondió—. Tu hermano es un hombre excelente.

—Sí, claro, pero él siempre ha sido igual. Tú, en cambio... no pareces muy feliz, y siempre he pensado que eres una de las personas más alegres que conozco.

—Tal vez no tengo en este momento muchos motivos para sentirme feliz.

Alexander le dirigió una mirada burlona y se repantigó en el asiento sin dejar de observarlo con tanta seriedad que William empezó a sentirse incómodo. Era una de las pocas cosas que encontraba exasperantes en lord Cahill: jamás se daba por vencido cuando creía estar en lo cierto.

—Puedo entenderlo, pero tampoco parece que lo estuvieras buscando —apuntó él, tal y como esperaba, con el tono de quien señala lo evidente.

—Nunca he creído que la felicidad sea algo que se pueda buscar. Viene a ti o no, eso es todo.

La voz de William surgió cargada de cierto conformismo que el otro detectó de inmediato y que solo provocó una mirada más ceñuda aún por parte de lord Cahill.

—No estoy de acuerdo —replicó, tajante—. Claro que puedes buscar la felicidad. Algunos dirían que es casi un deber, pero si piensas quedarte resignado a no experimentarla nunca más... Entonces, también en eso has cambiado. Tal vez deberías pensar al respecto.

—Tal vez.

Alexander apretó los labios al oír el tono displicente en la voz de William, pero no insistió, lo que, desde luego, no significaba que no pensara abordar el tema en otra ocasión. Lo apreciaba demasiado como para no expresar la preocupación que sentía por la felicidad del barón. William, en tanto, guardó silencio un momento y, cuando retomó la charla, lo hizo para compartir algo que llevaba meses rondándole la mente, pero no fue hasta ese momento que se permitió decirlo en palabras. Alexander era una de las pocas personas con quienes se sentiría cómodo de compartir un aspecto tan íntimo de la vida.

—He pensado que debo casarme. Pronto —dijo él de golpe, como quien declara una sentencia de muerte.

Alexander elevó una ceja al oírlo, no muy sorprendido en apariencia por aquellas palabras.

—¿Cuál es la prisa? —replicó—. No eres en realidad un vejestorio.

—Pero tampoco tengo veinte años. Además, tenemos la misma edad y tú llevas casado casi una década.

—Sí, claro, pero es distinto. Me casé porque estaba enamorado de Mary. Lo habría hecho incluso antes si ella me hubiera aceptado. Tú no estás enamorado de nadie. ¿O me equivoco? —Alexander le dirigió una mirada cargada de suspicacia.

—No. Y espero continuar así.

William había sacudido la cabeza de un lado a otro en señal de negación al tiempo que respondía la pregunta, pero lord Cahill no dejó de advertir que no se había mostrado tan seguro como debió de haberlo deseado. Se abstuvo, sin embargo, de profundizar en ello, intrigado por la manera en que abordaba una decisión tan importante.

—¿Y cómo piensas casarte, entonces? —preguntó él sin disimular la curiosidad.

—Mucha gente hace excelentes matrimonios sin sentimientos de por medio, Alexander.

—Lo sé. Gracias por graficar tan bien la sociedad en la que vivo. Pero tú no eres esa clase de gente.

William lo miró de manera directa con una leve expresión de desconcierto.

—¿Y qué clase de gente soy, según tú? —preguntó.

—De la que se casa por amor.

El barón emitió un bufido, pero no pudo contener una sonrisa por la sencilla respuesta, y se encogió de hombros, sin atinar a decir nada al respecto. Alexander, que lo veía a la vez con los ojos entrecerrados, empezó a golpetear con un pie sobre la alfombra, pensativo.

—Estoy seguro de que Mary podría presentarte a alguien —dijo él a continuación—. O hablarte acerca de algunas de las jóvenes que te encontrarás en los bailes a los que tendrás que asistir si es eso lo que tienes en mente. No vendría mal que sepas algo sobre ellas antes de conocerlas.

—Creo que seré capaz de escoger a mi futura esposa sin ayuda, muchas gracias. —La réplica de William surgió cargada de sarcasmo.

—¿Desde cuándo eres tan cascarrabias? Tal vez sí te estás haciendo viejo.

Lord Sinclair sonrió y se encogió de hombros, sin atinar a dar una respuesta, con lo que se ganó otra mirada desconfiada.

—De cualquier modo, debo decir que admiro tu valentía. Ir en busca de una esposa en plena temporada social no es algo para tomarse a la ligera — Alexander continuó con tono más relajado en tanto fingía un escalofrío.

William asintió.

—Me aterran las madres con hijas casaderas —reconoció de mala gana.

—Como a cualquier hombre de tu edad y posición. Yo estoy casado y aún les temo.

—¿Qué podrían hacerte?

Alexander se encogió de hombros.

—Nada, supongo, pero es un recuerdo difícil de erradicar. He sido muy perseguido, mi amigo, y no es una sensación agradable —replicó, convencido—. Más te vale acabar pronto con esto para evitarte el asedio.

—Las haces parecer una horda de bárbaros.

—No, claro que no. Estoy seguro de que los bárbaros tenían algunos principios.

William no pudo contener una carcajada ante esa honestidad y le dirigió una mirada cargada de afecto. Vaya que lo había echado de menos.

CAPÍTULO 8

Rose exhaló un suspiro antes de dirigirse a la biblioteca, insegura acerca de si debía ir allí o seguir el instinto que le indicaba dar media vuelta para regresar a la habitación. Aun cuando nada la hacía más feliz que compartir el tiempo con William, en los últimos días sentía como si una tormenta estuviera forjándose sobre ambos. Lo intuía en el modo en que él la veía y en el temblor de sus propias manos cuando sentía aquellos ojos sobre ella. Más de una vez se había sorprendido al descubrirse con las manos apretadas contra el pecho para reprimir el impulso de tomar las de él y preguntarle qué había ocurrido, en dónde estaba esa agradable camaradería que habían compartido hasta entonces.

¿Acaso la visita al Jardín Botánico la había puesto en evidencia? ¿O era el beso? ¿Qué había significado ese beso para él? Aunque breve, a ella le había removido algo en el interior. Por un instante, pensó que podría haber ocurrido lo mismo con él, pero ya no estaba tan segura. Tal vez se habría tratado de un impulso, un gesto que habría tenido para cualquier otra mujer que se encontrara en el lugar de ella. Él no había hecho una sola mención al respecto, y Rose empezaba a pensar que debía de haberlo soñado, porque le costaba creer que él pudiera mostrarse tan indiferente al respecto. A lo mejor, William había sido capaz de ver lo que él le inspiraba, lo profundo de aquellos sentimientos, y por ello había decidido marcar esa distancia entre ambos. De estar en lo cierto, sabía que, sin importar cuán doloroso fuera, aquel alejamiento sin duda era lo mejor, pero parte de ella odiaba cualquier cosa que la forzara a aceptarlo.

Lo único que había conferido un poco de alegría a esos días grises había sido la llegada de lord Cahill. El caballero no solo la había saludado con un afecto sincero, complacido de ver los progresos que ella hacía, sino que le había entregado una carta de su esposa que Rose había leído tan pronto como pudo en la tranquilidad de su propia habitación. Lady Cahill mencionaba,

entre otras cosas, que estaba muy feliz de saber por lord Sinclair que la joven Turner aprovechaba al máximo la oportunidad que él le había ofrecido. Incluso sugería con la amabilidad de siempre que, una vez que se reunieran en Londres, lo que esperaba que ocurriera pronto, podrían charlar, y tal vez Rose consintiera regresar luego a Surrey con ella, ya que estaría feliz de tenerla más cerca. Al llegar a esa parte de la carta, la muchacha la había apretado contra el pecho, dividida entre la alegría que le daba esa oferta y la angustia que le atenazaba el pecho al pensar que podría dejar de ver a William. Era una constante en su vida, se dijo con cierta amargura al terminar la carta, abrazar una nueva oportunidad para perder lo que más amaba. ¿Por qué las cosas tenían que resultar así?

Con un nuevo suspiro, decidió no pensar más en la carta de lady Cahill en lo que restaba del día. De otra manera, resultaría insoportable. De modo que encuadró los hombros, resuelta, y se dirigió a la biblioteca. Iba tan distraída y con la vista fija en el objetivo que, al girar en un recodo, casi se dio de bruces contra una figura que al parecer tenía tan serios problemas como ella para caminar con paso firme.

Consiguió no caer, sin embargo, al apoyarse contra la pared, pero el señor Bishop, pues de él se trataba, no tuvo la misma suerte. Cuando Rose bajó la mirada para preguntarle cómo se encontraba, se enfrentó a la sorpresa de verlo arrodillado en el piso para recoger los papeles que llevaba en el cartapacio y que se le habían caído a los pies. Sin vacilar, adoptó una posición similar y empezó a ayudarlo, sin poder evitar sentirse responsable por la parte de culpa que había tenido en el accidente.

—Lo siento mucho, señor Bishop, iba distraída...

El administrador dio una cabezada en señal de aceptar las disculpas, pero no respondió, sumergido en la tarea de recabar los papeles que, según iba recogiendo, regresaba al lugar correspondiente con rapidez. No parecía mostrar mucho cuidado por no ajarlos o ensuciarlos en la desesperación. Rose frunció el ceño al notarlo, en especial cuando el caballero le arrebató, más que tomó, los que había conseguido reunir. Recién entonces, intrigada por esa actitud, se permitió darles una discreta mirada, en tanto esperaba

encontrarse con las pilas de números con las que lo veía trabajar durante las jornadas en la biblioteca a órdenes de lord Sinclair. Pero cuál sería la sorpresa de la joven al encontrarse con algo por completo distinto.

Tomó uno de los papeles que acababa de recoger y lo giró para ver el frente de la hoja. Un rostro femenino le devolvió la mirada, y estuvo a punto de dejarlo caer por la impresión. Sin ser una obra maestra, era sin duda un retrato a carboncillo bien logrado, y elevó las cejas al estudiar el cuidado detalle de los rasgos: la nariz afilada, los labios carnosos, la frente levemente despejada sobre la que caía un mechón de cabello...

Habría continuado con el análisis de no ser porque el señor Bishop notó lo que hacía y carraspeó antes de arrebatarse el papel, con lo que consiguió que Rose se sonrojara, avergonzada por haber sido sorprendida en tal indiscreción. En ese momento, vio que el señor Bishop terminaba de guardar los papeles que había reunido y creyó distinguir unos cuantos bocetos más, todos de rostros distintos, pero con expresiones muy similares. Siempre mujeres jóvenes y bonitas en poses lánguidas.

Sin revelar los pensamientos que le recorrían la mente, pero segura de que ya había sido bastante entrometida, Rose se puso de pie, tras ignorar adrede la mano que el administrador le había tendido, y sacudió el bajo de la falda que llevaba para librarse de unas marcas de polvo inexistentes. Cuando levantó la mirada, se encontró con los ojos del hombre fijos en la figura de ella, y no pudo contener un estremecimiento que no tenía nada de complacencia. Aunque no era ofensivo, hubo algo en la manera en que la miraba que no le agradó.

—Discúlpeme por eso, señorita Turner. Iba pensando en otra cosa... —El hombre carraspeó al disculparse—. Gracias por su ayuda.

—No ha sido nada, y fue mi culpa de cualquier manera —respondió Rose, amable, sin poderse resistir a hacer mención de los bocetos con una cabezada al continuar—. No sabía que fuera usted un artista.

El caballero se sonrojó hasta los cabellos al negar con la cabeza, enérgico.

—En absoluto, señorita, soy solo un aficionado, no tengo madera de artista —rebatía él—. Además, los artistas tienen una predisposición al sacrificio que no poseo. Prefiero la seguridad de un oficio menos incierto.

Rose asintió.

—Comprendo —dijo ella—. Pero sin duda tiene talento.

El señor Bishop la observó como si fuera lo más extraordinario que hubiera visto y las palabras lo conmovieron de manera profunda.

—¿En verdad lo piensa? —preguntó en un tono que revelaba ansiedad.

—Desde luego. No sé mucho de arte, claro, pero...

Rose no pudo concluir aquellas palabras porque el caballero se acercó entonces hasta dejar apenas un pequeño espacio entre ambos y la miró como si deseara de alguna manera grabar aquel rostro en la memoria.

—Me complace mucho que lo piense, señorita Turner, porque de hecho...

—El hombre vaciló antes de expresar lo que deseaba—. Verá, hace un tiempo que he pensado cuánto me gustaría... si usted aceptara...

—¿Sí? —preguntó Rose, intrigada a su pesar.

Él abrió la boca para decir algo, pero unos pasos que se acercaban lo obligaron a callar, y le dirigió una mirada de disculpa que se convirtió en una de profunda reserva al ver quién había llegado al pasillo en que se encontraban.

Rose miró por sobre el hombro al notar tal expresión, y no la sorprendió encontrarse con el rostro de William, que los veía imperturbable. Él alternó la mirada de uno a otro. Ella habría podido jurar que aquellos ojos la atravesaron como carámbanos al notar cuán cerca se encontraban. El señor Bishop también debió de notarlo, dado que dio un paso hacia atrás y lo saludó con una reverencia.

—Milord.

William asintió en señal de respuesta, pero no dijo nada, y el señor Bishop se despidió de Rose con una cabezada, al tiempo que apuraba el paso para perderse en dirección a la biblioteca. Ella, mientras tanto, empezó a jugar con las manos que llevaba detrás de la espalda y observó a William en silencio, en espera de que fuera él quien hablara en primer lugar, lo que no tardó en hacer.

—Deberías tener cuidado —dijo él.

Rose elevó las cejas y lo miró con cierta sorpresa.

—¿Cuidado? —repitió.

—Con el señor Bishop. No es bueno que le crees falsas expectativas. A menos, claro, que no te molesten sus atenciones.

William dejó la frase suspendida en el aire. La muchacha frunció el ceño, sin saber qué la sorprendía más: que lord Sinclair implicara que el administrador podría estar interesado en ella o que, en tal caso, que ella pudiera corresponderlo. Un poco herida porque se atreviera a llegar a esa suposición, elevó el mentón y le dirigió una mirada de reproche.

—No sabría decirlo. No había pensado en ello —respondió, sarcástica—. Pero gracias por mencionarlo. Ahora sin duda lo haré.

Sin esperar respuesta ni mirarlo, caminó en línea recta hacia la biblioteca, decidida a contener el deseo de llorar.

* * *

Tal y como Alexander había prometido, visitó la mansión Sinclair con frecuencia, encantado con la familiar amabilidad con que era recibido. Anna lo estimaba mucho porque, al ser el amigo más cercano de William, había constituido una presencia constante desde que tenía memoria, mientras que la señora Relish lo recordaba con gran afecto. La viuda y lord Cahill, en particular, sostenían largas charlas respecto a diversas inquietudes políticas, a las que William se unía con mucho entusiasmo. La señora defendía el derecho al voto de la mujer con una pasión que invitaba a escucharla con atención y, ya que los dos amigos eran también abiertos favorecedores de la causa, podían pasar horas hablando al respecto. Si bien Alexander no tenía una participación activa en el Parlamento, a diferencia de John y William, estaba siempre al tanto de lo que ocurría y de las nuevas propuestas que se presentaban para llegar a ese punto tan ansiado.

Aunque Anna mostraba algunas señales de aburrimiento al oírlos, Rose los escuchaba con avidez, en tanto devoraba las palabras con la intención de memorizarlas para luego contarle todo a Meg en una próxima visita al albergue. En un principio, le había parecido sorprendente esa posición en personas como aquellas, que no debían de mostrar mucho interés en los cambios, ya que era evidente que tenían una vida más que cómoda con las cosas como se encontraban; pero, luego, según los escuchaba y prestaba atención a lo que comentaban, comprendió que eran lo bastante justos y razonables para aceptar que había cosas que debían ser cambiadas, más allá

de cuán impactantes pudieran resultar esas variaciones en un futuro inmediato. En opinión de lord Sinclair, iba a hacer falta aún un tiempo para ver esas modificaciones en las leyes. Lo sabía por lo que escuchaba en las reuniones del Parlamento, pero era optimista con respecto a que se darían más temprano que tarde.

Rose habría deseado tener la bastante confianza para decirle cuánto admiraba su punto de vista, pero sabía que nunca se atrevería, y tal vez a él no le agradara descubrirlo, de cualquier manera. Desde hacía unos días, apenas la miraba o le dirigía la palabra. Las interacciones entre ellos se resumían a un trato formal que la hería y disgustaba a partes iguales.

Aunque le había dicho que iba a pensar en las palabras de él respecto al supuesto interés del señor Bishop en ella, la verdad era que ni siquiera dejaba que la idea le rondara la mente. Aunque podía encontrar agradable al administrador, más allá de la enigmática actitud que mostraba, no sentía por él nada que no fuera una vaga indiferencia. William, en cambio, tal y como se recordó entonces con amargura, sí que parecía tener encaminado su futuro, o al menos eso le había comentado Anna algo más temprano aquella mañana.

Según la joven, había notado que milord se mostraba más dispuesto a socializar en las veladas a las que acostumbraban asistir. En opinión de ella, tal vez estuviera al fin decidido a seguir los consejos maternos y escoger a una agradable y distinguida joven con quien casarse. Le había dicho también en estricta confidencia que, según lo que había observado, William parecía dividir tales atenciones entre un par de jóvenes que formaban parte del grupo que su madre había aconsejado que debía tratar: hijas de familias tan nobles como la de ellos y que serían excelentes opciones. Una de ellas, en particular, resaltaba también en belleza, o eso reconocía Anna de mala gana.

—Su nombre es Eleanor Collingwood y es hija de un barón que fue buen amigo de nuestro padre —le había dicho en susurros mientras Penelope no la oía—. Y sí, es muy guapa, pero eso es todo lo bueno que puedo decir de ella.

Ante la expresión curiosa que había aflorado al rostro de Rose, la jovencita se había inclinado para hablar en voz más baja aún.

—Conozco a Eleanor, y no me gusta. He pasado algún tiempo con su hermana menor cuando éramos pequeñas. Ella, en realidad, tiene solo cinco años más que yo —le había confiado, con la nariz fruncida—. Es un poco

presuntuosa. En esa época, me llamaba “niña consentida” y le gustaba tirarme del cabello. William merece algo mucho mejor que una joven a la que le gusta tirar del cabello a otras chicas.

Rose habría deseado decir que sí, que estaba del todo de acuerdo, que William merecía más que eso, mucho más, pero el nudo en la garganta le había impedido emitir cualquier sonido. Por eso, había tenido que contentarse con asentir, en tanto rehuía la mirada de la chica para que no le viera el dolor en los ojos.

En ese momento, tras la cena a la que habían asistido lord Cahill y, para sorpresa de todos, el señor Bishop, quien había aceptado la invitación que hasta esa ocasión declinaba cada mañana, se dijo que no tenía sentido. Era inútil torturarse al recordar las palabras de Anna o imaginar a William ofrecer el brazo a alguna joven de modales perfectos con un historial tan aristocrático como el de él, y quien sin duda sería la dama a la que elegiría pronto.

La señora Relish sugirió entonces, tal y como hacía todas las últimas noches, que se reunieran en la sala de música para oír tocar a Anna, quien aceptó el pedido con graves problemas para disimular el orgullo. En opinión de la tía, iba a resultar complicado que consiguiera dominar aquella vanidad, pero la jovencita era también tan agradable al trato con todos que era sencillo pasar por alto ese aspecto de su carácter.

Luego de la interpretación de Anna, quien debió repetir una pieza particularmente alegre por pedido de la tía Penelope, se le cedió el turno a Rose. Ella no pudo negarse frente al pedido, aun cuando lamentó no haber tomado la precaución de solicitarle antes que no la pusiera en ese compromiso. Había aceptado cantar en otras ocasiones frente a la familia, pero ahora, con lord Cahill y el señor Bishop allí, no podía menos que sentirse incómoda. De cualquier manera, recibió la solicitud con una sonrisa nerviosa y se puso de pie para entonar una melodía que habían practicado antes con Anna cuando la acompañaba durante la lecciones.

Era una canción que conocía desde que vivía en las calles, antes de que tuviera que separarse de su madre, y que había escuchado luego con frecuencia cuando se habían reunido de nuevo al empezar a vivir de nuevo juntas en el albergue. No sabía de dónde provenía, aunque era posible que

fuera de la zona minera del país porque hablaba de una mujer que esperaba al hombre amado durante años. Pese a que él se había marchado hacía mucho a buscar un futuro para ambos y a que ella había dejado de recibir noticias suyas, la mujer se negaba a perder la esperanza. Por ello, mantenía la espera sin atender al paso de los años, con el corazón en llanto por la tristeza y con los recuerdos que la ayudaban a sobrevivir. No tenía un final esperanzador, pero a Rose le parecía tan hermosa aquella aplastante melancolía que la cantaba siempre que podía. Le había sorprendido en un primer momento que Anna la conociera, pero la chica le había contado que se la había enseñado su padre cuando era pequeña y que a ella también le gustaba mucho.

Cuando terminaron con la función, un silencio cayó sobre la sala antes de que la señora Relish y lord Cahill rompieran a aplaudir con entusiasmo, seguidos por el señor Bishop, que parecía sorprendido gratamente en tanto miraba de una a otra con una sonrisa halagadora. William, sin embargo, no se unió a la ovación, sino que mantuvo los ojos puestos con firmeza en Rose, y por un instante ella no fue capaz de desviar la mirada. “¿Has oído? Es por ti, siempre ha sido por ti”, habría deseado decirle. Tal vez lo haya hecho, aun cuando no fuera consciente de ello, porque él se vio de pronto imbuido por una emoción tan fuerte como la que ella sentía hasta que tuvo que desviar la vista.

Rose se retiró con la señora Relish y Anna al cabo de un momento, luego de que el señor Bishop se despidiera. William y lord Cahill, en tanto, se dirigieron al salón, ambos en silencio, en una agradable camaradería.

Alexander parecía pensativo desde que dejaron la sala de música y veía a su amigo con una expresión curiosa en el rostro. Cuando habló, lo hizo con tono reflexivo, como si siguiera una línea de pensamientos que llevaba largo rato dándole vueltas en la mente.

—Es una linda muchacha, muy talentosa —comentó con aprobación.

William no tuvo que preguntar a quién se refería, lo sabía bien, por lo que asintió.

—Sí, es verdad.

—Y noto algo distinto en ella. ¿Podrá ser un aire de distinción? —preguntó lord Cahill con curiosidad.

—Es posible que tengas razón. Creo que es una de las pocas cosas buenas que ha adquirido de su trato con Anna.

Alexander rio frente a la broma y elevó las manos en señal de rendición.

—Como sea que haya ocurrido, me alegro por ella —dijo él, algo más serio—. Mary le tiene mucha estima. Cree que es una buena chica y que merece un buen futuro.

—Estoy de acuerdo con lady Cahill, como siempre —aceptó William en tono risueño.

—La señora Allen le dijo que, si se casara, las cosas serían más sencillas para ella, pero no parece que la idea la entusiasme. Aún es joven, supongo.

—La señora Allen la entregaría al primer tendero que le toque la puerta trasera para pedirle la mano.

El tono de William surgió más amargo de lo que habría deseado, y su amigo lo miró con una ceja alzada.

—Eso no es muy amable —le espetó él, sorprendido por la respuesta—. Me consta que la señora Allen le tiene verdadero cariño.

William resopló, vagamente arrepentido.

—Cierto —aceptó de mala gana—. Pero tiene la absurda idea de que eso es lo máximo a lo que Rose puede aspirar, y no estoy de acuerdo.

—Supongo que intenta ser realista. Es poco usual que jóvenes como ella hagan matrimonios más ambiciosos.

—Conozco a una institutriz que se casó con un conde.

Alexander asintió ante el apunte del barón, sin mostrarse irritado por aquellas palabras. No era un secreto que el conde de Falmouth se había casado con la mujer que habían contratado en el pasado para que se encargara de educar al propio Alexander cuando era un niño. Decir que apreciaba a la actual condesa, Emily, era quedarse corto. Lord Cahill sentía por ella una gran admiración y el mismo afecto que le despertaría una madre. Sabía, además, que William también la estimaba y respetaba, por lo que supo sin asomo de duda que no había tenido intención de ofenderla al hacer ese paralelo.

—Buena observación —asintió él pasado un segundo, sin alterarse—. Pero aun así no creo que haya comparación. Emily trabajaba para John, cierto, pero provenía de una buena familia y fue una joven bien instruida. Su

posición estaba clara. No es el caso de Rose.

—¿Por qué no?

—Ella prácticamente ha vivido en las calles; su educación, aunque esmerada, no deja de ser irregular, y sus circunstancias son muy complicadas.

—Alexander procuró ser justo con aquella apreciación, en especial al notar cuánto parecía importarle a lord Sinclair—. ¿Puedes pensar en un noble esnob interesado en casarse con ella?

—Tu hermano no es un esnob.

—Desde luego que no, pero es una rareza en estos tiempos, y lo sabes. Además, Rose no se mueve en un círculo que le permita hacer esas conexiones.

William asintió tras oírlo, pero estaba lejos de mostrarse convencido. Alexander estuvo tentado a insistir, aunque no se atrevió a hacerlo. Incluso él, curioso por naturaleza y poco dado a respetar los silencios, podía reconocer que su amigo estaba muy lejos de allí mientras veía el fuego que crepitaba en la chimenea y daba golpes con la bota sobre la alfombra. Tal vez, después de todo, las cosas en Londres eran más interesantes de lo que había pensado al llegar.

* * *

La siguiente vez que Penelope le sugirió que las acompañara a una de las veladas a las que ella y Anna pensaban asistir, William tuvo que negarse con energía y desoír los reproches de Anna. No estaba de humor para departir con jovencitas insípidas que no despertaban en él más que una aburrida indiferencia cuando la única que en verdad le interesaba vivía bajo su propio techo y no dejaba de atormentarlo con aquella presencia.

Recordaba con una mezcla de confusión y disgusto la última noche en que había escuchado a Rose cantar. Lo primero, porque aún le costaba asimilar el impacto que le había supuesto escucharla, perderse en aquella voz y ver ese rostro interpretar una canción que le había hecho sentir tantas cosas al mismo tiempo; tantas que aún no estaba seguro de qué eran o qué hacer con ellas.

Y el disgusto. Bueno, el disgusto estaba relacionado con el señor Bishop y la aparente incapacidad del hombre para ocultar lo que Rose le inspiraba. Recién entonces se daba cuenta de la razón que había tenido su tía al advertirle al respecto. Desde luego, ella no tenía idea de cuán poco le complacía saber que la viuda había estado en lo cierto todo el tiempo.

Al advertir el modo en que el señor Bishop veía a Rose, William se había sentido embargado por el impulso de hacerlo a un lado y ordenarle que no se atreviera a mirarla de esa manera, con el deseo reflejado en los ojos, el mismo que sentía él. Pero no tenía el derecho de hacerlo. Rose no le pertenecía, y esa certeza lo sumió en un silencio ominoso aquella noche. Jamás en toda su vida, con la amplia experiencia que tenía, había experimentado un sentimiento de deseo insatisfecho como el que lo embargaba al mirarla. Quería reclamarla como un salvaje, y se avergonzó por ese impulso. ¿Qué demonios iba a hacer? Tal vez la tía Penelope estuviera en lo cierto y lo mejor fuera que Rose encontrara un buen hombre que la mereciera, alguien como Bishop, pero la posibilidad de que otro la tocara, que poseyera el derecho que él ansiaba, le provocó ganas de echar el mundo abajo. ¡Maldita hada! ¿Qué era lo que le estaba haciendo?

Como si la hubiera invocado con el pensamiento, unos discretos pasos anunciaron la llegada de la joven, y William estuvo a punto de emitir un juramento. Se había refugiado en la biblioteca a la espera de encontrar un poco de paz allí, pero estaba claro que el universo no iba a conferirle esa gracia.

Los empleados, salvo los que quedaban de guardia, se habían retirado ya, y la casa estaba sumida en un silencio que habría encontrado agradable en otras circunstancias. Ahora lo ahogaba, y la presencia de Rose solo consiguió aumentarle la irritación. No era culpa de ella, lo sabía, pero verla de pie en la entrada de la sala, con esa expresión de subyugante inocencia, con esa figura delicada cubierta por una blusa de un blanco virginal y la larga falda que le caía alrededor de las piernas, le quitó el aliento, y sintió un ramalazo de deseo golpearle el corazón.

Cuando ella notó la presencia del lord, hizo un leve gesto de duda, como si se dividiera entre dar media vuelta y desaparecer de regreso a la habitación o reunirse con él. Al final, optó por lo segundo, y William no estuvo seguro

de si se alegraba por eso o no.

—Lamento haberlo interrumpido. Solo vine por un libro —dijo ella al acercarse, titubeante—. Me iré en un momento.

Él asintió.

—Toma los que quieras, no hay prisa.

Ella se dirigió entonces a una estantería alejada. William había advertido que de allí acostumbraba tomar los títulos que más le llamaban la atención para luego llevarlos con ella a su cuarto, y la observó en silencio. Cuando sintió que esa quietud era intolerable para ambos, carraspeó y buscó algún tema de conversación que pudiera ayudarlos a hacer más soportable la mutua compañía.

—¿Cómo se encuentra tu amiga? ¿Ha terminado de adaptarse al albergue?

Rose lo miró sobre el hombro al oírlo y le dirigió una pequeña sonrisa.

—Eso creo. La vi ayer cuando fui de visita y, aunque no es una persona muy efusiva, como habrá notado, tengo la impresión de que se encuentra muy a gusto —respondió ella, para continuar luego, con un mohín—. Desde luego, está muy agradecida por su ayuda, espero que lo sepa.

—Lo sé, no te preocupes. He pensado en hablar con ella pronto. En nuestra primera entrevista no pude tratar al detalle todos los aspectos de su contratación, dudo de que le haya mencionado siquiera cuánto recibirá por su trabajo. Ahora que lo pienso, fue una negligencia de mi parte.

Rose amplió la sonrisa y sacudió la cabeza de un lado a otro, con un libro acunado contra el pecho.

—No tiene que sentirse mal por eso —le aseguró—. Meg sabe que será justo con ella.

—¿Cómo podría saberlo? Apenas me conoce.

—Yo se lo dije.

Ante esa sencilla respuesta, William dio un paso en dirección a la joven y la miró con atención.

—No deberías tenerme tanta fe —dijo él en tono un poco grave—. Tal vez te asombre y no sea una sorpresa agradable.

—Supongo que lo descubriremos con el tiempo —replicó ella con sencillez—. En tanto, elijo confiar en usted.

—Eres más astuta de lo que te gusta aparentar, ¿no?

Rose le dirigió una mirada burlona.

—¿Acaso parezco tonta? —preguntó ella.

—No. —William no pudo reprimir una sonrisa al responder—. Pero sí muy cauta. No compartes mucho.

—Mi madre decía que hay que pensar las cosas dos veces antes de decirlas, en especial...

—¿En especial?

Rose vaciló antes de responder, tras dirigirle una mirada de reojo.

—Con los señores como usted —completó al fin—. Porque son muy susceptibles y fáciles de ofender.

—Una mujer sabia, tu madre. Aunque yo diría que todos somos susceptibles cuando recibimos críticas.

—No pretendía criticarlo.

William se encogió de hombros sin dejar de observarla.

—Creo que sí. Y no recuerdo haberme quejado.

Rose abrió la boca para responder, pero la cerró de inmediato y volvió la atención a la estantería, mientras William se dirigía a la ventana para ver la noche al otro lado del cristal. La oyó ir de un lado a otro, al tiempo que descartaba los libros que no terminaban de tentarla y separaba los que sí.

Al cabo de un rato, el movimiento cesó, y ella se acercó con una pequeña pila de volúmenes entre los brazos. Lo observaba con la cabeza ladeada, un gesto que delataba la curiosidad que experimentaba.

—¿Por qué no fue al baile con su hermana y su tía? —inquirió ella.

Él dejó la contemplación nocturna y se giró para mirarla.

—No sentí deseos de hacerlo —respondió con sencillez.

—Pero...

—¿Pero qué?

Rose tenía el ceño fruncido y lo observaba con algo parecido al desconcierto.

—Anna dijo que estaba decidido a no perderse esta temporada porque es muy importante para usted —dijo ella al fin, tras vacilar.

—¿Y eso por qué? —insistió él.

Ella empezó a pasar un dedo por el lomo de uno de los ejemplares que llevaba, en un gesto que develaba nerviosismo.

—Porque piensa casarse y es en eventos como aquellos donde puede encontrar a una candidata apropiada —explicó—. Fue solo un comentario. Ella no tenía mala intención al decirlo.

—Mi hermana habla demasiado —replicó él de inmediato con un gesto de fastidio—. Y tú no deberías tomar en cuenta todo lo que dice.

Rose enderezó los hombros al oírlo, sin poder evitar sentir que algo se rebelaba en el interior de ella frente a ese tono álgido, que odiaba que usara para hablarle. Apretó los dientes sin responder, le dirigió una mirada de enojo muy similar a la que él exhibía y se dio vuelta con intención de marcharse, pero él la detuvo al pronunciar su nombre.

—Deberías preocuparte más por tu propio futuro —sugirió él—. ¿Has meditado lo que harás frente al interés del señor Bishop? Creí entender que pensabas hacerlo.

Rose sintió que algo se rompía dentro de ella al oírlo y dio media vuelta para enfrentarse a él.

—No lo he pensado, y aun cuando así hubiera sido, eso no es de su incumbencia.

—¿No lo es?

—¡No! —Ella alzó la voz sin importarle quién pudiera oírla o cómo tomara él la afrenta—. Y no quiero oírlo más. No tiene ningún derecho a inmiscuirse de esa manera en mi vida. Usted puede hacer lo que quiera, pero yo no soy nada suyo, y no manda sobre mí.

William acertó la distancia entre ambos hasta que se encontró tan cerca que habría podido tocarla tan solo con extender una mano.

—¿No lo hago? ¿Estás diciendo que no tengo ningún poder sobre ti? —preguntó él.

Rose estaba demasiado ofuscada para notar el matiz en la voz del caballero y lo que podrían implicar aquellas palabras. Lo único que advirtió fue que hablaba como si tuviera el derecho de decirle lo que debía hacer o a quién amar, y algo como aquello era simplemente intolerable, sobre todo al

venir de él. Por eso, dejó caer los libros al suelo, un gesto que en otras circunstancias la habría horrorizado, y lo señaló con un dedo tembloroso por la ira que la embargaba.

—No, no lo tiene, y si es eso lo que piensa, tal vez no debería permanecer aquí.

—No he pretendido...

Rose lo interrumpió con un quejido que sonó como un lamento, sin notar las lágrimas que habían empezado a caerle por las mejillas.

—¿Por qué no me deja en paz? ¿Qué es lo que quiere de mí? —demandó, desesperada.

—Rose...

—No quiero seguir aquí, quiero irme, no soporto estar... ¿Es que no puede verlo?

William hizo el intento de tocarla, pero ella retrocedió como si la idea le provocara terror.

—¿Qué? —preguntó él en un susurro.

—Lo mucho que me duele.

Sin atreverse a decir más, Rose dio giró y se alejó de él con rapidez, en una carrera alocada que no detuvo hasta llegar a la habitación. Una vez allí, empezó a dar vueltas y a mesarse los cabellos sin dejar de llorar, al tiempo que se dirigía al armario en un rincón, del que sacó a rastras el baúl con el que había llegado, sin ser del todo consciente de lo que hacía. Pero no fue capaz de abrirlo siquiera, pues las lágrimas le impedían ver con claridad, y comprendió lo que habría significado dejarse llevar por ese arrebató. De cualquier modo, no importó, porque la puerta que había cerrado al entrar se abrió con un golpe sordo. William se detuvo en el umbral, en tanto la buscaba con la mirada.

Cuando la vio de pie en el medio de la habitación con el baúl a los pies y las mejillas húmedas por el llanto, la observó con el semblante demudado y cerró la puerta tras él. A continuación, dio un paso en dirección a ella y la miró de tal manera que Rose sintió como si fuera capaz de ver a través de las mil y una fortalezas que había levantado durante todos esos años para proteger aquel secreto.

“Por favor, no me veas así, te lo ruego. Si continúas viéndome así, lo sabrás”. Habría deseado colocarse de rodillas y suplicarle que se fuera, que la dejara sola, pero no pudo o no quiso, no lo sabía. Él tampoco debió de ver la desesperación en los ojos de ella, porque, en lugar de alejarse, se acercó hasta que Rose sintió la calidez que desprendía ese cuerpo y tuvo que bajar la mirada para fijarla sobre los botones del chaleco de él.

—¿Por qué? ¿Por qué te duele? —inquirió él, como si nunca hubieran interrumpido la conversación.

Rose tardó en responder.

—Sabe por qué —dijo ella, y la voz surgió tan baja que pensó que no la había oído.

William, sin embargo, la había escuchado con claridad. Tal vez tendría que ver con el hecho de que, sin saber cómo, el mundo se había reducido a ellos dos, ajenos a cualquier ruido que no fueran las respiraciones agitadas de ambos o el latido de esos corazones.

—¿Por lo mismo que a mí? —insistió él.

—Milord...

—Responde mi pregunta.

William le tomó la mano y se la llevó al pecho, a la altura del corazón, que golpeaba a un ritmo acelerado. Rose sacudió la cabeza de un lado a otro y aspiró como si se estuviera ahogando.

—No puedo —susurró ella—. Si lo hago, tendré que marcharme, y no quiero irme.

Él esbozó la sombra de una sonrisa y usó la mano libre para tomarla por la nuca y atraerla hacia sí, sin dejar de mirarla a los ojos, que ella había levantado llevada por la impresión al sentir el contacto.

—¿Crees que podría permitir que te fueras ahora? —William se inclinó para hablarle al oído—. Te veo todo el tiempo, y no es suficiente. Me volvería loco si te fueras.

—No digas cosas como esas.

Rose no fue consciente de ello en ese momento, pero era la primera vez que lo tuteaba. William sí lo notó y exhaló un suspiro complacido.

—¿Por qué no? —cuestionó él—. Es la verdad. Lo sabes hace mucho, incluso antes que yo.

—Sé lo que yo quiero.

William le sostuvo el rostro entre las manos y le acercó los labios a la boca mientras hablaba en susurros, aunque las palabras surgieron tan firmes y reales que, de haberlas gritado al mundo, no habrían podido brotar más poderosas.

—Lo que tú quieres y lo que yo quiero son exactamente lo mismo.

La besó entonces con pasión en tanto le pegaba el cuerpo al de ella sin vacilar y le invadía la boca con la lengua. Cuando Rose pensó que debía de estar soñando, que despertaría en cualquier momento para descubrir que todo era una ilusión, él se separó de golpe. Pero esa vez el hechizo no fue roto porque pudo percibir con claridad, incluso a través de los párpados cerrados con firmeza, la calidez de esa mirada y el roce de los labios de él sobre la frente.

—¿Vas a decir que no quieres esto tanto como yo?

Rose abrió los ojos al oír aquella voz susurrante, y William se sorprendió al ver la manera en que brillaban. Ella, sin embargo, no respondió; al menos no con palabras que a esas alturas no tenían mayor sentido. En lugar de eso, se colocó de puntillas y posó los labios con suavidad sobre los de él, una caricia titubeante en la que revelaba por primera vez en la vida todo lo que sentía y anhelaba. Sabía que tal vez hacía mal, pero había soñado durante tanto tiempo con ese momento que no le importó. No habría podido perdonarse nunca a sí misma si huía de él. No otra vez.

Rose era inexperta, y el roce estaba cargado de un inocente candor, pero William sintió como si el corazón le fuera a estallar frente a ese leve toque. En ese momento, simplemente dejó de pensar. La abrazó con todas las fuerzas que tenía, de manera de rodearla sin dejar de besarla, con lo cual profundizaba ese contacto, y ella correspondió con todo el deseo y el amor contenidos por años.

Rose le apoyó las manos sobre el pecho y entreabrió los labios para que él asaltara la boca de ella, y William lo hizo al tiempo que le posaba una mano sobre la cadera y con la otra empezaba a tirarle del cinturón que le ceñía el talle. En el mismo proceso, le deshizo los botones de la blusa y la hizo a un lado sin separar aquellos labios ni un instante. Cuando hubo terminado de soltar la prenda, la deslizó por los hombros de la joven hasta que cayó entre

ellos y recién entonces interrumpió el beso y la apartó para mirarla a los ojos sin dejar de tironear de los restos de la ropa. El sencillo corsé estaba ahora a los pies de ambos junto con el montón que hacían la falda y la enagua. Rose se quedó tan solo con la delgada camisola, pero no se mostró tímida al revelarse apenas cubierta frente a él. Por el contrario, elevó una mano temblorosa para sujetarlo por el chaleco en un amago de tirar de los botones; él, sin embargo, la detuvo al sujetarla por la muñeca.

—Rose —le dijo, y por un instante le costó creer que ese gemido angustiado fuera propio—. Detenme, pero, por lo que más quieras, si vas a hacerlo, que sea ahora.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro y esbozó una suave sonrisa.

—No puedo —respondió.

William le sostuvo el rostro con una mano y usó la otra para deshacerse de los alfileres que le sujetaban el cabello hasta que cayó como una cortina de seda sobre ambos.

—No quiero lastimarte —expresó él con voz agónica.

—No lo harás.

—No quiero que tengas miedo.

Rose elevó las manos y lo rodeó por el cuello, a la vez que se le acercaba de nuevo hasta hablarle sobre los labios.

—No lo tengo —susurró, y William jamás la había oído tan segura de algo.

Él emitió un jadeo cargado de desesperación y, tras una última mirada, bajó la cabeza para besarle el cuello y recorrer la delicada piel con los dientes y la punta de la lengua. Rose contuvo el aliento al sentirlo y se arqueó contra él al advertir que las piernas le fallaban como un castillo de arena golpeado por el mar que estaba a punto de deshacerse. William la sostuvo con firmeza pero sin detener la exploración. Parecía decidido a darle tanto placer como le fuera posible, como si toda la experiencia acumulada a través de los años hubiera sido apenas la antesala para ese momento. Solo valdría de algo si con ella conseguía que Rose sintiera siquiera una fracción de todo lo que experimentaba él al tocarla, al saborearle la piel y percibir el temblor que la recorría de pies a cabeza.

Recién cuando ella emitió un gemido angustiado y se pegó contra él en señal de impotencia, la alzó entre los brazos y la dejó caer con cuidado sobre la cama. Se detuvo un momento para observarla en silencio y, al verla allí tendida con el cabello revuelto y los labios inflamados por los besos, con la camisola subida hasta los muslos y con únicamente los zapatos y las medias, le pareció la imagen más sensual que había visto en la vida. Se deshizo del chaleco con movimientos torpes e hizo otro tanto con la camisa. Luego se tendió al lado de ella sin dejar de observarla. Quería devorarla con la mirada como un depredador, marcar aquel cuerpo para siempre, porque supo en ese preciso instante que Rose solo podría ser de él, de la misma manera en que estaba decidido a entregarse a ella.

Le subió las manos por las piernas hasta llegar a los muslos de ella y se deshizo de las medias una por una con movimientos medidos y cargados de sensualidad, al tiempo que sonreía al oírla suspirar mientras le recorría las piernas desnudas con las yemas de los dedos. Rose ahogó un nuevo gemido cuando reemplazó las manos por los labios y se retrajo, golpeada por una oleada de timidez al sentir el roce entre las piernas. Él la sostuvo por la cintura sin permitir que se apartara y la besó al tiempo que le susurraba palabras secretas contra los labios y el punto del cuello donde le latía el pulso acelerado. Continuó hasta que la sintió relajarse y entreabrir las piernas en busca del contacto de una mano que él no dudó en usar con habilidad para excitarla hasta que la oyó jadear. Recién entonces terminó por deshacerse de la camisola con la ayuda de una temblorosa Rose, que apenas parpadeó cuando él se detuvo de rodillas sobre la cama para contemplarla desnuda.

William apoyó el rostro sobre el vientre de ella con un suspiro, en tanto aspiraba el familiar aroma a azahar que relacionaría durante toda la vida con ella, y le lamió la piel en un recorrido que subía hasta los pechos y descendía al punto entre las piernas. Rose se retorció, y él la sostuvo por las caderas mientras la besaba con desesperación.

—¿Es esto lo que quieres? —inquirió él sin detener el frote de los cuerpos.

Ella sacudió la cabeza y gimió.

—Sí. No lo sé.

—¿No? Pues tendremos que descubrirlo. —Sonrió.

—William...

Él se separó apenas un instante para verla con ojos nublados por la pasión.

—Dilo de nuevo —pidió.

—¿Qué?

—Mi nombre. —Frunció el ceño al ver la lánguida sonrisa de ella—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué sonríes?

—Tu nombre —repitió Rose—. Si supieras cuánto significa tu nombre para mí.

Él le enterró la nariz en el cuello y aspiró el olor con los ojos cerrados.

—Podrías explicármelo —sugirió con voz ahogada.

—Fue la primera palabra que dije —le reveló en susurros—. Apenas podía pronunciarlo entonces. La primera vez que lo intenté, solo conseguí balbucearlo, pero fue el sonido más dulce que oí en mi vida. Porque era tu nombre.

La confesión cayó sobre ellos como un velo que terminó por distanciarlos del universo, y William comprendió que no podía retrasar más el momento. La deseaba tanto que sentía como si se ahogara, el corazón le petardeaba contra el pecho en un ruido sordo que le repercutía en los oídos. Sin detener las caricias, se despojó de los pantalones y se tendió sobre ella, los antebrazos apoyados a ambos lados de la cabeza. La muchacha lo veía con los ojos entreabiertos y una expresión soñadora que terminó por desarmarlo. Suspiró, con el sudor que le corría por la frente, y la penetró con un movimiento lento, pero se detuvo de golpe al ver un gesto de dolor cruzarle el rostro. Rose, sin embargo, levantó las caderas para instarlo a continuar, y él empujó un poco más en tanto acallaba el grito que le subió por la garganta con un beso. Empezó a moverse dentro de ella con movimientos lentos y medidos, para luego aumentar la rapidez hasta que terminó por perder el control, sumido en un agónico ritmo que encontró reflejado en la desesperación con que Rose intentaba igualar aquella pasión. Ella le mordía el hombro para contener los gemidos que se le escapaban de los labios, y él la besó para acallar los propios, aunque no fueran del todo conscientes de lo que hacían ni temieran ser oídos. La casa hubiese podido caérseles sobre las cabezas y no lo habrían notado.

William emitió un gemido de satisfacción y se derrumbó sobre ella en un éxtasis que lo dejó temblando. La respiración le surgía con dificultad a través de los dientes, y tuvo que boquear como un pez para recuperar el aliento. Jamás en toda la vida había sentido nada igual y, al ver a Rose, supo que experimentaba exactamente lo mismo. Ella tenía los ojos entrecerrados y sonreía con una expresión de paz que no le había visto antes. Él rodó entonces de lado, de modo de retirarse de ella con suavidad para no lastimarla, y se recostó junto a la joven, en tanto le sostenía la mano hasta que las respiraciones de ambos se tranquilizaron.

—Lo siento —se disculpó él cuando pudo recuperar la voz.

Ella ladeó el rostro para mirarlo a los ojos. Sonreía, y le apretó la mano contra el vientre.

—¿Por qué? Fue hermoso.

—Será mejor para ti la próxima vez. Lo prometo.

—¿La próxima?

William se incorporó para besarla en los labios.

—Sí.

Tras esa sencilla respuesta cargada de promesas, se enderezó y colocó los pies fuera de la cama. Rose apoyó el rostro sobre el antebrazo y miró cómo se movía por la habitación sin sentir ni el más mínimo rastro de timidez por el cuerpo desnudo. Era algo digno de admirar, y la acometió una oleada de pertenencia tan poderosa que no supo si reír o llorar por lo extraño de la situación. Ni en los más atrevidos sueños habría podido imaginar algo como eso. Estuvo tentada de pellizcarse tan solo para confirmar que estaba despierta, pero no hizo falta que lo hiciera. Al ver a William regresar hacia ella, supo que era la más hermosa realidad y desterró cualquier pensamiento referido a lo que haría cuando terminara. Porque lo haría, sin duda. El paraíso en el que se encontraba no iba a albergarla para siempre, pero al menos por ese instante quiso pensar que sí, que podría quedarse allí durante toda la vida.

Él, ajeno a tales pensamientos, la ayudó a asearse con el paño que había llevado para ese fin, lo que le provocó un leve sonrojo, pero pronto fue reemplazado por el placer de compartir una experiencia tan íntima. Cuanto

terminó, la envolvió entre los brazos para acercarla hacia sí, y se tendieron sobre la cama, con las respiraciones que se acompasaron hasta que los venció el sueño.

* * *

William despertó poco antes del amanecer y permaneció varios minutos contemplando a Rose dormir. Era lo más hermoso que había visto en la vida. No podía creer que esa criatura misteriosa y serena se hubiese entregado a él con semejante pasión. Rememoró los suspiros y gemidos, el placer que le había brindado saber que era capaz de hacerla experimentar todas esas emociones.

Al delinearle la mejilla con el pulgar, comprendió lo que había estado negándose durante tanto tiempo. Rose no era muy joven, muy pequeña o demasiado inocente. Lo supo en ese instante. Ella era perfecta. Y era suya. Lo había sido siempre.

Los dedos se detuvieron sobre la marca cubierta a medias por el cabello que le caía sobre la frente. La cicatriz iba del final de la ceja derecha al nacimiento del pómulos, apenas una fina línea que se había difuminado con el paso de los años pero que permanecía aun visible para quien la observara con atención. No le restaba, sin embargo, ni un ápice de belleza, sino que acentuaba el halo misterioso que la envolvía. ¿Cómo se la había hecho? ¿Un accidente? ¿Una paliza en la niñez? La última opción provocó en él un profundo deseo de maldecir, romper cosas y abrazarla, todo al mismo tiempo.

Rose entreabrió los ojos como si hubiera sido capaz de percibir aquellas emociones en sueños y, cuando lo vio, le sonrió con dulzura, al tiempo que él alzaba una mano con suavidad para posarla sobre el rostro de ella.

—¿No es un sueño? —preguntó la joven.

—Si fuera así, entonces también yo estaría soñando.

—No quiero despertar.

Él sonrió y le cubrió los labios con los propios, para fundirse en un dulce beso que se encargó de desvanecer cualquier duda. Cuando se separaron, William reanudó la caricia sobre el rostro de Rose y le dirigió una mirada curiosa.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz? —inquirió.

Sintió que el cuerpo de Rose se tensaba frente a la pregunta y que hacía amago de apartarse, pero él la sostuvo por la cintura con la mano libre y le impidió que pusiera un centímetro de distancia entre ambos.

—Mi rostro está bien —respondió ella al cabo de un momento en un tono levemente retador.

William sonrió y le acercó los labios a la sien para hablarle sobre el oído.

—Desde luego que está bien —coincidió él—. Es perfecto. Pero preguntaba por la cicatriz.

Rose respondió al fin, tras exhalar un hondo suspiro, con la mirada perdida, como si intentara adentrarse en ciertos recuerdos.

—Me la hice en la fábrica —explicó ella—, en la que trabajaba mi madre cuando yo era niña.

—¿Qué edad tenías entonces?

—Cuatro años, casi cinco.

—¿Qué hacías allí? —cuestionó él en tono sorprendido.

—Acompañaba a mi madre. Ella estaba trabajando. La idea era que yo lo hiciera también. Aceptaban a algunos niños, pero era demasiado pequeña aún; tenía que esperar al menos un año más para que mis manos sirvieran para limpiar las piezas y ese tipo de labores. —Rose notó la mirada de él fija en el rostro y no pudo contener un gesto de incomodidad—. No me veas de esa forma. Sabes que es así como son las cosas.

—No tendrías...

Ella lo ignoró y continuó. La voz era suave, tan melódica como siempre, pero al mismo tiempo fría y carente de emoción.

—Estaba muy quieta. Nunca me movía mucho y no hablaba aún; tal vez podía hacerlo ya, no estoy segura, pero mamá decía siempre que tenía que estar quieta y callada o el jefe la echaría. Así que me quedaba en el lugar y no decía una palabra. Las máquinas eran enormes, y tenía miedo de que alguna cayera sobre mi cabeza. —Rose esbozó una suave sonrisa al recordar—. Ese día había recibido un dulce de una de las compañeras de mi madre y estaba bajo una de las máquinas para que nadie me viera. Sucedió algo en ese momento, nunca supe qué, pero de pronto oí voces muy altas, lo que era raro porque la gente allí tenía prohibido conversar mucho. Sonó luego como si el

techo se abriera sobre mí, y oí el grito de mi madre, pero ella estaba lejos y yo no sabía qué hacer, si quedarme quieta como me había ordenado o correr. Me quedé quieta, pues temía que se enojara conmigo si la desobedecía, y solo recuerdo que las piezas cayeron sobre mí. La mayoría no eran muy grandes o pesadas y apenas las sentí, pero una me golpeó aquí. —Se tocó la sien y parte de la mejilla en un ademán instintivo—. Mamá me dijo luego que no emití ningún sonido, pero yo estaba segura de que sí. Sentí el grito en mi garganta. Sí que grité, pero nadie me escuchó.

Cuando calló, William la envolvió entre los brazos, y ella apoyó el rostro sobre el pecho de él.

—¿Qué ocurrió luego? —preguntó tras unos minutos de silencio.

Necesitaba saber, comprender a esa mujer a la que sostenía y que había empezado a hacerse un lugar tan importante en el corazón de él. Era un misterio aún, y quería saberlo todo de ella, conocer aquel pasado, por trágico que fuera, consolarla, borrarle los malos recuerdos. Rose lo miró con tranquilidad antes de responder, al tiempo que le acariciaba el hombro con ademán reflexivo.

—Después de eso, mi madre dejó la fábrica y encontró otro empleo en una de cerillas, pero no quería que estuviera con ella, al menos hasta que me recuperara del todo, así que buscó con quién dejarme. El problema era que no teníamos familia y sus pocos amigos tenían sus propios apuros.

—Fue entonces que llegaste a ese lugar, a la guardería.

—Sí —ella afirmó en un susurro—. Era un lugar horrible. Todos los de ese tipo lo son. No pretendo inspirar lástima. A decir verdad, creo que fui afortunada, solo me quedé por unos meses. Algunos niños vivieron allí durante años. A mi madre la echaron de la fábrica por unirse a una huelga y exigir mejores condiciones. Luego del accidente, había comprendido lo riesgoso que era todo en verdad y algo había cambiado en ella. Cuando se quedó sin empleo, no pudo hallar otro, así que no tuvo más dinero para pagar y que me tuvieran en ese lugar. Me sacó de allí y me llevó con ella.

—¿A las calles? —Él intentó ayudarla a continuar.

Rose cabeceó, insegura.

—No en un inicio. Algunos de sus amigos nos permitían pasar las noches en sus casas. No era tan malo. Pero luego no hubo más amigos, o estaban tan desamparados como nosotras, y solo nos quedó la calle. Ella estaba desesperada en esa época, pero solo pensaba en mí. En la guardería le habían dicho que podía dejarme allí y que, si renunciaba a mí, ellos me encontrarían una buena familia, pero por fortuna ella nunca les creyó. Todos sabían que a veces vendían los niños a explotadores. No sabíamos qué hacer. Fue entonces cuando apareció lord Cahill. —William fue capaz de sentir aquella suave sonrisa sobre la piel—. Lo recuerdo ahora y es maravilloso, pero en ese momento mi madre y yo estábamos muy asustadas. Se escuchaban cosas terribles de mujeres que habían aceptado ayuda de desconocidos y nunca se había sabido más de ellas. Pero mi madre eligió confiar, y sabes que fue la mejor decisión que pudo haber tomado. Cambió nuestras vidas. Me dio una nueva que nunca habría podido soñar. Me llevó a ti.

Él le acarició el cabello en silencio, al tiempo que intentaba asimilar esas palabras, incluso las que no había pronunciado. Imaginó a una niña asustada con solo la esperanza como sostén en una vida que apenas alcanzaba a concebir, recordó la primera vez que la había visto y la oleada de ternura que lo sacudió entonces al encontrarse con esa mirada. Comprendió que no fue solo por el pedido de Mary que convirtió el hecho de velar por el bienestar de esa Rose niña en una cruzada personal. No lo sabía entonces, pero esa chiquilla había llegado a la vida de él para cambiarla, para abrirle los ojos a un mundo nuevo en el momento preciso.

Con un suspiro, la atrajo más hacia sí, sacudido por un estremecimiento al sentir que los dedos de ella le recorrían la piel de la espalda. Excitado, le sujetó la muñeca y se la llevó al pecho con una ceja alzada.

—Deja de hacer eso o no respondo de mí —le advirtió—. Es muy pronto para ti.

Rose lo obsequió con una sonrisa traviesa y frotó el cuerpo contra el de él, divertida al notar la reacción de William, que le dirigió una mirada ceñuda.

—Pero no lo es para ti —indicó ella, desafiante.

Él la mantuvo alejada con la mano apoyada con firmeza sobre la cadera de ella y le acercó el rostro para hablarle sobre los labios.

—Intento ser considerado, y no es sencillo: no lo arruines —le dijo, antes de besarla.

Rose cerró los ojos y correspondió con entusiasmo, las manos posadas sobre el pecho de él. Parecía temer que fueran a perder momentos preciosos si cedían a los escrúpulos de William.

—Te deseo —susurró entre suspiros.

Él cerró los ojos y aspiró con fuerza, determinado a esperar.

—Esta noche —le sugirió—. ¿Puedo venir a ti esta noche?

—Sí.

La promesa pareció bastar para que Rose dejara ese juego en el que arriesgaba su propia suerte, y se contentó con dejarse llevar por la respiración acompasada de él. Se rindió una vez más al cansancio con la seguridad que le daba el calor de aquellos brazos. Cerró los ojos y exhaló un suspiro satisfecho hasta que se quedó dormida, en tanto William permanecía en una callada vigilia, ensimismado.

CAPÍTULO 9

Rose despertó asaltada por un furioso golpeteo a la puerta y frunció el ceño al intentar incorporarse, confundida por la claridad de la luz que se filtraba entre las cortinas corridas y por ese sonido que no dejaba de martillearle en la cabeza. Jadeó sin poder evitarlo al sentir unas punzadas entre las piernas, y luego la bruma del plácido sueño se esfumó y recordó todo. Ante aquella memoria, abrió mucho los ojos y se cubrió el cuerpo con las mantas, al tiempo que la puerta de la habitación se abría con un golpe sordo que la obligó a repantigarse en la cama.

—¿Aún no te has levantado? ¿Qué estás esperando? La tía Penelope y yo llevamos horas esperando por ti para ir a desayunar.

Anna se detuvo en medio de la habitación y la miró con ojos cándidos y expresión reprobadora, como si no pudiera creer que alguien quisiera hacer algo tan aburrido como dormir cuando ella se encontraba llena de energía. Ese día, llevaba un bonito vestido blanco de mañana y parecía tentada a dar brincos en cualquier momento.

Rose temió que, de alguna manera, ella pudiera verle en el rostro, en la poca piel descubierta del cuerpo, que ya no era la misma, que no lo sería nunca más. Todo había cambiado entre ella y William. Era de él ahora y creía tener aquel nombre tatuado en la piel, allí donde ardía y donde recordaba que la había tocado. Se preguntó si él llevaría esas marcas también.

Pero la jovencita estaba demasiado emocionada como para advertir cualquier cambio en la señorita Turner, si es que era siquiera evidente, y continuó con el parloteo en tanto ignoraba el silencio de su amiga.

—Tienes que levantarte ahora, Rose. Hoy es un gran día —la instó, y se apresuró a correr del todo las cortinas, con lo que la joven emitió un nuevo gemido.

—¿Y por qué es un gran día, según tú?

Anna se acercó a la cama y ella se replegó más en sí misma, tentada a echarla porque estaba a punto de provocarle un ataque de nervios. La mente de Rose era un caos, y esa verbosidad solo conseguía perturbarla más, pero no tuvo corazón para hacerlo. Anna se veía tan feliz y era tan inocente de todo que intentó mostrarse tan tolerante como le fuera posible. Por fortuna, la chica no reparó en el semblante sombrío de la amiga, o en todo caso, no quiso atribuirse la responsabilidad por ello.

—¡Daremos un baile! —anunció Anna mientras abría los brazos tanto como podía—. La tía Penelope me lo dijo anoche. Ha estado pensando en eso y cree que este es el momento perfecto para hacerlo. Ahora mismo está hablando de ello con William, y estoy segura de que aceptará. Vamos, Rose, nos esperan en el comedor, y quiero saber lo que dice mi hermano.

La muchacha apretó los dientes y asintió de mala gana.

—De acuerdo, iré, pero deja que me vista primero —aceptó ella—. Espérame fuera un momento.

Anna no aguardó que se lo pidiera dos veces, sino que corrió para dejar la habitación, pero tuvo la gentileza de cerrar la puerta al salir. Cuando se quedó a solas, Rose dejó caer la cabeza sobre la almohada y exhaló un profundo suspiro antes de ponerse de pie.

Encontró la ropa sobre un sillón y agradeció en la mente a William por haberla recogido antes de marcharse o, por muy despistada que fuera Anna, sin duda le habría parecido extraño encontrarla desperdigada por el suelo de la habitación. Contuvo un sonrojo al pensar en cómo se había comportado la noche anterior y en que sería incapaz de mirarlo a los ojos cuando se topara con él en el comedor. Sin embargo, no se permitió pensar demasiado en ello porque conocía lo suficiente a la jovencita para saber que, si no se daba prisa, no dudaría en ir a buscarla de nuevo. No le costaba imaginarla dando vueltas en el pasillo al otro lado de la puerta, ansiosa.

Se aseó, tomó una falda y una blusa limpias y se vistió con rapidez. Se sujetó el cabello en lo alto lo mejor que pudo, tras contener un estremecimiento cuando el recuerdo de las manos de William al desperdigarlo sobre la almohada la golpeó como un rayo. Antes de salir, echó una mirada a la cama y corrió para retirar las sábanas, que escondió en el armario, decidida a deshacerse de ellas tan pronto como regresara. La

doncella que arreglaba las habitaciones sin duda lo juzgaría extraño, pero eso era mejor a que se encontrara con las telas manchadas y empezara a hacer preguntas que no podría responder.

Tal y como había supuesto, Anna la esperaba al otro lado de la puerta sin dejar de sonreír, y Rose no pudo evitar corresponder a esa sonrisa. Parecía tan entusiasmada que habría sido un crimen no compartir aquella alegría. Ella empezó a platicar enseguida de cómo esperaba que fuera el vestido que deseaba lucir en el baile y de que irían aquel mismo día a escogerlo. Mientras tanto, Rose procuraba prestar atención pese a que el corazón le martilleaba en el pecho, y cada paso que la acercaba al comedor aumentaba aquella incertidumbre. ¿Qué haría él? ¿Sería capaz de fingir indiferencia cuando ella sentía que empezaría a reír y llorar en cualquier momento?

Al arribar al comedor, sin embargo, se encontraron a la señora Relish y al sobrino sumidos en una charla acalorada que cesó tan pronto como advirtieron la llegada de las jóvenes. Lo que fuera que hubieran estado discutiendo no debió de ser demasiado importante, empero, porque la expresión de ambos fue calmada, e incluso afectuosa, al intercambiar una mirada.

Cuando Rose ocupó el asiento acostumbrado al lado de Anna, dirigió una sonrisa a la señora que se apresuró a corresponder y dio una cabezada en dirección a William sin atreverse a mirarlo de manera directa. Él sí que le dedicó una mirada, pudo sentirla más que verla, pero se obligó a mantener la vista sobre la servilleta y prestar atención a la charla que sostenían en ese momento Anna y la tía Penelope.

—Abriremos el salón de baile. Claro que llevará tiempo acondicionarlo de manera apropiada. —La señora Relish frunció el ceño al hacer cálculos mentales y luego asintió, complacida, tras llegar a una conclusión favorable—. Pero llegaremos a la fecha que tengo en mente.

Anna sonrió, encantada.

—¿Y mi vestido? —indagó—. Dijiste que iríamos a ordenarlo hoy.

—Sí, por la tarde. Tengo que hablar con Danby para empezar con los preparativos. Podemos ir después de almorzar. Rose, tú nos acompañarás.

La joven salió del ensimismamiento en el que se hallaba al oír aquella voz y miró a la señora con el ceño fruncido. Lo último que deseaba era volver a pasar por eso. Aún recordaba el sinsabor al ir con Anna la última vez y el desagradable incidente por las imprudentes palabras de la chica. La señora debió de adivinar lo que pensaba, porque le dirigió una mirada amable, sin dejar de sonreír.

—No te preocupes, estoy segura de que Anna podrá comportarse esta vez, ¿cierto?

Anna asintió de inmediato, como si hubiera sido algo acerca de lo que habían hablado antes, y miró a Rose con gesto solemne.

—Prometo que no haré un solo comentario acerca de tu ropa —juró ella—. Pero me encantaría que vinieras con nosotras porque me vendrá muy bien tu opinión.

Rose miró de una a otra con los ojos entrecerrados, no muy convencida, y cabeceó, indecisa.

—Pensaba pasar esta mañana por el albergue —comentó ella—. Supongo que podría regresar con tiempo para acompañarlas esta tarde...

—También había pensado en pasar por allí antes de ir al Parlamento. Puedes acompañarme si así lo quieres —William intervino con sencillez—. Apenas hablaré un momento con el señor Brown y me iré, tú puedes quedarte. Enviaré el carruaje por ti más tarde para que puedas regresar a tiempo de encontrarte con mi tía y Anna.

Rose recibió la oferta con una sonrisa, determinada aún a no mirarlo, pero fue capaz de percibir el cambio de matiz en la voz de él al dirigirse a ella. Se preguntó si la señora Relish y la otra joven habrían podido distinguir también esa calidez, la inflexión levemente demandante, como si le rogara y exigiera al mismo tiempo que aceptara la sugerencia. De modo que terminó por asentir porque era lo que todos esperaban de ella y, sobre todo, porque ansiaba ese momento a solas con él.

—Iré, pero no será necesario que el carruaje regrese por mí. Volveré con suficiente tiempo para salir de compras.

William asintió al oírla y volvió la atención a su hermana, que empezó a interrogarlo acerca de lo que había dicho la tía y de a quiénes sería buena idea invitar. La señora Relish, en tanto, alternaba la mirada entre Rose y su

sobrino con el ceño fruncido. Había captado una sutil diferencia, casi imperceptible, en el trato entre ellos, y ese conocimiento la había perturbado lo suficiente para que se preguntara qué iría a ocurrir de ahora en más.

* * *

—Estoy tentado de correr las cortinas.

—Creo que llamaría mucho la atención que lo hicieras a plena luz del día.

Rose contuvo una sonrisa, con la espalda erguida en el asiento, en tanto dirigía a William una mirada de reojo, divertida por la expresión de él. Se veía tan frustrado como ella ante la imposibilidad de tocarla o de hacer un gesto que revelara el anhelo que sentía. Acababan de dejar la casa en dirección al albergue y, sentados uno al lado del otro, cada cual en un extremo del carruaje, apenas conseguían controlar aquellas emociones.

—Te ves muy inquieto —lo provocó ella con una nueva sonrisa—. Cualquiera diría que nunca antes habías dado un paseo en carruaje con una mujer.

Él le devolvió la sonrisa, en la cual hubo mucho de desafío, como si la retara a que continuara con aquella burla con la certeza de que luego se lo haría pagar de la manera más dulce.

—Nunca en compañía de una sobre quien deseara abalanzarme con el vehículo en movimiento —respondió William.

—Me alegra saberlo.

Él le buscó la mano sobre el asiento y la retuvo en la propia, al tiempo que le acariciaba el dorso con movimientos lentos, sin variar la postura. Nadie que los hubiese visto desde fuera habría podido adivinar cuán alterados se sentían ambos o advertir esa sencilla caricia. Cuando él giró la mano para deslizarle un dedo por el interior de la muñeca, Rose la retiró con un gesto brusco.

—Son horribles —dijo, en tanto las sostenía con firmeza sobre la falda.

No llevaba guantes, pese a las indicaciones de la señora Relish, porque no estaba acostumbrada a ellos. En el albergue se encargaba de tantas labores manuales que no le encontraba sentido, aunque en casa de los Sinclair apenas realizaba esa clase de tareas. De todos modos, le incomodaba comprobar la

aspereza de sus propias manos, que no resultaban tan finas y delicadas como las de las damas que jamás habían tocado nada que no fuera un piano en la vida.

William, no obstante, volvió a tomarle la mano y no permitió que la retirara.

—Son hermosas —dijo él, al tiempo que reanudaba las caricias.

—Mentiroso.

El caballero la contempló con una ceja alzada ante la acusación.

—Son hermosas —repitió—. No hay nada en ti que no lo sea.

Rose ocultó una sonrisa complacida que le duró hasta que llegaron al albergue. Una vez que el carruaje se detuvo, él bajó y le tendió una mano para ayudarla. Cuando tuvo los pies sobre la grava, lista para ir en busca de Meg en tanto él hablaba con el señor Brown, William la retuvo un instante y le acercó el rostro al oído en un gesto que habría podido parecer inocente.

—Esta noche —susurró él antes de dejarla marchar.

Ella sonrió, asintió levemente y se apresuró a entrar al ver que Meg los observaba desde la puerta que daba al vestíbulo. William la saludó, y Rose hizo una reverencia un tanto torpe mientras lo veía perderse por el pasillo en dirección al despacho que ahora ocupaba el señor Brown.

La señorita Turner siguió a su amiga en silencio, admirada con satisfacción de cómo se veía más animada desde la llegada al albergue. Incluso la postura le había variado, como si ahora fuera capaz de andar con la espalda más erguida debido al alivio que le producía haber dejado atrás tantos años de angustias y privaciones. Pensó que irían a la cocina, pero se dirigieron al antiguo salón que acostumbraba usar la señora Allen. Rose sonrió al ver a Jimmy allí, que jugaba con otro niño de una edad similar sobre la alfombra con unos caballitos de madera que los mantenían hechizados. Al verla, sin embargo, el pequeño sonrió y se apresuró a ir con ella, que lo sostuvo entre los brazos con cariño. Aprovechó el contacto para comprobar que ya estaba del todo recuperado e hizo un gesto de agrado a Meg, que los contemplaba con una sonrisa, aunque aún no había desaparecido la expresión suspicaz que la había acompañado desde que Rose llegó.

Una vez que respondió las preguntas acerca de qué sabía de la señora Allen y de cómo iban las cosas en el albergue, en tanto ella jugaba con los niños, Meg tomó a su hijo entre los brazos y le levantó la carita con un dedo.

—Cariño, ¿por qué no van tú y Christian a jugar con la señora McAdams para que les dé una de esas galletas que tanto les gustan? —indicó.

Rose frunció ligeramente el ceño al oírla, pero no dijo nada, y observó cómo el niño asentía, para perderse después junto al amigo en la dirección que le había indicado la madre. Cuando ellas se quedaron a solas, Meg ocupó un sillón con las manos cruzadas a la altura del pecho. Rose no recordaba haberla visto antes tan seria.

—Bueno, ¿qué es? —preguntó ella de golpe en tono grave.

Rose parpadeó, confundida.

—¿Qué?

—Tú. ¿Qué ha ocurrido? Por tu cara, debe de ser algo bueno, aunque no sé qué tan bueno será en verdad si se trata de lo que estoy pensando.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que lo sabes, pero prefieres hacerte la tonta —le espetó Meg sin variar el gesto—. Ha sucedido algo con él, ¿no? Lo supe por la manera en que te veía. Si fuera más inocente, me habría sonrojado.

Rose desvió la mirada y fue ella quien se ruborizó, pero eso, en lugar de disuadir a Meg, pareció confirmar las sospechas.

—¡Ay, Rosie! —suspiró la amiga—. Se lo dijiste, ¿no? Lo que sientes por él, lo mucho que lo amas.

—¡Claro que no!

Meg sonrió, mordaz, frente a la segura respuesta.

—Entonces se lo demostraste —insistió, en tanto negaba con la cabeza—. Es eso, ¿verdad? Le mostraste cuánto lo amas al acostarte con él.

—¡Meg!

—¡Dios, Rose! ¿Has perdido la cabeza? ¿En qué diablos pensabas? Ahora estás arruinada.

Rose se puso de pie a la vez que lanzaba una mirada a la puerta entreabierta y se acercó a su amiga para inclinarse hacia ella. Los ojos le relampagueaban por el disgusto.

—No digas eso —replicó ella.

—¡Es la verdad! ¿No lo ves? Era lo único que tenías. Tu inocencia era tu única arma, y ahora la has perdido. Cualquier esperanza de encontrar a un hombre decente con el que casarte...

—No quiero casarme. Y tú siempre has dicho que no debía ni pensarlo, que atarse a un hombre es una tontería.

Rose llevó las manos a las caderas y le lanzó una mirada desafiante al hablar, pero Meg no pareció muy impresionada y sacudió la cabeza de un lado a otro con una sonrisa triste.

—¡Claro que lo es! Pero siempre supuse que no me harías caso y terminarías por casarte de cualquier modo. No tienes madera de solterona, Rose, te gusta la idea de una familia propia. No creas que no lo sé. Solo hay que verte con Jimmy —suspiró ella, rendida—. Atarse a un hombre no es tan malo si encuentras a uno que valga la pena. Pero ahora... ¿qué hombre decente y con buenas intenciones te aceptará? Porque seguro que él no piensa casarse contigo.

Rose desvió la mirada.

—Claro que no. Él no podría... —balbuceó, confundida, como si la idea ni siquiera se le hubiese pasado jamás por la cabeza.

—¿Pero quiere?

—No lo sé, y creo que no quiero saberlo.

Meg chasqueó la lengua.

—Pues estás en un problema —rezongó—. ¿Qué harás ahora? ¿Te quedarás en ese lugar? ¿Te pondrá una bonita casa como en las que tienen los grandes señores como él para sus amantes y te visitará una vez a la semana?

—¡No soy su amante!

—¡Ay, Rosie! Cariño, eso es precisamente lo que eres ahora, ¿no lo ves? Los hombres como tu William solo se fijan en chicas como tú para eso.

Meg rio sin humor y le hizo una caricia en el brazo, un gesto cargado de afecto y tan poco habitual en ella que Rose sintió el horrible deseo de romper a llorar.

* * *

—Creo que estaba en lo cierto. Te estás haciendo viejo.

William esquivó un golpe directo al rostro y sonrió mientras arqueaba el cuerpo con una rapidez impresionante para pegarle al oponente en el estómago.

—¿Decías? —espoleó en tanto miraba por sobre el hombro una vez que recuperó el aliento.

Alexander hizo un gesto de falsa decepción y suspiró al ver cómo lord Russel, un caballero conocido, se doblaba sobre sí mismo y hacía un gesto para señalar que no iba a continuar.

—Olvídalo —respondió él tras encogerse de hombros y hacer a un lado las cuerdas del ring para que William pudiera reunirse con él—. Solo estoy celoso. Tenemos muchas cosas buenas en Surrey, pero pocas oportunidades de participar en una pelea decente.

William tomó la toalla que le tendió uno de los empleados del club para caballeros en que se encontraban y se secó el rostro con esmero.

—Puedes hacerlo ahora —sugirió.

Alexander asintió, entusiasmado.

—Desde luego. No estoy aquí solo para disfrutar de tu encantadora charla.

—Ya lo imaginaba.

William se apoyó con un suspiro en uno de los postes que cercaban el ring. La tarde estaba por terminar y hacía apenas una hora que había conseguido dejar el Parlamento para reunirse con Alexander en el club. En otras circunstancias, habría dejado el tiempo correr, feliz de pasar un rato con aquel amigo y dispuesto a madrugar allí sin preocuparse por el día siguiente o por regresar a casa; pero en ese momento, la mirada se le desviaba al reloj de péndulo al lado de la puerta principal, como atraída por un imán. Alexander notó esa inquietud, pero no dijo nada al respecto, sino que se limitó a carraspear para llamarle la atención.

—Tu tía mencionó la otra noche que tiene pensado organizar un baile —apuntó él.

William dejó la contemplación del reloj y asintió.

—Sí, espera tenerlo todo listo pronto. Supongo que recibirás tu invitación en cualquier momento.

—Bien. Espero que Mary haya llegado para entonces. Le encanta bailar, y no hemos tenido muchas oportunidades para hacerlo los últimos tiempos.

—Los bebés por lo general ocasionan cosas como esas —comentó su amigo, sonriente.

Alexander asintió al devolverle el gesto. El hijo más pequeño tenía apenas seis meses y competía por la atención de la madre con los hermanos mellizos, de siete años. Era por eso que Mary había optado por pasar los últimos meses con la familia en Gloucestershire y que él se encontraba tan renuente a mantenerse mucho tiempo separado de ella y sus hijos. Apenas llevaba un par de semanas en Londres y ya los echaba de menos.

—Muy cierto —asintió lord Cahill, para luego dirigirle una mirada burlona—. Imagino que este baile será la ocasión perfecta para encontrar a la candidata apropiada que se convertirá en la próxima baronesa Sinclair.

Alexander bromeaba, seguro de que recibiría una réplica similar. Por ello lo sorprendió la seriedad en el rostro de aquel amigo y el modo en que fijó la mirada, de nuevo, en el reloj al otro lado del salón.

—¿William?

Él levantó el rostro al oír el llamado y miró a Alexander con una ceja alzada.

—Te he oído —afirmó—, pero no creo que ese sea el fin del baile.

—¿Has desistido en tu idea de casarte?

—No he dicho eso.

Alexander lo miró, intrigado por tal respuesta.

—Estás muy enigmático esta noche. ¿Tiene algo que ver con el hecho de que te encuentres tan pendiente de la hora? —inquirió sin poder disimular la curiosidad.

William lo miró sin responder, pero, al cabo de un momento, se dirigió a él en tono grave.

—Mi madre insiste en que debo casarme, y aun cuando estoy de acuerdo, no puedo dejar de preguntarme si sería un buen marido —confesó.

Alexander elevó las cejas ante aquel semblante pensativo.

—¿Por qué no lo serías? —preguntó.

—El matrimonio requiere un gran compromiso.

—Es verdad, y no puedo imaginar por qué no podrías asumirlo. Eres un hombre decente, leal por naturaleza. No dudo de que, llegado el momento, harás honor a tu nombre.

William le sonrió, agradecido por esa muestra de confianza, pero no pareció del todo convencido.

—No he tenido una juventud muy virtuosa —objetó al cabo de un momento.

—¿Virtuosa? Eso es quedarse un poco corto.

—Era joven entonces.

Lord Cahill se encogió de hombros, sonriente ante el tono defensivo que había usado.

—Claro.

—Hablo en serio.

—Yo también —rio Alexander—. A decir verdad, no entiendo por qué parece incomodarte tanto ahora. Has sido la envidia de nuestra generación por años. ¿Qué ha cambiado?

—Nada.

—Has respondido demasiado rápido.

William dirigió al amigo una torva mirada, que aquel ignoró.

—Una mujer, supongo. Siempre es una mujer —insistió Alexander.

—No es asunto tuyo.

—No he dicho que lo fuera. Solo he dado mi opinión.

—La que nadie te pidió.

—Estás demasiado sensible hoy. Debería pensar dos veces las cosas que digo.

William sonrió al recordar la similitud de esas palabras con lo que había mencionado alguna vez Rose respecto a lo cautelosa que debía de ser, según la madre de ella, cuando se dirigiera a un hombre como él.

—Ahora sonríes sin motivo. ¿Debería estar preocupado?

William contempló al caballero sin dejar de sonreír, al tiempo que sacudía la cabeza de un lado a otro en un ademán desenvuelto que no había mostrado en mucho tiempo.

—No lo creo —respondió con simpleza.

Alexander hizo una mueca y lo miró, con la sospecha pintada en el rostro.

—Entiendo —aseveró, sonriente—. Sin duda se trata de una mujer. ¿Quién es ella?

William le sostuvo la mirada sin parpadear, pero no respondió, y Alexander exhaló un suspiro en señal de rendición.

—Quien sea, ya me gusta —concluyó con una mirada afectuosa—. Te hace sonreír.

Eso hizo William en tanto asentía, pero cambió de tema de inmediato porque no se atrevía a profundizar sobre las palabras de su amigo y sobre cuánta verdad encerraban.

* * *

William se dejó caer al lado de Rose y la atrajo luego hacia él para apoyar la espalda de ella contra el pecho. Respiró agitado sobre aquel cabello y aspiró el aroma que despedía como si proviniera de un sueño y deseara aferrarse a esa ilusión.

—Tenías razón.

La voz de Rose surgió como llegada de muy lejos, tan trémula como estaba seguro de que debía de sonar la de él.

—¿En qué? —cuestionó él.

—Ha sido mucho mejor esta vez.

William no pudo contener una carcajada frente a esa confesión hecha en un tono tan sincero, y subió una mano para recorrerle el vientre y el pecho agitado.

Estaban en la habitación de Rose, donde él había llegado hacía poco rato, tal y como había prometido. Rose lo esperaba al otro lado de la puerta, que había abierto tan pronto como él golpeó una vez con suavidad. Lo único que llevaba puesto era un blanco y virginal camisón, y William no había podido contener el deseo de abrazarla y llevarla a la cama sin perder un segundo. Había esperado ese momento durante todo el día y, por la respuesta de Rose, supo que a ella le ocurría lo mismo. Le había hecho el amor con lentitud, sin la desesperación de la noche anterior, ansioso por conocerle cada rincón del cuerpo y determinado a que ella pudiera experimentar tanto placer como él.

Rose era una alumna aventajada, pues el entusiasmo opacaba la inexperiencia, de modo que William se había visto sorprendido y complacido por partes iguales al sentirla responder con tanta pasión.

Ahora, mientras le observaba el perfil a la luz que irradiaba el fuego de la chimenea y la respiración recuperaba el ritmo normal, se dijo que jamás habría podido imaginar que compartirían un momento como aquel, así como que daría todo lo que poseía en el mundo con tal de repetirlo.

—¿Qué es lo que me haces? ¿Por qué no puedo saciarme de ti? —le preguntó, sorprendido y fascinado en igual medida.

Ella ladeó levemente el rostro y lo miró a través de las pestañas veladas.

—¿Es eso lo que quieres?

—¿Es eso lo que quiero? —repetió él, mientras pensaba seriamente en ello—. No lo sé. Lo único que sé es que quiero tenerte todo el tiempo, que no puedo pensar en un momento en que no te desee o no te extrañe si no estás conmigo y que no tengo idea de qué haría si no te tuviera a mi lado. Creo que esa es la respuesta. No, Rose, no quiero saciarme de ti. Creo que nunca lo querré.

Ella no respondió, sumida en pensamientos propios, y permanecieron unos minutos en silencio mientras William enredaba entre los dedos los mechones dorados del cabello de ella con semblante pensativo.

—¿Cómo te fue hoy? ¿Anna hizo algún comentario que te molestara? —interrogó él luego en un tono más ligero.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro y ahogó un bostezo.

—No, ha sido encantadora, aunque tal vez tuviera algo que ver con que estaba demasiado emocionada como para pensar en nada que no fuera su vestido nuevo. —Rose rio y habló en un tono cargado de cálido afecto—. Debiste haberla visto.

—¿De compras con Anna? Creo que prefiero confiar en tu palabra y solo imaginarlo.

Ella le apretó la mano que descansaba sobre el pecho de la joven y giró el cuello para dirigirle una mirada de reproche.

—Quieres a tu hermana —dijo, y sonó más como una afirmación que como una pregunta.

William suspiró.

—Sí, la mayor parte del tiempo, pero no se lo digas.

Rose asintió, más tranquila. Ella no tenía hermanos y siempre había anhelado contar con alguien parecido a ella con quien compartir recuerdos, por dolorosos que pudieran ser; una persona que lamentara tanto como ella la muerte de su madre o que penara al padre ausente. La relación de William y Anna, pese a las diferencias que tenían, no dejaba de conmoverla.

—Ha escogido un modelo muy hermoso. Se verá preciosa cuando el vestido esté terminado —continuó ella en un tono más animado.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

William le recorrió la curva de la cadera con los dedos.

—¿No escogiste algo? —preguntó.

—¿Para qué?

—Para el baile.

Él sintió el cuerpo de Rose tensarse y exhaló un suspiro. Lo había imaginado. Sin permitir que asumiera esa actitud, la acercó al cuerpo de él y apoyó el mentón sobre el hombro de la joven.

—No has respondido —insistió.

Ella lo miró de reojo con el ceño fruncido.

—No puedo creer que me haya librado de los comentarios de Anna para tener que oír los tuyos —masculló.

William rio al escucharla. No se encontraba disgustada, eso era obvio, pero sí incómoda, como le ocurría cuando alguien intentaba hacerle quebrar aquella intransigente postura respecto a cuál creía que era el lugar que le correspondía y lo que podía o no hacer sin sentirse relegada por su propio origen.

—Rose...

—Claro que no elegí nada —razonó ella al fin—. Tu tía insistió, pero le dije que no tenía sentido porque no pensaba asistir.

—¿Por qué?

—Sabes por qué, William...

Él no cedió a que dejara pasar la pregunta y la hizo girar al tomarla por la cintura hasta que la tuvo debajo él y ella no pudo rehuirle la mirada, como sabía que habría deseado hacer.

—No, no lo sé —persistió él—. No sé por qué te negarías a participar en un evento en el que mi tía ha trabajado tanto y que mi hermana espera con ilusión. No sé por qué te importa tan poco compartir ese momento conmigo, bailar conmigo.

Para sorpresa del barón, Rose ahogó una risa al oírlo.

—¿Bailar contigo? ¿Esperas que baile contigo frente a toda esa gente? —cuestionó, incrédula.

—Sí, por supuesto.

—Estás loco —profirió ella sin dejar de reír—. No puedes estar hablando en serio.

—¿Por qué no?

—Porque no estaría bien. La gente hablará y...

William acalló las balbuceantes excusas con un beso.

—¿Y eso te importa? —preguntó él una vez que separó los labios de los de ella.

Rose sacudió la cabeza, como si así intentara centrar la mente, atontada por aquellas caricias, y lo miró con el ceño fruncido.

—Estás intentando distraerme —lo acusó—. Sabes que me enredaré y, si sigues así, voy a terminar por decir que sí a cualquier cosa que me pidas.

—¿Cualquier cosa? —atizó él.

Rose fue incapaz de responder porque William había empezado a recorrerle el cuerpo con los labios. Lamía y mordisqueaba los puntos precisos para conseguir que ella se arqueara con un jadeo ahogado contra la almohada.

—Asistirás a ese baile.

La voz de William resonó en los oídos de ella como venida de otro mundo, y tuvo que aferrarse a aquellos hombros para conseguir que parte de la bruma que le invadía la mente se disipara y pudiera dar una respuesta coherente.

—Sí.

Rose no estaba segura de si había dicho la sencilla palabra o lo había imaginado, pero supuso que había sido lo primero porque sintió, más que vio, el modo en que William asintió con el rostro apoyado en el vientre de ella, mientras con la lengua...

—Bailarás conmigo —insistió él en tono ahogado.

—Ajá.

—Y con nadie más.

Rose experimentó un estremecimiento, mezcla de placer y risa, que no pudo contener.

—Creo que tus invitados encontrarían eso muy extraño —objetó, mientras le rodeaba la espalda con las piernas en un movimiento instintivo.

Él levantó la mirada apenas un instante para posarla en los ojos afiebrados de ella y habló con una fiereza que terminó por hacerla perderse.

—No me importa. Eres mía. Todos deberían saberlo.

Ella no pudo ni deseó refutarlo. Era la verdad. En lugar de eso, se entregó sin reservas a esa pasión que parecía a punto de consumirla. Tal vez, al final, fuera eso lo que ocurría.

* * *

Los siguientes días transcurrieron con tal rapidez y estuvieron colmados de tantas emociones que, en el futuro, a Rose le resultaría difícil recordarlos en detalle.

La señora Relish se había embarcado en una cruzada personal, decidida a convertir el baile que organizaba para su sobrina en uno de los acontecimientos más esperados de la temporada. En circunstancias normales, Rose habría disfrutado del ajetreo y de los mil y un detalles que debían atenderse para cumplir esa meta, y en cierta medida lo hacía, claro, al ayudar en todo lo que le era posible, adelantarse a los pedidos de auxilio de la señora y mantener el entusiasmo de Anna a raya con calmadas maneras. Sin embargo, nunca se encontraba del todo presente, al menos en lo que a los pensamientos se refería. Y tampoco en el corazón.

Mientras revisaba listas, hablaba con la cocinera del menú elegido para el evento y aseguraba a Anna que se vería maravillosa con el vestido que había seleccionado, no podía evitar pensar en las noches pasadas en compañía de William. Anhelaba el siguiente encuentro con la misma desesperación que habría mostrado un hombre sediento en el desierto frente a la visión de un oasis. Lo deseaba tanto que dolía, y ya no conseguía imaginar la vida sin él,

sin el calor de esos brazos o el tacto de esa piel contra la de ella. Cuando pensaba en eso, el corazón le latía con fuerza, y temía caer ahogada por la incertidumbre en cualquier momento.

Procuraba, sin embargo, que nadie notara aquella agitación. Evitaba mirar a William cuando se encontraban con otras personas, aunque él no parecía tan perturbado como ella. A veces, cuando se sentaban en el mismo lado de la mesa, él a la cabecera y ella a la derecha, el caballero le buscaba los dedos bajo el mantel, y Rose se los sujetaba apenas un instante antes de dejarlos caer, asustada frente a la posibilidad de que alguien lo notara.

Ya había advertido que la señora Relish los veía con curiosidad, de modo que la señorita Turner habría podido jurar que había estado a punto de hacerle alguna pregunta al respecto, pero siempre parecía vacilar y no decía nada, tan solo la veía con la preocupación reflejada en el rostro. Rose se decía en esas ocasiones que tal vez fuera ella quien debería decirle algo, confesar aquellos sentimientos, reconocer ese juego peligroso en el que William y ella estaban inmersos, pero no podía. Prefería inventar cualquier excusa para retirarse temprano por las noches y respondía con evasivas cuando Anna hacía algún comentario sobre el semblante cansado que presentaba en las mañanas.

Era vergonzoso comprobar con cuánta facilidad le brotaban las mentiras de los labios en lo que a William y a aquellos encuentros se refería. Era capaz de improvisar cualquier engaño con tal de mantener en secreto y a salvo esa locura. La idea en sí, aquellos actos, eran vergonzosos e irresponsables, pero tal vez lo fuera más cuán poco le importaba.

Los escasos momentos de absoluta tranquilidad de los que disponía, en los que podía refugiarse a solas con sus pensamientos, se daban cuando visitaba el albergue. Aunque Meg continuaba tratándola con reprobación y le lanzaba miradas de reproche cada tanto, no dejaba de ser cariñosa con ella, y había dejado de hacer comentarios mordaces respecto al futuro. Le dejaba jugar con los niños y hablar con el señor Brown acerca de cómo iban las cosas en el manejo de la institución. El resto del tiempo lo pasaba aislada en el jardín, en el que trabajaba con todas sus fuerzas, como si con ese esfuerzo físico intentara acallar la mente. Al regresar a casa de los Sinclair, sin embargo, todo retornaba al lugar y se encontraba de nuevo atrapada en ese círculo vicioso del que no podía ni quería escapar.

Una mañana, luego de haber terminado con las cuentas con las que ayudaba a William y al señor Bishop en la biblioteca, Rose se quedó a solas con el administrador después de que el barón tuviera que excusarse para ir a atender el llamado de su tía en el salón, quien estaba angustiada por un desacuerdo con un proveedor.

Hacía varios días que no hablaba con él, a menos que fuera para hacerle alguna consulta acerca de las notas que revisaba, y en esas ocasiones él le respondía en un tono formal que ella apreciaba. Siempre estaban en compañía de William, quien no dejaba de observarlo con atención para analizar la expresión del empleado cuando se dirigía a ella. A Rose le causaba un poco de gracia el rostro ceñudo de él cuando ella le hablaba con la amabilidad habitual, a sabiendas de que no podía controlar los celos que lo atenazaban al saber que el administrador había dado signos de encontrarla atractiva. Pero apreciaba también que él no hubiera hecho más comentarios al respecto y que fuera respetuoso con los sentimientos del señor Bishop. Ella, desde luego, no correspondía ese interés, y era bastante evidente, pero la intrigaba el talante taciturno del caballero, así como los dibujos que había visto hacía unas semanas. No podía quitarse de la cabeza esos rostros que, más tarde, al pensar en ellos, le habían resultado familiares, como si hubiera visto antes a aquellas mujeres que le devolvían la mirada con unos ojos vacíos y perdidos en la lejanía, como él las retrataba.

El administrador la veía en ese momento con expresión levemente ansiosa, como si supiera que el patrón podría regresar pronto y deseara compartir esos breves momentos a solas para decirle algo que lo carcomía por dentro.

—Señorita Turner...

Rose levantó la mirada del legajo que estudiaba y lo observó con atención. Le había notado la vista puesta en el rostro de ella y esperaba que se decidiera a hablar en cualquier momento, de modo que no la tomó por sorpresa. Sí lo hizo que dejara la mesa en la que trabajaba y se dirigiera a ella con paso apurado hasta quedar a escasa distancia, apoyado sobre el escritorio con las manos tras la espalda en un ademán nervioso.

—¿Sí, señor Bishop? —preguntó ella, en espera.

—Me preguntaba si recuerda nuestra conversación de hace unos días... —empezó él, vacilante, pero la voz fue cobrando fuerza según continuaba—. Vio usted mis dibujos y dijo que le habían gustado.

—Recuerdo haber mencionado que consideraba que tenía usted talento para el arte, sí —lo corrigió ella de manera sutil.

La verdad era que no se atrevía a afirmar que hubiera encontrado hermosos esos dibujos. La habían intrigado, sí, e incluso perturbado, pero la maestría del administrador no podía negarse. Aguardó a que él continuara, lo que hizo pronto, tras dar una mirada nerviosa a la puerta.

—Me gustaría... Es algo en lo que he estado pensando hace un tiempo, desde que la vi por primera vez. —Carraspeó ante la expresión cautelosa de Rose y continuó—: Si usted acepta, quisiera dibujarla.

Rose abrió mucho los ojos al oírlo. Eso no lo había esperado, y la sorpresa debió de vérselo reflejada en el rostro porque el señor Bishop asintió como si respondiera así a una pregunta que no había atinado a hacer.

—Sé que no es un pedido muy habitual, pero dijo que... usted cree que tengo talento, y yo pienso que es usted muy bella y merece ser retratada. Si me permitiera hacerlo, estoy seguro de que terminaría muy complacida con el resultado.

El ceño de Rose se iba acentuando a medida que lo escuchaba, y sacudió la cabeza de un lado a otro, insegura e incómoda a partes iguales.

—Lo siento, pero no creo que pueda aceptar. No es algo que haya pensado jamás.

El señor Bishop se inclinó hacia ella y bajó la voz al continuar.

—Podría pagarle —ofreció, solícito e ignorante de la manera en que ella lo miró al oírlo—. No mucho, me temo, pero sería justo.

Rose se echó hacia atrás como si hubiese recibido una bofetada.

—Su oferta solo confirma mi respuesta —pronunció ella con tono gélido—. No puedo aceptar, señor Bishop, pero gracias por pensar en mí, es muy considerado.

Si el hombre le detectó el sarcasmo en la voz, lo ignoró. Se mostraba sorprendido y decepcionado por la negativa, pero no permitió que ello lo amilanara.

—No comprendo. Le prometo que no tomaría mucho tiempo, y seguro que le vendría bien el dinero. He usado a otras chicas como usted y nunca he tenido problema con ellas.

Rose se puso de pie con un movimiento tan brusco que él tuvo que retroceder para evitar que lo empujara. Ella lo miró de pronto de pies a cabeza con los ojos brillantes por la indignación.

—¿Ha usado a otras chicas como yo? —repitió, sin poder creer del todo esas palabras tan ofensivas—. Agradecería que me aclarara eso, señor.

El señor Bishop parpadeó, impresionado por la reacción.

—Bueno, yo... No es sencillo encontrar modelos dispuestas en el lugar en el que vivo, así que visito el East End, y allí sí que hay muchas jóvenes que aceptan dejarse retratar por unas monedas. Es más de lo que ganan con... bueno, con lo que hacen habitualmente, y pensé que usted...

—Usted creyó que era como ellas —completó Rose con las manos temblorosas a ambos lados del cuerpo—. Piensa que soy... que yo...

El hombre hizo un gesto con el fin de apaciguarla, pero la joven tuvo que controlar el deseo de cruzarle el rostro con una bofetada. ¿Cómo se atrevía? Acababa de compararla con una prostituta de Whitechapel y la veía como si no hubiera dicho nada malo. Tal vez para él no lo fuera, a lo mejor, y era lo que pensaba de ella desde que llegó a esa casa.

—¿Qué piensa que hago yo en esta casa, señor Bishop? —cuestionó ella de golpe con la barbilla elevada.

Si iba a terminar de ofenderla, más le valía tener el coraje para hacerlo en tanto la miraba a los ojos. Él, sin embargo, no lo tenía, como fue evidente por la manera en que retiró la vista frente a aquel desafío.

—Es la compañera de la señorita Sinclair, claro, y es de gran utilidad con las cuentas y el manejo de la propiedad. Pero además usted y... —Él carraspeó antes de continuar en tono vacilante—. Creí que usted y lord Sinclair... ¿No es acaso su...?

Rose no lo dejó terminar, sino que emitió un jadeo indignado e hizo amago de ir contra él con la mano en alto, pero lo pensó mejor y, tras dirigirle una mirada cargada de desprecio, dio media vuelta y dejó la biblioteca con rapidez. Recién se permitió detenerse cuando estuvo fuera de la casa, cerca de la cuadra. Una vez allí, al aire libre, inhaló con fuerza una y otra vez para

recuperar el aliento y calmar el temblor de las manos. ¿Acaso todo el mundo pensaba eso? ¿Que había llegado a esa casa como la mujerzuela del barón? Ella nunca... Si se había entregado a William, lo había hecho por amor. No había pensado ni por un segundo en aceptar la oferta con ese fin.

Furiosa, tomó una rama caída y la lanzó contra un árbol, pero eso no la ayudó a sentirse mejor, por lo que levantó otra y empezó a aporrear el tronco con toda la fuerza que tenía, un ejercicio inútil, pero al menos la ayudó a liberar algo de la rabia que sentía. Habría podido continuar sin detenerse hasta que su brazo se cayera del cansancio, pero una mano la sostuvo por la muñeca y la obligó a frenar.

—¡Rose! ¿Qué estás haciendo?

Ella se deshizo del agarre con un gesto brusco y se dio media vuelta para enfrentarse a William, que la veía con asombro y preocupación.

—Nada —contestó con el pecho que subía y bajaba por el esfuerzo.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió él.

—Nada.

—¿Y por qué golpeas a ese pobre árbol?

—¡He dicho que no es nada!

William aspiró con fuerza y la tomó del codo con suavidad, para luego llevarla con él sin prestar atención a un joven mozo de cuadra que se hizo a un lado al verlos acercarse. No se detuvo hasta que se encontraron en el establo vacío, donde la soltó sin dejar de observarla con el ceño fruncido.

Solo los acompañaban los relinchos de algunos caballos en los cubículos, y Rose apretó los dientes en un intento de controlar el deseo de salir corriendo. No habría conseguido ni dar un paso, sin embargo. Lo supo al ver la expresión determinada en el rostro de William.

—Dime qué ha ocurrido —volvió a preguntar él.

—No hay nada que decir.

—¿Ha sucedido algo con el señor Bishop?

Rose retuvo un jadeo, sorprendida de que hubiera llegado tan rápido a esa conclusión, pero negó con la cabeza. No se atrevía a hablarle acerca de la oferta del administrador. Dudaba de que la relación de ellos fuera buena, lo que sin duda era un eufemismo. Si William se enteraba de lo que le había

dicho aquel empleado, de la manera en que la había ofendido, no quería pensar en lo que haría él en ese caso. Por eso, negó con la cabeza y le rehuyó la mirada, temerosa de que fuera capaz de adivinar lo que pensaba.

—William, no es nada, te lo prometo —aseveró ella en tono trémulo.

—Algo te ha perturbado. No pretendas mentirme, sé cuando lo haces.

Desde luego que lo sabía, se dijo Rose con una sonrisa irónica antes de levantar el rostro para sostenerle la mirada.

—¿Qué estamos haciendo? —inquirió ella de improviso con voz cansada.

William frunció el ceño, sorprendido por la abrupta pregunta, pero no fingió que no la comprendía.

—Hacemos lo que queremos, y solo nos concierne a nosotros —respondió él en tono firme.

—No es tan simple.

—¿Por qué no?

Rose hizo un gesto de desesperación y lo rodeó para así no tener que verlo a los ojos, al tiempo que posaba la mirada en el caballo que acababa de asomar parte de la cabeza a través de un cubículo. Esbozó una suave sonrisa al reconocer al animal que había admirado con William hacía apenas unas semanas, cuando el mundo no parecía tan grande y complejo, cuando aquellos sueños aún no amenazaban con devorarla.

—Te amo —confesó ella en voz queda, casi un susurro, pero supo que él la había escuchado por la manera en que la miró, pese a que no lo veía de frente para reconocerle la sorpresa en la expresión—. Te he amado durante tanto tiempo que no puedo recordar un momento en el que ese amor no fuera parte de mí.

—Rose...

Ella inhaló con fuerza para reunir el valor de dar media vuelta y encontrarse con aquella mirada. Cuando lo hizo, sin embargo, no fue capaz de examinarlo de frente, no aún. Él no decía nada, por lo que carraspeó y continuó con la confesión.

—Nunca pensé... Jamás habría podido imaginar que mi sueño se haría realidad. Era imposible, ridículo, pero no por eso dejaba de ser hermoso. Cuando me ofreciste venir aquí, tuve tanto miedo... —Solo entonces se permitió mirarlo a los ojos, y lo que encontró en ellos no fue el rechazo que

esperaba, sino un sentimiento tan cálido, tan brillante, que la deslumbró, pero se forzó a seguir—. Pero me dije que valdría la pena por compartir ese tiempo contigo. Alguna vez me preguntaste si había algo en el mundo que anhelara con todas mis fuerzas, y yo te respondí que no, que no había nada, pero te mentí. Eras tú, solo tú, pero creía que era un sueño imposible. Y a pesar de todo, nada de eso ha cambiado; continúa siéndolo.

Recién entonces abandonó William la inmovilidad para ir hacia ella y realizar un amago de sujetarla por el rostro. Sin embargo, Rose se echó hacia atrás, y él tuvo que dejar caer la mano.

—Eso no es verdad —objetó.

Rose, sin embargo, negó con la cabeza y esbozó una suave sonrisa cargada de tristeza.

—Lo es, solo que no puedes entenderlo. Pero lo harás, y yo no quiero quedarme aquí para verlo —replicó ella—. ¿Recuerdas cuando te dije cuánto me dolía amarte y no poder tenerte? Esto me dolería mil veces más.

Él agachó la cabeza para buscar los ojos de ella, y Rose pudo ver que parecía tan conmovido como enojado. Comprendió la razón cuando él elevó el mentón y se dirigió a ella en un tono amargo que nunca le había oído antes.

—¿Por qué tienes tanto miedo? —le recriminó.

—No tengo miedo...

Él la interrumpió sin variar el tono.

—Lo tienes —aseguró—. Te amparas en esa excusa de lo inadecuada que eres para mí cuando la verdad es que tienes miedo, pero no comprendo la razón. Dices que me quieres, que me agradeces... ¿Crees que es tu agradecimiento lo que quiero? ¡Te quiero a ti! Quiero tu amor.

Rose hizo un gesto de desespero.

—Lo tienes. ¿No me oíste? Siempre ha sido tuyo.

—¿Qué clase de amor es ese? Simple afecto nacido del agradecimiento...

—No sabes lo que dices.

William emitió un rugido de impaciencia, lo que hizo que el caballo relinchara debido al sobresalto, pero ambos lo ignoraron.

—¡Porque no tengo respuestas! —vociferó él, sumido en la impotencia—. Porque estoy dispuesto a todo por ti, y tú no eres capaz de mirarme a los ojos y decirme que harías lo mismo por mí.

—Haría lo que fuera por ti —replicó ella de inmediato.

—Entonces hazlo. Di que me amas y que no sientes temor. Que te tiene sin cuidado lo que otros puedan decir. Dime que nada te importa, solo yo y el amor que siento por ti.

Esa declaración pareció bastar para derrumbar las últimas defensas que Rose había erigido para mantenerse firme, y rompió a llorar. El cuerpo de ella se sacudió debido a los sollozos y, por más que lo intentó, no consiguió reunir las fuerzas para contenerse. William la observó con semblante demudado, como si cada una de esas lágrimas lo hiriera en lo más profundo. Sin vacilar, se acercó para rodearla con los brazos, y ella no tuvo la fuerza para apartarlo.

—No llores, mi hada —le pidió mientras le besaba el cabello y le acariciaba la espalda—. ¿No ves que me rompes el corazón? Te lo ruego, no llores más. Haré lo que sea...

Rose le posó una mano sobre el pecho, sintió el rítmico latido de ese corazón, y el suave compás le confirió la paz que necesitaba. El llanto empezó a remitir; cuando se sintió otra vez dueña de sí misma, lo apartó con un suave empujón para mirarlo a los ojos. Necesitaba que viera el dolor en los de ella, que la comprendiera, porque, si no la ayudaba, no sería capaz de hacer lo que creía que era correcto.

—Te amo tanto... y te creo cuando dices que tú también me amas, pero aun cuando no lo veas ahora, llegará el momento en que comprenderás que tengo razón —le anunció—. Esto es nuevo para ti, pero yo llevo casi toda mi vida pensando en ello, y sé que es así como son las cosas.

—Rose...

Ella sacudió la cabeza al comprender que intentaría convencerla de lo contrario, por lo que apoyó una mano sobre los labios de él y sonrió.

—No vengas esta noche. Te lo ruego —le pidió en voz muy baja—. Si vienes, no podré pedirte que te vayas, pero me odiaré después, y sé que tú no quieres eso. Me quedaré hasta después del baile. Luego regresaré al albergue. Anna no me perdonaría que me lo perdiera. Me gustaría decir que nunca debería haber venido, pero no es eso lo que siento. Me alegra haber podido compartir este sueño contigo. No lo cambiaría por nada, pero tiene que terminar.

La voz surgió tan resuelta, parecía tan segura de aquellas palabras, que él no fue capaz de intentar disuadirla en ese momento, lo que ella agradeció, ya que, de haberlo hecho, no habría sido capaz de sostenerse en pie por un minuto más. Con una última y triste sonrisa, lo dejó a solas. Nunca, en toda la vida, había sentido un dolor tan punzante como el que le produjo cada paso que dio para alejarse de él.

CAPÍTULO 10

William no acudió a la alcoba de Rose aquella noche, tal y como le había rogado, ni ninguna otra en la siguiente semana. Ella se dijo que debía sentirse agradecida y satisfecha por esa muestra de respeto por el pedido, pero en el fondo se sentía desgraciada y dolida. Lo extrañaba tanto que se envolvía con las sábanas y respiraba en la almohada con la esperanza de que algo del olor de él se le hubiese impregnado durante las noches compartidas y le sirviera así de compañía. Si no conseguía dormir antes, llevada por la pasión, ahora debía los desvelos a la añoranza.

Sin embargo, verlo en el transcurso del día no ayudaba a alejar el sufrimiento. Por el contrario, era incluso más doloroso tener que compartir el tiempo con él a sabiendas de que se encontraban más alejados que nunca. William apenas le dirigía la palabra, y cuando lo hacía, era solo para realizar algún comentario vacío que la lastimaba más que cualquier ofensa. Estuvo mil veces a punto de tocarlo, de decirle que estaba equivocada y nunca podría renunciar a él, pero se contenía, llevada por la certeza de que hacía lo correcto y de que algún día ese dolor tendría que menguar. Se trataba de un engaño, claro, lo sabía, pero era lo único que la sostenía en las noches a solas y los días arrasados por la rutina.

El baile tendría lugar dentro de un par de días, y la mansión Sinclair le recordaba a un nido de abejas. Esa ajetreada actividad, en realidad, fue lo que la ayudó a mantener la cordura cuando habría deseado abandonarse a la pena. Incluso la señora Relish, la imagen de la ecuanimidad y las buenas maneras, parecía al borde de un ataque de nervios frente a los mil preparativos a realizar y las demandas de su sobrina, que la igualaba en inquietud. En otras circunstancias, Rose habría encontrado divertido todo ese ajeteo, pero estaba lejos de la risa, si bien procuró ayudar tanto como le fue posible. De igual

modo, buscaba momentos de paz al escapar al albergue con frecuencia. Fue en una de aquellas visitas que se encontró con una sorpresa que le arrancó la primera sonrisa sincera que esbozaba en semanas.

Los ruegos de lord Cahill habían sido oídos: la familia del caballero se había reunido con él a tiempo para asistir al baile en la casa de los Sinclair. No solo había llegado su esposa, el mayor tesoro de Alexander, sino también los hijos, el hermano, la cuñada y el mayor de los sobrinos. Falmouth House se veía habitada de nuevo por la familia del conde, y la actividad, aunque menor a la que reinaba en la casa de otras amistades, no dejaba de ser abundante. Fue eso lo que comentó lady Cahill cuando Rose la encontró en el albergue una mañana en que, según mencionó, había huido en busca de un poco de paz.

Cualquiera fuera el motivo de aquella presencia, Rose se sintió emocionada de verla. Hacía mucho tiempo desde la última vez y, al ser ella una figura tan querida en la vida de la joven, la llegada la conmovió con profundidad. Lady Cahill, o Mary, como insistía siempre que Rose la llamara, con poco éxito, había sido una mujer muy bella en la juventud, y esa belleza no había hecho más que asentarse en la adultez. Rose encontraba sorprendente e incluso envidiable ese aire de paz y satisfacción que parecía acompañarla. Era la clase de persona que irradiaba calma y alegría porque era feliz y esperaba que lo fueran también quienes la rodeaban. Fue pronto evidente, sin embargo, que Rose estaba lejos de conseguir contagiarse de esa dicha.

Una vez que se repuso de la sorpresa y que la señorita Turner la puso al tanto de todo lo ocurrido durante la ausencia de la noble dama, pese a que ya estaba enterada a grandes rasgos por las cartas de William y las noticias que compartía con su esposo, lady Cahill le pidió que le mostrara el jardín. Ella era una amante de la naturaleza y había sido quien mostró interés por él cuando el albergue acababa de ser fundado y nadie parecía encontrar muy atrayente la idea de encargarse de algo que podía parecer tan frívolo como las flores. Mary sostenía, no obstante, que contribuían de manera magnífica con la calidad de vida de las personas, en especial de aquellos que, como los habitantes del albergue, requerían de tantas cosas hermosas y alegres alrededor como fuera posible.

Cuando se había marchado, había lamentado no poder ocuparse más de él, pero sabía que Rose era una buena alumna y que lo cuidaría con tanto esmero como ella. Al recorrerlo, expresó satisfacción frente al maravilloso estado en que se encontraba ese espacio tan querido. Iba tomada del brazo de Rose en un ademán fraternal, pues era así como había considerado a esa joven a quien conocía desde hacía tantos años, pese a que ella se mostraba algo más desconfiada y poco presta a las demostraciones de afecto.

Rose la oía parlotear acerca de la vida en Surrey, de cuánto trabajo le daba el bebé y de lo feliz que se encontraba de haber podido hacer esa visita a Londres que, como le confió, sería algo más breve de lo que habría querido. Ella y Alexander regresarían al hogar en unas semanas, mientras que su hermana y lord Falmouth permanecerían en la ciudad durante un espacio de tiempo más largo para familiarizarse con las reformas del albergue, tal y como habían prometido a lord Sinclair en las cartas.

Ante la mención de William, Rose no pudo ocultar un gesto de desconcierto. Le ocurría siempre que alguien lo nombraba, como si encontrara extraño que pudieran hablar de él en presencia de ella sin advertir todo lo que ese hecho le producía. Aunque en verdad no era tan raro, porque, para saberlo, tendrían que haber sido capaces de atisbar en aquel corazón, y ella se encargaba de ocultarlo tras una capa de serena indiferencia, de la que siempre se había enorgullecido, pero que ahora odiaba.

Mary, sin embargo, la conocía bien, y era además lo bastante suspicaz para haber notado el cambio en el rostro de ella cuando llegaron a ese punto de la conversación. Se encontraban a solas. Los niños que las habían seguido al jardín se habían aburrido pronto, por lo que habían vuelto a los juegos y las clases.

—Me siento muy feliz de verte —dijo Mary con una entusiasta sonrisa al cabo de un momento de agradable silencio—. William me ha tenido al tanto de tus progresos, claro, pero no es lo mismo. Puedo ver ahora que sus halagos no eran exagerados.

—Gracias, milady.

—Te ves distinta a la jovencita que dejé hace un tiempo. Más adulta y madura —continuó ella con una mirada de reojo—. Pero no eres feliz.

Rose agachó la cabeza, incapaz de negarlo. No, no lo era, y cualquiera que la conociera un poco podría verlo. ¿Qué sentido tenía fingir? Mary recibió el silencio con un leve asentimiento y no volvió a hablar hasta que se encontraron al final del jardín, alejadas de oídos indiscretos, con el canto de los pájaros como única compañía.

—¿Lo sabe él? —preguntó ella de pronto y continuó ante la mirada extrañada de Rose, sin variar la sonrisa—: ¿Sabe William lo que sientes por él? ¿Al fin se lo has dicho?

La joven abrió mucho los ojos, sorprendida; Mary le hizo un cariño en el cabello.

—No me veas así. Lo he sabido por años —le confió con un leve encogimiento de hombros—. Siempre me extrañó que él no lo notara, pero fue lo mismo con Alexander. Los hombres pueden ser tan distraídos...

Confundida, Rose apenas atinó a balbucear unas palabras sin sentido que lady Cahill dejó pasar con un gesto despreocupado.

—No pienses que pretendo juzgarte. Nunca lo haría. No elegimos a quién amar, y creo que no has escogido mal. William es un caballero excelente. Pero confieso que, durante mucho tiempo, me sentí preocupada por ti. No sabía a qué te llevaría un amor como aquel.

Cuando Rose consiguió recuperar el habla y sintió que sería capaz de emitir algunas palabras coherentes, miró a aquella vieja amiga con recelo.

—¿Siempre lo supo? —interrogó, aún asombrada por la naturalidad con la que hablaba.

Mary se encogió de hombros.

—Es muy evidente... Para un ojo atento, no te preocupes —añadió ella con una sonrisa frente al gesto de alarma de la otra—. Dudo de que alguien más lo haya notado y, de haber sido así, deben de haberlo achacado al lógico deslumbramiento de una jovencita frente a un hombre como William. No creo que fueras la primera. Pero yo supe que era algo mucho más profundo que eso, ¿no es verdad?

Rose exhaló un suspiro y asintió al tiempo que enterraba las uñas en las palmas de las manos para así frenar el deseo de llorar. Lady Cahill, sin embargo, debió de notarlo, dado que le hizo un gesto para que ocuparan un

pequeño banco al final del jardín y, una vez que se encontraron sentadas, le dio un golpecito amable en el brazo.

—Te entiendo mucho mejor de lo que puedes imaginar. Alguna vez sentí algo muy similar y creí también que era imposible...

Rose se envaró en el asiento y la miró, con la esperanza de que no pudiera notar cuánto la había afectado la comparación.

—No es lo mismo —balbuceó, en tanto desviaba la vista y se recriminaba la amargura de la voz—. Si se refiere a lord Cahill, estoy segura de que no pudo haber sido igual. Usted es una dama, y él, un caballero. Se aman. Tenían que estar juntos.

Mary emitió una suave risa que la sorprendió, por lo que volvió a mirarla con las cejas elevadas.

—No tiene sentido profundizar en detalles, pero debes saber que no fue tan sencillo como lo haces sonar —afirmó ella, de pronto seria—. Alguna vez pensé también que lo nuestro no sería posible. Sufrí y derramé muchas lágrimas al creer que, sin importar cuánto lo amara, tendría que renunciar a él. De modo que, como ves, puedo entender lo que sientes.

Rose tomó aquellas palabras como las frases amables que habría dicho cualquier otra persona en el mundo con el fin de consolarla, pero Mary pareció comprender lo que pensaba, porque sonrió y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Eres muy testaruda —se quejó—. Aunque Alexander me ha dicho que William lo es también, así que supongo que no te pondrá las cosas sencillas. Pero permite que te dé un consejo, Rose, y te lo digo basada en el profundo afecto que siento por la niña que conocí y la mujer que veo ahora ante mí y que rompería a llorar si su orgullo no se lo impidiera. —La muchacha tragó con dificultad, impresionada porque ella fuera capaz de notar cuánto dolor escondía bajo esa fachada de autosuficiencia—. No te atrevas a arriesgar tu felicidad. Te aseguro que no te lo perdonarías si la perdieras por culpa del orgullo o de una falsa impresión de lo que es la vida y lo que mereces —aseveró lady Cahill con la seguridad que da la experiencia—. No sé qué ha ocurrido entre William y tú, y no haré preguntas al respecto porque no es de mi incumbencia, pero si piensas que él te corresponde de alguna forma, que

siente al menos un ápice del amor que sientes tú por él, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte. Aférrate a ese amor, Rose. Al final eso es todo lo que tendrás.

La muchacha la escuchó en silencio, sin atinar a decir nada. De haber podido, tampoco habría sabido qué decir. De modo que permaneció junto a ella sin decir una palabra, sumida en pensamientos propios, y sin poder evitar cuestionarse cuánta razón tendría.

* * *

Rose despertó el día del baile con una desagradable sensación que la acompañó durante toda la mañana y buena parte de la tarde, pero no se detuvo ni un segundo para lamentarse por ello o indagar acerca de qué haría a continuación. Tenía una idea más o menos clara en lo inmediato, así que en realidad no hacía falta. De modo que se dio por satisfecha con ahuyentar al dolor y volcarse a cualquier cosa que la ayudara a pasar las últimas horas en la casa de los Sinclair sin que el sufrimiento fuera notorio para los demás.

Cuando bajó muy temprano por la mañana, se detuvo un momento en lo alto de la escalinata que daba al vestíbulo y admiró el trabajo de la legión de sirvientes que la señora Relish había reclutado para la labor de acondicionar la mansión para el baile. De no encontrarse tan triste, habría sonreído, impresionada por la manera en que brillaban los pisos y en que cada objeto, hermoso de por sí, ahora se veía como una obra de arte. Incluso la balaustrada había sido pulida a conciencia durante la noche, y mientras descendía, no pudo reprimir el impulso de recorrer la superficie con la yema de los dedos.

No tuvo tiempo, de cualquier modo, para continuar con aquella admiración porque Anna la esperaba al final de la escalinata con expresión de reproche. Rose suponía que debía de encontrar ofensiva tal tranquilidad cuando ella se veía tan alterada. La chiquilla daba vueltas de un lado a otro, e incluso se rehusó a probar bocado mientras Rose y Penelope desayunaban. William no las acompañó en esa comida ni en ninguna otra durante el resto del día. La señora Relish respondió a la silente pregunta de la señorita Turner al advertir la manera en que veía el asiento que él acostumbraba ocupar,

ahora vacío. Según ella, el sobrino le había indicado que estaría listo a tiempo para recibir a los invitados, pero que, mientras tanto, tenía asuntos de los que encargarse, por lo que permanecería fuera hasta la noche.

Rose recibió la información con una sonrisa cortés. No hizo ningún comentario al respecto. Si lo hacía, estaba segura de que el tono tembloroso la delataría. No hubo tiempo para lamentaciones, expresadas en voz alta o no, de cualquier modo, porque, tan pronto como dejó la cucharilla sobre el plato, Anna la tomó de la mano y casi la arrastró en dirección a la habitación, adonde fueron seguidas por una resignada señora Relish.

Jamás en la vida, gran parte de ella transcurrida entre niños que mostraban un razonable desprecio por el orden, se había topado con un lugar tan caótico como el dormitorio de la muy honorable señorita Anna Sinclair.

A pesar de que el atuendo que luciría esa noche estaba acordado desde hacía semanas y de que la doncella se había ocupado de tener todo preparado, Anna había despertado aquella mañana convencida de que habían cometido algún tipo de error y de que era necesario repasar otra vez las conveniencias de cada objeto que pensaba utilizar. Rose se cuidó de decir lo que habría deseado e intercambió una mirada con la señora Relish, en la que ambas parecieron coincidir en que, después de todo lo que habían pasado, ese último raptó de locura no hacía mayor diferencia. De modo que ocuparon la mañana en el perfeccionamiento de todo aquello que en realidad era perfecto ya, pero al menos consiguieron distraer a Anna. Antes de que lo notaran, ya había pasado por mucho la hora de almorzar. Entonces, la señora Relish decidió que habían sido lo bastante indulgentes. Fue ella quien esa vez arrastró a la sobrina al comedor, al tiempo que desoía los ruegos de la joven y le aseguraba que no podía continuar sin comer un minuto más si no quería desmayarse antes de que empezara el baile.

Rose las escuchó discutir durante toda la comida sin intervenir y con la mirada puesta en la ventana del comedor, desde donde tenían una vista parcial del exterior. Por lo que dijo la señora, William tardaría aún en llegar, pero no podía evitar contemplar la entrada con expresión ceñuda. Supuso que la ausencia del caballero estaba relacionada con ella. Él sabía bien que ese iba a ser uno de los últimos días de la joven allí, como le había asegurado. Sin embargo prefería mantenerse alejado. Rose no podía culparlo.

Cuando terminaron la comida, antes de que Anna pudiera decir una palabra, Penelope la envió a la habitación con la orden de que se recostara un momento para que así se encontrara descansada para la noche; no aceptó ninguna réplica. Rose jamás había visto a la señora mostrarse tan tajante con la sobrina, pero se dijo que incluso el espíritu más generoso y presto al sacrificio necesitaba un respiro. La jovencita obedeció mientras rezongaba, por lo que la señora le dirigió una sonrisa de alivio tan sentida que, después de lo que le había parecido una eternidad, Rose rio a carcajadas sin poder evitarlo. La expresión fue tan cómica que la señora la acompañó durante varios minutos.

Cuando la carcajada murió en aquellas gargantas y se vieron mucho más tranquilas, Rose se excusó al decir que deseaba ir al dormitorio, pero, para sorpresa de la muchacha, la señora Relish le indicó que la acompañaría. La muchacha no protestó, porque el tono serio en la voz de la señora le dijo que no habría tenido sentido hacerlo; por un momento temió lo que fuera a decirle. Hasta entonces, ella se había mostrado sumamente discreta, al menos cuando trataba con Rose. Ignoraba si alguna vez había hablado con William respecto a las sospechas de lo que ocurría entre ellos. En ese momento, la señorita Turner se dijo que no iba a poder tolerar ninguna recriminación o consejo, no cuando aún daba vueltas en su mente a la conversación con lady Cahill, lo que la mantenía taciturna y pensativa.

Al llegar a la habitación, sin embargo, comprendió que la señora no tenía pensado dar ningún sermón. Lo sospechó por la sonrisa cómplice que le dirigió al señalar el armario en que la joven guardaba algunas escasas pertenencias. Al abrirlo, se encontró con el vestido más hermoso que había visto en toda la vida. De dónde había salido, no tenía idea. Estaba segura de que no pertenecía a Anna, pues lo recordaría sin dudar. Además, no era como los trajes un poco infantiles que la jovencita aún usaba. Era el vestido que una joven dama usaría en cualquier baile sin lucir jamás fuera de lugar.

Rose extendió una mano temblorosa para rozar la seda, que sintió tan suave como debían de serlo las alas de un ángel, y el pulso se le aceleró de emoción al reparar en el delicado bordado que nacía en el pecho y descendía por todo el frente de la falda: mariposas tan hermosas y reales que parecía que fueran a empezar a volar en cualquier momento. Todas y cada una de

ellas habían sido dibujadas con hilos de oro sobre el suave tono verde del vestido, como un montón de criaturas que revolotearan sobre un campo en primavera. Las mangas cortas del traje dejaban los brazos y una parte del pecho al descubierto, sin perder por ello el corte recatado, propio de una ocasión como aquella para la que había sido creado.

La joven, más segura luego de esa detallada observación, tomó la falda entre las manos y la acercó al rostro, sin poder evitar suspirar al sentir el roce de la seda contra la mejilla. Parpadeó para contener un par de lágrimas traicioneras y miró a la señora con expresión confundida. Ella la veía a su vez con una sonrisa complacida.

—¿Cómo...?

La señora Relish se encogió de hombros en un gesto gracioso y se adelantó a responder la pregunta que ella no había alcanzado a formular, aún demasiado sorprendida para hacerlo.

—Te sorprendería lo que una buena modista es capaz de hacer con unas cuantas indicaciones y la promesa de un buen pago —indicó ella con un guiño.

Rose le devolvió la sonrisa y dirigió una mirada tímida al vestido, con expresión anhelante. Habría deseado decirle que no podía aceptarlo, que era demasiado para ella, demasiado elegante, demasiado hermoso, pero no fue capaz de hacerlo.

Una noche. Era todo lo que deseaba. Una noche para soñar que era alguien más, para engañarse a sí misma con la idea de que podría pertenecer a ese mundo que en realidad le era tan ajeno. Una noche para compartir con William en el escenario más hermoso que habría podido imaginar. Una última noche. Nada más.

* * *

Cuando William llegó a la mansión, tuvo que ordenarle al cochero que diera un rodeo porque, de otra manera, habría tenido que atravesar todo el sendero de la entrada principal. En ese momento, dicha senda era recorrida por varios lacayos que encendían luces para alumbrar el camino de los invitados que, según advirtió, empezaban a llegar.

Miró el frente del traje ajado que llevaba y las manos con rastros de los golpes que había dado toda la tarde sin interrupción en el club. El ejercicio, sin embargo, no lo había ayudado como esperaba. Incluso Alexander, que lo había acompañado hasta que fuera hora de regresar a Falmouth House para alistarse y escoltar a Mary, se había dado cuenta. Su amigo le había dicho que, aun cuando pasara una semana golpeando a los desafortunados que tuvieran el mal tino de ofrecerse como oponentes, lo que fuera que lo molestara no iba a desaparecer. William tuvo que darle la razón, muy a su propio pesar, pero no pudo explicarle lo que lo atormentaba. ¿Cómo habría podido? ¿Qué decir? ¿Que la mujer que amaba le había advertido que, pasada esa noche, lo dejaría para siempre? ¿Que no encontraba el modo de convencerla de que estaba equivocada? ¿Que estaba harto de pasar las noches en vela y a solas cuando lo único que anhelaba era ir hacia ella y llevarla a la cama para hacerle entender que debían permanecer juntos? En la mente del barón, todo eso tenía sentido, pero dudaba de que Alexander lo entendiera; aun cuando así fuera, se trataba de un asunto tan íntimo que solo les concernía a Rose y a él.

Esa mañana había tenido que desaparecer. Habían transcurrido varios días, uno tras otro, de observaciones silenciosas, en las que la anhelaba sin atreverse siquiera a dirigirle la palabra o mucho menos tocarla, tal y como le había prometido. Le recorría la figura con los ojos, aspiraba el aroma de ella cuando la tenía cerca. Apenas podía contener el deseo de extender una mano y rozar la escasa piel que los recatados vestidos que usaba dejaban al descubierto. Estaba a punto de perder el juicio. Por eso se había marchado, para evitar aquella desesperación, seguro de que pasar el día fuera sumido en otras labores lo ayudaría. Sin embargo, se había equivocado.

Mientras subía a la habitación por la escalerilla oculta en la biblioteca, para así evitar pasar por el salón, y tomaba un baño antes de vestirse con la ropa que el valet había dispuesto para él, se dijo que sería un milagro si conseguía sobrevivir a aquella noche.

Un rato después, mientras bajaba a reunirse con Anna y Penelope en el vestíbulo para recibir a los invitados, comprendió que ni siquiera un improbable milagro podría salvarlo. No cuando descubrió a Rose medio

oculta unos pasos detrás de Anna con la misma expresión que le había visto la primera vez que la atrapó curioseando en las cuadras a los caballos que le inspiraban tanta aprehensión. Pero aquella vez no se veía como esa noche.

Se había preguntado en más de una ocasión si ella cumpliría la promesa que le había hecho durante la última noche de pasión que compartieran de que iría al baile y bailarían con él. No estaba seguro de lo segundo, ni siquiera de si sería capaz de tolerar tenerla cerca sin dejarse llevar por los impulsos. Sin duda, ella había cumplido con respecto a lo primero. Quizá se mostrara un poco más tímida que lo habitual, pero estaba allí, y se veía tan hermosa que le quitó el aliento.

No tenía idea de dónde podía haber encontrado ese vestido cuando se había negado una y otra vez a elegir alguno para aquella ocasión, pero, de donde fuera, no habría podido escoger uno mejor. William se preguntó por un instante si no habría sido obra de alguna clase de magia, si aquella hada no tendría algún tipo de poder después de todo, porque el traje que llevaba parecía surgido de un sueño. Si hubiera intentado imaginarla alguna vez vestida de manera que reflejara todo lo que le inspiraba, cómo la veía todo el tiempo, no habría sido capaz de pensar en algo tan apropiado como esa vestimenta.

Cuando Rose notó la mirada de él puesta en ella, levantó levemente el rostro y le dirigió la sombra de una sonrisa tímida, como si no pudiera resistirse a hacerle ver que había advertido aquella admiración y deseaba comunicarle que estaba allí en gran parte por la promesa compartida. William habría sido capaz de permanecer en esa observación toda la noche si Anna, siempre tan oportuna, no le hubiese tirado de la manga del traje para pedirle que la acompañara a la entrada, donde esperaban los primeros invitados para ser recibidos y escoltados al salón.

Nada le había requerido más disciplina en la vida que desviar la mirada del rostro de Rose y atender a los pedidos de su hermana, pero lo hizo, sin que ello significara que no la buscara cada tanto durante el resto de la noche. Cuando casi todos los invitados se encontraron presentes, ocupó un lugar en el salón, atento a los movimientos de ella, que, comprobó satisfecho, se volvían más seguros según avanzaba la velada.

Luego de abrir el baile con Anna para ser pronto imitados por decenas de parejas, se vio sorprendido de verla dirigirse al centro de la pista con un caballero de mediana edad y arrogancia aristocrática a quien reconoció de inmediato como el conde de Falmouth. William sonrió a su pesar al ver el modo en que los otros invitados se apartaban, sorprendidos frente al gesto de uno de los caballeros más respetados de la sociedad, que no acostumbraba tener esos raptos de cortesía con alguien a quien no considerara de altura. Al mirar en dirección adonde se encontraban la condesa y lady Cahill, supuso que ellas habrían tenido algo que ver con eso.

En una sociedad como aquella, en la que el poder y el linaje podían abrir casi cualquier puerta, contar con la aprobación del conde de Falmouth era algo por lo que muchos de ellos habrían matado. Tal vez Rose no fuera capaz de comprenderlo en ese momento, pero acababa de subir varios peldaños con respecto al estrato social en que se había ubicado hasta ese momento.

Complacido, los observó bailar y escondió una sonrisa ante la expresión confundida de Rose cuando Alexander se acercó a ella al terminar la melodía y ocupó el lugar de su hermano durante la siguiente. Si conocía algo del mundo en que él mismo se desenvolvía, ella iba a ser una de las jóvenes más requeridas del baile, y aun cuando le alegraba saber que ahora estaría lejos de sentirse fuera de lugar, no era un logro que pudiera compartir con ella. Le avergonzó entonces el raptos de egoísmo que sintió al pensar en que deseaba ser el único que la sostuviera entre los brazos, que bailara con ella sin pausa.

Con un suspiro resignado, fue en busca de la tía Penelope, quien aceptó la invitación con una sonrisa cómplice en la que detectó un leve rastro de compasión. Ella lo sabía, claro, de alguna manera lo había sospechado siempre, aunque ahora, al ver el modo en que se miraban, esa sospecha se había convertido en una certeza. Pero no le había dicho una sola palabra, y le estaba muy agradecido por ello.

Luego de despedirse de la señora Relish, bailó con algunas jóvenes cuyos rostros apenas podía recordar, entre las que se encontraba un par a quien la baronesa viuda había señalado como estupendas candidatas a esposa, lo que en ese momento le pareció ridículo. Cuando el baile se encontraba en el mejor momento, tras ver que Anna danzaba animada con un joven al que

recordaba como el hijo mayor del conde de Falmouth, supuso que nada que ocurriera podría ensombrecer ese éxito aplastante en que se había convertido la velada. Por ello, se dijo que ya había tenido suficiente.

Luego de tomar al vuelo una copa de champaña de la bandeja de un consternado camarero, dejó el salón.

* * *

Rose jamás había pensado que tendría que huir de un caballero en medio de un baile. Era una imagen insólita, sin duda, pero era justo lo que hacía al ocultarse tras una cortina en un extremo del salón.

Acababa de terminar una pieza con un agradable joven que había resultado ser el sobrino de lord Cahill y que, lo mismo que el padre, mostraba una seriedad y arrogancia muy propia de la aristocracia, aunque Rose había conseguido ver en él rastros del carácter algo más flexible y animoso de la condesa. Había pensado, sin embargo, que habría dado lo que fuera por compartir esa pieza con William, pero él no la había invitado ni una sola vez. En aquel momento, al buscarlo entre la multitud, había comprendido que debía de haberse marchado. De modo que gran parte del entusiasmo se le había esfumado y, una vez que el futuro conde de Falmouth se despidió tras escoltarla a una silla y ella vio que un caballero con quien ya había bailado antes se le acercaba a con ademán resuelto, había girado con discreción y había dado un gran rodeo alrededor del salón hasta llegar a ese escondite.

Apoyó la frente contra el pesado cortinaje y se llevó una mano al corazón, que latía acelerado, en tanto se preguntaba si sería capaz de ignorarlo por más tiempo. ¿Qué había pensado hacía solo unas horas? Esa era la noche de ella, la última. No podía dejar que transcurriera sin compartirla con la persona a quien más amaba en el mundo.

Elevó la barbilla de repente, como si desafiara a un ente imaginario a censurar aquella decisión, y, tras salir por una esquina del salón, fue en busca de su destino.

Al encontrarse frente a la puerta entreabierta de la biblioteca, algo de aquella determinación cedió ante la timidez, y se mantuvo allí de pie hasta que la atacó de nuevo una oleada de valor. Recién entonces empujó la hoja en

un gesto medido, al tiempo que atisbaba hacia el interior con expresión insegura.

Tal y como había imaginado, William se encontraba allí, sentado en un sillón junto a la chimenea. Jugeteaba con una copa entre las manos y la mirada perdida en el fuego. Al oírla entrar, sin embargo, la observó durante un minuto que a ella se le hizo eterno. Sin permitirse pensar, porque de hacerlo habría dado media vuelta y echado a correr, entró y caminó hacia él hasta detenerse tan cerca que habría podido rozarle el rostro con un único movimiento.

—Te estás perdiendo tu baile —dijo ella en voz suave.

William parpadeó al oírla y se incorporó a medias mientras la miraba como si recién fuera consciente de que no se trataba de una visión.

—No es mi baile —rebató él y volvió a la posición inicial.

—Tu tía se sentirá decepcionada si no te muestras más animado. Ha trabajado muy duro en él.

—Tengo algunos problemas para sentirme animado en el último tiempo.

Rose exhaló un suspiro e hizo amago de tocarlo, pero detuvo la mano en el aire y la dejó caer.

—No seas cruel conmigo —le pidió.

—Puedes acusarme de muchas cosas, Rose, pero nunca he sido cruel contigo.

Ella no pudo negar la verdad de esas palabras. Desde luego que no lo había sido, jamás. Él solo había tenido gestos bondadosos para con ella. Le había dado la única felicidad que había conocido en la vida, y eso lo hacía todo más difícil. Permaneció allí, de pie, jugando con el bordado del vestido, sin atinar a mirarlo como habría deseado. Pasado un momento, carraspeó y se dirigió a él en un tono que esperaba no sonara tan abatido como se sentía.

—No has bailado conmigo —le reprochó un tanto avergonzada por decirlo.

William hizo una mueca amarga al escucharla y sacudió la cabeza.

—Según he visto, no te faltan parejas, así que no me echarás en falta —comentó él.

—No puedes creer de verdad eso.

—¿Qué haces aquí, Rose?

Ella se encogió de hombros en un gesto inseguro.

—No lo sé. Solo...

—¿Solo qué?

La voz le llegó tan hastiada a los oídos, tan cargada de dolor, que ella se dijo que no tenía ningún derecho a permanecer allí y torturarlos a ambos. Por eso, dejó caer la cabeza sobre el pecho y suspiró, decidida a marcharse.

—Tengo que regresar —se excusó en voz muy baja—. Lamento haberte molestado.

Se dirigió a la puerta sin mirarlo, pero, al abrirla, lo sintió tras ella y observó sorprendida que la cerraba de nuevo con un golpe sordo, a la vez que afirmaba la mano contra la madera, cerca del hombro de la joven. William se inclinó luego y apoyó el rostro sobre el cabello de ella, lo que le provocó un estremecimiento. Él aspiró el aroma como si hubiese pasado toda la vida al borde de la asfixia y se encontrara de pronto ante una fuente de aire puro.

—¿Solo qué? —él repitió la pregunta en un tono bajo y grave—. ¿Por qué has venido?

Rose cerró los ojos antes de atinar a responder.

—Quería verte —confesó.

—Me ves todos los días.

—No es lo mismo. Te extraño.

Lord Sinclair posó las manos sobre los hombros de ella, y un estremecimiento la recorrió ante el tacto de esas manos sobre la piel desnuda.

—¿Y cómo puede eso ser mi culpa? —cuestionó él sin variar el tono.

—William, no me odies.

—Ojalá pudiera.

Rose exhaló un profundo suspiro al sentir el roce de su cabello contra la mejilla cuando él se inclinó para besarle cuello.

—No hagas eso —pidió con voz ahogada.

—¿Por qué no?

—No es por lo que vine.

—Lo sé.

William la obligó a girar para mirarla a los ojos, y Rose se sorprendió al notar que aquellas manos, aún sobre los hombros de ella, temblaban debido a la emoción contenida. ¿Cómo había podido creer que era ella la única que

sufría?

—Si quieres marcharte, hazlo ahora, no te detendré —prometió él.

Rose levantó una mano para posarla sobre la mejilla de él y le acercó los labios al oído para responder en un susurro apagado.

—No quiero.

William asintió como si eso fuera todo lo que necesitara escuchar y le buscó los labios con desesperación. Ella cerró los ojos y se entregó a esa pasión arrebatadora que amenazaba con ahogarla. Había sido sincera al decir que no había ido allí en busca de eso, pero la verdad era que, muy en el fondo, en ese lugar secreto del corazón que había amurallado y cuyas defensas esa noche empezaba a ver caer, siempre supo que tenía que ocurrir. Una última noche. Una última vez.

Estaba perdida en las sensaciones. Lo único que podía percibir con claridad era el sonido de la música que provenía del salón, donde cientos de personas estaban lejos de imaginar que ellos dos se encontraban allí y que se declaraban un amor infinito a base de besos y caricias. El retumbar de ambos corazones martilleaba en aquellos oídos, y Rose esbozó una suave sonrisa al escuchar el sonido del cerrojo que William acababa de correr.

Él la colocó otra vez de cara a la puerta mientras la sujetaba por la cintura, y Rose apoyó las palmas contra la madera en tanto William buscaba los broches del vestido en la espalda. En ese momento odió cada uno de ellos, tan numerosos y difíciles de soltar, pero respiró aliviada al sentir que la seda caía con suavidad en un murmullo hasta la cintura y que él continuaba con las cintas del corsé. Al encontrarse libre, inhaló como si se hubiese estado ahogando, pero retuvo de nuevo al aliento cuando William llevó las manos al frente del cuerpo de ella y le acarició los pechos, lo que le provocó gemidos de rendición.

Cuando creyó que iba a morir debido al placer y que caería de rodillas al suelo por el temblor en las piernas, él la mantuvo de pie al sujetarla por las caderas con una mano en tanto le recorría el largo de las piernas por sobre la seda del vestido con la otra. Todo ello, sin dejar de susurrarle al oído cuánto la deseaba y cuán agónicos habían sido los últimos días sin haber podido tocarla como lo hacía en ese momento.

La espalda de Rose se dobló en un arco casi imposible cuando William se colocó de rodillas tras ella para subirle la falda del vestido al tiempo que le acariciaba las piernas con las manos hasta posarlas sobre las caderas desnudas. Ella no podía creer que fuera capaz de resistir todo ese placer; se preguntó cómo era posible que la música continuara y que esas personas siguieran bailando sin oír los jadeos o los golpes que daba a la madera con las palmas de las manos. Hacía mucho ya que había renunciado a morderse los labios para contener los gritos, y la verdad era que no le importaba nada en el universo que no fueran William y ella en ese instante.

Él no solo tenía la suficiente experiencia para saber cuándo una mujer se encontraba dispuesta para recibirlo, sino que, en las pasadas semanas, había aprendido a conocer el cuerpo de Rose como el propio, por lo que no tuvo problemas para estimularla hasta llevarla al límite. Por eso, cuando ella oyó, como venido de muy lejos, el sonido de unos broches al ser abiertos y sintió la dureza de la excitación de él contra las caderas, exhaló un suspiro aliviado y se le pegó, para buscarlo.

Jamás habían hecho el amor de esa manera tan fiera e instintiva, pero no lo lamentó, sino que se dijo que era extraordinario que fueran capaces de llegar a un punto en que incluso un arrebató de pasión como aquel pareciera la más dulce entrega.

Cuando lo sintió dentro de ella, un gruñido casi animal le brotó de la garganta, y apretó los ojos con fuerza para perderse en esas sensaciones, pero él no estaba dispuesto a permitírselo. Le reclamaba la atención al hablarle al tiempo que se movía con agitaciones lentas y medidas, como si deseara llevarla al límite.

—Eres mía.

La demanda le llegó a los oídos entre brumas, y tuvo que parpadear para forzarse a comprender.

—Sí —aceptó ella en un jadeo—. Sí.

—Me perteneces.

—Sí.

—Y yo te pertenezco a ti.

Rose negó con la cabeza, vacilante. Ella jamás se habría atrevido a considerar posible algo como eso. ¿Por qué lo decía? ¿Qué buscaba lograr?

—Rose, contesta. ¿No soy tuyo acaso? —insistió él.

—No es correcto.

Ella apretó las manos y golpeó la madera con los puños, frustrada al sentir que se detenía. Habría dado alaridos para pedirle que continuara, pero él no había terminado de hablar aún.

—¿No es correcto? —William repitió las palabras como un eco lejano—. ¿Es esto correcto? ¿Tenerte así entre mis brazos es correcto? ¿Estar dentro de ti lo es? ¿Es correcto desearte, necesitarte de esta forma? ¿Que no pueda dormir o comer sin pensar en ti? ¿Que solo anhele tenerte una y otra vez y oír tu voz llamarme como ahora? Dime, Rose, ¿es eso correcto?

—No.

La respuesta surgió a duras penas, pero era lo que en verdad sentía. No era correcto, desde luego que no, pero era inevitable.

—Yo creo que sí lo es —continuó él en tanto reanudaba los lentos movimientos—. Y no me importa, porque lo deseas tanto como yo. Repítelo, Rose, dime que no es correcto.

—No puedo.

—¿Por qué?

—¿Porque no me importa! —La réplica de Rose surgió desesperada, a punto de perder el control, y giró el rostro para mirarlo con ojos relampagueantes—. Porque te quiero. Porque eres mío.

—¿Lo soy?

—Sí, sí, sí. Eres mío, William, no lo olvides.

Él sonrió y aceleró las acometidas mientras le buscaba los labios para atacarla en un beso furioso, que ella correspondió con la misma fiereza.

—No lo haré.

Después, simplemente dejó de pensar, y cuando todo terminó y la respiración les volvió a un ritmo casi normal, William la levantó en volandas y la llevó con él a un sillón, donde la sostuvo contra el pecho.

—¿Estás bien? —quiso saber él al cabo de un momento en silencio.

Rose dio una mirada al frente del vestido aún abierto, lo que le dejaba al descubierto la curva del pecho, y a las faldas arremolinadas en lo alto de los muslos. Sin poder evitarlo, esbozó una sonrisa divertida.

—Me lo preguntas muy seguido —respondió ella.

—En ese caso, sí que debería preocuparme. —La voz de él surgió ahogada por la risa, pero luego el semblante se tornó serio, y la miró a los ojos con un leve rastro de arrepentimiento—. A veces lo olvido.

—¿Qué?

—Lo joven que eres. Lo frágil...

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro, sin dejar de sonreír.

—No soy frágil —replicó.

—Sí lo eres. E inexperta.

—Creo que ya no lo soy. Gracias a ti.

Él correspondió la sonrisa con las cejas elevadas.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó, seductor.

—No lo sé, William, ¿qué opinas tú? —Rose se le acercó con expresión risueña y los ojos brillantes, los labios cada vez más próximos a los de él—.

¿Es bueno o malo?

William devolvió la caricia con el mismo entusiasmo.

—Es bueno. Definitivamente bueno —susurró.

Rose sonrió, complacida, se arrebujó en los brazos de él y le enterró el rostro contra el pecho. Él rompió el silencio al cabo de un minuto, en tanto le acariciaba el cabello.

—Mi hada —musitó—. Mi sueño.

Rose sintió como si una mano le apretara el corazón ante aquella voz. En ella estaba impreso el mismo amor que sentía la joven, y le dolió pensar que había habido un tiempo en que un momento como aquel habría sido sencillamente inimaginable. Ahora, sin embargo, aunque real, no dejaba de parecer distante. William no aparentó ser consciente de lo que ella pensaba, ya que Rose percibió el modo en que los labios de él se le curvaban sobre la sien, y él le apretó una de las manos de la joven contra su pecho.

—No me dejes —le pidió él—. No podría soportar que te fueras.

Rose parpadeó con furia para alejar las lágrimas.

—No lo haré —prometió en voz baja.

—Porque te encontraría. Lo haría aunque tuviera que ir a buscarte al fin del mundo. ¿Lo sabes?

—Lo sé.

Permanecieron juntos y en absoluto silencio durante la siguiente hora, hasta que Rose mencionó que debía volver al menos un momento al baile o la señora Relish se preocuparía. Él aceptó de mala gana y la ayudó a recomponer la apariencia, al tiempo que intercambiaban sonrisas cómplices frente a un broche en particular complicado o un alfiler para el cabello perdido sin remedio. Cuando se encontró lo bastante presentable para volver al baile, él la acompañó a la puerta y la besó antes de dejarla marchar. Ella, sin embargo, no tomó el camino de regreso al salón, en vez de lo que le había dicho, sino que dio un rodeo para atravesar el vestíbulo y escabullirse al segundo piso, al dormitorio. Una vez allí, fue hasta el armario y sacó el pequeño baúl que había llevado con ella al llegar hacía tanto tiempo que le pareció una eternidad.

Mientras las lágrimas le corrían por las mejillas, mientras dejaba caer de cualquier manera sus escasas posesiones, se dijo que todo había valido la pena. Se había prometido una última noche y la había tenido. Era hora de continuar.

* * *

Meg se lo preguntaba con frecuencia, al quedarse cada noche hasta tarde en la cocina del albergue, mientras picoteaba entre los platillos dejados por la cocinera e intentaba darse un respiro luego de un día ajetreado. Se cuestionaba cómo diablos había conseguido vivir durante tanto tiempo en un cuchitril como el que ella y Jimmy habían ocupado durante años, cuando habría sido tan sencillo aceptar las ofertas de Rose e ir allí, con la certeza de que disfrutaría de una vida más cómoda. Pero era orgullosa, algo que jamás había negado, y se le daba mal aceptar la caridad, lo que sin duda era lo que Rose le ofrecía, aun cuando lo hiciera con tan buenas intenciones. Cuando lord Sinclair, sin embargo, le había hecho llegar la propuesta de ganarse el sustento con un empleo real, no lo había pensado dos veces. Había simulado que sí, por supuesto, para dejar en claro que no estaba desesperada, pero la verdad era que no había tenido que pensarlo mucho. Le había bastado con imaginar lo bien que se encontraría Jimmy allí, luego del susto provocado por

aquella enfermedad, para saber que hacía lo correcto. Ahora, mientras se llevaba a la boca un trozo de la estupenda tarta de limón de la señora McAdams, se dijo que no habría podido tomar una mejor decisión.

Estaba a punto de lavar el plato, lista para irse a la cama, cuando un discreto golpeteo en la puerta de la cocina la forzó a levantarse y encaminarse hacia allí con el ceño fruncido. Tomó una de las barras que usaban para bloquear la portezuela del horno, por si se trataba de alguno de esos ladrones que de vez en cuando rondaban por allí.

Al abrir, sin embargo, se encontró con el rostro lloroso de Rose, y no tuvo tiempo para preguntar por lo que había pasado antes que ella la estrujara en un abrazo apretado sin dejar de sollozar.

—Tienes que ayudarme —le dijo ella, y nunca la había escuchado tan triste—. No puedo dejar que me encuentre.

Meg apenas atinó a darle unos golpecitos y a dejarla llorar hasta que se calmó lo suficiente para ocupar la misma silla que ella acababa de dejar, en tanto colocaba un poco de agua en el fogón para servirle un té. La miró de reojo y se preguntó qué habría sucedido con exactitud, compasiva y enojada por partes iguales por lo que consideraba una tontería de parte de aquella amiga. Pero no se atrevió a hacer un comentario mordaz. Incluso una mujer con tan poco tino como ella sabía cuándo morderse la lengua. Una vez que la bebida estuvo lista, la colocó sobre la mesa frente a ella con un golpe seco.

—Bebe. Te sentirás mejor. Mi madre dice que no hay nada que no se vea mejor con un poco de té —comentó con una sonrisa amable.

Rose asintió y dio un par de sorbos antes de dejar la taza de nuevo en el lugar.

—Gracias.

—¿Vas a decirme ahora qué ha ocurrido? —preguntó Meg con las manos en las caderas.

Rose inclinó la cabeza y vaciló antes de contarle todo lo que había ocurrido en las últimas horas, sin profundizar en el encuentro que William y ella habían sostenido en la biblioteca, aunque las mejillas arreboladas al mencionarlo muy por la superficie debieron de comunicarle lo que necesitaba saber. En ese punto, Meg chasqueó la lengua y sacudió la cabeza, pero no la interrumpió hasta que terminó la historia con la abrupta partida de la mansión

Sinclair y la convicción de que nadie lo descubriría hasta el día siguiente, cuando fueran a la habitación a indagar por ella. Recién entonces la amiga se permitió ocupar una silla frente a la lacrimosa muchacha.

—Huyes como una ladrona —le reprochó—. Y lo haces con demasiada frecuencia para tu bien. ¿Cómo se te ocurrió salir así en medio de la noche?

—No ha sido un acto impulsivo, Meg; lo medité mucho. Es solo que no pensaba irme esta noche, pero tenía que hacerlo. No podía quedarme allí luego de... Si sabía que él y yo nunca... —Rose bajó la mirada a las manos y continuó en un susurro—. ¿Qué sentido tenía esperar?

—Al menos debiste habérselo dicho a él. ¿Qué crees que pensará tu William cuando se dé cuenta de que has desaparecido?

Rose dio un golpe sobre la mesa y se puso de pie con las manos en las caderas.

—¡No es mi William! Nunca lo ha sido y nunca lo será —gritó, enojada.

Las palabras sonaron falsas incluso a los oídos de quien las pronunciaba. ¿No acababa acaso de declararle a él que lo era? Se avergonzó al recordar aquellas palabras, sobre todo al pensar en que le habían brotado de lo más hondo del corazón. En verdad lo había creído al encontrarse en los brazos de él, ¿pero acaso eso lo hacía real?

—Apuesto lo que sea a que él no está de acuerdo contigo. —Meg no se mostró impresionada por el arrebato de la amiga y se encogió de hombros, para dirigirle luego una mirada cargada de sospecha—. ¿No has pensado que podrías estar embarazada? ¿Qué harías entonces?

Rose inició un paseo nervioso por la pequeña cocina. Tenía el ceño fruncido y se miraba las manos en un ademán inquieto.

—Claro que lo he pensado —reconoció de mala gana—. Me las arreglaré. Mi madre lo hizo, y también tú.

—Porque no teníamos alternativa. No es lo mismo. Tú sí la tienes y serías una tonta si la desaprovecharas.

—No criaría a mi hijo como un bastardo. —Rose le dirigió una mirada furiosa.

—Entonces créalo como el hijo de un barón. Él te quiere, Rose, te quiere de verdad. Se casaría contigo, estoy segura.

Ella no respondió. Apenas podía pensar y temió que, si se dejaba envolver por las palabras de su amiga, unido al recuerdo de William y a lo que habría sido capaz de hacer por él, caería otra vez en la indecisión. Por eso, se limpió las lágrimas con un movimiento furioso y se derrumbó una vez más sobre la silla, en tanto sostenía las manos de Meg en un gesto de desesperación.

—¿Me ayudarás? —le preguntó.

—Supongo que sí. Dios sabe que no tengo otra opción —aceptó ella a regañadientes—. ¿Qué es lo que quieres que haga?

Rose asintió, agradecida, y empezó a explicarle lo que necesitaba de ella.

* * *

La primera persona en notar la desaparición de Rose fue Anna. Fue ella quien irrumpió en la habitación de la joven, muy temprano por la mañana, decidida a hablarle del éxito que había cosechado en el baile de la noche anterior. Aún se encontraba algo disgustada porque su amiga se retiró tan temprano y sin avisar a nadie, pero tal vez tan solo se había encontrado agotada por los ajetreos del día y no había querido molestar, tal y como le había dicho la tía Penelope cuando fue a quejarse con ella al respecto.

De modo que la jovencita casi echó abajo la puerta de la habitación, imposibilitada de contener la impaciencia por un minuto más, y entró al suponer que Rose debía de encontrarse dormida con profundidad y que necesitaría ayuda para despertar. No obstante, creyó que el suelo se le abría bajo los pies al notar que la cama se encontraba tendida y la puerta del armario, entreabierta, con lo que dejaba en evidencia que tan solo colgaban los vestidos que le habían obsequiado. Todo lo demás había desaparecido.

Por fortuna, Anna no era la clase de persona que se tomaba mucho tiempo para meditar, de modo que no dejó pasar ni un minuto antes de regresar por donde había llegado y correr a la habitación de su tía. Una vez allí, le habló del descubrimiento, pero la señora Relish, que la conocía bien, supuso que a lo mejor exageraba, que quizá Rose, acostumbrada a levantarse temprano, había decidido salir a dar un paseo o, y eso no se lo dijo a la sobrina, tal vez se encontrara con William. Estaba convencida de la naturaleza de la relación

entre ambos y, aun cuando no la aprobaba, era también lo bastante razonable para comprender que no tenía sentido involucrarse. Así que no compartió la angustia de Anna de inmediato, sino que prefirió ir a la alcoba de Rose y confirmar las palabras de la chica. Una vez allí, sin embargo, debió aceptar que la muchacha estaba en lo cierto, en especial al reparar en una nota sobre la mesilla de noche que Anna no había visto en el apuro.

Con un hondo suspiro, en tanto se preguntaba qué pasaría a continuación, bajó al primer piso con su sobrina pocos pasos detrás. La chica había empezado a retorcerse las manos en señal de nerviosismo, y la señora no pudo menos que conmoverse frente a tal preocupación. Pese a la aparente frivolidad que mostraba Anna, era obvio que apreciaba a Rose, y no se le había escapado que, inmersa en la inquietud, no había hecho ni un comentario respecto al baile. Tal vez no había hecho un mal trabajo con la joven Sinclair, después de todo.

Mientras se dirigía al salón, se preguntó cómo iba a anunciar a William la partida de Rose. No había una manera de decirlo que no lo fuera a lastimarlo, y odiaba ser quien debiera hacerlo. Estaba a punto de ir a la biblioteca, tras no encontrarlo en el salón, pero un barullo en la puerta de entrada la llevó hacia allí, mientras se interrogaba qué podría haber ocurrido en ese momento. Observó la expresión consternada de Danby y percibió, más que vio, la manera en que Anna corría como una exhalación para perderse en los brazos de la figura que acababa de cruzar la puerta.

La cuñada de la señora Relish nunca había sido una mujer muy robusta, de modo que pareció tener serios problemas para recuperar el equilibrio, debido a la impresión del entusiasta saludo de la hija, pero Penelope advirtió que no hizo un gesto para apartarla, sino que le acarició el cabello con una mano enguantada.

—¡Anna! También me alegro de verte, querida, pero estás ahogándome.

La chica no pareció oír las severas palabras de su madre, y a la baronesa Sinclair no le quedó otra alternativa que exhalar un suspiro resignando, al tiempo que miraba sobre la cabeza de su hija para encontrarse con la expresión sorprendida de la señora Relish.

—Oh, Penelope, cuánto me alegra verte —expresó, con una tensa sonrisa—. Temo que me he perdido el baile. Esperaba llegar ayer, pero tuvimos un problema con una rueda y no hubo modo de apresurar al cochero.

Recién entonces la mujer consiguió recuperar el buen sentido y dio un par de pasos hacia la baronesa, que había conseguido al fin que Anna la soltara y ahora respiraba con evidente alivio.

—No te esperábamos... —alcanzó a decir, aún consternada.

La dama hizo un gesto despreocupado y su cuñada notó en ese momento cuánto había envejecido en todo el tiempo que llevaban sin verse. Supuso que la pérdida del esposo la había afectado tanto como William le comentó, e incluso más. Pero, pese a la postura menos altiva de lo habitual y a los hilos de plata que le surcaban el cabello del color del trigo maduro, como el de los hijos, se dijo que continuaba siendo dueña de una presencia imponente. En ese instante, aunque agotada por el largo viaje, se mostró resuelta al mirarla de nuevo con una de las elegantes cejas alzada, un gesto que le recordó mucho a William, y se dirigió a ella en tono demandante.

—Decidí que no podía pasar un día más en Escocia. Es un lugar hermoso, pero demasiado frío —informó—. Y no quería perderme el primer baile de Anna en casa, pero me temo que al final así ha resultado. De cualquier manera, no tiene importancia. Daremos otro.

La joven empezó a aplaudir al oír a su madre, y la señora Relish sintió una punzada en el pecho, preocupada por lo que esa llegada podría significar para los progresos de la sobrina, pero se dijo que era poco lo que podía hacer al respecto. La baronesa la observaba con curiosidad, como si no comprendiera aquella escasa locuacidad.

—¿Y bien? ¿Dónde está William y por qué no ha salido a recibir a su madre? —preguntó ella al adentrarse en el salón, en tanto Anna la seguía a escasa distancia, atenta a cada palabra—. No puedo creer que aún esté dormido, siempre ha sido un madrugador. Supongo que está en la biblioteca. Penelope, querida, ¿qué haces de pie allí? Empiezas a hacerme sentir nerviosa. Dime cómo ha ido el baile en tanto Danby va a anunciar mi llegada. ¿Hay alguna novedad que puedas contarme? He pasado unos meses muy aburridos y quiero saber todo lo que ha sucedido.

La señora Relish contuvo a duras penas la sonrisa nerviosa que le afloró a los labios al oírla. Vaya que tenía mucho por contar, y una novedad en particular inquietante que compartir, pero sin duda no sería ella quien se lo dijera.

* * *

Cuando William recibió el aviso de Danby de la llegada de la baronesa, exhaló un profundo suspiro, mezcla de satisfacción e inquietud. Por una parte, le alegraba saber que había decidido regresar. Anna se encontraría feliz de reunirse de nuevo con ella. Pero, por otra, se dijo que quizá no fuera el mejor momento para eso. Sin embargo, no permitió que la expresión le delatara esa ambivalencia en los sentimientos al reunirse con la familia en el salón.

Lady Sinclair se mostró encantada de ver otra vez a su hijo mayor, y William comprobó que, tal y como sospechaba por el tenor de las cartas, ella parecía algo más recuperada del dolor que le había producido la repentina viudez. La tristeza se encontraba aún allí, desde luego, podía vérsela en las huellas del rostro y en la manera en que dirigía la atención a la escalinata cada tanto con expresión compungida, como si aún le costara asimilar que él no aparecería en cualquier momento.

Aun cuando el instinto lo llevó a buscar a Rose con la mirada al arribar al salón, no le extrañó del todo no verla allí. La llegada de la señora debía de haberla sorprendido tanto como a los demás, y si tenía en cuenta el carácter discreto y reservado de la joven, era probable que hubiera considerado que lo mejor sería dejar a la familia a solas por un rato. Él estaba decidido, sin embargo, a ir a buscarla para presentársela a la madre tan pronto como Anna dejara de parlotear acerca de cada hecho ocurrido la noche anterior en el baile, por nimio que fuese. Sin embargo, no le pasó inadvertido el mutismo de la tía Penelope, que asistía a la charla en silencio y daba golpecitos a la alfombra con el tacón de los zapatos. Cuando él notó que le dirigía la tercera mirada inquieta en quince minutos, le hizo un gesto para que lo siguiera a otra parte sin que las demás mujeres lo advirtieran.

—¿Te encuentras bien, tía? —inquirió.

Ella empezó a jugar con las manos y le dirigió una mirada compungida.

—No sé cómo decir esto... Pensaba hacerlo de inmediato, pero tu madre llegó y no encontré un momento para avisarte. No creo que sea algo que pueda decirte frente a ella.

William empezó a compartir la inquietud que mostraba, en especial al notar que sostenía un trozo de papel entre las manos que retorció sin piedad.

—Tía, ¿qué es? —insistió, para continuar al reparar en la puntada que sintió en el pecho cuando lo asaltó una sospecha—: ¿Se trata de Rose?

La señora asintió y extendió el trozo de papel sin atinar a responder. William lo tomó, lo alisó con manos temblorosas y leyó en silencio. A medida que avanzaba, la línea de los labios se le hacía más pronunciada, y al final, lo estrujó en una mano y dirigió a la tía una mirada cargada de impotencia. Ella, no obstante, no alcanzó a decir nada, ya que él había dado media vuelta para dirigirse con paso apresurado al segundo piso, como si deseara así comprobar lo que acababa de leer.

—¿Qué le ocurre a William? ¿Por qué se ha marchado así?

La baronesa interrumpió la charla para observar con ojos desorbitados cómo su hijo subía las escalinatas de dos en dos como si se dirigiera a una guerra. La señora Relish estaba a punto de responder, pero Anna, que había adivinado lo ocurrido, se le adelantó con los ojos muy abiertos, como si apenas recordara cuál había sido en primer lugar la razón por la que bajaron tan apuradas hacía solo una hora.

—¿Le has dicho lo de Rose! —indicó—. ¿Cómo he podido olvidarlo? Si fui yo quien lo notó en primer lugar...

La madre la miró como si estuviera hablando en un idioma extraño y se dirigió a su cuñada con expresión confusa.

—¿Qué está diciendo? ¿Quién es Rose? —cuestionó.

La señora Relish se adelantó a responder.

—Es la joven que vive con nosotros... Creo que debería decir que vivía, en realidad. Acabamos de descubrir que se ha marchado. Ella vino para hacerle compañía a Anna. Estoy segura de que te hablé de ella en mis cartas —le explicó.

La baronesa asintió mientras efectuaba un gesto de comprensión, y unas arrugas se le acentuaron en la frente al fruncir el ceño.

—Oh, sí, ella. Claro que lo recuerdo...

El regreso de William le impidió continuar con lo que fuera que pensaba decir. Incluso ella, más bien práctica y poco presta a alterarse con facilidad, dirigió a su hijo una mirada inquieta al notarle la expresión del rostro. Jamás lo había visto sumido en tal grado de desesperación, ni siquiera tras la muerte de su padre.

—Es verdad —confirmó él en tanto miraba a la nada con gesto de desconcierto.

—Desde luego que es verdad. Acabamos de advertirlo. —La hermana se adelantó en un ademán frustrado—. ¿Cómo ha podido? ¡Ni siquiera se despidió!

William le dirigió una mirada tan disgustada que la chica se replegó en el asiento, arrepentida por las palabras, como si comprendiera entonces que los reproches estaban fuera de lugar. La baronesa, en tanto, observaba a uno y a otro con curiosidad.

—Bueno, no comprendo cuál es el motivo de tanto alboroto —aportó ella, para luego dirigirse al hijo—. Lo que me recuerda, William, que no te he dicho lo que pienso acerca de esa absurda idea de traer a una chica de la calle para que sirva de compañía a tu hermana...

—Rose no es una chica de la calle —la interrumpió su cuñada con el ceño fruncido.

—Se podría decir que sí. ¿De dónde salió si no?

William ignoró la insistencia de su madre y sacudió la cabeza con ademán resuelto, como si intentara así alejar la impresión que le había producido la partida de Rose. Cuando la baronesa volvió a abrir la boca para continuar, le dirigió una mirada de advertencia.

—Ahora no, madre, no tengo tiempo para esto —ordenó él mientras le hacía un gesto a Danby, que observaba en silencio con expresión atenta.

El mayordomo se puso en camino adonde fuera que William le había indicado con la mirada, y la baronesa se mostró aún más confundida.

—¿Debo entender que esta joven, Rose, se ha marchado sin decir nada a nadie en medio de la noche? —preguntó, como si intentara aclarar lo ocurrido, ya que nadie atinaba a hacerlo por ella.

—Sí.

La seca respuesta de William le llegó como un disparo.

—¿Y cuál es el problema con eso? —insistió.

—Que ahora necesito encontrarla.

—¿Por qué?

El hijo exhaló un suspiro que reveló con claridad la impaciencia que lo embargaba y le dirigió una mirada decidida.

—Porque voy a casarme con ella —contestó.

Luego, sin esperar una respuesta, que de cualquier modo era evidente que su madre no habría podido dar, ya que parecía demasiado consternada para hilvanar una sola frase, se marchó con paso decidido.

* * *

Una semana después, seguían sin tener noticias de Rose, y William estaba a punto de perder la escasa cordura que aún conservaba.

Había visitado cada lugar en el que había podido pensar tras apelar a los escasos conocidos de Rose, pero nadie había sido capaz de decirle algo acerca del paradero de la joven. El primer lugar que había visitado, desde luego, había sido el albergue, pero incluso él sabía que habría sido imposible encontrarla allí. Rose sabría que ese sería el primer lugar al que iría a buscarla. Pero había supuesto que tal vez Meg podría saber algo acerca de ella. Sin embargo, de ser ese el caso, ella no se mostraba dispuesta a decir ni una palabra, salvo para asegurarle que no tenía idea de dónde se hallaba. Desde luego, él no le había creído, pero no había insistido, pues aún pensaba que podría averiguarlo por cuenta propia, lo que, con el paso de los días, comprendió que no era más que una ilusión.

Londres era una ciudad enorme, y Rose la conocía incluso mejor que él. Si no deseaba ser descubierta, iba a resultarle muy difícil dar con ella, pero eso no lo amilanó ni un ápice. Aunque tuviera que peinar la ciudad de punta a punta, daría con la ubicación de la joven, si bien, aun cuando no lo reconocía

siquiera ante sí mismo, empezaba a experimentar un miedo que le atenazaba la garganta. Le aterraba imaginarla en un lugar hostil, sumida en el mismo dolor que sentía él, convencida de que debían estar separados cuando todo, absolutamente todo en el mundo, le decía que el destino de ambos era estar juntos. ¿La había tenido cerca durante tanto tiempo para comprender cuánto la amaba y perderla luego? Era absurdo, y esa certeza solo le aumentaba la determinación por encontrarla.

Cuando estaba a punto de reconocer que iba a necesitar ayuda y pensaba con seriedad en contratar a un investigador privado, decidió que debía intentar hablar al menos una vez más con la amiga de Rose. Por lo tanto, se presentó en el albergue en un horario en que sabía que ella no iba a tener más alternativa que atenderlo, sin poder excusarse con que debía ver a los niños o ayudar en la cocina con la cena.

Tan pronto como llegó, preguntó por ella y esperó a que se le uniera en la oficina del señor Brown. Cuando Meg entró, le dirigió una mirada que parecía reservar solo para él, de despreocupada indiferencia, y William no pudo menos que admirar las agallas de aquella mujer. La mayoría de los empleados en la casa lo trataban los últimos días con el mismo tacto nervioso que mostrarían frente a un artefacto a punto de estallar, pues de tan mal humor se mostraba al regresar luego de otro día de infructuosa búsqueda.

Pero Meg lo veía con cierta sorna que encontró molesta, en especial porque parecía saber algo que él no. Desde luego, tenía una idea clara de qué se trataba. Ella tenía que conocer el paradero de Rose, nadie habría podido convencerlo de lo contrario.

En ese momento, sin embargo, procuró mantener un tono amable en la voz y se dirigió a ella con el mismo respeto con el que siempre la había tratado.

—He venido a preguntárselo de nuevo —anunció—. ¿Dónde está ella?

—¿A quién se refiere? —replicó ella de inmediato, con tono impasible.

William se llevó las manos a la espalda e inhaló con fuerza para armarse de paciencia.

—No tengo tiempo que perder, Meg. Necesito que me responda con la verdad. ¿Dónde está Rose?

—Si no lo sabe usted, no tengo idea de por qué piensa que habría de saberlo yo. Ya se lo he dicho antes.

Ella se encogió de hombros al contestar, pero William notó que llevaba el peso de un pie al otro en un ademán nervioso.

—Usted es la única persona a quien ella le pediría ayuda —concluyó él sin dejarse engañar.

—No sé si eso dice más de ella que de mí, pero debería pensarlo de nuevo. Tal vez esté equivocado.

La réplica descarada terminó por alterarlo, y la miró con el ceño fruncido.

—¡Meg! Necesito encontrar a Rose, ¿lo entiende?

—Lo entiendo a la perfección, milord, pero no puedo ayudarlo. —Meg mostró las palmas de las manos como si ese gesto remarcara aquella supuesta imposibilidad de servirle de auxilio.

William sacudió la cabeza de un lado a otro y guardó silencio durante todo un minuto antes de dirigirle una mirada angustiada.

—Sabe que ella está equivocada —dijo convencido.

—Estoy segura de que Rose hace lo que cree que es correcto.

—Lo que ella piensa que es lo correcto solo nos traerá dolor. ¿Está de acuerdo con eso?

Ante la insistencia, la mujer empezó a golpear el suelo con la puntera del zapato, en verdad incómoda.

—¿Y qué si no lo estoy? ¿Qué diferencia haría? —replicó de malos modos—. Escuche, milord, deje a Rose en paz. Si ella abandonó su casa es porque pensó que era lo mejor que podía hacer. Solo intenta protegerse.

—¿De mí? —inquirió él, desconcertado.

—De sufrir, de ser abandonada.

—Yo no quiero abandonarla. Es ella quien me dejó a mí.

Meg resopló en un gesto tan cómico que, de no encontrarse tan desesperado, seguro que habría empezado a reír sin poder evitarlo.

—Pero ella teme que lo haga en algún momento, y tiene buenas razones para desconfiar. Rose ha sido abandonada una y otra vez desde que nació. —Ella lo miró como si dudara de la inteligencia del hombre—. ¿No lo ve? Primero su padre, luego su madre...

—Su madre murió.

Meg ignoró la interrupción con un gesto práctico.

—Pero primero la dejó —señaló—. ¿No lo sabe acaso? En ese lugar horrible, al que pagaba para que otros velaran por ella, cuando debió de saber la clase de vida que le darían. Cualquiera persona en las calles le dirá cómo tratan a los niños en esos lugares. Su madre volvió por ella porque no pudo continuar pagando, pero estoy segura de que Rose siempre temió que la dejara de nuevo. Y luego en este lugar...

—Siempre la amaron aquí.

—Sí, sí, pero no era suyo en verdad. Nunca fue en realidad su hogar. Usted no entiende, ¿cómo iba a hacerlo? Siempre ha tenido todo, nunca ha dudado de su posición, de su lugar en el mundo, de lo que haría con su vida. Los que somos así, como yo, como Rose... —La mujer exhaló un suspiro que le reveló a William cuán falsa era esa máscara de indiferencia que acostumbraba a usar—. La vida nos ha arrebatado las cosas de las manos antes incluso de que nos diéramos cuenta de que las teníamos. Cuando te abandonan una y otra vez y no sabes si tendrás al menos un techo sobre tu cabeza para pasar la noche, no puedes creerle al primer hombre que te prometa que no te dejará. Yo lo hice, y vea lo bien que me ha ido. Rose lo sabe. Se lo hicieron a su madre, y lo ha visto pasar mil veces más. Espera que ella confíe a ciegas en usted solo porque dice que la quiere. ¡Amor! ¡Gran cosa!

William la escuchó en silencio y se sintió de pronto agobiado por la incapacidad de comprender a ese ser complejo que era Rose y por la negativa de ella a permitir que lo intentara. Esas cosas, la razón de aquellos miedos y dudas... ¿por qué jamás lo había puesto en palabras? ¿Por qué tenía que oírlo de esa mujer que no podía empezar siquiera a imaginar cuán profundamente lo hería? Pero ella debió de ver algo, porque, al mirarlo a los ojos, relajó un poco el ceño y, sin dar un paso hacia él pero con expresión al menos no tan severa, le hizo un gesto de comprensión.

—Ella lo ama; eso no lo dude. Lo ha querido por tanto tiempo que estoy convencida de que un amor como ese es demasiado poderoso para que incluso los miedos la mantengan alejada —lo consoló, tras encogerse de

hombros con una sonrisa torcida—. A algunas mujeres les pasa eso, solo saben amar de esa manera. Rose es una de ellas. He pasado años intentando convencerla de que es una tontería, pero ya ve, jamás ha querido oírme.

William la contempló en ese momento con una nueva expresión. No sabía si sentirse agradecido u ofendido por aquellas palabras, pero sin duda sintió una oleada de camaradería dirigida a esa muchacha que no podía ser mucho mayor que Rose, pero que parecía arrastrar una carga bastante más pesada. Ella se replegó entonces, como si ese leve gesto amistoso la hubiese incomodado, y cruzó los brazos a la altura del pecho en un nuevo gesto de recelo.

—Usted cree que soy la única persona a quien Rose pediría ayuda, pero insisto en que quizá debería pensarlo mejor; podría llevarse una sorpresa. Tal vez sea su amiga, pero no tenemos tanto en común como usted piensa. A mí, por ejemplo, nunca me han gustado las flores tanto como a ella —comentó, y elevó un dedo en el aire cuando él hizo amago de insistir—. Eso es todo lo que voy a decir. Ahora, si me disculpa, tengo un estofado en el fuego, y la señora McAdams no puede con todo, así que necesito regresar.

Sin esperar respuesta, hizo una leve reverencia y se marchó, con fuertes pisadas sobre la alfombra. William se quedó allí, pensativo, en tanto intentaba asimilar aquellas palabras. Cuando lo hizo, sin embargo, emitió una exclamación y dejó el albergue, seguro de que había dado con la respuesta.

* * *

William se presentó ante la puerta de Falmouth House tan solo media hora después y pidió hablar con Alexander. De haber seguido los propios instintos, habría preguntado directamente por lady Cahill, pero quería hacer las cosas de la manera correcta y, de paso, darle a su amigo la alternativa de decir la verdad, aunque dudaba de que, aun cuando lo hiciera, consiguiera perdonarlo del todo.

Lo condujeron a un salón que daba al parque frente al que se ubicaba la mansión, y esperó allí, de pie, en tanto daba golpes al cristal de la ventana sobre la cual se apoyaba, único gesto que delataba la impaciencia que lo

embargaba. Cuando Alexander se reunió con él, se apresuró a estrecharle la mano, aunque William advirtió que se mostraba renuente a sostenerle la mirada.

—Me alegra verte. No te esperábamos —lo saludó el amigo con una amable sonrisa—. ¿Ha ocurrido algo?

—Sabes lo que ha ocurrido.

La seca respuesta de William no pareció sorprenderlo, porque asintió, pensativo.

—Por supuesto. Rose —señaló él.

—Aún no la he encontrado.

—Comprendo.

William le buscó la mirada sin éxito.

—Recuerdo haberte ido a buscar al club para hablarte de ello y haberte rogado que me hicieras saber si tenías alguna novedad al respecto.

Alexander cabeceó tras encogerse de hombros.

—Me acuerdo —se limitó a expresar.

—Pero no sabes nada —insistió el barón con tono mordaz—. Es curioso que nadie la haya visto. Ni su amiga en el albergue, ni tú, ni tu esposa...

Alexander carraspeó y exhaló un suspiro.

—Mary la aprecia mucho y se preocupa por ella.

—Lo sé. Jamás lo he puesto en duda —replicó William de inmediato—. El problema es que quizá esa preocupación le nuble el buen juicio. ¿Sabes que quiero casarme con ella?

Lord Cahill levantó la mirada que había mantenido hasta ese momento enfocada con resolución en el intrincado diseño de la alfombra.

—No me dijiste eso —comentó con el ceño fruncido.

—¿Y por qué crees que estoy buscándola?

—No lo tengo muy claro. Lo único que sé es que se marchó de tu casa y que has estado actuando como un lunático desde entonces.

William emitió un rugido de frustración y miró al caballero con expresión furiosa.

—Desde luego que pienso casarme con ella —confirmó sin ocultar el enojo—. Solo necesito encontrarla y pedírselo, aunque no puedo creer que no lo sepa. ¿Qué más podría hacer? La amo, no imagino mi vida sin ella. ¡Se lo

he dicho!

—Bueno, entiendo que no le dijiste que pensabas hacerla tu esposa.

—Si se lo hubiese pedido, habría huido antes.

Alexander parpadeó, confundido.

—Ustedes tienen una relación de lo más curiosa —observó él.

—No tienes idea —replicó William, para luego mirarlo a los ojos, resuelto—. ¿Y bien? ¿Cuánto tiempo voy a tener que esperar para que confieses que todo este tiempo Rose ha estado en tu casa?

Su amigo dio un paso hacia atrás con expresión sorprendida y un tanto avergonzada.

—¿Lo sabías? —preguntó.

—Acabo de confirmarlo al ver tu cara —rebató William sin ocultar el malestar que experimentaba—. ¿Aquí, Alexander? ¿Mientras yo recorría cada centímetro de esta maldita ciudad, tú la ocultabas en tu casa?

—Bueno, en realidad es la casa de mi hermano. —Alexander cabeceó al ganarse otro vistazo indignado—. Está bien, lo siento, pero creí que hacía lo correcto.

—Todo el mundo parece pensar eso los últimos tiempos, en especial cuando se trata de estar en mi contra.

Lord Cahill suspiró, rendido, y sonrió, sin parecer enojado por el tono del otro.

—Lo lamento, William. Te aseguro que Mary no ha tenido mala intención —declaró—. Por lo que me ha dicho, Rose estaba resuelta a mantenerse apartada, y ella no quería que buscara un lugar en el que no estuviera a salvo. Solo pretendía ayudarla. Si te sirve de consuelo, en las escasas ocasiones en las que he hablado con ella, ha sido evidente que se siente tan desgraciada como tú.

William no dio muestras de que las palabras lo confortaran en absoluto, pero asintió de mala gana, y su amigo le dirigió una mirada risueña.

—¿Te importaría que hable con Mary acerca de mi reciente traición antes de exigir hablar con Rose? —La sonrisa se le hizo más amplia ante la mirada que se ganó por la pregunta—. ¿No? Eso imaginé. Bueno, dame unos minutos, ¿sí? Y asegúrate de dejar las cosas en claro esta vez. Tu Rose es una chica muy escurridiza.

Alexander se marchó sin esperar respuesta, y a William no le quedó más que aguardar. De nuevo.

* * *

Rose se encontraba jugando con el pequeño Phillip sobre la falda en la sección de los niños, en tanto Mary intentaba que sus hijos mayores se quedaran quietos para que, ayudada por la niñera, pudiera prepararlos para bajar un momento al salón a saludar al resto de la familia antes de la cena.

—Estoy segura de que jamás fui tan inquieta cuando era niña. Emily me lo ha dicho con frecuencia y ella también era muy tranquila. Es lógico suponer que deben de haberlo heredado de la familia paterna, ¿no lo crees?

Rose sonrió al tiempo que esquivaba la mano del bebé, quien siempre se inquietaba al oír la voz de la madre.

—Me cuesta creer que lord Falmouth fuera un niño inquieto —comentó.

Mary sonrió mientras asentía.

—Es posible que tengas razón —reconoció ella—. Pero Alexander sí que lo fue. Puedo asegurártelo. Yo estaba allí.

Intercambiaron una mirada divertida, y Rose se preguntó cómo sería amar a alguien durante toda tu vida con la certeza de ser correspondida, como había sido el caso de lord y lady Cahill. Ella llevaba años amando a William, claro, pero ese no había sido el caso de él. Los sentimientos de él se habían desarrollado de una manera distinta, aunque no creía que por ello fueran menos valiosos. Como le ocurría siempre al pensar en él, la sonrisa se le borró del rostro y fue reemplazada por una expresión vacía. Lady Cahill lo notó de inmediato y ocultó un gesto de lástima.

Cuando la dama había ido hacía varios días al albergue con el fin de hacer una rutinaria visita, había estado a punto de sufrir un sobresalto al ser abordada por Meg. La nueva ayudante, sin mucho tacto, le había dicho que Rose la necesitaba y que, si no accedía a auxiliarla, terminaría tirada en alguna cuneta a su propia suerte. Mary jamás se habría negado a darle esa ayuda, pero sin duda las palabras de la mujer tan solo habían conseguido asustarla. Por fortuna, al hablar con Rose después, cuando la recibió en la casa, comprendió que, si bien la situación era cuando menos difícil, estaba

de ser tan desesperada como Meg la había hecho parecer. Aunque en verdad triste y con un aspecto lamentable, Rose se veía tan resuelta como siempre. En opinión de ella, quizá demasiado.

No hacía falta ser muy lista para adivinar la razón de esa pena, pero le había resultado difícil sonsacarle qué era lo que había ocurrido con exactitud. Apenas había conseguido averiguar que no deseaba ser encontrada por lord Sinclair y que le rogaba que le permitiera quedarse con ella, como le había ofrecido muchas veces antes, hasta que tomara una decisión respecto a qué hacer en el futuro. Mary había aceptado de inmediato, e incluso le había asegurado que podría quedarse con ellos cuanto deseara, además de que, si estaba de acuerdo, podrían viajar juntos a Surrey una vez que decidieran dejar Londres. A eso último, Rose se había negado en redondo. Lo único que quería era un lugar en el cual quedarse unos días, y luego estaba determinada a encontrar un empleo, fuera en aquella ciudad o en cualquier otra en que la aceptaran pese a su escasa experiencia.

Mary se había cuidado de decirle que ese no sería el único problema para encontrar colocación. En la clase de lugares que Rose tenía en mente, por lo general no eran muy bien recibidas las mujeres jóvenes y atractivas, aún menos cuando cargaban con ellas una historia amorosa tan compleja como la que ella tenía. De cualquier modo, estaba determinada a convencerla con el pasar del tiempo y, si eso no era posible, pensaba buscar algo para ella por cuenta propia. Eso, siempre y cuando las cosas con William no se resolvieran, desde luego. Tal y como comentaba el matrimonio Cahill con frecuencia durante las noches, cuando podían charlar con libertad al respecto, que se solucionara el asunto con el barón sería lo mejor para todos. Por fortuna, lord y lady Falmouth no se encontraban en la casa, pues habían decidido hacer un rápido viaje a Colchester para visitar a unos antiguos conocidos de Emily, en provecho de la cercanía de la ciudad. Además, aunque Benedict, el hijo mayor del conde, había decidido quedarse en la casa de la familia, era tan discreto y reservado como el padre, así que nunca había hecho ni una sola pregunta acerca de la inesperada llegada de Rose, y la trataba con la misma familiar amabilidad con la que lo hacían los tíos.

Aquella noche, sin embargo, Rose se veía más apagada que lo usual, y aunque Mary habría querido hablarle al respecto, no se atrevió. Ella sabía un par de cosas acerca de corazones rotos. Según su propia experiencia, a veces lo que una mujer más apreciaba en aquellos casos era un ambiente reposado y amable en que transitar la pena sin verse asaltada por preguntas que solo ahondarían en aquel dolor.

Por eso, invirtió los siguientes minutos en conversaciones naturales y bromas a costa de los pequeños, que parecieron encantados de formar parte en esa charada que, sin duda, les escapaba al entendimiento. Al cabo de un momento, Rose se unió a las risas, por lo que, cuando Alexander llegó, los encontró charlando con sencillez. Al verlo, los niños se deshicieron del agarre de la madre, quien observó resignada cómo todos los esfuerzos por adecentarlos se veían estropeados mientras ellos se colgaban de las piernas del padre.

—¡Qué bien se ven, niños! ¿Es ese un nuevo lazo, Louise? Edmund, no empujes a tu hermana.

Cuando Alexander consiguió tranquilizar a sus hijos, los llevó con Mary y prestó toda la atención al bebé que Rose sostenía, al que le acarició el cabello oscuro con un gesto cargado de ternura en tanto sonreía a la esposa.

—Sin duda es un Cahill, ¿no lo crees? Solo mira esos ojos tan serios. Tendremos que hacer algo o terminará siendo como John.

Mary sacudió la cabeza ante la broma e intercambió una mirada divertida con Rose, que observaba esa encantadora dinámica familiar en silencio, sin poder evitar sentirse fuera de lugar. Lord Cahill, sin embargo, puso pronto el semblante serio y tomó al niño de los brazos de la joven al tiempo que le dirigía una grave mirada.

—Ha venido alguien a hablar contigo, Rose, y apreciaría que lo recibieras —anunció él, y continuó sin darle tiempo para rebatir—. Por favor.

Ella supo de inmediato a quién se refería. ¿Acaso parte de ella no lo había esperado todo el tiempo? Cada vez que golpeaban a la puerta o el mayordomo se presentaba para anunciar a un visitante, el corazón le daba un salto y le faltaba el aliento. En ese momento, sin embargo, aquel mismo corazón pareció incapacitado para nada que no fuera mantenerse bombeando una y otra vez con rapidez, con el mismo furioso palpitar que sentía en el

estómago. No permitió que lord y lady Cahill lo advirtieran, ya que mantuvo un semblante inmutable y asintió con suavidad. Al ponerse de pie, sintió las piernas flaquear, pero esbozó la sombra de una sonrisa y se marchó con la frente en alto y con un brillo en los ojos.

* * *

William vio aparecer a Rose en el salón con la misma expresión de testaruda determinación que ella exhibía. Luego se preguntaría cómo había sido capaz de permanecer inmóvil cuando lo único que deseaba era tomarla en los brazos y hacerle jurar que nunca más se alejaría de él. En ese momento, sin embargo, de alguna manera consiguió mostrarse sereno y la observó en silencio, al tiempo que sentía alivio al comprobar que, más allá de los signos provocados por la tortura que él también había experimentado en los últimos días, se veía bien. Llevaba una blusa blanca de encaje y una falda de terciopelo negra ceñida con un cinturón a la cintura, el cabello sujeto con unas cintas en lo alto de la cabeza, lejos de los rígidos peinados que usaba hasta hacía unos meses.

Rose se mantuvo de pie, a unos centímetros de la puerta, sin atreverse a aproximarse a él. Tal vez pensara que esa distancia la ayudaría a mantener la determinación, pero William no estaba dispuesto a permitirle ninguna ventaja, por lo que fue él quien caminó hacia ella hasta que se detuvo a solo un palmo de distancia, tan cerca que fue capaz de percibir el aroma que despedía. Inquieto, quebró el silencio al cabo de un momento, cuando comprendió que ella no diría nada.

—Hiciste una promesa —indicó.

Rose lo miró con el ceño fruncido, confundida por la acusación.

—¿Qué?

—Dijiste que, si alguna vez decidías dejar la casa, me lo harías saber antes.

—¿Cómo iba a decírtelo? —discutió ella, incrédula—. Habrías intentado detenerme.

—Exacto. ¿Por qué crees que te pedí que me lo prometieras?

La joven hizo un gesto exasperado.

—Sabes que hice lo que tenía que hacer.

—No. Hiciste lo que querías, sin pensar en lo que deseaba yo —la corrigió él sin vacilar—. De eso se trata, Rose, ¿no lo ves?

—¿Qué cosa? —preguntó ella.

—No confías en mí.

Ella parpadeó, sorprendida; eso dejó ver lo que en verdad sentía bajo esa capa de fría serenidad.

—Te amo. —La voz surgió como un lamento.

Aun cuando le alegró oírla, William no pudo contener una triste sonrisa al mirarla.

—Pero no confías en mí —insistió él.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No estás siendo justo. Confío en ti, no te amaría de la manera en que lo hago si no fuera así —objetó Rose con una leve sonrisa—. Pero la vida... William, las cosas no siempre son como deben ser, y muchas veces nos vemos obligados a hacer lo que no deseamos. El problema es que, en el proceso, lastimamos a quienes más queremos. Sé que a veces no tenemos alternativa, pero no por eso duele menos.

Él le buscó la mano y la sujetó con la propia en una caricia cargada de amor.

—No te dejaré, Rose. ¿Qué puedo hacer para que me creas? ¿Cómo podría dejar atrás lo que más amo en el mundo? ¿Qué clase de vida viviría sin ti a mi lado? —William le buscó la mirada—. Yo no soy tu padre o tu madre, no puedes juzgarme del mismo modo en que haces con ellos.

Rose bajó la cabeza y se esforzó por contener las lágrimas que le escocían los ojos. Nunca le había hablado de eso a nadie, pero en ese momento sintió que él sería la única persona que conseguiría entenderlo.

—La esperé. Al comienzo —musitó, sin atreverse a mirarlo—. Los otros niños se burlaban, pero los primeros días, luego de que mi madre me dejó en ese lugar, miraba por la ventana cada vez que podía escabullirme de la vigilancia de esa gente por si regresaba por mí. Creí que volvería a buscarme, pero pasaron semanas, meses, y no supe más de ella. Ni siquiera recibí un mensaje. Ella me dejó, William. Sé que me amaba, pero también nos abandonan los que nos aman. ¿Por qué no ibas a hacerlo tú?

William le sostuvo el rostro con la mano libre y la forzó con gentileza a que elevara la cabeza.

—Yo no te dejaré —repitió él.

—Nadie podría culparte si lo hicieras. ¿Qué soy yo en tu vida? Podrías irte, dejarme atrás, y nada cambiaría para ti.

—Eso no es verdad.

—Lo es —insistió ella—. Tal vez me extrañes, pero serías capaz de sobrevivir sin mí.

William sonrió entonces, en un gesto de entendimiento, y le enjugó una lágrima con el pulgar antes de responder en un tono serio y sincero.

—Desde luego que sobreviviría. Y tú lo harías también —dijo él—. No moriré de amor, Rose, no va con mi temperamento ni tampoco con el tuyo. Eres una mujer fuerte que ha pasado por mucho, que aún continúa viviendo con la frente en alto. ¿No sabes acaso cuánto admiro eso de ti? Pero no quiero vivir sin ti. ¿Lo entiendes? Puedo, pero no quiero. De eso se trata todo. Te he elegido y no permitiré que nada ni nadie te aparte de mí. Ahora, mi hada, ¿quieres acabar con esta agonía y elegirme también?

Ella había abandonado ya los inútiles intentos de contener las lágrimas y, en ese momento, solo atinó a seguir lo que le dictaba el corazón y dejar reposar la frente sobre el pecho de él con los ojos cerrados.

—Me devolviste incluso lo que no sabía que había perdido. ¿Cómo no iba a amarte? —susurró ahogada por el llanto, y él tuvo que inclinarse para entender lo que decía.

—¿Eso quiere decir que me eliges también? —insistió William.

Rose asintió una y otra vez, en tanto lo envolvía con los brazos.

—Desde luego que te elijo —respondió ella.

Él exhaló un hondo suspiro de alivio y enterró el rostro en el cabello de ella mientras la acercaba hacia sí en un abrazo apretado.

—Bien, porque me debes un baile —concluyó él con voz risueña—. Y quiero bailar contigo durante el resto de mi vida.

EPÍLOGO

—**E**sto es ridículo. En verdad no entiendo qué es lo que hago yo aquí.

—¿Además de asistir a mi boda, quieres decir, querida Meg?

—Además de eso, sí.

Rose sonrió ante el tono resignado en la voz de la amiga y mantuvo la atención puesta en el espejo de cuerpo entero frente al que se encontraba. No había resultado sencillo convencer a Meg de acompañarla durante aquel día. En un inicio, tan solo había aceptado asistir a la ceremonia en la iglesia, pero, tras mucho insistir, había consentido también en ayudarla a vestirse antes de salir de Falmouth House, donde Rose llevaba viviendo varias semanas.

Luego de haber aceptado la propuesta de William, habían acordado que ella se quedaría para disfrutar de la hospitalidad de los Cahill hasta que estuvieran casados. Ello disiparía cualquier comentario maledicente respecto al matrimonio y la condición de huérfana de Rose sin mayores problemas. La protección del conde de Falmouth bastaría para que cualquier persona lo pensara dos veces antes de hacer cualquier observación que no estuviera dirigida a desear felicidad a la pareja. Además, para estar seguros de que el plan tendría un buen final, Rose había aceptado también la generosa oferta de lord Falmouth de que, ya que ella no contaba con ninguna figura masculina en la vida, fuera él quien la acompañara a la iglesia y la entregara en el altar.

Rose aún encontraba sorprendente el hecho de que casi toda la gente que conocía tomara ese matrimonio con tanta naturalidad. Mientras que ella aún se preguntaba por las noches si todo lo que vivía era real, los demás se habían mostrado seguros de que era eso lo que tenía que pasar. Los condes de Falmouth, lord y lady Cahill, incluso Meg, todos habían recibido la noticia con más alivio que sorpresa y no habían hecho más que ayudarlos a llegar a ese momento.

Aun cuando William le había asegurado que él se habría casado con una licencia especial a los pocos días de que ella aceptara la propuesta, era lo bastante sensato para reconocer que, si querían empezar ese matrimonio con absoluta respetabilidad, tenía que transigir. Aunque le pareciera una tortura pasar todo ese tiempo alejado de ella, debía hacerlo, más por la tranquilidad y el bien de Rose que por el propio. Durante dos meses, se habían visto envueltos en mil y un preparativos que en otras circunstancias habrían aterrado a Rose, dado que era ella la figura principal. Sin embargo, estaba tan feliz de compartir tanto tiempo como le fuese posible con William que casi disfrutaba de todo ese ajetreo. Además, se encontraba lejos de estar a solas en semejante trance.

Los Cahill, Meg, y también la señora Allen, quien había regresado de Bath tan pronto como supo la novedad, la habían ayudado en todo lo necesario para asegurarse de que aquel matrimonio fuera una ocasión memorable. La señora Relish y Anna, por supuesto, se habían unido al grupo con mucho gusto. La primera, incluso, había retrasado el viaje de regreso al hogar y le había asegurado que no dejaría Londres hasta que no viera a la nueva baronesa Sinclair instalada en la casa.

En un inicio, la única sombra en el horizonte había estado reflejada en la madre de William, que no se había mostrado muy entusiasmada ante la idea de esa boda. “Escéptica” habría sido un adjetivo más apropiado, en realidad. Sin embargo, si bien al comienzo había aceptado el enlace llevada por la férrea determinación del hijo, quien le dejó en claro que una negativa tan solo los distanciaría de manera definitiva, con el pasar de las semanas y el trato cercano con Rose, había cambiado de parecer. Había entrado en razón al comprender que, aun cuando esa chica no habría sido la primera opción de la baronesa viuda para ocupar aquel lugar y convertirse en la compañera de su primogénito, sin duda era lo bastante noble y desinteresada para asegurarle la felicidad que merecía. De modo que, según se acercaba la fecha señalada para la boda, la señora se mostraba más amable y dispuesta a recibir a Rose en la familia con sincera calidez.

Aquel día, luego de conseguir que Anna aceptara dejar que fueran las damas más cercanas a Rose quienes la ayudaran a prepararse para la boda, ella se encontraba al fin a punto de dejar atrás buena parte de la vida anterior,

tan colmada de tristezas y pérdidas. Estaba lista para iniciar una nueva en compañía de la única persona con quien se había sentido alguna vez capaz de abrir del todo el corazón.

Cuando comprendió que ya era el momento, tras sacudir una inexistente mota de polvo de la falda del vestido, giró para encontrarse con las miradas de esas mujeres que la habían acompañado durante gran parte de la vida. A ellas la unía un lazo que, sin importar qué ocurriera en el futuro, nadie podría romper. Tenía una gran deuda con cada una de aquellas amigas y, al verlas allí junto a ella en el momento más feliz y aterrador de la vida, se dijo que era muy afortunada.

—¿Y bien? ¿Qué opinan?

Esperó la respuesta a la temblorosa pregunta con expresión inquieta. Aunque no le gustaba la idea de usar un atuendo demasiado fastuoso, al final había tenido que ceder y escoger aquel que le había llamado la atención tan pronto como lo vio. Pese al nerviosismo, se encontraba muy satisfecha con el resultado. El vestido estaba compuesto por capas y capas de seda y encaje de Bruselas en un hermoso tono marfil; la falda le caía sobre las piernas en dos niveles, con los dobladillos festoneados; y el corpiño alto se ajustaba al pecho con un hermoso broche de perlas que la condesa de Falmouth había insistido en que debía usar en una ocasión como aquella. Llevaba el cabello recogido tras la nuca. En ese momento, veía el tocado de flores del que caía un velo de encaje que la señora Allen sostenía con cuidado contra el pecho.

—Absolutamente hermosa.

—Encantadora.

Rose recibió los halagos de lady Cahill y de la señora Allen con una sonrisa, en tanto dirigía a Meg una mirada preocupada ante el silencio de aquella amiga.

—¿Qué piensas, Meg? ¿Crees que es demasiado? —inquirió ella.

La muchacha sacudió la cabeza de un lado a otro, y Rose notó en ese momento que parpadeaba con furia para librarse de unas lágrimas que se le agolpaban en los ojos.

—Eres la novia más bonita que he visto —comentó ella al fin con voz ronca por la emoción, y se encogió de hombros para restar importancia al halago—. Supongo, de cualquier manera, que la felicidad ayuda.

Rose rio.

—Estoy segura de que así debe ser, porque me siento muy feliz —respondió, para luego dirigirse a lady Cahill—. ¿Cree que William se encuentre ya en la iglesia?

La dama asintió con una sonrisa.

—No lo dudo. Siempre y cuando Alexander haya conseguido calmarlo, claro. El pobre dice que nunca un padrino tuvo una labor más sacrificada —comentó entre risas—. ¿Sabes que me ha pedido que no te pierda de vista? Tiene la absurda idea de que podrías intentar escapar en cualquier momento.

Meg intervino con una mueca divertida.

—Bueno, no acostumbro salir en defensa de lord Sinclair, pero nadie puede culparlo por creer eso. Nuestra dulce Rose es una experta en huidas.

Rose frunció la nariz y le dirigió una mirada de falsa indignación.

—Él no hablaba en serio. Sabe que no huiré nunca más. No tengo motivos para hacerlo —replicó ella con una ceja alzada e hizo un gesto a la señora Allen—. ¿Cree que deberíamos marcharnos?

La señora asintió y se apresuró a acercarse con el delicado velo entre las manos.

—Claro, querida. Deja que te ayude con esto.

Rose se mantuvo muy quieta mientras la señora le prendía el encaje sobre el cabello y ajustaba las flores de azahar de manera que formaran una encantadora tiara que despedía un olor muy agradable.

—Ahora estás lista —ratificó lady Cahill al ver el resultado final, con una sonrisa satisfecha—. Vamos ya. Lord Falmouth y Emily nos esperan en el vestíbulo.

Meg y la señora Allen se encargaron de ayudarla a sostener el bajo del vestido mientras descendía la escalinata. Cualquier duda se vio del todo disipada al reunirse con los condes de Falmouth, que elogiaron el aspecto de la novia. Él, muy solícito, le ofreció el brazo para ayudarla a subir al carruaje. El viaje se le hizo eterno. Apenas pudo contener el latido acelerado del corazón al llegar, un poco sorprendida de notar a los curiosos que se apostaban en las calles fuera de la iglesia. La boda de un miembro de la nobleza era siempre un acontecimiento que llamaba la atención. Mientras

descendía del brazo de lord Falmouth, procuró dirigir una sonrisa amable a los lados como una manera de agradecer los buenos deseos que algunos se atrevieron a exclamar.

La sonrisa se le hizo más amplia cuando empezó a recorrer el largo pasillo camino al altar. Al mirar alrededor y encontrarse con varios rostros conocidos, se dijo que, sin dudarlo, era muy afortunada. Todos estaban allí, hasta los chicos mayores del albergue y algunos de los sirvientes de la casa Sinclair, incluido el severo Danby, quien ahora la veía con expresión afectuosa.

William la observaba en silencio, de pie en el altar. Cuando él le tomó la mano del brazo de lord Falmouth con un leve asentimiento, Rose temió que el corazón le fuera a estallar de felicidad. Al sonreírle y apretarle la palma en un gesto que él sabría interpretar sin asomo de duda, comprendió que, finalmente, tras años de silencio, podía gritar al mundo el amor que sentía. Aquella canción secreta ya no lo era más; y eso, en lugar de entristecerla, le dio las fuerzas para sostener la cabeza en alto y prepararse para empezar una nueva vida.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, por ser, por estar; a todos y cada uno de ellos.

A Araceli, por su apoyo desde el inicio en esta aventura, por estar allí a cada momento y por el regalo de su amistad.

A Helena, por leer cada una de mis historias y darme ánimos para continuar.

A mi muy querida amiga Elizabeth Bowman, por su cariño y apoyo.

A todas y cada una de las maravillosas mujeres que conforman el grupo Lima Lee Romance. Por las charlas compartidas, los sueños realizados y, sobre todo, por el regalo de su amistad.

Y a todos los que me han alentado a seguir por este camino; a cada una de las personas que le han dado una oportunidad a mis historias, a quienes comparten sus impresiones con tanta generosidad, y desde luego también gracias a cada miembro del equipo de Vestales; por apostar por mí y por mi obra, mil gracias.